

HQN™

AUTORA SUPERVENTAS DE *THE NEW YORK TIMES*

brenda novak

una biblioteca
junto al mar



brenda
novak

una biblioteca
junto al mar

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Dirijase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2023, Brenda Novak, Inc.
© 2023 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Una biblioteca junto al mar, n.º 286 - noviembre 2023
Título original: The Seaside Library
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 9788411419932

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Dedicatoria

A Kathy Allbritton Bennett, lectora y amiga que ha hecho tanto para apoyarme a mí y a los demás. Kathy no solo ha viajado para conocerme en persona, sino que, además, es muy activa en el grupo de libros que creé hace varios años en Facebook, asiste a las reuniones mensuales, publica para animar y hacerse amiga de otros miembros del grupo, se suscribe a las cajas de libros de Brenda Novak (a las que dedicamos tanto trabajo) y cumple el desafío anual de lectura Brenda Novak cada año. ¡Y no se conforma con todo eso! Va más allá, ofreciendo obsequios divertidos a los muchos otros lectores del grupo, algo que es completamente idea suya. ¡Kathy, gracias por alegrarnos el día a todos!

Capítulo 1

Mariners Island parecía un plató de cine vacío, alegre y prístino, pero solo un decorado, hasta que llegaba la temporada alta. Entonces, era como si el director gritara «¡Acción!» y la marea trajese una avalancha de turistas.

Después de aquel invierno tan largo y triste, Ivy Hawthorne estaba deseando que llegara el verano. Adoraba el sol, la arena de la playa y a los veraneantes que llegaban en tromba a las lujosas residencias, a las playas prístinas y a las tiendas y restaurantes exclusivos de la isla. Aquella afluencia representaba un buen cambio de ritmo, sobre todo, después de aquel año durante el que la niebla y el mal tiempo habían aislado a la isla de la costa más a menudo de lo normal, restringiendo la actividad de los barcos y aviones de suministro que, de otro modo, habrían ido y venido de forma más regular.

Después de un invierno tan duro, el verano era un soplo de aire fresco y, además, aquel año prometía ser más emocionante todavía. Ivy estaba deseando ver a Ariana Prince, una amiga de toda la vida que se había criado con ella en Mariners. Ariana vivía en Nueva York y, aunque había muchos vuelos directos que solo duraban una hora, había dejado de ir a la isla hacía una década, más o menos al mismo tiempo que se había licenciado en Yale.

Tampoco mantenía demasiado el contacto. Hasta hacía pocas semanas, era editora en una de las editoriales más grandes de la ciudad, y siempre argumentaba que no podía escaparse. Pero Ivy dirigía la única biblioteca que había en la isla, y entendía cómo funcionaba la industria de los libros. Agosto era temporada baja porque estaba entre dos periodos de grandes ventas, y durante ese mes, los editores se tomaban sus vacaciones. Ariana podría haber ido a Mariners Island unos días o unas semanas en agosto, si hubiera querido.

Por lo menos, ahora volvía, y no solo iba a quedarse una semana, sino todo el verano. Ivy esperaba que fuera como en los viejos tiempos, pero tenía algo de inquietud. Ariana había dejado su trabajo pero no había explicado el motivo, ni lo que pensaba hacer después, ni si volvería a Nueva York cuando terminara el verano. ¿Por qué? Y ¿por qué volvía precisamente aquel verano, después de haber evitado hacerlo durante tantos años?

Teniendo en cuenta los recientes titulares, Ivy tenía la impresión de que sabía lo que había atraído a su amiga a la isla. Sin embargo, odiaba incluso pensar en la decisión que habían tomado hacía tantos años. Lo hecho, hecho estaba, y ella no quería cuestionarse a sí misma. Ariana y ella habían actuado de acuerdo con lo que pensaban que estaba bien en aquel momento del pasado.

Se quitó de la cabeza aquellos recuerdos que llevaba reprimiendo desde hacía más de veinte años y trató de liberarse de la ansiedad. Con suerte, ni siquiera tendrían que hablar del pasado.

Sin embargo, cuando sonó su teléfono mientras ella miraba al reloj que había sobre la sección de ficción, porque esperaba que Ariana apareciese en cualquier momento, le pareció bastante profético que se tratara de la única persona, aparte de ellas dos, que había estado involucrada en

lo ocurrido durante su tercer curso.

—¿Diga?

—Ahí estás.

Cam Stafford respondió con tanta despreocupación como de costumbre. Sin embargo, el momento de la llamada empeoró la ansiedad de Ivy.

—Hola, Cam. ¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Melanie me ha dicho que se ha encontrado con la abuela de Ariana en Anchors Away cuando fue a recoger mi comida. ¿Sabías que Ariana va a volver a la isla?

Ivy se quedó inmóvil. Melanie y Cam llevaban cuatro años casados. Él era el único de los tres que se había casado, y el hecho de ver tan a menudo a Melanie con su hija por la isla era lo que había convencido a Ivy de que debían dejar las cosas como estaban, a pesar de lo que decían en las noticias.

—Eh..., sí. Quería decírtelo. Ariana me llamó hace unos días y me dijo que iba a pasar aquí el verano.

—¿Y por qué no me llamó a mí?

En el fondo, él tenía que saber cuál era el motivo, ¿no? Después de lo que había sucedido, los tres habían intentado seguir adelante y, durante un tiempo, parecía que todo iba bien. De adolescentes, aquel secreto que compartían los había unido. Ellas admiraban a Cam y estaban tan seguras, tan reticentes a aceptar cualquier tipo de duda...

Pero, después de la graduación, todo empezó a cambiar y, con el cambio, llegó un aumento de la tensión. Era como si aquella noche hubiera puesto una banda de goma invisible alrededor de ellos tres. Mientras seguían con sus vidas y se separaban, la goma se estiró y se estiró hasta que..., ¿qué iba a ocurrir? ¿Se rompería, finalmente, y les permitiría seguir con su vida sin el estorbo de la amistad y la lealtad que los había atado durante tanto tiempo? ¿O aquella goma elástica se contraería y volvería a juntarlos a los tres? ¿Era eso lo que significaba el regreso de Ariana? ¿Era el pasado lo que la había devuelto, por fin, a Mariners?

—Seguramente, porque esperaba que te lo dijera yo —respondió Ivy, dando a entender que había sido un descuido—. He estado tan ocupada que..., ya sabes, lo dejaba para otro día, pensando que iba a hablar muy pronto contigo y...

Se quedó callada porque no consiguió dar con una explicación verosímil. Por lo menos, podía haberle enviado un mensaje, pero, por algún motivo, no lo había hecho. Últimamente, incluso antes de que salieran a la luz las noticias, había estado evitándolo.

—¿Cómo es que puede quedarse todo el verano? —preguntó él—. ¿Qué pasa con su trabajo?

—Parece que ya no tiene trabajo. Me contó que lo había dejado.

—¿Por qué? Yo creía que le encantaba.

—Sí, le encantan los libros. A lo mejor prefiere escribir uno.

—¿Va a venir aquí a escribir?

—¿Quién sabe? Pero si hay alguien que puede escribir la próxima gran novela americana, es ella.

Ariana era inteligente y tenía talento. Pero también era una persona sensible, y tenía tendencia a preocuparse más que el resto de los mortales por cosas que podían ser moralmente reprobables. Eso era lo que ponía tan nerviosa a Ivy; cabía la posibilidad de que lo que sucedió veinte años atrás hubiera sido un cargo de conciencia para Ariana durante todo aquel tiempo, o que hubiese cambiado su forma de ver, moralmente, lo que habían hecho.

Eso no sería una buena noticia para Cam. Y menos, en aquel momento.

Y, después de haber mantenido durante tanto tiempo la mentira que habían contado, tampoco serían buenas noticias para ella.

–La salud de su abuela cada vez es más frágil –prosiguió–. Puede que venga para estar con ella.

–También puede ser que quiera estar en un lugar familiar para poder pensar y decidir qué hace durante el resto de su vida.

–Es cierto. No me lo dijo. Acababa de decirme que iba a volver a la isla cuando recibió otra llamada y tuvo que colgar.

–¿Y cuándo llega?

–Hoy.

–¿Hoy? –repitió él, sorprendido.

–Sí. Va a pasar por la biblioteca en cualquier momento.

–¿Vais a salir esta noche? Si vais a salir, ¿puedo ir con vosotras?

–Por supuesto –dijo Ivy.

No podía herir sus sentimientos. Cam había sido su mejor amigo desde que su familia había ido a vivir a la isla, a mitad de sus estudios. Los tres lo hacían casi todo juntos. No había muchos niños que se quedaran en la isla todo el año; especialmente, unos niños que se llevaran tan bien como ellos. Siempre habían agradecido tenerse los unos a los otros.

–Muy bien, perfecto. Llámame en cuanto llegue.

Parecía que le aliviaba el hecho de que lo incluyeran... o quizá fueran imaginaciones suyas.

–Claro –dijo Ivy–. ¿Y Melanie y Camilla? ¿Van a venir también con nosotros?

–No. Melanie se ha ido a Boston después de traerme la comida. Ha ido a ver a su familia y se ha llevado a la niña.

–Ah. ¿Y cuánto tiempo va a estar allí?

–No lo sé.

Aquella respuesta le pareció extraña. ¿Cómo era que Cam no sabía cuándo iban a volver su mujer y su hija? Sin embargo, Ivy no lo presionó. Desde que él se había casado, ellos se habían distanciado lo suficiente como para que aquella pregunta tan personal pudiera resultar indiscreta.

–De acuerdo. Entonces, nosotros tres solos.

–Sí, como en los viejos tiempos.

–Suena bien. Te escribo en cuanto hayamos decidido a qué restaurante vamos –le dijo Ivy, y colgó.

Justo en aquel momento, se abrió la puerta y entró Ariana.

La biblioteca no había cambiado. Richard Taylor, el mismo comerciante de aceite de ballena que había fundado Mariners a principios del siglo XIX y que era tatarabuelo de Ivy por parte de madre, había mandado construir el edificio, que conservaba su encanto antiguo con las estanterías originales de caoba y la escalera de caracol que subía al segundo piso. Había lámparas de latón, réplica de una época ya pasada, y butacas de cuero colocadas alrededor de varias mesas para crear un ambiente acogedor.

A Ariana siempre le había encantado ir a la biblioteca. No solo proporcionaba paz y tranquilidad durante la frenética temporada turística, sino que satisfacía su hambre de conocimiento. Además, tenía mucha relación con la forma en que se habían conocido Ivy y ella. Antes de morir, la abuela de Ivy, Hazel, estaba empeñada en que los esfuerzos de sus

antepasados no cayeran en saco roto, en que las colecciones que ellos habían comenzado siguieran disponibles para la gente y fueran bien mantenidas. Así pues, cuando Hazel cuidaba de Ivy, la llevaba allí. Y, como la abuela de Ariana, Alice, había criado a su nieta durante los años de preescolar y vivía a una manzana de Hazel, Hazel invitaba a Alice y a Ariana a que fueran con ellas. Las dos abuelas llevaban a las dos nietas a la Hora de los Cuentos y, después, a merendar en la playa si hacía buen tiempo y, si hacía frío o llovía, a tomar un chocolate a la taza con algún bollo a Horneado con Amor, la pastelería más famosa de la isla.

Aquellas excursiones habían sido el origen de los primeros recuerdos de Ariana. Solo el olor familiar del papel impreso y de la cera para muebles la llevaban de vuelta a aquellos días idílicos. Sintió tal nostalgia que estuvo a punto de olvidar el motivo por el que había vuelto a la isla.

Casi. Pero no. Siempre había estado tan atormentada que no creía que nada pudiera conseguir eso.

—¡Oh, Dios mío! ¡Cuánto tiempo! —exclamó Ivy, mientras salía del mostrador para darle un abrazo.

Ariana se lo permitió, pero se alejó en cuanto pudo. Aunque estaba deseando ver a su vieja amiga, no quería caer de nuevo en la red de amor, obligación y lealtad en la que estaba cuando tenía dieciséis años.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—La biblioteca está maravillosa —dijo ella, girando sobre sí misma y observándolo todo.

—El objetivo siempre fue mantenerla lo más cerca posible del original. Y yo estoy haciendo eso, por supuesto —dijo Ivy, sonriendo.

Gracias al dinero y al patrimonio que había heredado de su abuela, Ivy no necesitaba trabajar para vivir. No había tenido que marcharse de la isla en busca de una carrera profesional, sino que había dedicado su vida a la biblioteca, protegiéndola de los recortes presupuestarios y de otros problemas económicos que estaban provocando el cierre de muchas instituciones públicas por todo el país. Para ella era un deber velar por la biblioteca y preservar lo que pudiera de la historia de Mariners, ya que su familia era una parte muy importante de ella.

—¿Estás segura de que no se ha convertido en un lastre? —le preguntó Ariana, con escepticismo.

—Algunas veces, me pregunto si no debería haber terminado la universidad en vez de volver a Mariners cuando murió mi abuela. Pero, cuando me imagino alejándome de este sitio y dejando la isla para una temporada, me doy cuenta de que no quiero hacerlo. Mi sitio está aquí —dijo Ivy—. Este es el legado de mi familia.

Había un retrato del tatarabuelo de Ivy colgado sobre el mostrador de la entrada, con un marco grueso y muy adornado.

—El legado de tu familia abarca mucho más que la biblioteca —dijo Ariana.

Los turistas que visitaban Mariners conocían el pasado de la familia de Ivy cuando visitaban el museo de la caza de las ballenas, que no era tan completo como el de Nantucket, pero de todos modos era un sitio muy interesante para los visitantes. Y, durante el verano, algunas personas hacían fotografías de la casa en la que vivía Ivy. Estaba en el casco histórico, en Elm Street, y era un precioso ejemplo de la arquitectura de estilo griego tan de moda durante el auge de la caza de la ballena en la isla.

—Aquí soy feliz —dijo Ivy.

Sus padres y su hermano mayor, Tim, se habían marchado de la isla. Tim era dentista y vivía

en Filadelfia. Estaba casado y tenía tres niños. Por lo que le contaba Ivy, Tim iba a la isla todos los veranos. Los padres de Ivy tenían una casa de verano, que era la que utilizaba él cuando se quedaba allí, pero no parecía que nadie más de su familia sintiera la misma obligación y conexión con la biblioteca. Tal vez fuera porque Ivy había pasado mucho tiempo allí con su abuela.

—Me alegro —le dijo Ariana—. Bueno, ¿te apetece ir a comer algo? Yo no he tomado nada desde el desayuno. Me muero de hambre.

Ivy tomó el bolso y sacó las llaves, seguramente, para cerrar. La mayoría de los restaurantes estaban en aquella zona de la isla, cerca del muelle, del aeropuerto y de los centros comerciales, así que no había necesidad de ir en coche.

—Sí, ya estoy lista, pero...

Al ver que no terminaba la frase, Ariana enarcó las cejas.

—Pero... ¿qué?

—Cam me llamó justo antes de que llegaras. Su mujer se ha encontrado con tu abuela hoy, y Alice le dijo que ibas a venir a pasar el verano aquí.

Ariana tuvo que contenerse para no dar un gruñido.

—¿De verdad?

—Sí —dijo Ivy, mirándola con atención—. ¿Ocurre algo?

Ariana intentó tranquilizar a su amiga encogiéndose de hombros. No quería que la ira y las dudas que la habían obsesionado durante aquellos veinte años invadieran la vida de su amiga. Ella todavía no estaba convencida de que hubiera algo que debiese o pudiese hacer para cambiar el estado de las cosas.

—Por supuesto que no. ¿Por qué iba a pasar algo?

—Bueno, no le dijiste que ibas a venir. Creí que...

—Estaba... ocupada —dijo Ariana.

Ariana sabía que su comportamiento hacia Cam era tan raro, teniendo en cuenta lo unidos que habían estado los tres, que Ivy debía de haberse dado cuenta de que su reacción escondía algo más de lo que dejaba entrever. Por suerte, no puso objeciones a su respuesta.

—Ah, bueno —dijo Ivy—. Me alegro, porque me preguntó cuándo llegabas.

A Ariana se le formó un nudo en el estómago, pero intentó que no se notara su tensión al hablar.

—¿Y qué le dijiste?

—La verdad. No tenía ningún motivo para no hacerlo. ¿No? —preguntó Ivy, con incertidumbre.

Ariana sonrió de forma tranquilizadora.

—No, claro que no —respondió—. ¿Qué ha dicho?

—Me preguntó si podía venir a cenar con nosotras esta noche.

Vaya. Todavía no estaba preparada para ver a Cam. Había un motivo por el que se había distanciado cada vez más de él con el paso del tiempo. Sin embargo, cuando había decidido regresar a Mariners, sabía que tendría que verlo. Él era la razón más importante por la que había renunciado a su trabajo y había vuelto a la isla para corregir, con suerte, todos sus errores. Sin embargo, había pensado que tendría uno o dos días para aclimatarse y prepararse antes de verlo.

—¿Y Melanie y Camilla? ¿Ellas también vienen?

—No, se marcharon hace unas horas a la costa para ver a la familia de Melanie.

—Entonces, ¿va a venir solo?

—Sí. ¿Eso es mejor o peor?

Ariana sonrió aún más.

—No es ningún problema de ninguna de las maneras. Hace años que no lo veo.

—Pero seguís hablando, ¿no?

—No tan a menudo como tú y yo, pero... bueno, alguna vez. Yo no quería inmiscuirme, ahora que está casado. Creo que no a todas las esposas les gusta eso de que su marido tenga amigas, ¿no?

—Sí, ya lo sé. En la boda me dio la impresión de que Melanie no iba a aceptar mi relación con Cam, así que yo también he tenido cuidado con eso.

Aunque Ivy también sonrió, su mirada siguió reflejando las dudas que sentía.

—Bueno —dijo—, ¿dónde vamos a cenar?

—¿Te apetece que vayamos al Jumbo Gumbo? Me apetece tomar pescado fresco.

—Me encantaría. ¿Quieres decírselo tú a Cam, o lo hago yo?

Ariana carraspeó.

—Yo se lo digo —respondió, y sacó su teléfono.

Capítulo 2

Cam estaba tan guapo como siempre. Era rubio y tenía unos ojos muy azules, y medía un metro noventa y cinco centímetros y tenía un cuerpo delgado. Sus rasgos faciales se habían vuelto incluso más marcados a medida que maduraba. Ariana pensaba que, si hubiera querido, podría haber sido modelo. Sin embargo, había estudiado Arquitectura y se había hecho famoso por su trabajo.

Aquella noche se había puesto un polo de color salmón, unos pantalones de pinzas y unos mocasines, y cumplía a la perfección con el estereotipo de los estudiantes ricos y guapos que visitaban la isla.

Sonrió a Ariana en cuanto la vio, y ella notó un cosquilleo en la espalda. Aunque lo había ocultado, Cam siempre había tenido aquel efecto en ella. No dejaba de pensar que la atracción que sentía por él era lo que le había empujado a tomar aquella decisión cuando estaban en el instituto.

Ariana se había preguntado a menudo si él se había aprovechado de aquel sentimiento. Sin duda, Cam tenía que haber notado que sus sentimientos no eran tan platónicos como daba a entender, ¿no?

De cualquier modo, él tenía cierto poder sobre ella, y ella lo lamentaba.

–Hola –le dijo, mientras él se levantaba de un asiento del vestíbulo, donde había estado esperando.

–Por fin te dejas ver –respondió él.

La abrazo y ella cerró los ojos mientras inhalaba su olor limpio. Claramente, su estancia en Mariners iba a ser más difícil de lo que había pensado. Después de todo el tiempo que llevaban alejados, después de todas las cosas que ella se había repetido una y otra vez, después de haberlo evitado durante años, Ariana esperaba sentir más distancia emocional cuando lo viera.

Pero esa distancia se esfumó al instante y la dejó en el mismo lugar en el que estaba hacía veinte años. Siempre había estado enamorada de Cam y eso no había cambiado.

–Tú también podías haber venido a la ciudad –le dijo, para responder a su tono de acusación.

–Estabas demasiado ocupada ascendiendo en tu trabajo como para que yo te molestara con una visita –dijo él, en broma. Después, se puso serio, y añadió–: Y luego conocí a Melanie, se quedó embarazada y ya sabes el resto de la historia.

Aunque Cam se encogió de hombros para aligerar algo el peso de aquellas palabras, había un vacío en sus ojos que antes no estaba allí.

–Supongo que la vida es así –dijo. Se giró hacia Ivy y le dio otro abrazo–. Tú también te has dejado ver muy poco últimamente, y eso que vivimos en una isla de dieciséis kilómetros de largo por ocho de anchura. ¿Dónde has estado?

–No quería entrometerme. Es importante que seamos respetuosos con Melanie.

—Entiendo que te hayas sentido así —dijo él, mientras la soltaba—. Ella no ha sido precisamente simpática con vosotras. Pero no creo que tengáis que preocuparos mucho más.

En aquel momento, el *maître* apareció para saludarlos y los llevó al comedor. Cuando se habían acomodado en su mesa, Ivy le preguntó:

—¿Qué quiere decir eso de que no vamos a tener que preocuparnos más por Melanie?

Él suspiró y se pasó los dedos por el pelo.

—Creo que no vamos a superarlo.

Ariana abrió mucho los ojos.

—¿Te refieres a vuestro matrimonio?

Él colocó sus cubiertos cuidadosamente.

—Lo que queda de nuestro matrimonio. Sí, me refiero a eso.

Ariana se quedó muda. Fue Ivy quien llenó el repentino silencio.

—Lo siento —dijo—. ¿Qué ha pasado?

—Es demasiado posesiva y está paranoica —respondió él—. Yo nunca le he sido infiel y, sin embargo, ella me mira el teléfono constantemente en busca de llamadas o mensajes de texto comprometedores. Se enfada si hablo con alguna de vosotras, se niega a que tenga amigas. Aparece en mi oficina al azar, con alguna excusa, para controlarme. Cuando llego a casa por las noches, dice que prefiero estar en la oficina con la chica a la que contraté, solo porque tengo que pasar allí mucho tiempo trabajando.

—No hay nada de verdad en eso... —dijo Ariana, dejando abierto el final de la frase.

—¡No! —exclamó él—. ¡Courtney solo tiene veinte años! Para mí es insultante, agotador y molesto tener que estar calmando a Melanie todo el tiempo. Y, ahora que han aparecido los restos de Emily Hutchins...

Ariana se puso tensa. Todavía tenía pesadillas sobre la posibilidad de que Cam hubiera tenido algo que ver con la desaparición de una niña de doce años cuando estaban en el instituto. Le sorprendió que fuera él quien mencionara el tema, y casi por casualidad. ¿Era aquello una buena señal, o la indicación de que era un psicópata?

—¿Melanie piensa que tú podrías ser el culpable de lo que pasó? A pesar de que Ivy y yo...

Ariana no se atrevió a terminar la frase.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por los rumores. Porque, en el pasado, yo fui uno de los sospechosos. Ella siempre me ataca con todas las armas que tenga a su disposición.

—Pero ahora ya no eres sospechoso... —dijo Ivy.

—No, que yo sepa.

—¿No has tenido noticias de la policía? —le preguntó Ariana.

—Han pasado por mi casa un par de veces —dijo él—. Pero solo a fisgar, a hacer unas cuantas preguntas. Tienen mucha presión para resolver ese caso, y yo lo entiendo. Pero, al verlos por casa, Melanie se asusta. Y a mí tampoco me gusta, claro. Lo último que quiero es que vuelvan a centrar la investigación en mí. Ya tuve bastante la primera vez. Pero ella solo consigue empeorar las cosas diciendo cosas raras.

—¿Como, por ejemplo...? —preguntó Ariana.

—Por ejemplo, que soy tan distante que, realmente, no me conoce. O que solo me casé con ella por Camilla y que, si no tuviéramos a la niña, yo la dejaría. Y la cosa sigue y sigue. Yo ya me estoy enfrentando a demasiadas dudas y sospechas como para no poder apoyarme en mi mujer

porque no confía en mí.

–Debe de ser difícil –dijo Ariana, asintiendo.

–Sí, exacto. Y hay otra gente en la isla, gente a la que conozco de toda la vida, que me está vigilando de cerca, como si yo fuera un lobo con piel de cordero.

Ariana se sintió culpable por ser una de las personas que dudaban de él. Cam siempre había sido un buen amigo. Ella había dejado que las dudas eclipsaran a los motivos que tenía para confiar en él. Aunque eso podía cambiar ahora que había vuelto a la isla. El hecho de sentirse segura a su lado le quitaría un gran peso de los hombros. Parecía que Cam era sincero, que se sentía torturado por lo que le había pasado a Emily Hutchins, y ella se sentía muy mal por lo que le estaba pasando a Cam.

¿Y si estaban en lo cierto en el instituto? ¿Y si él era completamente inocente y ellas habían impedido que las circunstancias lo convirtieran en otra víctima?

Ariana le tendió la mano instintivamente y sintió el mismo anhelo y la misma admiración de siempre cuando él se la tomó. Ivy hizo lo mismo y, un momento después, los tres estaban tomados de la mano en círculo.

–Estamos aquí para apoyarte –le dijo Ariana.

–Sería terrible que esto te costara tu matrimonio –dijo Ivy, con cara de consternación–. Sobre todo, porque la que más sufriría sería Camilla.

–He aguantado tanto tiempo por ella –dijo Cam–. Si Melanie y yo nos separamos, ella se la llevaría de la isla y a mí me resultaría difícil estar con mi hija. Pero, si me convierto en sospechoso de una investigación... Eso sería la muerte de mi matrimonio. No podría seguir aplacándola como hasta ahora si tengo que estar defendiendo mi seguridad, mi reputación y mi futuro.

–¿Ella no te da nada del amor y el apoyo que necesitas? –preguntó Ariana.

Él sonrió apagadamente mientras la camarera se acercaba a la mesa con las bebidas que habían pedido.

–Nuestro matrimonio empezó con dificultades, y todo ha empeorado con el tiempo –dijo.

A Cam le estaba pasando factura su situación. Ivy se daba cuenta. Había adelgazado, estaba pálido y sonreía forzadamente, de manera poco natural. Su buen amigo lo estaba pasando mal y ella se había mantenido alejada de él, diciéndose a sí misma que tenía el apoyo de su mujer, mientras ella intentaba averiguar cuál era su reacción a la noticia de que habían aparecido los restos de Emily Hutchins.

Tal vez, si hubieran descubierto el cuerpo en otro lugar, ella habría reaccionado de otra forma. Para ella era un gran disgusto que hubieran asesinado a la niña, pero lo que más la asustaba era que la hubiesen encontrado tan cerca del faro. Eso hacía que se cuestionara todo lo que había creído.

Se miró al espejo del baño mientras ordenaba sus pensamientos antes de volver a la mesa con sus amigos. Estaba disfrutando de aquellos momentos con Cam y Ariana, pero el pasado se cernía sobre ellos como si fuera una nube negra. ¿Era solo una coincidencia que Emily hubiera aparecido en aquel lugar?

Podría ser. La isla no era grande, y el faro era el sitio más apartado de todos. Si alguien quería esconder un cadáver, era un buen sitio para hacerlo, porque la arena y las hierbas ocultarían las huellas.

El que hubiera enterrado a Emily había cavado una fosa muy profunda; de lo contrario, los restos habrían aparecido mucho antes. Y, tal vez, sin el tremendo problema de erosión que estaba sufriendo la isla, nunca hubieran hallado a Emily.

Para cavar tanto en una sola noche hacía falta que un hombre fuera muy fuerte.

Cam siempre había sido fuerte.

Pero él no era la única persona capaz de cavar un agujero tan hondo. Debía tener en cuenta eso.

—¿Estás bien?

Ariana se asomó al baño, y ella abrió rápidamente el grifo para lavarse las manos.

—Sí, estoy bien.

Ariana no se marchó. Entró al baño.

—Me alegro de verte otra vez, Ivy. Yo... no me había dado cuenta de lo mucho que te echaba de menos.

—Y yo me alegro muchísimo de que hayas vuelto —le dijo Ivy.

Se sentía así por varios motivos. Echaba de menos la camaradería, pero, por otro lado, Ariana era la única persona, aparte de ella, que sabía lo que había ocurrido aquella noche. Las dos estaban atrapadas en la misma pesadilla, y eso significaba que ella no iba a estar sola aquel verano mientras se enfrentaba a las recientes novedades de aquel terrible conflicto.

Eso le proporcionaba cierto alivio y, al mismo tiempo, le causaba una preocupación aún mayor. ¿Y si llegaban a conclusiones diferentes sobre si lo que habían hecho estaba bien, y cómo iban a continuar desde aquel momento?

Ariana se encontró con su mirada en el espejo.

—Siento que... Lo siento.

Ivy interpretó que se arrepentía de haber evitado a todo el mundo que estuviera relacionado con los recuerdos de aquel día.

—¿Has vuelto por lo que ha encontrado la policía? —le preguntó, con un hilo de voz.

—Tiene que ser una parte del motivo, porque, si hubiera podido, os habría dado la espalda a ti, a Cam, a la isla entera, con tal de poder mirar al futuro sin más sentimiento de culpabilidad ni incertidumbre.

—Espero que no lo digas en serio —respondió Ivy.

—Necesitaba un descanso. Necesitaba la oportunidad de poder olvidar el pasado y lo que hicimos.

—¿Crees que tú eres la única que ha estado luchando contra todo eso?

—No lo sé. Da la sensación de que para ti ha sido más fácil que para mí.

—Puede que lo parezca desde la distancia. Tú has tenido mucho cuidado de mantenerte alejada, pero yo sigo viviendo aquí. No puedo esquivar a Cam, ni abstraerme de las habladurías sobre Emily Hutchins, ni aunque quiera.

Ariana asintió.

—Es cierto. Te pido perdón otra vez. Estoy completamente perdida, Ivy. De verdad, no sé qué hacer. Cuando pienso en cómo nos ocupamos del asunto... ¡a los dieciséis años! Y con qué facilidad podríamos habernos equivocado. Me preocupa mucho que estemos negando a los seres queridos de Emily la justicia y la posibilidad de ponerle punto y final a la tragedia.

Ivy cerró el grifo del lavabo.

—Entonces, ¿por qué no has hablado nunca?

—He estado a punto de hacerlo muchas veces, pero, en cuanto decidía que tenía que hacerlo,

pensaba en Cam. Lo que yo dijera podía servir fácilmente para que lo metieran en la cárcel de por vida, fuera culpable o no. La policía no siempre acierta. ¿Sabes a cuánta gente inocente han absuelto estos diez últimos años gracias a las pruebas de ADN?

—No —respondió Ivy, mientras se secaba las manos con una toalla de papel—, pero supongo que demasiada.

—Sí, tienes razón. Lo he buscado en internet, y han liberado a más de cuatrocientas personas gracias a las pruebas. ¡Veintiún hombres estaban en el corredor de la muerte! Y la policía de aquí... No creo que haya habido ningún otro asesinato en la isla que no estuviera relacionado con la violencia de género o con una pelea de borrachos, casos fáciles y rápidos de resolver.

—Pero, si no confiamos en la justicia, ¿qué vamos a hacer? ¿Nos quedamos calladas con la esperanza de haber hecho lo que debíamos? ¿O se lo contamos todo a la policía y confiamos en que hagan bien su trabajo?

—Esa es la pregunta del millón, ¿no?

Ivy tiró la toalla de papel a la papelería. Y ella que tenía la esperanza de que no hablaran del pasado... Ariana acababa de llegar a la isla, era su primera noche, y ya habían abordado el tema.

—¿Crees que fue él, Ariana?

—No. Si lo creyera, ya habría hablado.

—¿Aunque hayan encontrado el cuerpo en el faro?

En el faro, donde ellos tres estaban de fiesta, más temprano, aquella misma noche. Era toda una coincidencia. Cuando Cam las había acompañado a las dos a casa de Alice, donde iban a dormir, había dicho que se iría a casa directamente. Sin embargo, cabía la posibilidad de que hubiera vuelto al faro. Sus padres salían de la isla muy a menudo, o se emparejaban con otra persona para vengarse el uno del otro después de alguna de sus frecuentes peleas. Lo dejaban sin supervisión durante largos periodos de tiempo. De hecho, estaba tan falto de seguridad y amor que muchas veces entraba al dormitorio de Ivy por la ventana para dormir en el suelo y no tener que estar solo.

—El faro es el lugar al que iría cualquiera de esta isla que quisiera ocultar un cadáver —dijo Ariana.

—Sí, yo también pienso eso —respondió Ivy.

Ariana suspiró.

—Ahora que soy una adulta, tenía la esperanza de poder entender todo esto. Creía que, mirándolo todo con otros ojos y con menos subjetividad, sería diferente. Pero...

—¿Pero?

—Las cosas no han cambiado —respondió Ariana.

Después, Ivy la siguió hacia el comedor, de vuelta a su mesa.

Capítulo 3

En cuanto Ariana se despertó a la mañana siguiente, se arrepintió de haberle dicho a Ivy que hubiera preferido alejarse para siempre de ella, de Cam y de la isla. Su amiga era la última persona a la que quería hacer daño, pero ella estaba tan desesperada por liberarse del cargo de conciencia que la torturaba tanto, que no le importaría alejarse de todos los que formaban parte de su vida.

Sin embargo, Ivy no había hecho nada malo, por lo menos, nada en lo que ella no hubiera estado de acuerdo ni hubiera hecho también.

Por el sonido de los cacharros de la cocina, se dio cuenta de que su abuela ya se había levantado. Alice siempre había sido muy madrugadora. Ella también, cuando trabajaba, pero aquella noche casi no había dormido. Había tenido sueños inquietantes de Cam, de la época en que lo había conocido en el instituto y del momento presente. Ella pensaba que, después de dos décadas de crecimiento personal, en la edad adulta, sería capaz de enfrentarse con solvencia a lo que la estuviera esperando en la isla. Cuando estaba en la ciudad, todo le parecía distinto, mucho más claro.

Sin embargo, ahora que estaba de nuevo en casa, tan cerca de todo, no podía mantener la misma perspectiva. Las líneas empezaban a desdibujarse y ya no era capaz de ver dónde debían trazarse.

Suspiró y tomó el teléfono de la mesita de noche para mirar la hora. Eran las siete de la mañana. Necesitaba dormir una hora más, pero, en vez de tratar de conciliar el sueño, se puso a navegar por internet en busca de artículos sobre Emily Hutchins.

Hallan un cuerpo en la zona del faro.

Descubiertos los restos de una niña en el marco de la investigación de un antiguo caso.

El primer gran misterio de Mariners Island.

¿Hay un asesino suelto en Mariners?

¿Qué le ocurrió a la niña de doce años Emily Hutchins?

Aquellos eran los titulares que le mostró el buscador, pero ella ya los había visto y no quería volver a leer aquellos artículos. Estaba buscando información nueva, algo que pudiera arrojar algo de luz sobre el caso, pero no encontró nada de eso.

Estaba a punto de dejar el teléfono cuando recibió un mensaje de texto de Bruce Derringer.
¿Has llegado sana y salva?

A aquellas horas de la mañana, él estaría yendo a trabajar en metro. Ella había roto su relación al dejar la editorial, en la que él tenía un puesto ejecutivo, y no esperaba volver a tener noticias suyas.

¿Debería contestar?

No quería retomar la comunicación con él, porque solo iba a conseguir que la ruptura fuera más difícil. Desde el principio, ella le había dicho que no quería mantener ninguna relación sentimental, pero él se había esforzado tanto en conseguir su atención que, al final, una cosa había llevado a la otra, y habían terminado durmiendo juntos.

—¿Por qué no puede haber nada que sea fácil? —murmuró, y le escribió una respuesta: *Sana y salva, gracias*.

Te echo de menos, respondió él.

Ella decidió ignorar aquel mensaje. No era por dureza, porque lamentaba de todo corazón haberle hecho daño. Sin embargo, con una respuesta cortés y distante no iba a satisfacer a Bruce y si, por el contrario, le decía que también lo echaba de menos, él se haría ilusiones. Qué irónico que ella hubiera mantenido una relación con alguien a quien solo consideraba un amigo y, sin embargo, hubiera mantenido una larga amistad con el único hombre del que había estado enamorada.

Tal vez no hubiera sido así si Cam hubiera demostrado algún interés romántico por ella. Sin embargo, desde que se habían conocido, él siempre había hablado de las chicas que le atraían y con las que quería salir, y de cómo eran las cosas de su vida amorosa, sin que ella fuera una candidata. Y ella nunca le había contado a nadie lo que sentía, ni siquiera a Ivy, por si Ivy se lo decía a Cam o, peor aún, por si estaba ocultando el mismo secreto. ¿Para qué iba a arriesgarse a que se deteriorara la amistad que tenían los tres?

Por lo menos, quería seguir conservando la pequeña parte que le daba Cam de su corazón. Así pues, también era irónico que se hubiera esforzado tanto por mantenerse a distancia de él durante todos aquellos años. No era solo por la angustia y la confusión que había sentido desde la noche de la desaparición de Emily Hutchins. La otra causa era la decepción de saber que se había casado con Melanie y que no había posibilidad de que su amistad se convirtiera en algo más.

Pero, ahora, tal vez Melanie y él se separaran... Ojalá Cam no se lo hubiera contado. El hecho de saber que iba a quedarse soltero de nuevo reavivaba su interés por él y, si ella había vuelto a Mariners, era para cerciorarse de que había hecho lo correcto hacía veinte años, no para enamorarse más de Cam, cuando ni siquiera sabía si podía confiar en él.

Por fin, dejó el teléfono en la mesilla y se tapó con la manta. Quería dormirse de nuevo para poder enfrentarse a aquel nuevo día. En parte, se sentía muy contenta de haber vuelto a casa. Había echado mucho de menos estar en Mariners. Aparte de Nantucket y Martha's Vineyard, no había un sitio igual, y ella había tenido la inmensa suerte de criarse allí.

Sin embargo, sabía cuál iba a ser el tema de conversación de todo el mundo: Emily Hutchins. La mayoría de los habitantes de la isla habían insistido en que quien se había llevado a la niña había sido un turista. No querían creer que uno de ellos hubiera podido cometer semejante atrocidad.

Y tal vez tuvieran razón. Había sucedido un cinco de julio, en pleno apogeo de la temporada turística. Aunque en la isla solo había doce mil habitantes durante todo el año, en verano la cifra aumentaba hasta ochenta mil residentes, o más.

«Duerme». Cerró los ojos y trató de bloquear el ruido que estaba haciendo su abuela en la cocina. Sin embargo, unos segundos después, empezó a oler a beicon. Alice estaba preparándole el desayuno. La noche anterior, Ariana había llegado a casa después de que su abuela se acostara, así que aún no la había visto, y decidió levantarse y bajar a decirle hola.

Ariana bostezó, apartó las sábanas y se levantó. Estaban a principios de junio y el día anterior

había sido maravilloso, pero en Mariners el tiempo era muy cambiante, así que se puso unas mallas, una sudadera y las zapatillas. Bajó las viejas escaleras, que crujieron bajo sus pies. Su abuela seguía viviendo a una manzana de Hazel, la abuela de Ivy, que era la misma casa donde ahora vivía su amiga. Sin embargo, Alice nunca había reformado la casa como había hecho Hazel. Salvo por las cosas básicas, como cambiar algunos de los pomos de las puertas, la electricidad o la fontanería, la casa estaba exactamente igual que cuando fue construida, a principios del siglo XIX.

—Hola, abuela —dijo, al entrar en la cocina.

—¡Ah! Aquí estás —exclamó su abuela; dejó sobre la encimera las pinzas que utilizaba para darle la vuelta al beicon y abrazó a Ariana—. ¿Qué tal estás, cariño? ¿Te lo pasaste bien anoche con Ivy y Cam?

—Sí. Siento mucho haber llegado tan tarde. Quería llegar antes de que te acostaras, pero...

—Lo entiendo —dijo Alice—. Hace mucho tiempo que no los veías. Y, seguramente, Cam necesitaba estar con vosotras. Me imagino lo que estará pasando estos días.

Ariana se apoyó en la encimera mientras su abuela seguía friendo el beicon.

—¿A qué te refieres?

—Ya te habrás enterado de que han encontrado los restos de esa pobre niña...

—Sí, pero todo el mundo sabe que Cam no tuvo nada que ver con lo que le pasó a Emily. Esa noche estaba con Ivy y conmigo.

Lo que había dicho era cierto. Cam, Ivy y ella habían estado juntos aquel viernes. Pero solamente hasta las diez. Según lo que había averiguado la policía hasta aquel momento, Emily no había desaparecido de la casa de veraneo que había alquilado su familia, y que estaba cerca de la de Cam, hasta las diez y media.

¿Sabía su abuela que ellas habían dicho que estuvieron con Cam hasta las once para protegerlo?

Era una posibilidad. Ariana y Ivy estaban pasando aquel fin de semana en casa de Alice. Alice se había encargado de Ariana cuando era pequeña y estaba en preescolar, porque su madre, Bridget, no era responsable en ese momento, y su padre era un turista escocés que solo había pasado un mes en la isla. Cuando su madre conoció a Kevin, su padrastro, y se casó con él, se hizo cargo de sus dos hijos y se volvió responsable. Entonces, Kevin había adoptado a Ariana y ella se había ido a vivir durante varios años con ellos. Sin embargo, cuando estaba en segundo curso del instituto, Kevin y su madre habían decidido marcharse a vivir fuera de la isla para empezar de cero. En lugar de obligar a Ariana a ir con ellos y separarla de todos sus amigos, Bridget había permitido que volviera a vivir con Alice.

Ariana se había preguntado a menudo si Alice recordaba a qué hora habían vuelto Ivy y ella aquella noche de hacía veinte años. Su abuela todavía estaba despierta, viendo la televisión. Si se acordaba, nunca había dicho nada.

Tal vez ella también quería proteger a Cam.

O se había mantenido en silencio para protegerla a ella...

—Pero todavía hay habladurías —le dijo Alice—. La gente anda diciendo que tal vez la niña desapareciera más tarde de lo que se pensó en un principio. Ese tipo de cosas.

No era de extrañar que Cam pareciera tan conmovido. Si la cronología de los hechos cambiaba tan solo treinta minutos, él ya no tendría coartada.

—Con suerte, ahora que tienen los restos, conseguirán pistas para encontrar al culpable —dijo Ariana.

–Ojalá. Pero las posibilidades de conseguir muestras de ADN después de tanto tiempo...

–Sí, ya lo sé –dijo Ariana, y empezó a poner la mesa–. ¿Quieres que haga las tostadas?

–No, he hecho unas galletas que están en el horno –dijo Alice–. Y hay una mermelada de frambuesa deliciosa que preparé el verano pasado.

–Suenan maravillosos –dijo Ariana.

Al poco tiempo estaban sentadas en la mesa del pequeño patio de su abuela, desayunando huevos, beicon, croquetas de patata y galletas con mermelada. Pero Ariana casi no podía saborear la comida. Por la forma en que Alice había sacado a relucir el caso de Emily, empezó a pensar que su abuela sabía que Ivy y ella estaban mintiendo sobre aquella noche.

Melanie no respondía.

Cam frunció el ceño mientras colgaba, tras dejar otro mensaje. Llevaba intentando hablar con ella desde que había llegado a casa después de cenar con Ariana y con Ivy. Ella tenía que haber visto sus mensajes y sus llamadas. Pero Melanie hacía eso algunas veces, a propósito, para preocuparlo y castigarlo por sus muchos defectos como marido. Le encantaba angustiarlo; pensaba que era la mejor forma de que demostrara que ella le importaba.

Él entendía que su mujer tenía necesidades que no iba a poder satisfacer, aunque lo hubiera intentado, sobre todo, al principio de su matrimonio. Ahora, se limitaba a hacer la vista gorda con respecto a los jueguecitos a los que jugaba Melanie. Si no hiciera eso, estarían peleándose todo el tiempo, y él no quería que Camilla se criara en un ambiente tan hostil.

Sin embargo, aquella manipulación constante hacía que se sintiera como una marioneta. La madre de Melanie le habría llamado si ellas no hubieran llegado sanas y salvas, así que él sabía que estaban bien. Pero, si asumía eso y dejaba de llamar, Melanie lo acusaría de que no quería a su hija. Le diría que a él no le hubiese importado que el avión cayera en picado al océano o que, como de costumbre, había puesto su trabajo por delante de ellas dos.

Cualquier hombre querría escapar de una mujer como Melanie. Él adoraba a su hija, pero su mujer conseguía que incluso aquella relación fuera difícil. Utilizaba a Camilla para manipularlo cada vez que quería algo pero, a la vez, lo trataba como si no hiciera nada bien con la niña y no se apartaba de ellos para dirigir todas las acciones y todas las palabras.

Sinceramente, su estudio se había convertido en una vía de escape. Cuanto más conseguía, más se concentraba en su profesión. Era la única forma que tenía de sentirse capaz.

–¿Ocurre algo?

Alzó la vista y vio a Courtney en la puerta de su despacho. Rápidamente, cambió la expresión de su rostro para no revelar la desesperación que sentía.

–No, nada –respondió–. Solo estaba... pensando. ¿Qué querías?

–Siento interrumpirle –dijo la muchacha–, pero ha venido a verlo un hombre. Dice que es detective privado.

Cam se irguió en su silla. Que un detective privado fuera a su despacho era algo nuevo. Tuvo el horrible presentimiento de que, en aquella ocasión, la investigación no iba a quedar en nada como la vez anterior, lo cual significaba que, por muy mal que se sintiera en aquel momento, su vida podía empeorar.

–¿Te ha dado su tarjeta?

–No, pero me ha dicho que se llama Warner Williams y que lo ha contratado la familia Hutchins.

Él no había hablado del caso con Courtney, pero, obviamente, ella sabía lo que estaba ocurriendo. Todo el mundo lo sabía. Se avergonzó al imaginarse lo que estaría diciendo la gente y lo que, seguramente, habría oído su recepcionista.

Pero no podía distraerse con eso. Había un detective privado esperándolo en el vestíbulo.

Warner Williams. Cam nunca había oído hablar de él, pero estaba seguro de que era muy bueno en su trabajo. Él había visto la página web de GoFundMe que había publicado la familia de Emily para recaudar fondos que les permitieran investigar el caso. La última vez que había entrado, ellos habían recibido donaciones por valor de ciento veinte mil dólares, en parte, gracias a la atención que estaban dedicándoles los medios de comunicación.

Estaban haciendo un trabajo muy bueno para mantener la presión sobre la policía.

Era muy inteligente por su parte. Para ellos.

Para él, podría ser desastroso.

No quería hablar con aquel hombre, no quería correr el riesgo de cometer algún error. Pero, si se negaba, parecería culpable y, si no tenía cuidado, se convertiría en el único objeto de la investigación. Además, no estaba convencido de que pudiera seguir contando con que Ivy y Ariana lo protegieran. Después de todo, mentirle a la policía era ilegal y también las ponía en peligro a ellas.

—Que pase.

—De acuerdo.

Parecía que Courtney era tan reacia como él, pero desapareció un instante y volvió acompañada por un hombre gigantesco, de más de un metro ochenta de estatura y ciento treinta kilos de peso.

—¿Señor Stafford? —preguntó Williams. Llevaba botas de piel de serpiente, cuyo tacón añadía unos cinco centímetros más a su altura, unos pantalones vaqueros rígidos, una camisa abotonada hasta el cuello y un sombrero de cowboy.

—¿Sí? —dijo Cam.

El detective se adentró en el despacho.

—Soy Warner Williams, de Abilene.

—Abilene...

—Texas.

—Sí, sé que Abilene está en Texas. Es solo que... me asombra que venga desde tan lejos.

Seguramente, tenía que haber buenos detectives privados más cerca de la costa este...

—Reconozco que estoy un poco fuera de lugar en una isla tan lujosa como esta —dijo el detective, con una sonrisa—, pero yo voy allá donde me llama el deber.

Cam señaló una de las butacas que había frente a su escritorio.

—¿Qué puedo hacer por usted?

El señor Williams no se sentó. Empezó a caminar por la habitación, examinando los premios y los recortes de revista que había enmarcados y colgados por las paredes. Eran galardones por algunos de los edificios que él había proyectado.

—He oído decir que es usted el mejor para diseñar una casa.

De niño, Cam nunca había imaginado que pudiera llegar a ser arquitecto. Se le daba bien dibujar, y llenaba cuadernos con personajes de videojuegos y de Marvel. Sin embargo, su padre, que en la actualidad vivía en Italia con su madre, le había obligado a especializarse en Informática durante los estudios preuniversitarios en la Universidad de Nueva York y, después, a empezar a trabajar con él. Como Elon Musk, Jack había ganado millones de dólares durante los

primeros tiempos de internet y había sabido ver que todavía quedaban muchas oportunidades en el futuro, así que no le había sentado nada bien que su hijo le dijera que no tenía interés. Estaba contento yéndose de juerga y saliendo con sus amigos mientras estudiaba.

Sin embargo, cuando a su compañero de habitación, Eddie Schultz, a quien había conocido en el primer curso, le diagnosticaron un cáncer, él se tomó un semestre libre para ayudarlo y cuidarlo durante el tratamiento y, durante ese tiempo, aprendió a manejar el programa AutoCAD 2D de manera autodidacta, porque tenía la intención de construirse la casa de sus sueños algún día.

Al darse cuenta de que se le daba muy bien manejar aquel programa, de que los conceptos espaciales eran algo intuitivo para él y de que podría ganarse la vida dibujando con un ordenador, se enganchó. Cuando conoció a Melanie y ella se quedó embarazada, Eddie se había curado del cáncer y estaba viviendo en Virginia con su mujer y sus dos hijos, y él ya se había licenciado en la carrera de Arquitectura y había fundado su estudio en la isla.

—Yo me crie aquí —le dijo a Williams—. Conozco perfectamente Mariners, Martha's Vineyard y Nantucket, y los estilos arquitectónicos que funcionan mejor en cada una de ellas, tanto funcional como estéticamente.

—Vaya trabalenguas —respondió el detective—. Pero creo que todo esto se puede resumir en que, habiéndose hecho tan conocido, gana usted mucho dinero.

El señor Williams no le pareció especialmente inteligente ni astuto. Más bien, por su actitud, parecía un poco lento, pero él se dio cuenta de que era algo impostado. Sin embargo, aunque el detective no estuviera haciendo un esfuerzo consciente por parecer inofensivo, Cam sabía que no debía subestimarle. Si la familia de Emily había contratado a un detective del otro lado del país y le estaba pagando una buena suma de dinero, era por un buen motivo.

—Disculpe —le preguntó—, pero ¿por qué tiene esto alguna relevancia?

—Solo digo que le ha ido muy bien desde que Emily desapareció.

Aquella respuesta molestó a Cam más, incluso, que la referencia a sus ingresos.

—Pero... eso son dos cosas que no tienen ninguna relación.

—Ah, sí, lo sé —dijo el detective—. Es solo que resulta agradable ver su éxito. El recepcionista del hotel en el que me alojo me comentó que está tan ocupado que tiene una lista de espera de un año.

¿Por qué estaba hablando de él con el recepcionista del hotel? Aquella isla era muy pequeña y las noticias se sabían inmediatamente. La más mínima insinuación de que él era el culpable de lo que le había sucedido a Emily podría perjudicar su reputación y su negocio. Sin embargo, a los que investigaban el caso no les importaba que pudieran destrozarle la vida, de manera merecida o innecesaria, con tal de conseguir justicia.

—Tengo la suerte de que hay mucha demanda en mi campo laboral —respondió, con sencillez.

Warner Williams enarcó las cejas, como si no esperara una respuesta tan humilde. Después, se quitó el sombrero, dejando a la vista una maraña de pelo gris, dejó el maletín en el suelo y se sentó.

—Voy a dejarme de rodeos, señor Stafford —dijo—. Es la familia de Emily quien me ha contratado, así que es posible que no me considere un amigo.

—Tampoco lo considero un enemigo —respondió Cam—. Yo también quiero que se descubra la verdad, puesto que no hice nada malo.

Williams lo observó un instante, como si estuviera tratando de dilucidar si eso era cierto.

—Por lo que he leído en el informe policial, usted estaba en el faro la noche que desapareció la

niña. ¿Es cierto?

—Sí, estuve allí un rato con dos amigas.

—¿Por casualidad vio a Emily?

—No, en el faro, no.

—¿Dónde la vio, si no le importa que se lo pregunte?

Sí, sí le importaba. Lo habían interrogado tantas veces que ya solo repetía lo que había dicho antes. Pero tenía que fingir que no le importaba o solo conseguiría levantar más sospechas.

—En mi casa, más temprano, esa misma noche.

Williams se sacó una libreta y un bolígrafo del bolsillo de la camisa y comenzó a tomar notas.

—¿A qué hora fue eso?

Cam reprimió la impotencia y la frustración para que no lo dominaran y respiró profundamente.

—Más o menos, a las cinco y media. Su familia estaba pasando las vacaciones en una casa de alquiler que había un poco más abajo de donde yo vivía con mis padres. Vino a pedir ayuda porque se había quedado fuera de casa sin llaves.

—¿Y cómo ocurrió eso?

—Me dijo que sus padres habían ido a pasar el día a Boston porque tenían una reunión especial de la iglesia de su padre, y que ella había dejado a su hermana mayor, Jewel, en la playa. Al volver sola a casa, se había dado cuenta de que Jewel había cerrado con llave al salir.

Williams levantó la vista de la libreta.

—¿Pudo ayudarla?

—Sí. Fuimos juntos hasta su casa y buscamos alrededor de la puerta principal por si había una llave de repuesto. No la vimos, así que fuimos a la parte trasera de la casa para ver si encontrábamos la forma de entrar.

Williams frunció los labios con consternación.

—¿Por qué no entró en su casa y llamó a su madre?

—No lo sé. Ella no me pidió eso, y yo no se lo ofrecí. Solo la seguí por la calle y, entre los dos, intentamos abrir todas las puertas y las ventanas de la casa, hasta que descubrí que la del baño no estaba cerrada por dentro.

Williams se guardó la libreta y se puso el maletín en el regazo. Lo abrió y sacó una fotografía. La dejó sobre la mesa y la deslizó hacia él.

—¿Era esta ventana?

Cam intentó bloquear la avalancha de recuerdos para no mostrar ninguna señal de angustia mientras miraba la fotografía.

—Sí, es esa —dijo, con calma, y se la devolvió al detective.

—Me parece usted un hombre de buen tamaño. No creo que pudiera entrar por esa ventana.

—No, pero la levanté en brazos y ella consiguió entrar a gatas.

—¿Esa fue la última vez que la vio?

—No. Cuando me marchaba a casa, vino detrás de mí para decirme que había encontrado una llave de repuesto en la encimera de la cocina. Quería que yo la ayudara a esconderla en un buen sitio para no volver a quedarse sin forma de entrar.

—¿Y lo hizo?

—Sabía que solo iba a tardar un minuto, así que fui con ella. Estábamos metiendo la llave debajo de una piedra, al lado del arriate delantero, cuando Jewel volvió de la playa.

—¿Jewel lo vio a usted escondiendo la llave?

–Sí.

Ese era el motivo por el que él se había visto implicado. Era una de las últimas personas que había visto a Emily con vida. También sabía cómo entrar en la casa sin forzar puertas ni ventanas.

–Le dijimos lo que había ocurrido y lo que estábamos haciendo.

–¿Y qué respondió ella?

–No mucho –dijo Cam, encogiéndose de hombros–. Nada importante que yo recuerde.

–Ah. Y, entonces, ¿usted se marchó?

–Sí –contestó Cam.

Pero no añadió que estaba deseando marcharse. Jewel, que en ese momento tenía dieciséis años, lo había invitado a casa a tomar un *brownie*, supuestamente, para agradecerle que hubiera ayudado a su hermana pequeña. Sin embargo, le había dejado claro que le resultaba muy atractivo y, aunque él pudiera tener interés en el *brownie*, la chica no le interesaba. En vez de aceptar, había evitado una situación incómoda diciéndole que tenía que irse.

–¿Y nunca volvió a ver a Emily? –le preguntó Williams.

Cam mantuvo la mirada del detective, pero no le resultó fácil.

–No, no volví a verla –dijo, mintiendo.

Capítulo 4

—¿Nunca has tenido la tentación de decírselo a alguien?

Ariana sabía lo que le estaba preguntando Ivy sin necesidad de pedirle una aclaración. Habían pasado más de veinte años desde el incidente, pero ellas rara vez habían hablado de ello. Y por un buen motivo. Era como una granada de mano y estaba mejor enterrada, olvidada, para que nadie pudiera tirar de la anilla.

Sin embargo, si ella estaba teniendo dudas en aquel momento, era posible que Ivy, también. Y, si eso era cierto, Ivy podía hacer algo con lo que ella no estuviera de acuerdo. Hasta el momento, no se le había ocurrido la mejor manera de proceder, pero, al mismo tiempo, no quería que nadie tomara decisiones en su lugar.

—Sí —dijo.

Habían quedado en Buy the Book, una librería muy conocida del centro del pueblo, hacía casi dos horas, y después habían ido a la playa. Estaban sentadas en la arena, mirando hacia el Atlántico. Normalmente, Ivy trabajaba durante los días de diario, pero aquel viernes, cuando llamó para decir que podía pedirle que la sustituyera a uno de los voluntarios que trabajaba en la biblioteca los fines de semana, Ariana había accedido a que se vieran. Aunque hubiera rehuido a Cam y a Ivy durante aquellos últimos años, había vuelto a Mariners, y la isla era el lugar de siempre, con la gente a la que siempre había querido.

Además, aunque había pasado la mañana ayudando a su abuela a organizar la buhardilla, estaba deseando escabullirse desde que había tenido la impresión de que Alice sabía lo que habían hecho Ivy y ella por Cam. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más ganas tenía de echarse a llorar y confesarlo todo.

Ivy se había quedado tensa al oír la respuesta.

—¿Has tenido la tentación o se lo has dicho a alguien? —preguntó, en un tono de temor que le recordó a Ariana que estaban juntas en aquello.

—He tenido la tentación —dijo Ariana, mirando a su amiga de reojo—. ¿Y tú?

—Supongo que yo también he tenido la tentación. Sería muy agradable poder quitarse ese peso de los hombros, poder contarle a alguien, especialmente a las autoridades, ese terrible secreto, y que me dijeran que hicimos lo correcto. No tendríamos que preocuparnos más. Pero no estoy segura de que fuera así.

Ivy se ciñó el chal alrededor de los hombros. No hacía tanto calor como para bañarse ni para ponerse en traje de baño a tomar el sol. Corría una brisa fresca del mar, un viento que les agitaba la ropa y mecía las hierbas que había tras ellas.

—Además, ¿a quién iba a decírselo? Yo no me fui de la isla, como tú. Aquí todos nos conocemos, y Cam se ha hecho tan famoso por su trabajo que es más conocido que nadie.

Ivy tenía razón. Aparte de la gente rica que iba a la isla durante el verano, tenían a un par de

escritores y a una actriz ya mayor que vivían en Mariners, pero Cam era casi más famoso que ellos.

—Sí —dijo Ariana—. Cualquier cosa escandalosa, sobre todo si es algo sobre él, se extendería por la isla como la pólvora.

Sin embargo, en Nueva York no era así. Allí nadie conocía a Cam, aparte de, quizá, algunos de los que formaran parte del selecto círculo de la arquitectura. Cuando ya no echaba tanto de menos la isla y se había adaptado a su nueva vida, quiso confiar en alguien. Pensó que hablando de ello con un psicólogo podría ayudarla a sobrellevar el sentimiento de culpabilidad; lo habría hecho de no ser porque temía que un profesional médico estuviera obligado legalmente a notificárselo a las autoridades. Y también cabía la posibilidad de que aquella persona a la que se lo contase lo considerara una obligación moral, aunque no fuese legal.

Por si acaso, había decidido no confiar en nadie, ni siquiera en un psicólogo. Sin embargo, cuando había empezado a salir con Bruce, había pensado en que podía decírselo. Era una de las personas más inteligentes que había conocido, había leído muchísimo, era comedido y bondadoso. Incluso cuando ella había roto su relación, él lo había aceptado con serenidad. Si había alguien que podía darle un consejo sensato sobre un dilema tan peliagudo, era él.

El motivo por el que no había dicho ni una palabra era el riesgo de que él la mirara como si nunca la hubiese conocido, como si fuera reprobable hacer algo tan poco ético. Seguramente, Bruce habría sido comprensivo con una decisión que ella había tomado a los dieciséis años. Cuando había mentido por Cam no era más que una niña, pero había mantenido el secreto durante muchos años cuando ya era adulta. Eso era lo que, seguramente, le parecería reprochable a Bruce.

Y, tal vez, ella se lo mereciera. Así pues, había vuelto a casa para tratar de arreglar lo que había hecho.

Pero, al ver a Cam, las dudas y la confusión habían vuelto a inundar su mente como una marea viva. ¿Cómo iba a traicionarlo? Como Ivy y como ella, Cam era poco más que un niño cuando Emily había desaparecido. Y ella no creía que él fuera capaz de hacerle daño a nadie, y menos a una niña pequeña, ¿verdad?

—Pensé que, si le contaba a alguien lo que sabía, tal vez pudiera ayudarme a verlo desde una perspectiva mejor —le confesó a Ivy—. Había un hombre en mi trabajo... Doce años mayor que yo. Divorciado. Callado y reflexivo. Me pareció que él era un buen candidato por su sensatez, pero...

—¿No llegaste a contárselo?

—No, porque, entonces, lo habría puesto exactamente en la misma situación en la que estamos nosotras: intentando averiguar cómo seguimos adelante en medio de esta pesadilla.

—¿Y quién era ese hombre?

—Alguien de mi editorial. Bruce Derringer.

—Lo mencionaste una vez por teléfono. Es el hombre con el que has salido estos dos últimos años, ¿no?

No recordaba aquella conversación. La mayor parte de las veces no respondía a las llamadas de Ivy y, cuando lo hacía, procuraba colgar lo antes posible. El mero hecho de oír la voz de su amiga reavivaba todas sus dudas y su confusión.

—Sí.

—¿Ya no estás con él?

—Rompí con Bruce cuando dejé el trabajo.

—¿Por qué?

Ariana observó a una gaviota que paseaba por la playa, hurgando en busca de insectos o moluscos.

—Era muy agradable y nos llevábamos muy bien, pero yo nunca lo quise como debería haber hecho.

Ivy se apretó la coleta. Las dos llevaban el pelo igual de largo, pero Ivy lo tenía negro, elegante, hermoso, en lugar de la mezcla de reflejos rubios y castaños claros de ella.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Se quedó decepcionado. A él le hubiera gustado que la relación continuara. Pero... no creo que se sorprendiera mucho al saber que yo no tenía unos sentimientos tan fuertes.

—Entonces, ¿no vas a volver con él nunca?

—No. Ahora que ya no trabajamos en la misma empresa, no.

Ivy tomó un puñado de arena y dejó que se filtrara entre los dedos.

—¿Qué vas a hacer cuando termine el verano? ¿Estás pensando en quedarte aquí?

—Sí, me lo estoy pensando. Tal vez un par de años. Alice se está haciendo mayor, y no me gusta que esté sola, sobre todo, en invierno.

—¿Y tu apartamento? ¿Vas a seguir pagándolo?

—No, lo dejé y mandé todas mis cosas a un almacén, que es mucho más barato.

—Bien hecho. Me encantaría que te quedaras. Pero ¿en qué vas a trabajar? ¿O ahora eres tan rica que puedes mantenerte sin trabajo? —bromeó Ivy.

—No, no soy rica, pero sí tengo algo de dinero ahorrado, lo suficiente para mantenerme hasta que encuentre algo. Sé que podría tardar una temporada en encontrarlo, porque en la isla no hay muchos trabajos.

—Siempre puedes trabajar como editora independiente —dijo Ivy—. O escribir un libro. Lo has mencionado en algunas ocasiones.

—Lo estoy pensando.

—Y, aunque todavía no estés preparada para escribirlo, sí hay muchas oportunidades de encontrar trabajo para el verano —dijo Ivy—. De todos modos, me resulta raro que dejaras la editorial. Creía que te gustaba mucho.

—Me gustaba, pero necesitaba un cambio.

—¿Y Bruce tuvo algo que ver con tu decisión de volver?

—Hasta cierto punto, sí. Sabía que, si no dejaba la editorial y me marchaba de la ciudad, seguiría saliendo con él. No hay nada malo en Bruce, nada que no me guste. Es solo que... no estaba enamorada, y no quería despertarme un día casada y con la sensación de que, en realidad, no había elegido mi futuro.

—Podías haberte ido a Chicago, o a otro sitio, si solo estabas intentando distanciarte de Bruce.

—Tenía que venir aquí. Al saber que habían encontrado el cuerpo de Emily, se me abrieron los ojos, y me di cuenta de que estaba... a la deriva, intentando evitar el pasado sin avanzar hacia el futuro.

—Será interesante ver lo que ocurre mientras estás aquí —dijo Ivy.

—¿Interesante?

Ivy sonrió tímidamente.

—Bueno, más bien, espantoso.

—Sí, puede ser —dijo Ariana.

Ivy se puso seria.

–Pase lo que pase... prométeme una cosa.

–¿Qué?

–Que, si decides confesar la verdad, me lo dirás antes. Creo que... creo que lo justo es que tomemos una decisión tan importante entre las dos.

Ariana pensó que le debía aquello a Ivy. Probablemente. Pero también sabía que sería mucho más difícil hacerlo si tenía que ponerse de acuerdo con alguien más.

–Por favor –le pidió Ivy, al ver que vacilaba–. Lo que ocurrió también ha sido muy duro para mí.

Había sido muy duro para todos. Ariana se imaginaba lo que había pasado Cam. Y, además, ahora, su matrimonio se desmoronaba.

–Claro que sí –le dijo a Ivy, y la abrazó–. Lo resolveremos juntas.

–Gracias –dijo Ivy, con alivio–. Hace mucho frío aquí –añadió–. ¿No te gustaría ver el estudio de Cam? Estoy segura de que le encantaría que le hiciésemos una visita.

El único medio que tenía para saber si Cam era el hombre que ellas creían, o no, era volver a conocerlo. Y todo dependía de eso.

–Claro –dijo.

Miró por última vez hacia el mar, con preocupación. Después, fue con Ivy hacia el sitio donde habían aparcado.

Desde que se había marchado el detective, Cam había estado demasiado distraído como para poder trabajar. Le había mandado otro mensaje a Melanie diciéndole que no entendía por qué no respondía, y ella, por fin, le había enviado una breve respuesta en la que admitía que estaba bien. Algo que él ya sabía.

–¿Cuándo vas a madurar y a dejar de jugar a tus jueguecitos? –se quejó él.

Por el momento se había librado de ella, pero no podía decir lo mismo del detective. No sabía lo que estaría pensando Williams en aquel momento, después de su entrevista.

Courtney se acercó a la puerta y carraspeó.

–No sé si se acuerda... con todo lo que está pasando –dijo la muchacha–, pero esta tarde tengo cita con el dentista.

¿Se lo había dicho? Si le había avisado, él no lo recordaba en absoluto. Sin embargo, el hecho de no disponer de la ayuda de su secretaria durante un par de horas era la menor de sus preocupaciones.

–¿A qué hora?

–Dentro de treinta minutos. Me marcho ahora, ¿de acuerdo?

–Muy bien –dijo él, con una sonrisa cordial–. Espero que no tengas caries.

–Gracias –respondió Courtney–. Odio ir al dentista.

En otras circunstancias, a él le habría encantado tener el resto del día libre. No tenía prisa por llegar a casa a las cinco, no tenía que soportar a Melanie y no tendría que ir obligado a cenar a casa de unos vecinos. Entendía que, después de estar todo el día a solas en casa con una niña de cuatro años, Melanie necesitara mantener una conversación con adultos. Que necesitara más estímulos, en general. Él la había animado a que tomara clases por internet para terminar su graduado, y que hiciera algo con los estudios. Sin embargo, a ella no le interesaba. Quería que él estuviera a su lado a todas horas, algo que no era posible si quería mantener su negocio. Melanie debía de haberles dicho a los vecinos que no la trataba bien, puesto que su actitud con él se había

enfriado mucho. También se había quejado de él a sus padres, y eso había tensado las relaciones con sus suegros.

Por suerte, el hermano y la hermana de Melanie no eran tan fáciles de engañar. Parecía que entendían lo difícil que podía ser el trato con ella, y se reservaban su opinión.

En vez de ponerse a trabajar de nuevo, Cam miró el teléfono. Tenía la tentación de llamar a Ariana. Llevaba todo el día pensando en ella. Ver a Ariana y a Ivy la noche anterior había sido como un oasis en medio del inmenso desierto en el que se había convertido su vida, porque le había permitido sentir algo positivo, para variar.

Anhelaba sentir lo mismo de nuevo. Sin embargo, aquellos últimos años no había mantenido debidamente la relación con ella y, teniendo en cuenta lo que estaba ocurriendo con el caso Hutchins, si trataba de recuperar esa relación ahora, podría parecer que estaba intentando tenerla de su lado a toda costa.

Debería haberse marchado de la isla al mismo tiempo que ella. Hubiera sido lo más inteligente. Pero nunca se habría imaginado que iban a encontrar el cuerpo de Emily Hutchins.

Y, por otro lado, no habría podido alcanzar una situación laboral tan exitosa. Si se hubiera ido a vivir a Nueva York o a Los Ángeles, seguramente aún estaría tratando de hacerse un nombre en la arquitectura.

Todas las decisiones tenían un precio...

Sonó el teléfono, y él lo miró mientras vibraba sobre el escritorio. Estaba del revés y no veía la pantalla, así que supuso que era su mujer que, por fin, se había dignado a llamarlo para darle instrucciones sobre lo que esperaba que hiciera en casa mientras ella estaba fuera. Como no quería oír su voz, no descolgó. Cuando el teléfono dejó de sonar, le dio la vuelta y vio que quien había llamado no era Melanie, sino Ariana.

Se arrepintió de no haber descolgado y la llamó inmediatamente, y sintió alivio cuando ella respondió.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó.

—No mucho —dijo Ariana—. Espero no haberte interrumpido en algo importante del trabajo.

—No, no. Estaba... ocupándome de unas cosas. Y no sabía si iba a tener la suerte de hablar contigo hoy, así que no le estaba prestando mucha atención al teléfono.

—Yo no estaba segura de si tú ibas a querer hablar conmigo hoy —replicó ella—. Ahora eres toda una celebridad, y hay mucha gente luchando para conseguir tu atención.

Él sonrió al oír sus bromas. Ojalá pudieran volver a tiempos más sencillos, cuando los tres podían tumbarse a tomar el sol en la playa, hacer *bodysurf* o dar fiestas en su casa, ya que sus padres casi nunca estaban allí, o ayudar a Ivy en aquella biblioteca que tanto significaba para ella. No podía creer que se hubieran distanciado tanto de los cimientos de su relación que, ahora, parecía más sólida que ninguna otra cosa que él hubiese conocido. En los viejos tiempos, ni siquiera se había dado cuenta de que debería estar agradecido, de que la vida nunca iba a ser mejor que entonces. Siempre estaba buscando la siguiente mejor cosa, lo que, por fin, pudiese satisfacer el hambre que sentía por dentro.

Lamentablemente, nada de lo que había conseguido desde el instituto tenía valor. Se había casado con Melanie y se había apartado de Ivy y de Ariana y, en aquel momento, se veía obligado a hacer lo posible por que su vida no se hundiera. Pero no podía suspirar por lo que había perdido y no iba a recuperar. Tampoco quería sentir la falta de verdaderas emociones de su vida actual comparándolas con la calidez y la aceptación que sentía cuando estaba más unido a ellas. Eran las hermanas que nunca había tenido.

Y, sin embargo... no tenían el mismo ADN. Ariana y Ivy podían abandonarlo si quisieran y, a causa de sus propias elecciones y de sus propios errores, tenía la sensación de que lo habían hecho, en algunos sentidos.

—Yo siempre tendré tiempo para ti —dijo él—. Y, ahora que Melanie está fuera de la isla, ni siquiera tengo que preocuparme por la bronca que podría caerme.

Se echó a reír, pero el silencio de Ariana dejó claro que, para ella, el comentario no tenía gracia.

—Solo era una broma —dijo él.

—Ojalá fuera cierto —respondió ella—. Siento que no seas más feliz en tu matrimonio, Cam.

Parecía que era sincera, lo cual hizo que Cam se arrepintiera aún más de su matrimonio.

—Bueno, seamos realistas. Yo nunca he estado enamorado de Melanie. Si ella no se hubiera quedado embarazada, no nos habríamos casado. Creo que no se puede esperar mucho de un matrimonio como ese.

—Entonces, ¿por qué te conformaste con él? —le preguntó Ariana—. Cuando te comprometiste, yo intenté disuadirte. El hecho de que tú seas desgraciado no es nada bueno para Camilla.

—Pero ¿cómo no iba a casarme con Melanie? ¿Qué iba a hacer, saludarla con la mano cuando nos cruzáramos por la isla mientras ella pasaba con mi hijo en un carrito? No me parecía bien. Yo pensé que Camilla se merecía algo mejor. Quería hacer las cosas bien por ella.

—Así que sacrificaste tu propia felicidad, ya que tus padres nunca estuvieron dispuestos a renunciar por ti a nada de lo que ellos querían.

—Es un problema completamente distinto.

—No, no lo es.

—Ellos estaban tan ocupados intentando ser felices que yo solo fui una atadura, algo que les impedía viajar y hacer todas las cosas maravillosas que, para ellos, mejorarían la situación. Hasta que me hice mayor y pudieron dejarme con otra gente, o dejarme solo, y se dieron cuenta de que ni siquiera haciendo todas esas cosas se llevaban mejor. Pero, aun así, eran responsables de los líos en los que yo me metí, y los dos sabemos que... me metí en muchos líos.

El hecho de que la policía lo conociera bien por sus gamberradas, incluso antes de la desaparición de Emily, no había sido de gran ayuda.

—Querías darle a Camilla el amor que tú no tuviste nunca.

No todo era por Camilla. Melanie estaba obsesionada con él, tan empeñada en conseguirlo, que no había podido quitársela de encima. Y, aunque eso había sido empalagoso e irritante por un lado, por otro también había sido reconfortante y tranquilizador. Era la primera vez que él confiaba en que nunca podría destruir el amor que se le estaba ofreciendo y que Melanie siempre estaría a su lado, y encontrar un amor verdadero era muy importante para un niño que siempre había sentido que sus propios padres no se preocupaban por él.

Pero eso era algo que no estaba dispuesto a expresar.

—Por supuesto, yo quería que Camilla tuviera una familia completa —dijo, ya que era mucho más fácil hablar de aquella parte del problema.

—Has hecho todo lo que has podido, Cam.

—No creo que sea cierto —respondió él—. O mi relación con mi hija sería mejor, y mi mujer no estaría tan enfadada y resentida todo el tiempo.

El amor todavía estaba allí, tal y como había creído. Nunca podría librarse de él. Ella nunca iba a dejarlo, nunca iba a divorciarse y, ahora, él quería que lo hiciera. Sin embargo, la línea que separaba el amor del odio era muy fina, y el amor de Melanie se había convertido en algo muy

feo y muy oscuro. Era una espada muy afilada que lo cortaba todos los días.

–Está resentida y enfadada porque tú no puedes quererla a su modo –dijo Ariana.

–Exige demasiado. No solo quiere que me dedique completamente a ella, sino, también, que la admire. Y eso es algo que yo no puedo fingir. Y, en vez de apoyarme para que tenga una relación más cercana con Camilla, sabotea todos mis esfuerzos.

–¿Por qué?

–Tiene celos de su propia hija. Quiere que los dos seamos suyos únicamente. Es algo muy extraño.

–Si eso es cierto, es muy injusto tanto para Camilla como para ti.

–Sí, es cierto. Ella ni siquiera me deja darle de comer a la niña, ni sacarla de la isla para ir a un sitio nuevo, ni acostarla. Tiene que entrometerse todas las veces.

–Cuanto más sé sobre Melanie, más me disgusta. Le ocurre algo malo, Cam.

–Si ella no puede tenerme, nadie va a poder, ni siquiera Camilla. Hace que la paternidad sea mucho más difícil de lo que yo pensaba. O quizá sea yo, que soy un mal padre. En realidad, no tuve el mejor ejemplo.

–No, no creo que seas tú –dijo Ariana.

–Te agradezco el voto de confianza –respondió él–. Pero, bueno, ya está bien de hablar de mí. ¿Qué vas a hacer esta noche?

–Le he prometido a mi abuela que iba a jugar al *bridge* con ella.

–¿Sigues yendo al mismo grupo todas las semanas?

–Sin falta. Así que esta noche no puedo salir. Pero Ivy y yo estábamos pensando en ir a verte al estudio ahora. Así, yo podría conocerlo, si no te importa que te interrumpamos de nuevo.

–No, me encantaría enseñártelo –dijo él.

–Estupendo. Pues estaremos allí dentro de un rato.

–Me parece muy bien. ¿Ariana?

–¿Qué?

Él se frotó la frente. ¿Debería decírselo o no? No quería que ella se sintiera presionada...

–Tengo que avisarte de una cosa.

–¿De qué? –preguntó ella, y Cam percibió su tono de aprensión.

–Hay un detective privado por la isla –le dijo–. Hace un rato ha estado aquí.

–¿Y qué quería?

–Respuestas, por supuesto.

–¿Qué le dijiste?

–Lo mismo que le he dicho siempre a la policía.

–¿Y cómo fue? ¿Te creyó?

–No lo sé. Pero supongo que querrá hablar con Ivy y contigo para... corroborar mi historia. Hubo un largo silencio.

–¿Cómo se llama? –preguntó Ariana.

–Warner Williams. Es de Texas.

–¿Ha venido desde Texas?

–Debe de ser muy bueno, ¿verdad?

–O tiene algún vínculo con la familia.

–Por desgracia, no me dio esa impresión.

–¿Estás nervioso, Cam? ¿Te asusta que ande por aquí?

Seguramente, Ariana se estaba preguntando hasta qué punto debería estar nerviosa ella, pero él

no quería alarmarla. No sería bueno que se comportara de un modo asustadizo o inseguro cuando conociera a Williams. En parte, por eso quería prepararla.

—No —dijo, intentando que su respuesta sonara convincente.

Sin embargo, tenía un nudo en el estómago. Lo que ocurriera dependía, en gran medida, de lo que Ariana y Ivy dijeran sobre aquella noche. Aunque intentaran repetir lo que le habían dicho a la policía en otras ocasiones, después de tantos años era muy fácil equivocarse.

Capítulo 5

El vestíbulo del estudio de Cam era impresionante. Según la normativa de Mariners, cualquier construcción nueva debía tener tejas sin pintar que adquirieran un color gris con la intemperie. Los edificios que proyectaba Cam no eran distintos de los demás en ese sentido, pero, en el interior, diseñaba espacios más abiertos con líneas más puras. Combinaba los techos inclinados con mansardas y tejas de cedro de la arquitectura popular de Cape Cod con un estilo contemporáneo, conectaba el interior y el exterior de los edificios y, con grandes cristalerías, potenciaba el uso de la luz natural. Según Ivy, su trabajo no era barato, pero tenía tal demanda de proyectos que no podía aceptar ningún encargo más durante meses.

—¡Qué sitio! —exclamó Ariana, mientras Cam las guiaba a Ivy y a ella.

—¿A que es genial? —preguntó Ivy.

—¿Te gusta? —le preguntó Cam a Ariana, en tono de satisfacción.

—Me encanta —respondió ella.

Había visto fotografías de algunos de los edificios que había diseñado Cam, pero, cuando él se casó, dejó de seguirlo. Estaba intentando olvidar lo que sentía por él y lo que había ocurrido cuando eran adolescentes, y concentrarse en construir su propia vida. Así que no había visto su estudio, aunque, probablemente, él había puesto fotografías en las redes sociales y en su página web.

—Obviamente, este edificio ya estaba aquí, y yo tuve que respetar el exterior. El ayuntamiento no me hubiera permitido alterar un edificio del casco histórico. Pero por dentro lo renové completamente. Así me serviría de estudio y, también, como muestra de mi trabajo.

—Pues está claro que lo has hecho muy bien —dijo Ariana.

Ivy asintió.

—Yo opino lo mismo.

Cuando él sonrió, como si le halagaran los cumplidos, su mirada se cruzó con la de Ariana, y la atracción que siempre había sentido se reavivó. Era el hombre más guapo que había visto en la vida, pero no solo se trataba de eso. Era el chico al que había querido desde siempre en secreto, desde el instituto. Cuando él se colaba por la ventana para estar con ellas y quedarse a dormir en casa de Ivy, ella se acurrucaba contra él todo lo posible, fingiendo que estaba dormida.

En aquel momento se avergonzó de ese comportamiento, y se quedó asombrada al pensar en que a él nunca se le hubiera ocurrido la verdad.

O quizá, sí. ¿Lo sabía Cam? A medida que perdía seguridad con respecto a la decisión que habían tomado hacía veinte años, ella había empezado a sospechar que, tal vez, él estaba usando su enamoramiento en beneficio propio. No parecía que Ivy lo quisiera de ese modo o, al menos, lo disimulaba. Sin embargo, Ivy seguía su ejemplo y, si él podía convencerla a ella para que mintiera por él, Ivy también lo haría. Y eso era exactamente lo que había ocurrido.

Ariana apartó la mirada de él y trató de reprimir sus sentimientos. Cam estaba casado, pero, aunque no lo estuviera, nunca le había ofrecido nada más que amistad. Además, lo que menos necesitaba ninguno de ellos era complicar todavía más una situación tan difícil.

—Aquí es donde trabajo —dijo él, y las llevó hasta un despacho muy grande que había en la segunda planta.

Era una sala más amplia que todas las que habían visitado hasta el momento. Tenía las paredes de ladrillo visto pintado de blanco roto. Había ocho ventanas grandes con el marco negro y daba a una calle empedrada y llena de olmos.

—¿Por qué decidiste venir a trabajar al centro en vez de irte al otro lado de la isla? —le preguntó Ariana—. Podrías haberte instalado en la parte alta del promontorio, con vistas al mar.

—Pero, entonces, no podría venir andando al trabajo —dijo Ivy.

Ariana enarcó las cejas.

—Creía que vivías en la casa de tus padres.

La última noticia que ella había tenido era que Cam iba a comprar la casa de sus padres, que estaban viviendo en Italia, el país natal de su madre.

—No —dijo él—. A Melanie no le gustaba la casa de mis padres, así que, cuando nos casamos, la vendí y...

—Y compró una casa en el barrio del capitán —dijo Ivy, en un tono de petulancia.

Ariana se quedó asombrada de que Cam pudiera permitirse comprar una casa en el barrio del capitán, y lo miró boquiabierta.

—Qué elegante. Debe de irte incluso mejor de lo que yo pensaba.

En aquella isla todo era muy caro, pero, especialmente, ciertos barrios. Las casas de estilo griego que pertenecieron a los ricos comerciantes de aceite de ballena, como la que había heredado Ivy, valían millones de dólares. Sin embargo, las casas que se habían construido los capitanes de los barcos en el siglo XIX también se habían vuelto escandalosamente caras. Ariana podía entender por qué había querido Melanie vivir allí. A juzgar por el derroche de la boda, a la mujer de Cam le gustaba ser envidiada por los demás.

—Cuando la compré, fue muy arriesgado —dijo Cam—. En ese momento estaba empezando. Pero, por suerte, todo salió bien.

Por él. Porque él había trabajado muchísimo, y era muy bueno en lo que hacía.

—Has hecho muchas cosas por complacer a Melanie —le dijo.

—Es una pena que no haya servido de nada —respondió él, con una sonrisa apagada.

Ariana miró a Ivy. Habían conocido a Melanie pocos días antes de que se casara con Cam, y ella no se había esforzado demasiado por agradarlas. Sin embargo, Ariana lo había achacado al estrés de la boda. Además, Melanie tenía diez años menos que ellas, veintidós en aquel momento, y estaba embarazada. No era demasiado extraño que estuviera irritable y se sintiera amenazada por las mejores amigas de Cam. Ambas estaban solteras y ella, en concreto, sentía por él cosas que no eran tan platónicas como debieran. Tal vez Melanie lo había intuido, aunque, aparentemente, Cam no se hubiera dado cuenta.

Ivy no tuvo ningún problema para quejarse de la mujer de Cam. Melanie les dejó claro que no podían formar parte del cortejo de su novio, puesto que no eran hombres y no encajaban en la imagen tradicional que quería dar de su boda, y que su álbum de fotos era muy importante para ella. También se había negado a que formaran parte de su grupo de damas de honor. Y había dejado totalmente clara su posición hacia ellas al sentarlas en una de las mesas más alejadas del centro de la sala durante el banquete, como si fueran primas lejanas o algo por el estilo, o unas

meras conocidas.

Ivy se había enfadado tanto que le había susurrado a Ariana, al oído:

–Menuda asquerosa.

Ariana no había respondido. No tenía derecho a quejarse. A ella tampoco le caía nada bien Melanie, pero suponía que era porque quería a Cam para sí misma. Lo único que había hecho era asegurarse de que él quería a Melanie lo suficiente como para casarse con ella y de que no lo hacía únicamente por el bebé. Aunque ese sermón, que tuvo lugar unos días antes de la boda, cayó en oídos sordos. La suerte estaba echada.

–Es injusto –dijo, en aquel momento, mientras se giraba para volverse hacia Ivy y Cam desde uno de los ventanales para observar el resto del despacho.

Él se había distraído con un mensaje o algo que había surgido en su ordenador, y se había sentado en el escritorio.

–¿Qué es injusto? –preguntó, mientras empezaba a teclear.

–Que hayas tenido que soportar a unos padres tan egoístas –dijo Ariana–. Y que, ahora, estés atado a una mujer caprichosa, mezquina y disfuncional.

Él dejó de teclear y la miró.

–Vaya, y yo que pensaba que te caía bien –dijo, y se rio.

Cam siempre intentaba convertirlo todo en una broma. Así era como lidiaba con los asuntos emocionales difíciles, con un comentario conciso, o evitándolos por completo.

–Aparte de intentar hablar contigo antes de la boda, he estado callada porque quería que fueras feliz –dijo ella, encogiéndose de hombros.

–Seguro que estás contento de que se haya ido unos días –dijo Ivy.

Estaba observando un cuadro muy grande de un barco ballenero que había colgado detrás del escritorio de Cam, pero su comentario demostró que prestaba atención.

Él terminó su tarea y se levantó. Abrió la boca para responder con alguna broma, pero debió de pensarlo mejor y se limitó a asentir.

Ariana frunció el ceño. La ruptura del matrimonio de Cam no iba a ser buena para Camilla. Eso la entristecía. Sin embargo, el modo en que él se relacionaba con su mujer y lo mucho que se había esforzado en que el matrimonio funcionara le proporcionaban a Ariana cierta medida de seguridad y alivio. Un tipo que pudiera hacerle daño a una niña de doce años no aguantaría a alguien como Melanie.

¿Verdad?

Ivy estaba sentada en la encimera de granito de la cocina, tomándose un burrito con salsa de tomate y guacamole que había preparado ella misma. Le encantaba cocinar. Y, aquella noche, la cena estaba tan rica que lamentaba no tener a nadie con quien compartirla.

Aunque se había criado en Mariners y conocía prácticamente a todo el mundo en la isla, notaba que iba sintiéndose más y más sola a medida que cumplía años, sobre todo, en invierno. Durante esos meses, la isla estaba envuelta en la niebla o barrida por un viento del noreste que mantenía a todo el mundo en casa. Ella se dedicaba a deambular por la mansión limpiando, haciendo punto, cocinando, preparando conservas y leyendo. Todo eso le gustaba, salvo por el hecho de que se sentía aislada y olvidada.

Desde que se había casado Cam y Ariana se había marchado de la isla, podían pasar días enteros sin que ella tuviera ningún contacto social, aparte de lo que ocurriera en la biblioteca.

Además, algunas semanas había que cerrarla, puesto que había cortes de electricidad provocados por las fuertes tormentas.

El año anterior había tenido la sensación de que iba a volverse loca. Pensó en encontrar a alguien con quien compartir la casa y, de ese modo, romper con el silencio y la monotonía. Pero ¿a quién iba a invitar? Sus conocidos ya tenían casa, familia, hijos... En muchos sentidos, era una de las personas más afortunadas del mundo. Vivía en una zona maravillosa y exclusiva, tenía una biblioteca y tenía un propósito que le resultaba gratificante. Y, sin embargo..., le faltaba algo. Su vida no era tan idílica como pudiera parecerles a los demás.

Tal vez las cosas fueran diferentes si ella también tuviera un marido e hijos. Quería ambas cosas, pero en la isla era difícil encontrar una pareja. Además, en contra de lo que le había dicho a Ariana, a veces se sentía atrapada, y la biblioteca se convertía en una carga. Aunque se le pasara por la cabeza la idea de salir de la isla... ¿cómo iba a arriesgarse a perder algo tan bueno?

Quizá Ariana decidiera quedarse después del verano. Eso mejoraría mucho su vida. No se sentía tan bien con otros amigos como con ella, puesto que era su mejor amiga de la infancia. Y, a pesar de todo el tiempo que habían pasado separadas y de su distanciamiento de aquellos últimos años, parecía que estaban recuperando su antigua relación.

Alguien llamó a la puerta.

Supuso que era Ariana. La partida de cartas debía de haber terminado temprano. Pero, al abrir la puerta, se encontró frente a frente con un hombre corpulento que llevaba un sombrero tejanero en una mano.

—¿En qué puedo ayudarle? —le preguntó, dando un paso hacia atrás.

—Buenas tardes, señora —dijo él. Sonrió y alzó la mano libre, como si quisiera tranquilizarla—. Me llamo Warner Williams y quisiera hablar con usted.

A Ivy se le cayó el alma a los pies. Mientras iban caminando hacia el estudio de Cam, Ariana la había puesto sobre aviso con respecto a Williams.

—Yo..., eh..., estoy en mitad de la cena —le dijo—. ¿Puedo preguntarle de qué se trata?

Él le entregó su tarjeta. *Warner Williams, Bucking Bronco Investigations*. Como ya sabía que era un detective privado, no le llamó la atención el nombre de su agencia. Fue el lema que había debajo lo que le cortó la respiración: *Hacemos nuestro trabajo*.

—Siento haber venido en un mal momento —dijo él, cuando ella alzó la vista—. Si le parece bien, puedo esperar aquí fuera. Esta calle es maravillosa y hace muy buen tiempo, así que no me importa. Tómese el tiempo que necesite.

¿Iba a esperar fuera?

Estuvo a punto de decirle que tenía planes para después de la cena y que volviera en otro momento. Pero no era cierto, y temió que él lo averiguara. No quería que pareciese que rehuía la conversación o que tenía algo que ocultar. Pero tampoco quería hablar con él, porque sí tenía algo que ocultar.

—No me ha dicho de qué se trata.

—Quisiera hablar con usted sobre Emily Hutchins.

—Ah. Me lo imaginaba —dijo ella—. De acuerdo. Deje que termine de cenar. Salgo enseguida.

Él asintió y se puso el sombrero.

—Gracias por concederme su tiempo.

—Por supuesto que sí. Me siento muy mal por esa familia. Quiero que el culpable responda ante la justicia —dijo, tratando de controlar el sentimiento de culpabilidad. ¿Estaba balbuceando? ¿Hablabla demasiado?

—Todos queremos eso, señora. Esa pobre niña merece justicia, y yo me voy a asegurar de que la consiga.

¿Por qué la asustó tanto percibir su tono de convicción? Ella había dicho la verdad. Quería justicia para la pobre Emily. ¿Por qué no iba a quererla? Cam no era el culpable de su asesinato. Ella creía firmemente que su amigo no tenía nada que ver con lo que le hubiera ocurrido a Emily Hutchins; de lo contrario, no habría mentido por él.

Tragó saliva. Tenía la garganta seca. Asintió y cerró la puerta, pero no fue a la cocina a terminar de cenar, sino que se apoyó en la pared y cerró los ojos. Tenía que pensar y prepararse para no contradecirse a sí misma.

Eso no iba a ser fácil. No sabía lo que habría anotado la policía cuando habían hablado con ella. Seguramente, Williams tenía acceso al informe policial, en el que estaba incluida su declaración, pero ella, no.

Solo podía apoyarse en su memoria, y habían pasado veinte años.

Capítulo 6

Aquella noche, Debbie Tyler era la anfitriona de la reunión del Club de Bridge de Mariners Island. Ariana había acompañado a su abuela Alice muchas veces a las partidas de *bridge* cuando era pequeña, por lo que ya había estado en casa de Debbie. De niña, se sentaba en el salón a ver una película y comer palomitas mientras los mayores jugaban a las cartas cerca.

De vez en cuando, algún otro miembro del club llevaba a sus nietos, y tener a un compañero de juegos lo hacía todo mucho más divertido. Aunque, de todos modos, a ella le encantaba ir. Incluso cuando todavía no era lo suficientemente mayor para jugar, cosa que había empezado a hacer durante el primer año de instituto, ya se sentía parte del grupo y disfrutaba de la amistad, de las bromas, de las risas y de los chismorreos.

Aquella noche, sin embargo, no estaba disfrutando del cotilleo, porque se hablaba de Emily Hutchins. Se sentía muy incómoda. Intentó concentrarse en el juego y no en la conversación, pero, cada vez que alzaba la vista de las cartas, se encontraba con que su abuela la estaba observando atentamente.

«No lo sabe», pensó ella. «Me habría dicho algo».

Seguramente, era cierto, a no ser que a Alice le pareciera bien cómo habían sido las cosas, por lo menos hasta que se había descubierto el cuerpo de Emily. ¿Acaso ahora también estaba teniendo dudas?

—Me siento fatal por esa familia —dijo Diana Fahrenbruck.

Tena Burns, que estaba sentada a la derecha de Ariana, se irguió mientras esperaba que Diana, su compañera de partida, hiciera su jugada.

—Vi a su pobre hermana por la calle, el otro día, cuando yo salía de la White Sand Gallery.

Alice había estado observando sus cartas pero, al oír aquello, las bajó. Como era la pareja de Ariana, estaban sentadas una frente a la otra en una de las pequeñas mesas cuadradas que había dispuesto Debbie.

—¿Jewel ha vuelto a la isla?

—Eso parece —dijo Tena, mientras Diana ganaba la baza con un diez de corazones.

Jen Miller estaba sentada en la otra mesa.

—¿Y sus padres? ¿También han venido a Mariners? —preguntó.

Brenda DeJesus, también desde otra mesa, le respondió.

—Creo que ellos se han quedado en Iowa. Cuando salieron en las noticias el otro día, estaban delante de un edificio de oficinas de su zona. Fuera donde fuera, no era Mariners.

—Seguro que no pueden soportar volver —comentó Diana—. Me pregunto si saben que Jewel está en la isla.

—Pues, si lo saben, no creo que se pongan muy contentos —dijo Shirley Reagan—. A mí me daría miedo que quien mató a mi hija pequeña matara ahora a la mayor. Puede ser que alguien de

la isla tenga algo en contra de esa familia.

–Suenan morbosos, pero a mí también me daría miedo –dijo la pareja de Brenda, Linda Phillips. Ariana miró más allá de su abuela y vio asentir a Brenda.

–En su lugar, yo no volvería sola a Mariners –dijo Brenda.

–¿Y cómo sabes que está sola? –preguntó Jen Miller–. Ya debe de estar en la treintena. Puede que tenga novio o esté casada.

–No me ha dado la impresión de que estuviera casada –dijo Brenda–. Le han hecho muchas entrevistas en la televisión últimamente, y nunca la he visto con un hombre. Además, nunca ha hecho referencia a ninguno, aparte de a su padre.

–Qué chica tan valiente –comentó Diana.

–Está decidida a encontrar al asesino de su hermana –dijo Linda, asintiendo–. Por eso está aquí, seguro. Quiere presionar a la policía.

Alice había aprovechado su turno en la partida, silenciosa y rápidamente, pero Tena estaba tan absorta en la conversación que no estaba prestando atención, y el juego se detuvo.

–¿Cómo lo sabes? –le preguntó a Linda.

–La sigo en Facebook. ¿Tú, no?

–No se me ocurrió buscarla –respondió Tena.

Brenda cabeceó.

–Publica unos *posts* desgarradores. Yo he donado dinero para ayudar en la investigación, pero me estoy pensando si donar algo más.

Tena, después de que Alice la tocara suavemente con el codo para recordarle que era su turno, sacó un cinco de espadas.

–No sabía que estaban recaudando dinero.

Mientras Ariana pensaba en su jugada, Linda dijo:

–Si quieres, te envío el enlace. Yo también doné.

Después de Ariana, Diana ganó otra baza, la cuarta desde que habían empezado.

–Por lo visto han recaudado mucho.

–Estas cosas son muy caras –dijo Shirley.

Hasta que había salido a relucir el tema de Emily, Ariana estaba charlando con todas las demás. Así pues, para evitar llamar la atención, volvió a hablar mientras Alice sacaba un cuatro de diamantes.

–Cam me dijo que la familia Hutchins ha contratado a un detective privado.

Aquel comentario interrumpió ambas partidas.

–¿Cam te dijo eso? –preguntó Tena.

–Sí –dijo ella, tratando de aparentar despreocupación–. El detective fue hoy a su estudio.

–No me digas que la policía piensa que Cam tuvo algo que ver, después de todo –dijo Brenda–. No es posible que él le haya hecho daño a alguien.

–No, no es un sospechoso, oficialmente. El detective está siguiendo todas las pistas posibles. Supongo que querrá comprobar si alguien cambia algún detalle de su declaración.

–No puede ser que a esa chica la matara alguien de aquí –dijo Diana.

–Exacto –dijo Linda–. Desde entonces no ha desaparecido nadie más, y ya han pasado veinte años. Eso significa algo.

–Pero él fue una de las últimas personas en verla aquella noche –dijo Jen.

–No tiene nada que ver –dijo Shirley–. ¿Tú crees que se habría quedado en la isla, se habría casado y habría formado una familia, y habría fundado un estudio de arquitectura en Mariners si

hubiera cometido un crimen tan horrendo?

–Por supuesto que no –dijo Brenda–. No puede ser Cam. Tuvo que ser un turista, alguien que se sentía seguro haciendo lo que hizo porque luego podía tomar un avión y marcharse.

–Yo también pienso eso –dijo Tena.

Diana se metió una patata frita en la boca.

–He oído decir que no tienen nada contra él, salvo pruebas circunstanciales.

–De todos modos, no importa, porque tiene coartada –dijo Tena, y se giró hacia Ariana–. Ivy y tú estabais con él cuando Emily desapareció, ¿no?

A Ariana se le cortó la respiración. Intentó ignorar las miradas penetrantes que se clavaron en ella y carraspeó.

–Sí. Ivy y yo estábamos con él cuando Emily desapareció. No pudo ser Cam –dijo.

Respondió con convicción porque tenía que hacerlo. Si no lo hacía, las preguntas continuarían y se harían más y más insistentes.

Por fin, el tema de conversación cambió. Sin embargo, mientras seguían jugando, ella solo podía pensar en que Ivy y ella habían estado de juerga con Cam cerca del faro, donde acababan de encontrar el cuerpo de Emily, la mayor parte de aquella noche, hacía tanto tiempo.

Ivy estaba paseándose de un lado a otro por el salón de su casa, esperando a que Ariana entrara por la puerta principal. Estaba muy nerviosa desde que había permitido que el detective entrara para interrogarla sobre la noche que había desaparecido Emily Hutchins.

Era muy difícil hablar con autoridad cuando uno estaba mintiendo. Además, estaba segura de que él lo sabía. Si no fuera así, ¿por qué le había hecho las mismas preguntas una y otra vez, alterando las frases solo ligeramente, como si de ese modo fuera a conseguir una respuesta diferente?

¿Habría metido la pata? ¿Habría dicho algo distinto a lo que le había contado a la policía veinte años antes? En casi todos los programas de investigación criminal que veía, la voz en *off* hablaba del momento en que uno de los testigos cambiaba su historia como si ese fuera el momento crucial en que la policía sabía que habían encontrado el hilo del que tirar para desentrañar el misterio.

Esperaba con toda su alma no haber alterado su declaración sin darse cuenta.

Por fin, vio que Ariana llegaba por la acera, y salió corriendo a la puerta principal.

–¿Ha terminado tarde la partida de esta noche? –le preguntó a su amiga.

Ariana miró la hora.

–No, en realidad, no. Normalmente dura hasta las diez. Pero cuando recibí tu mensaje, mi abuela y yo nos marchamos las primeras.

–Ah. ¿Ha sido divertido?

–Me caen bien las amigas de mi abuela. No me importa acompañarla de vez en cuando.

–¿Y quién estaba?

–La misma gente de siempre –respondió Ariana.

Ivy estaba mirando hacia un lado y otro de la acera. Temía que el señor Williams apareciera de entre las sombras y exigiera que Ariana hablase con él antes de que ella hubiera tenido la oportunidad de explicárselo todo a su amiga.

–¿Qué ocurre? –preguntó Ariana–. En el mensaje me decías que necesitabas hablar conmigo enseguida.

–Es cierto –dijo Ivy, mientras las dos entraban al vestíbulo. Cerró la puerta con llave y le hizo un gesto a Ariana para que la siguiera a la cocina–. ¿Te apetece tomar algo?

–No, gracias –dijo Ariana, y se sentó en la isla, donde Ivy había cenado hacía muy poco–. Bueno, ¿vas a decirme lo que pasa? Te estás comportando de una manera muy extraña.

–El detective privado, Walter Williams, ha venido a verme –dijo Ivy, en voz baja.

–Vaya –murmuró Ariana–. No ha perdido el tiempo, ¿eh?

–No. Y seguro que tú también habrías tenido su visita, si no te hubieras ido a jugar al bridge.

–Gracias a Dios que no estaba en casa.

–Ojalá yo no hubiera estado en casa. Me pilló desprevenida y tuve que intentar acordarme de todo lo que dijimos antes –respondió Ivy, quejándose.

–A lo mejor sí me vendría bien una copa de vino.

Ivy se levantó y abrió una botella.

–¿Este cabernet te parece bien?

–En este momento sería capaz de beber alcohol isopropílico –dijo Ariana–. Solo necesito una copa. Además, a lo mejor tengo que quedarme un rato. No puedo volver todavía a casa de mi abuela. Me da miedo que el detective esté allí esperándome.

–¿Crees que aparecería tan tarde?

Ariana se mordió el labio.

–¿Quién sabe lo que puede hacer? A ese hombre solo le importará encontrar la información que ha venido a buscar. Dudo que le preocupe ser bien educado.

Ivy sirvió dos copas de vino sobre la encimera y se sentó.

–¿Qué le dirá Alice si llama a la puerta de su casa?

Ariana se preocupó aún más.

–Espero que ya esté dormida y no abra.

–¿Y si lo hace?

–No tengo ni idea. Desde que he vuelto a casa me mira de una manera...

–Pero por ella no tienes que preocuparte. Daría la vida por ti.

–Sí, lo sé. Pero esto es algo fuera de lo corriente. Si piensa que estamos tapando a Cam, puede que me presione para que confiese la verdad.

–A lo mejor es lo que deberíamos hacer.

–He decidido mil veces que es lo que deberíamos hacer –replicó Ariana–. Pero, entonces, pienso en Cam.

Ivy giró su copa y miró el vino.

–No le pasaría nada, ¿no?

–Ese es el problema: no lo sé. Me temo que todo el mundo, la policía, el detective, la familia de Emily, todos, se centrarían en él y no seguirían buscando al verdadero culpable. Esas cosas han pasado más veces en muchos otros crímenes.

–¿Qué va a pasar?

Ariana hizo un gesto negativo.

–No lo sé.

–¿Podríamos ir a la cárcel por haber mentido? –preguntó Ivy, en voz baja.

–Probablemente.

–¿Aunque lo hiciéramos con la mejor de las intenciones?

–Si tú fueras el fiscal del distrito, ¿tendrías eso en cuenta? –preguntó Ariana.

Ivy se encogió de hombros.

–A lo mejor, sí. Si nosotras fuéramos a confesar voluntariamente.

–Pero no tenemos pensado hacer eso.

–Ya lo sé. Ni siquiera sé si podemos hacerlo, en medio de esta vorágine de medios de comunicación –dijo Ivy–. El mero hecho de que nosotras mintiéramos haría que Cam pareciese culpable.

–Y si los medios de comunicación lo condenan...

–Las cosas podrían ir muy mal para él.

–Sí –dijo Ariana–. Bueno, y ¿qué te preguntó Williams?

Ivy cerró los ojos y rememoró la conversación.

–Lo que más le importaba era la cronología de los hechos.

Ariana se frotó la frente.

–Porque todo gira en torno a eso.

–¿Crees que intentará ponernos en contra?

–¿Qué quieres decir?

–Si cree que hay algo que no concuerda, puede cambiar lo que yo le dije y presentártelo a ti como si lo hubiera dicho yo. Y, si tú cambias lo que has dicho antes con tal de coincidir conmigo, él habrá creado diferencias entre lo que dijimos en el pasado y lo que estamos diciendo ahora.

Ariana se irguió.

–¿Puede hacer algo así?

–Si la policía no tiene la obligación legal de ser veraz en sus interrogatorios, que es algo que he aprendido viendo programas sobre investigación criminal, Williams puede jugar al mismo juego. Y, como no es policía, seguramente puede ir más lejos.

Ariana se posó una mano en el pecho.

–¡Eso es espantoso!

–Sí. A lo mejor debería haberme negado a hablar con él.

–¿Y qué excusa podías haberle dado?

–No lo sé –dijo Ivy–. En ese momento no se me ocurrió ninguna que sonara creíble.

–Mierda –dijo Ariana–. No tenemos ninguna opción buena.

Ivy terminó su copa de vino.

–Ese ha sido el problema desde el principio.

–Lo único que podemos hacer es tener confianza en que encuentren pronto al asesino. Cuando más dure esto, más difícil va a ser.

–Me pregunto si a Cam le preocupa que nos vengamos abajo por la presión.

–Seguro que sí –respondió Ariana–. Yo estaría asustada. ¿Tú no? Es como si tuviéramos su destino entre las manos.

Ivy suspiró. Los padres de Emily lo habían acusado a él casi desde el principio. Si Ariana y ella les daban más razones para pensar que era Cam quien le había hecho daño a su hija, moverían cielo y tierra por conseguir lo que ellos pensaban que era la justicia. Y Jewel estaba en el mismo bando. Y era posible que la policía, con tal de resolver el caso y salir del aprieto en el que estaban, decidiera que Cam tenía que ser condenado...

–Creo que así es.

Aparte de los meses siguientes a la desaparición de Emily, hasta que pasó un tiempo y todo

volvió a parecer normal, Ariana nunca se había sentido insegura en Mariners. La isla podía resultar un poco sombría en invierno, con tantas casas vacías y el mal tiempo. El viento aullaba entre los tejados y la niebla cubría hasta el empedrado de las calles. Sin embargo, la mayoría de los visitantes no se imaginaba la isla fuera de la temporada alta. Los turistas acudían en verano para disfrutar de las tiendas pintorescas, de la deliciosa comida, del clima benigno y de la arena blanca de las playas, cosas por las que era famosa la isla de Mariners. Así pues, era extraño que su pueblo natal resultara inhóspito y amenazante al salir por la cancela de hierro forjado del jardín de Ivy.

¿Estaría esperándola Williams en casa de su abuela, en el siguiente bloque?

Sin moverse de donde estaba, miró en esa dirección, tratando de distinguir algo en medio de la oscuridad. Sin embargo, los árboles de las aceras eran muy frondosos y bloqueaban la luz de las farolas, de modo que era muy difícil ver si había alguien cerca de casa de su abuela.

¿Estaría allí el detective?

Eran las once en punto, una hora tardía para visitas. Seguramente, no iba a molestarlas en aquel momento. Sin embargo, se sentía demasiado inquieta para irse a casa. No iba a poder dormir aquella noche. Sabía que tendría que hablar con el detective muy pronto, posiblemente, al día siguiente.

Le envió un mensaje de texto a Cam.

¿Estás despierto?

Sí. Estaba terminando unas cosas de trabajo.

Ella estuvo a punto de decirle que el detective había interrogado a Ivy, pero tenía miedo de hacerlo en un mensaje de texto. Si la policía pedía alguna vez una orden de registro que incluyera su teléfono móvil, verían su conversación, y eso le causaba temor.

¿Puedo pasar a ver tu casa?

Por supuesto. ¿Va a venir Ivy también?

No, solo yo.

Sí, ven.

Él le envió su dirección, y ella miró por última vez hacia la casa de Ivy. No tenía ningún motivo para no invitar a su amiga, salvo que estaba deseando pasar un rato con Cam a solas, y eso no era nada que quisiera analizar con detenimiento.

Aunque no conocía la calle de Cam en concreto, estaba familiarizada con la zona. Tardaría quince o veinte minutos en ir hasta allí andando. O, quizá, más, porque no dejaba de dar rodeos y de girarse para cerciorarse de que no la seguían.

—Hola, pasa —le dijo Cam, haciéndose a un lado.

En vez de entrar, ella retrocedió y señaló el edificio.

—Vaya casa más preciosa que tienes.

—Son edificios históricos y, como en el caso del estudio, tenía muchas limitaciones para

transformar el exterior. Pero espero que te guste el interior.

–Si se parece a tu estudio, seguro que sí.

Cam la llevó hasta un salón muy grande con tarima brillante, alfombras turcas y grandes lámparas de araña. Había sofás de cuero, mesas de centro y varias butacas por toda la estancia, y una enorme televisión colgada de la pared.

–Has abierto mucho el espacio –dijo ella.

–Las casa antiguas de este barrio, por lo general, tienen muchas habitaciones pequeñas. Yo prefiero menos habitaciones y menos espacio, casi como si fuera un *loft*. Y Melanie se crio en la costa. Ella ni siquiera había venido a Mariners hasta que una amiga suya la convenció para venir a pasar el verano trabajando de camareras después del primer año de universidad. Así que ella estaba acostumbrada a tener una cocina mucho más grande que la que tenía esta casa. Era del tamaño de un aseo. Bueno, de cualquier modo, tenía que modernizarlo todo, convertir la casa en un sitio más cómodo y menos obsoleto, sin detrimento del contexto histórico.

Allí, las paredes también eran de ladrillo visto, pero sin pintar. No parecía que el área de urbanismo le hubiera dado tanto margen de maniobra con las ventanas como a él, seguramente, le hubiera gustado. Sin embargo, había sacado el mayor provecho de la estructura del edificio, y Melanie, o quien se hubiera encargado de la decoración, había hecho un trabajo excelente. Su casa podría aparecer en una revista de arquitectura o de diseño de interiores, o en las dos. Seguramente, ese era el objetivo, crear otro brillante ejemplo de su trabajo.

–¿Quieres que cuelgue tu chaqueta?

Ella le dio la chaqueta y él la colgó en un perchero que estaba junto a unas estanterías empotradas en la pared.

–Me encantan estas estanterías –dijo Ariana.

–Gracias. Las hice yo.

Ella se quedó boquiabierta.

–Pero ¿también eres aficionado a la carpintería?

–No, no precisamente. No tendría tiempo para dedicárselo. Pero quería probar algunas cosas después de que compráramos la casa.

Ariana pasó un dedo por la madera brillante.

–Pues es una pena que no tengas más tiempo.

–Puede que algún día lo retome –dijo él–. Siéntate. Voy a abrir una botella de vino.

–Para mí, no, gracias. Hoy ya he tomado unas cuantas copas.

–¿Y qué importa una más?

Ella vaciló y, después, se encogió de hombros. De todos modos, no iba a conducir.

–De acuerdo. Si tú te tomas una, te acompaño. Después, puedes enseñarme la casa.

–¿Te apetece un rosado?

–Lo que vayas a tomar tú estará bien.

Se oyó que Cam descorchaba una botella en la habitación de lado y, a los pocos minutos, volvió con dos copas y le ofreció una de ellas.

–Bueno, ¿preparada para el *gran tour*?

–Pues... no sé. Desde que dejé mi trabajo, me siento como si no estuviera a la altura –dijo ella, e hizo un gesto con la mano para abarcar lo que la rodeaba–. Me da miedo que ver todo esto, todo lo que has conseguido, lo empeore.

Él enarcó las cejas.

–No digas eso. No querrías esto si llevara consigo tantos problemas como los que tengo yo.

Al notar el tono de dolor de sus palabras, ella le acarició suavemente el brazo. Él le tomó la mano y le besó los nudillos.

–Es estupendo que hayas vuelto –dijo, en voz baja.

A ella se le aceleró el corazón. Tuvo ganas de abrazarlo para poder sentir su cuerpo cálido, sólido, reconfortante.

Cam iba a estar a salvo. Ivy y ella lo mantendrían protegido si no hablaban.

Capítulo 7

Mientras le enseñaba la casa a Ariana y veía lo que había creado a través de los ojos de su amiga, Cam se dio cuenta de que en algún momento había dejado de ver su propio hogar. Volvía a él cada día, y dormía en él todas las noches, pero no era el refugio en el que pensaba cuando estaba trabajando tanto para diseñar la mejor vivienda que hubiera diseñado nunca.

Una vez terminada la obra, Melanie contrató a una decoradora de Nueva York para amueblarlo. La mujer había costado una fortuna y tenía un trato casi tan difícil como el de Melanie, pero él había quedado satisfecho con el resultado. Tan satisfecho como para incluir fotos de varias habitaciones y del patio cerrado que daba al jardín trasero en el folleto que enviaba a los posibles clientes.

Después de todo el tiempo, el esfuerzo y el dinero que había invertido, debería sentirse más apegado a aquella casa, pensó. Sin embargo, Melanie y él no habían creado demasiados buenos recuerdos allí. Las obras les habían causado más estrés de lo que podía soportar su frágil relación y, cuanto más discutían, más tiempo pasaba él en el estudio para evitar estar con ella y, cuanto más tiempo permanecía él en el estudio, más lo castigaba ella cuando llegaba a casa.

Llevaban mucho tiempo en aquella espiral descendente. A aquellas alturas, él ya solo podía pensar en cuándo llegaría el momento de la ruptura. Estaba deseando sentir el gran alivio de que todo terminara, siempre y cuando pudiera mantener la relación con su hija.

Mientras Ariana visitaba la habitación principal, él intentó no pensar en su mujer. Por el momento, Melanie no estaba allí y, aunque echara de menos a su hija, él se alegraba mucho de poder estar con una amiga a la que raramente veía.

Sin embargo, Ariana le recordaba lo mucho que había cambiado su vida desde que eran jóvenes y salían juntos todos los días, y él no podía evitar preguntarse cómo era posible que la autenticidad de aquellas relaciones hubiera quedado reducida al castillo de naipes de su matrimonio.

—Realmente, te superaste a ti mismo.

Al oír la voz de Ariana, salió de su ensimismamiento.

—¿Te gusta?

—Por supuesto que sí. Es limpio, sobrio, de buen gusto. Tienes un don, amigo mío. Estoy segura de que ya te lo ha dicho muchísima gente, pero no me importa nada ser la número mil uno.

Mientras Ariana hablaba, se le iluminó el rostro. Aunque de adolescente era alta y larguirucha, cuando cumplió los veinte años ya se había convertido en una joven muy guapa. Y el tono de orgullo de su voz le recordó a Cam lo bueno que era sentirse bien con uno mismo, para variar.

—Las otras personas no me importan tanto como tú —le dijo.

Aunque él se lo dijo en serio, ella lo miró dubitativamente.

–Si eso fuera cierto, habría tenido más noticias tuyas durante estos últimos años.

–La noche que dejé embarazada a Melanie cambió todo, Ariana. Desde que me casé, lo único que he hecho ha sido intentar que las cosas funcionen.

–Pero... ella está empeñada en controlar hasta el último de tus movimientos.

Cam asintió.

–Dice que no le importa que salga con mis amigos...

–¿Y es cierto?

–No. Me da problemas cada vez que quiero estar con otras personas. Piensa que debo dedicarle todo mi tiempo y mi atención.

–Y tú has hecho lo que has podido por el bien de Camilla.

Cam le dio un sorbo a su copa de vino.

–Camilla es el motivo más importante, sí. Pero creo que también he estado intentando compensar el hecho de que Melanie tiene razón, nunca he estado enamorado de ella.

–Entonces, tu matrimonio no va a continuar, pase lo que pase –dijo Ariana.

–Seguramente, no. Nos peleamos demasiado.

Ariana frunció el ceño.

–Es obvio que no eres feliz, Cam. ¿Por qué no te divorcias de ella y acabas con esto?

–Y sabes cuál es la respuesta. Por Camilla. Si dejo a Melanie, me pondrá muy difícil poder ver a mi hija.

–Entonces... ¿dónde va a terminar todo esto?

–No lo sé, pero ojalá terminara ahora mismo. Ojalá... me dejara con Camilla y se marchara a Boston.

–¿Crees que haría eso?

–¿Dejarme a Camilla?

–No, ya sé que ella no te permitiría quedarte con tu hija. Me refiero a que se quede en Boston.

Él dio un gruñido.

–No, lo dudo. Ahora que me tiene entre sus garras, no me va a soltar tan fácilmente.

–¿Te oyes hablar a ti mismo? Cada vez que hablas sobre Melanie, siento una claustrofobia terrible.

–Lo siento –dijo él, y apuró su copa–. Vamos a olvidarnos de ella por esta noche, ¿de acuerdo? Ariana tomó aire.

–De acuerdo, pero lo que viene ahora tampoco te va a gustar.

A él se le encogió el estómago.

–¿Es sobre el detective? ¿Ya se ha puesto en contacto contigo?

–No, conmigo todavía no, pero sí ha hablado con Ivy.

–¿Cuándo?

–Esta noche.

–¿Y por qué no me ha llamado?

–Está un poco... angustiada por la visita.

Lógico. Por muy afable e inofensivo que fingiera ser Williams, su mirada transmitía astucia e inteligencia.

–¿Y qué le ha dicho?

–Ivy intentó ceñirse a la declaración que hizo al principio.

Él se encogió.

–¿Lo intentó?

—Me dijo que el detective no dejaba de preguntarle lo mismo cambiando las frases, obligándola a darle la misma respuesta una y otra vez. Fue incómodo, y temía que Williams se diera cuenta de que no estaba siendo completamente sincera.

—Él no sabe que ella no está siendo sincera. Es una técnica de interrogación.

—Que usan los que interrogan porque es efectiva.

—¿Y fue efectiva con ella?

—Ivy cree que no cometió ningún error. Pero estaría bien tener el informe policial para poder leer nuestras declaraciones iniciales. Hace mucho tiempo, Cam. Tenemos miedo de estropearlo todo.

Él también lo temía, pero no podía hacer nada. Tal vez, si pasaba a ser sospechoso, tendría que contratar a un abogado, y el abogado sí podría hacer algo. Pero...

—Me parece que no nos darían el informe tan fácilmente —dijo, con ironía.

Ella agachó la cabeza.

—¿Ariana?

—¿Qué?

—Mírame.

Ella alzó los ojos.

—Sé que os he puesto a Ivy y a ti en una situación muy difícil al decir que estaba con vosotras esa noche. Pero yo no le hice nada a Emily Hutchins. Lo juro. Me crees, ¿no?

Ella le tomó una mano.

—Por supuesto.

Seguramente, Ariana solo quería apretarle la mano para reconfortarlo, pero él sintió una necesidad tan fuerte de notar aquel contacto y la tranquilidad que pudiera transmitirle, que entrelazó sus dedos con los de ella.

—Siempre me has apoyado. Gracias.

Aquellas palabras fueron un extraño golpe para Ariana.

—Sabes por qué, ¿no? —le preguntó.

—Porque somos amigos —dijo él.

—Entonces, de verdad no lo sabes —dijo ella, alejándose.

Él arqueó las cejas con desconcierto.

—¿De qué se trata?

—Llevo enamorada de ti desde el día que te conocí, Cam —dijo ella.

Cam se quedó boquiabierto. Él siempre había sentido un gran cariño por Ariana. Había disfrutado de su compañía, se había apoyado en ella y la había admirado. Sin embargo, nunca había pensado que ella sintiera algo más profundo por él.

—No lo dices en serio.

Al ver que a Ariana se le llenaban los ojos de lágrimas, no fue necesario que respondiera a la pregunta. Claramente, lo había dicho en serio.

—Pues lo has ocultado muy bien —le dijo él, suavemente—. Yo... no tenía ni idea.

—¿De verdad? Porque yo pensaba que era obvio no solo para ti, sino para todo el mundo.

Él siempre había pensado que era guapa, pero lo más importante era su sensibilidad, su bondad, su lealtad. Y lo dulce que podía llegar a ser. Sin embargo, él había crecido con Ariana. Siempre habían sido amigos. Él estaba satisfecho con esa relación y ella nunca se había comportado como si estuviera decepcionada. Incluso en aquel momento, a Cam le parecía que Ariana no esperaba que las cosas cambiaran.

–Siento no haberlo sabido. No lo he visto nunca. Tal vez, si lo hubiera sabido, no habría tomado el camino que tomé –dijo él, y suspiró–. Ivy y tu erais mi familia. Os necesitaba demasiado como para arriesgarme a perderos si intentaba convertir nuestra amistad en algo más.

Había demasiadas chicas que estaban dispuestas a satisfacer tus otras necesidades. Por supuesto, no me necesitabas en ese sentido –dijo Ariana. Terminó el vino y le entregó la copa–. Es mejor que me vaya.

Él la siguió por las escaleras hasta el vestíbulo. Ariana tomó su abrigo, y él trató de ayudarla a ponérselo, pero ella se resistió.

–Lo siento, Ariana.

–Lo sé. No es culpa tuya. No espero que sientas algo que no puedes sentir.

–Te quiero –dijo él–. Es solo que... nunca te he mirado de esa manera.

Ella levantó una mano.

–No tienes que darme explicaciones.

Cam se sentía muy mal. Quería que Ariana se quedara. Quería pasar un rato con ella, tomarse un descanso de su vida normal, y no creía que pudiera sobrevivir también a su pérdida.

Ella tenía la mano en el pomo cuando él la apartó suavemente de la puerta.

–¿Por qué me lo has dicho ahora, por fin? –le preguntó–. No nos hemos visto durante mucho tiempo. Y estoy casado.

–Porque... quería saber si... si utilizaste mis sentimientos para hacerme mentir por ti la noche que Emily Hutchins desapareció.

Cam se irguió y la soltó. Dio un paso atrás. Al ver que la expresión de Ariana se llenaba de arrepentimiento, Cam supo que ella se había dado cuenta de que sus palabras habían sido un golpe más fuerte de lo que cabía esperar.

–Yo... yo no quería decir eso.

Pero lo había dicho en serio. Lo que lamentaba era haberle revelado que no estaba tan segura de su inocencia como siempre había afirmado.

–Ve a la policía y diles la verdad –le dijo él, suavemente–. Ya no hay necesidad de que mientas por mí. Ivy te respaldará, y las dos quedaréis exculpadas.

–No. No voy a hacer tal cosa. Tendría demasiado miedo de lo que podría pasarte a ti.

–No me va a pasar nada –insistió él–. No tengo nada que temer.

De repente, se notó ansioso por que ella se marchara y abrió la puerta.

–Buenas noches.

Ella salió porque él se había movido hacia adelante, sin dejarle otro sitio al que ir, pero inmediatamente se giró para mirarlo.

–Cam, lo siento.

–No te preocupes –dijo él, y cerró la puerta.

¿Qué había hecho?

Ariana se paró en los escalones de la casa de Cam con un nudo en el estómago. Las dudas y emociones que la desgarraban desde hacía tanto tiempo, sobre todo desde que Cam se había casado y ella lo había perdido por Melanie, la habían confundido y molestado tanto que había cometido un gran error. No solo le había revelado que siempre había estado enamorada de él, algo que siempre había ocultado por una buena razón, sino que, además, le había hecho daño y había empeorado lo que estaba pasando.

–Oh, Dios...

Llamó a su puerta de nuevo, pero él no respondió. ¿Había destruido su amistad en un momento?

Ariana volvió a casa entre sollozos. Solo tenía dieciséis años cuando habían acusado al chico al que quería del secuestro de una niña de doce años. Era comprensible que hubiera tratado de protegerlo. También era comprensible que lo hubiese apoyado durante todos aquellos años. Ella nunca había visto ninguna señal de que Cam fuera violento.

Sin embargo, eso era una excusa y no cambiaba el hecho de que le hubiera mentado a la policía. Cualquier buen ciudadano entendería por qué era una equivocación; cabía la posibilidad de que estuviera obstruyendo a la justicia, impidiendo que una familia destrozada consiguiera respuestas de vital importancia.

Una parte de ella quería acudir a las autoridades, desahogarse y, después, seguir adelante y tratar de olvidar. Ese era uno de los principales motivos por los que había vuelto a Mariners, ¿no? Para liberarse de la culpabilidad y poner fin a la angustia mental.

Debería ir a la comisaría en aquel mismo instante, acabar con todo aquello de una vez...

Pero ¿cómo? ¿Qué pensaría su abuela? ¿Aplaudiría la decisión o se sentiría decepcionada por su falta de lealtad? Y ¿cómo afectaría a Ivy? Al menos tendría que consultarlo con ella. Le había prometido que lo haría.

Al final, no fueron Ivy ni Alice las que le impidieron contar la verdad. Fue el recuerdo de la mirada Cam cuando ella le había dicho que temía que él hubiera utilizado sus sentimientos en beneficio propio. Alguien que fuese culpable de un asesinato no habría reaccionado de esa manera.

Se había levantado viento y cada vez hacía más frío. Cuando llegó a casa de su abuela, estaba helada. Vio que la luz todavía estaba encendida en la casa y supuso que Alice la estaría esperando, tal vez, para hablar de la conversación que habían mantenido durante la partida de *bridge*. No podía entrar con los ojos hinchados y la nariz roja de llorar.

Intentó calmarse, se secó la nariz con el dorso de la mano y le envió un mensaje a Cam.

Por favor, perdóname.

No hubo respuesta.

Seguramente, él no iba a dirigirle la palabra nunca más. Ella le había fallado cuando más la necesitaba.

Se echó a llorar de nuevo. ¿Debería ir a ver a Ivy y contarle lo que había pasado?

No. No quería que Ivy supiera lo que había dicho. Esperaba que Cam tampoco se lo contara. Pero... ¿por qué no iba a hacerlo? ¿Qué se lo impedía?

De acuerdo, entiendo que me odies. Solo quería decirte que no te preocupes. Nunca más voy a volver a decir ni hacer nada que pueda herirte.

Parecía que volviendo a la isla solo había conseguido empeorar las cosas, pensó, mientras abría la verja de la casa de su abuela. En aquel momento, le llegó un mensaje de texto y miró la pantalla del teléfono. Sin embargo, no era Cam. Era Bruce.

No puedo dejar de pensar en ti.

Ariana cerró los ojos. Ojalá pudiera contarle lo que le estaba pasando. Ojalá siempre hubiera podido confiar en él. Pero, si le explicaba su dilema, tal vez él decidiera venir a Mariners. Conociéndolo, cabía la posibilidad de que lo considerara una obligación moral. Entonces, ya no podría proteger a Cam.

Aunque tenía los dedos entumecidos por el frío, escribió una respuesta para Bruce.

Lo siento. Nunca quise hacerte daño.

Por supuesto que no. Pero ojalá las cosas hubieran sido distintas.

Ella entendía perfectamente aquel sentimiento. *Ojalá*, le respondió. Pero no estaba hablando de él.

Capítulo 8

Por suerte, Alice estaba dormida cuando Ariana entró en casa. Era obvio que su abuela había estado esperando a que llegara, pero se había hecho muy tarde y ella se había quedado dormida en el sofá, delante de la televisión.

Ariana le quitó las gafas, que se le habían deslizado nariz abajo, y le movió un poco el brazo.

—¿Abuela?

Alice abrió los ojos.

—¡Ah! Aquí estás.

—No te despiertes mucho —le susurró Ariana—. Es muy tarde. Yo te ayudo a subir a tu habitación.

Alice no veía bien sin gafas, así que Ariana se sintió aliviada porque, seguramente, su abuela no se daría cuenta de que había llorado. No obstante, trató de mantener la cara girada mientras ponía en pie a Alice.

—¿Qué tal estaba Ivy? —murmuró su abuela.

—Muy bien —dijo Ariana, en voz baja, mientras subían las escaleras—. Nos lo hemos pasado muy bien charlando.

—Me alegro. Llevabas demasiado tiempo fuera de la isla.

Su abuela estaba tan somnolienta que no intentó decir nada más, y Ariana exhaló un suspiro de alivio cuando Alice estuvo acostada. Al menos, había podido evitar la conversación, fuera cual fuera.

Cuando cerró la puerta del dormitorio de su abuela, fue por la casa apagando luces hasta que volvió al salón. Allí miró el teléfono de nuevo. Había recibido otro mensaje de Bruce, pero no respondió. Desde que había vuelto a Mariners y había visto a Cam, había constatado que no quería a Bruce tal y como él se merecía y que sus sentimientos no iban a cambiar. Por difícil que fuera hacerle daño rompiendo con él, creía que era más ético por su parte obligarle a seguir adelante. Era un hombre bueno, y ella esperaba con toda su alma que encontrara a alguien que lo quisiera de verdad.

Por desgracia, no había recibido ningún mensaje de Cam ni tenía llamadas perdidas suyas.

Después de apagar todas las luces, se secó las lágrimas de las mejillas y pensó en darse una ducha caliente para intentar conciliar el sueño. En el último segundo, cuando se dio la vuelta para tomar un pañuelo de papel de la caja que tenía su abuela en la mesilla de centro, notó un movimiento en el exterior, junto a la ventana delantera.

Se hizo a un lado rápidamente y vio a un hombre muy alto, con sombrero de cowboy, alejándose de las sombras que proyectaban los árboles del límite de la parcela de su abuela y yendo hacia un coche que estaba aparcado al final de la calle.

Alguien llamaba al teléfono.

Ivy abrió los ojos y vio que la luz matinal inundaba su dormitorio. Los fines de semana no trabajaba, así que no había puesto la alarma del despertador. Temió que la llamada fuera de Walter Williams para pedirle que lo acompañara a la comisaría para hablar con el único detective de Mariners. Pero, por suerte, en la pantalla del teléfono apareció la fotografía de su madre.

—Hola, mamá.

—Vaya, estás medio dormida. ¿Te he despertado?

Para poder hablar con más claridad, Ivy se incorporó y se apoyó en el respaldo de la cama.

—¿Y por qué te sorprendes? —le preguntó, reprimiendo un bostezo—. Solo son las ocho de la mañana y es sábado, el día que más puedo dormir.

—¿Te llamo más tarde?

—No, no. No te preocupes. Me alegro de oírte. Lo que pasa es que ayer me acosté tarde.

—¿Qué hiciste?

—Ariana ha vuelto a Mariners y vino a verme, pero, después, cuando se fue, yo no podía dormir...

Su madre no le tenía mucha simpatía a Cam desde una noche en que lo sorprendió entrando por la ventana de la habitación de su hija, así que a él no iba a mencionarlo si era posible para no empeorar más la situación.

—¿Y por qué ha vuelto Ariana?

—Alice se está haciendo mayor y necesita ayuda, así que Ariana dejó su trabajo y se vino a casa a pasar el verano.

—Es muy buena por venir a cuidar de su abuela, pero ¿qué va a hacer en otoño?

—Supongo que ya lo pensará. ¿Y tú? ¿Qué has hecho? ¿Has ido a tu clase de yoga esta mañana?

—Sí. Acabo de volver.

Su madre era una fanática del ejercicio, y no faltaba a una sola clase. Tampoco perdía una sola hora de manicura ni de Botox.

—No sé cómo puedes levantarte a las cinco de la mañana cuando podrías ir a otra clase más tarde.

Su madre no tenía que trabajar. Había heredado la casa de Hazel, su abuela, pero Priscilla había heredado lo mismo, o más, en otra forma de bienes.

—Me gusta dejarlo hecho cuanto antes —le dijo Priscilla—. Intento estar en casa, ya duchada, antes de las ocho de la mañana, pero hoy me he retrasado un poco porque me he quedado en el garaje hablando con Kitty por teléfono.

La mejor amiga de su madre, Kitty, vivía en Mariners y era la dueña de The Human Bean, una cafetería preciosa que formaba parte de la oferta de buenos comercios y establecimientos que había en el centro histórico.

—¿Has llamado a Kitty más temprano que a mí? —le preguntó Ivy, sorprendida—. ¿Y no le ha importado?

—Ya se había levantado —dijo su madre—. ¿Por qué le iba a importar?

—Porque, seguramente, se estaba preparando para abrir.

—Tiene mucha ayuda, por lo menos, en verano —respondió su madre—. Además, hoy es su cumpleaños. Yo quería ser la primera en felicitarla.

—¡Es verdad! Voy a llevarle un cupcake antes de que cierre la cafetería.

–Sería muy agradable. Te adora.

–Y yo a ella.

Siempre había sido mucho más fácil tratar con Kitty que con su madre y, a menudo, Kitty había ayudado a restablecer la paz entre ellas.

–¿Has sabido algo de tu hermano últimamente?

–Me llamó hace unos días. Va a venir toda la familia en julio. Será muy divertido –dijo Ivy. Echaba de menos a su hermano. Siempre habían estado muy unidos.

Hubo un silencio. Después, Priscilla dijo:

–Yo hablé con él ayer. Me pregunto por qué no me dijo que iba a ir a la isla este verano.

Ivy se arrepintió al instante de habérselo contado a su madre. Tim no le había dicho que fuera un secreto, pero...

–Seguro que pensó que tú lo sabías. Viene casi todos los veranos.

–Pues si él va a ir, tal vez deberíamos ir tu padre y yo también.

Seguramente, ese era el motivo por el que su hermano no le había dicho nada a su madre. Ellos dos chocaban a menudo, porque su hermano no podía soportar su intensidad. Priscilla tenía un carácter nervioso y tenso que también había sido muy difícil para Ivy. Por eso había pasado tanto tiempo con su abuela. Hazel era más parecida a su padre: firme y tranquila.

De todos modos, ella soportaba el comportamiento de su madre mejor que Tim.

–En julio la isla siempre está abarrotada. Yo que tú, iría a ver a Tim a su casa unos días en agosto y, después, vendría aquí y me quedaría todo el tiempo que quisiera.

–¿No crees que estaría bien que nos reuniéramos todos de nuevo?

Parecía que, en su esfuerzo por no estropearle las vacaciones a su hermano, había sido demasiado transparente.

–Siempre es muy agradable tener a más familia en la isla, pero sé que no te gusta la temporada alta.

–Detesto tener que esperar a que me den mesa en un restaurante o no poder aparcar cuando voy a la playa. Nada más.

–Y así son las cosas en julio –respondió Ivy.

–No hay ninguna garantía de que agosto no sea igual.

–Agosto es mucho más tranquilo que julio. Y, ahora que los colegios cada vez empiezan antes, más todavía.

Hubo otra pausa.

–Hablaré con Tim –dijo su madre, al final–. A ver qué dice él.

Ivy exhaló un suspiro en silencio. Si Tim no quería que su madre supiera que iba a ir a la isla, debería haberle advertido que mantuviera la boca cerrada.

–Buena idea.

–¿Y qué novedades ha habido en el caso de Emily Hutchins? –le preguntó su madre, cambiando de tema repentinamente–. ¿Hay algo interesante que no hayan dicho en las noticias?

Ivy se puso muy tensa. Aquel tema estaba en boca de todo el mundo.

–Bueno, seguramente ya sabrás que encontraron el cuerpo cerca del faro.

–Sí. Eso lo han dicho mil veces. ¿Se ha puesto la policía en contacto contigo?

–No, y espero que no lo hagan –dijo Ivy–. No tengo nada más que decirles.

–Deberías estar preparada para recibir una llamada –dijo su madre–. Ahora que han encontrado el cuerpo, habrá mucha presión para que detengan a alguien, lo que significa que van a reactivar la investigación. Y el punto más lógico para empezar es revisar todo lo que se ha

hecho hasta ahora y buscar algún detalle que haya podido pasárseles por alto.

—Cam no le hizo nada a Emily Hutchins —afirmó Ivy con rotundidad.

—¿Estás segura?

Ivy se levantó de la cama dando un salto. Su madre nunca la había puesto en duda.

—Por supuesto que estoy segura, mamá. Él estaba conmigo y con Ariana esa noche, ¿no te acuerdas?

—Me preguntaba si... ¿No cabe la posibilidad de que os hayáis equivocado con la hora, cariño?

El detective la había interrogado insistentemente con respecto a esa parte de la historia. Hasta el momento, ella había mantenido lo que dijo al principio. Tenía que ser muy firme, porque, en el momento en el que vacilara...

—No. Yo recuerdo muy bien las horas —dijo, y contuvo la respiración a la espera de la respuesta de su madre.

—De acuerdo. Por el bien de Cam, me alegra saber que estás segura —dijo Priscilla—. Porque Kitty me acaba de contar que alguien ha declarado que lo vieron en la playa durante el tiempo en el que se suponía que estaba con vosotras.

A Ivy se le cortó la respiración.

—¿Quién ha dicho eso?

—Kitty no podía decirme quién.

Pero su marido era policía, así que era fácil imaginarse de dónde había sacado la información que, lógicamente, era fiable.

Ariana y Ivy estaban sentadas en una de las mesas de The Human Bean. Ivy la había llamado aquella mañana para contarle lo que le había dicho su madre sobre el caso Hutchins. Y, en aquel momento, tenían la esperanza de averiguar quién había hablado y por qué no lo había hecho durante aquellos veinte años.

¿Era un testigo creíble? Y, si era cierto lo que decía, ¿qué estaba haciendo Cam otra vez en la playa, cuando les había asegurado que había vuelto directamente a casa?

Ojalá sus padres no se hubieran marchado a Europa. Ellos podrían haber corroborado que estaba en casa cuando Emily había desaparecido, y Ivy y ella no habrían tenido que mentir por él. Pero, si él hubiera dicho que había vuelto a una casa vacía, no habría tenido coartada. Aunque en aquel momento fueran tan jóvenes, ya entendían los riesgos que entrañaba mentir de ese modo.

Ariana observó los pequeños grupos de gente en pantalón corto, con camiseta de tirantes o biquini, con coletas y tatuajes, con gafas de sol caras y brillo labial reluciente que abarrotaban la cafetería.

—¿Qué le vas a decir?

—Voy a felicitarla por su cumpleaños y le voy a dar la oportunidad de mencionar lo que le contó a mi madre.

—¿Y si no lo hace?

The Human Bean era, seguramente, la cafetería preferida de todo el mundo y, aquel día en concreto estaba completamente llena. Ariana no sabía si Kitty iba a poder sentarse con ellas. Cuando habían pedido sus cafés, le habían dicho a la joven de la caja registradora que habían ido a saludar a Kitty y ella les había respondido que iría a verlas enseguida, pero ya habían pasado diez minutos.

–Intentaré guiar la conversación con algunas frases –susurró Ivy–. Ya veremos cómo va.

–Que no se note demasiado –le advirtió Ariana.

En aquel momento, Kitty se acercó por fin a su mesa. Tenía el pelo rubio, muy rizado, y llevaba un delantal marrón con el logotipo de The Human Bean, como todos los empleados de la cafetería. Sonrió cuando llegó hasta ellas.

–Siento haberos hecho esperar. Siempre estamos muy ocupados durante el verano, pero me da la impresión de que este año la temporada alta está empezando mejor de lo habitual, y estamos un poco faltos de personal.

Ivy le deslizó por la mesa la tarjeta de felicitación y el *cupcake* que le había llevado.

–No queremos distraerte del trabajo. Solo se nos ocurrió venir a verte y desearte un feliz cumpleaños.

–¡Qué detalle! Muchas gracias –dijo Kitty, y leyó la tarjeta. Después, le dio un abrazo a Ivy.

–Tu madre me ha llamado esta mañana. Me alegré de hablar con ella.

–Está pensando en venir este verano –dijo Ivy.

–Ojalá venga. Hace mucho tiempo que no nos vemos.

Kitty sonrió a Ariana.

–Qué bien que hayas vuelto –le dijo–. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

–El verano.

–Bueno, si quieres trabajar mientras estés aquí, avísame. Me vendría bien la ayuda.

Ariana no se esperaba tal oferta, pero le interesó. The Human Bean solo abría hasta las dos todos los días. El horario era ideal, y tener trabajo la ayudaría a estirar un poco sus ahorros. Además, así tendría algo que hacer, aparte de obsesionarse con el caso de Emily Hutchins.

–Puede que te tome la palabra –le dijo a Kitty.

Kitty se sorprendió.

–¿De verdad?

–¿Por qué no? Prefiero estar ocupada, y este sitio siempre está muy animado.

–Sería estupendo. Si decides que quieres trabajar aquí, ven mañana, o pasado mañana. Podemos hablar del sueldo y, si puedo pagarte lo suficiente como para que estés conforme, te enseñaré y podrás empezar cuando quieras.

–Gracias. Es una oferta muy buena. Lo voy a pensar y te llamo.

Ella quería que Ivy le preguntara a Kitty por el nuevo testigo, y estuvo a punto de darle una patadita a su amiga por debajo de la mesa para recordarle que hiciera alguna pregunta capciosa. Sin embargo, sería como si el tema saliera a relucir de la nada y parecería algo raro. Si Kitty no daba aquella información por sí misma, parecería que habían ido a la cafetería con la excusa de felicitarla por su cumpleaños cuando en realidad lo que querían era sonsacarle los detalles.

–Muy bien, espero tus noticias –dijo Kitty. Miró la cola que se estaba formando, que llegaba a la puerta, y añadió–: Tengo que volver al trabajo. Gracias por acordarte de mi cumpleaños, Ivy. Siempre has sido una chica estupenda.

Se abrazaron, y Ariana se despidió de Kitty. Después, Ivy y ella salieron a la calle con sus cafés para llevar y se alejaron del edificio.

–Qué decepción que no haya dicho nada sobre lo que te ha contado tu madre –dijo Ariana, mientras caminaban por la acera.

–Sí –dijo Ivy–. Da miedo no saber contra quién nos enfrentamos.

Ariana pensó en su visita a Cam de la noche anterior. Había decidido no contárselo a Ivy, pero eso no significaba que Ivy no se enterara por el propio Cam, o por ella misma en un futuro.

–¿Llamamos a Cam para ver si trabaja hoy? –preguntó Ivy.

Ariana se alarmó y se tropezó con uno de los adoquines de la acera. No podía ver a Cam después de lo que había ocurrido la noche anterior. Pero, si decía que no, Ivy iba a sospechar que ocurría algo.

–Ahora que no están ni su mujer ni su hija, seguramente estará aprovechando para ponerlo todo al día.

–Pero a lo mejor podemos invitarlo a comer –dijo Ivy–. Tiene que comer, ¿no? Es muy triste que nos hayamos distanciado. A mí me parece que deberíamos aprovechar la ausencia de Melanie para recuperar la relación. Ahora, ella no puede intervenir, y por cómo se comporta Cam... yo creo que nos necesita. ¿Tú, no?

–Es que... no quiero molestarlo. Supongo que preferirá trabajar.

Ivy se detuvo y le entregó su vaso de café a Ariana para sacar el teléfono de su bolso.

–Entonces, que nos lo diga él. Vamos a preguntárselo.

A Ariana no se le ocurrió ninguna otra excusa y, además, teniendo en cuenta su relación pasada y lo pequeña que era la isla, iba a terminar viendo a Cam en algún momento. Lo mejor era resolverlo cuanto antes.

–De acuerdo –dijo.

Sin embargo, con solo recordar las cosas que le había dicho la noche anterior, se avergonzaba. Estaba segura de que él iba a rechazar la invitación dándole alguna excusa a Ivy. Pero se quedó asombrada unos minutos más tarde, al ver que él respondía al mensaje de su amiga y aceptaba que fueran a su estudio.

Cam ni siquiera se había molestado en ducharse aquella mañana. No había dormido bien. Había soñado con que estaba en la cárcel y no había podido dejar de dar vueltas por la cama en toda la noche. Aquella mañana, al levantarse, se había lavado los dientes, se había puesto una camiseta vieja y unos pantalones de chándal y había salido a correr para aclararse la cabeza. Al terminar, se había ido directamente al estudio para avanzar en varios proyectos y no había pasado por casa.

Seguramente, debería haberlo usado como excusa para que Ivy y Ariana no fueran a verlo. Sin embargo, estaba confuso y angustiado por muchas cosas que sucedían en su vida, y ellas eran las dos únicas personas en las que había podido apoyarse durante todos aquellos años. Las necesitaba, por mucho que le disgustara lo que había sucedido con Ariana.

No podía creer que ella lo hubiera acusado de utilizarla. Ivy y ella eran las personas que mejor lo conocían. Él creía que siempre iban a estar a su lado, aunque pudieran pasar años sin que hablaran, porque la verdadera amistad lo soportaba casi todo. El hecho de que ella pensara que la había usado le ponía enfermo.

Sin embargo, al mismo tiempo, una parte de su conversación le resultaba halagadora. Sabiendo lo difícil que era captar la atención de Ariana, por lo menos en el aspecto romántico, no podía evitar sentir una extraña... ¿alegría? ¿Era esa la palabra?

Él había visto a muchos chicos intentar ligar con ella; su primo, que le gustaba a la mayoría de las mujeres, había expresado su interés por ella en la celebración de la boda. Y, sin embargo, Travis había sido rechazado, como todos los demás. Antes de volver a su casa, Travis la había llamado «Teflon», y él se había echado a reír, porque estaba de acuerdo con la metáfora. Ella nunca era maleducada, ni mezquina, ni altiva, ni petulante. Era agradable, pero no respondía a las

insinuaciones. Era emocionalmente inaccesible.

Así que... ¿cómo era posible que estuviera enamorada de él? Sobre todo, durante tanto tiempo...

Le sorprendía mucho que lo hubiera admitido de repente, después de que él llevara cuatro años casado. Si se lo hubiera dicho antes, ¿habrían cambiado las cosas?

Al recordar que se había casado con Melanie porque estaba embarazada, se dio cuenta de que, probablemente, no. Él todavía era una persona inmadura, irresponsable y, en muchos sentidos, un tonto.

Durante aquellos cuatro años había aprendido muchas cosas. Se sentía como si hubiera envejecido cuarenta años. No sabía por qué había tardado tanto en madurar.

—Mierda —murmuró mientras se pasaba los dedos por el pelo. Seguramente, lo había hecho ya cien veces.

Cuando alguien llamó a la puerta del estudio, él se puso en pie de golpe. No sabía cómo se iba a sentir cuando viese a Ariana. ¿Le habría contado a Ivy lo que había sucedido la noche anterior? Y, si no se lo había contado, ¿pensaba hacerlo?

Cam no creía que fuese él quien debía hacerlo, así que iba a mantener la boca cerrada. Tal vez fuera la única manera de salvar la relación que Ariana y él habían construido durante tantos años. Después de lo que él había experimentado desde que ella se había marchado, sabía que no quería perder su amistad.

Al pasar por delante del mostrador de recepción, vio a sus amigas a través de la puerta de cristal. Ivy llevaba una bolsa de comida de uno de sus restaurantes favoritos, The Charles W. Morgan, cuyo nombre era el del último barco ballenero de madera del mundo. El barco zarpaba desde la costa de Massachusetts, no de Mariners, pero los dueños del restaurante no se habían preocupado por esas minucias.

Abrió la puerta y, por la sonrisa de Ivy, fue fácil deducir que Ariana no le había contado nada. Se sintió aliviado. Si los dos eran discretos, tal vez pudieran olvidarse de lo sucedido, sin más. Se dio cuenta de que Ariana se sentía mal por haber hecho lo que había hecho y de que estaba muy incómoda. Miraba a todas partes, salvo a él.

—Hola —dijo Ivy, mientras él mantenía la puerta abierta para que pasaran—. ¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre —dijo él, y ella le entregó la bolsa de comida—. Esta mañana he ido a correr sin desayunar, y no he vuelto por casa.

—Hay una docena de restaurantes, o más, por esta zona, a tiro de piedra de aquí. Lo sabes, ¿no? —dijo ella, poniendo los ojos en blanco con resignación.

Él la miró con timidez.

—Sí, sí, pero hace falta dejar lo que estoy haciendo, ir hasta alguno de ellos y, después, esperar a que te entreguen lo que has pedido.

—Si ni siquiera puedes hacer eso, es que estás demasiado ocupado —dijo ella, riéndose.

—Sí, lo reconozco.

Fueron a su despacho y se sentaron.

—Huele bien —dijo Cam, mientras abría la bolsa.

—Patatas y pescado fritos —dijo Ivy—. Es imposible equivocarse con eso. A menos que quieras evitar un infarto, claro.

—Ya me preocuparé de las enfermedades coronarias cuando sea viejo —respondió él, sonriendo, y miró a Ariana.

Ella se sobresaltó cuando sus ojos se encontraron, y se puso muy roja.

–¿Quién ha pagado esto? –preguntó él.

–Ariana sacó su tarjeta de crédito más rápidamente que yo.

Él tomó su teléfono.

–¿Cuánto te debo?

–Te invito –dijo ella.

¿Para disculparse? Le dio esa impresión. De lo contrario, ¿por qué había ido a verlo con Ivy, que ni siquiera sabía lo que había pasado? Debía de ser para hacer las paces.

–¿Qué vais a hacer hoy? –les preguntó.

–Vamos a ir a la playa –respondió Ivy–. ¿Hay alguna posibilidad de que te convenzamos para que dejes el trabajo y vengas con nosotras? Hace siglos que no vamos juntos a la playa.

Él tenía muchísimas cosas que hacer, pero estarían esperándolo cuando volviera. O podría hacerlas el lunes. Si Melanie hubiera estado en casa, habría tenido que tomarse el fin de semana libre de todos modos para salir con su pareja de amigos favorita o llevarla a su hora de peluquería y manicura. ¿Por qué no iba a disfrutar con sus mejores amigas? No se había dado cuenta de lo mucho que las echaba de menos. Aunque la conversación de la noche anterior con Ariana hubiera sido tan rara, él estaba dispuesto a achacárselo al estrés que estaban pasando todos desde que había aparecido el cuerpo de Emily Hutchins.

Ariana no creía de verdad que él la utilizaría.

–Me parece bien –dijo.

Capítulo 9

Hacía mucho tiempo que Ariana no iba a la playa. Después de marcharse de Mariners, se había entregado a los placeres de la gran ciudad. Sin embargo, al llegar a Playa Franca, tuvo un enorme deseo de recuperar algo de la felicidad y la diversión que Cam, Ivy y ella habían compartido en el pasado. No iba a poder librarse de los graves problemas a los que se enfrentaba sabiendo que, seguramente, Warner Williams la estaría esperando cuando volviera a casa. Pero, por lo menos, tenían por delante unas cuantas horas durante las que podía olvidarse de la pobre Emily, de la policía y del detective.

—Parece que hemos acertado viniendo aquí —dijo, al ver que la playa estaba mucho menos concurrida de lo que esperaban.

Cam se había empeñado en llevarlas en su Land Rover. En aquel lado de la isla el mar era más bravo, pero no impedía el baño. Él había insistido en que habría menos turistas, y había resultado que era cierto.

—¿Sabéis por qué se llama Playa Franca? —les preguntó Ivy, mientras se dirigían hacia el mismo sitio en el que se ponían cuando estaban en el instituto.

Ariana se protegió los ojos del sol con la mano y miró hacia el cielo azul, interminable. Corría una brisa ligera y las olas rompían suavemente en la orilla.

—No, yo no lo sé —dijo—. ¿Por qué?

—¿No es por una ballena? —preguntó Cam.

—Sí —dijo Ivy, mientras se quitaba las sandalias y se agachaba a recogerlas—. La ballena franca fue una de las especies más cazadas en su día, y por eso ahora hay tan pocas.

—Nunca me había preguntado de dónde venía el nombre —dijo Ariana.

Cam le dio un suave codazo.

—¿Es que no prestabas atención en clase de Historia?

El hecho de que él hubiera interactuado también con ella, y no solo con Ivy, hizo que se sintiera mejor.

—Seguramente no estaba en esa clase de Historia, sino haciendo pellas contigo.

Ivy se recolocó la bolsa de la playa que llevaba colgada del hombro.

—Si yo no fuera la bibliotecaria del pueblo, probablemente no me lo habría preguntado tampoco.

Más tarde, cuando Ivy se quedó bañándose y Cam y ella volvieron a la toalla solos, Ariana aprovechó la oportunidad para disculparse.

—Siento lo de anoche —murmuró.

Él se sentó a su lado.

—No pasa nada.

—Solo quiero que sepas que yo no le he dicho nada a la policía, y no voy a hacerlo.

A él se le borró la sonrisa, y ella casi se arrepintió de haber sacado a relucir la noche anterior. Acababa de devolverlos a una realidad muy desagradable cuando estaban riéndose, bañándose y jugando en el agua como hacían cuando eran niños.

–Yo no lo hice –dijo él.

–Ya lo sé. ¿Me perdonas?

–Ya te he perdonado –respondió Cam.

Ariana pensó que la conversación había terminado y se alegró. Sin embargo, después de que él se pusiera las gafas de sol, la miró.

–¿Y el resto lo dijiste en serio?

Le estaba preguntando si de verdad estaba enamorada de él.

A Ariana se le aceleró el corazón y, al instante, se le formó una negativa en la mente. Sería muy fácil convencerlo de que había exagerado lo que sentía por su angustia con lo que estaba ocurriendo con el caso de Emily Hutchins.

Sin embargo, llevaba veinticinco años enamorada de él, y admitirlo por fin le proporcionaba cierto alivio.

–No debería habértelo dicho –respondió–. Espero que podamos continuar como siempre. Que eso no afecte negativamente a nuestra relación.

–¿Eso es un sí?

No podía verle los ojos tras las gafas de sol, pero notó su tono de sorpresa. Cam estaba asombrado otra vez, o por lo que ella sentía, o porque hubiera tenido el valor de decírselo.

Ariana saludó a Ivy con la mano. Su amiga estaba haciéndoles señas para que fueran a ver una galleta de mar. Ella reunió valor para responder.

–Es un sí –le confirmó, y salió corriendo hacia el agua.

Cam no se había molestado en quitarse las gafas de sol al volver a la orilla. No tenía pensado volver a bañarse, solo quería ver lo que había encontrado Ivy.

–¿A que es preciosa? –preguntó Ivy, mientras los tres observaban a la preciosa criatura de color marrón.

–¡Mirad qué pies tiene! Parecen pelos, de lo finos que son.

–La mayoría de la gente piensa que las galletas de mar son solo un caparazón –les explicó Ivy–, pero, en realidad, son animales de la familia de los equinodermos. Su endoesqueleto no se vuelve blanco hasta que mueren. En la biblioteca hay un libro para niños sobre estos animales.

Era un ejemplar pequeño, de unos dos centímetros y medio de anchura. Él había visto galletas de mar más grandes por la isla, pero aquel era un espécimen perfecto.

Ariana se lo dio y él lo miró con atención. Después lo dejó de nuevo bajo el agua de la orilla.

–¿Sigue habiendo muchos cristales marinos? –preguntó Ariana.

Ivy frunció el ceño e hizo un gesto negativo.

–No tantos como cuando éramos pequeños.

–Ojalá hubiera guardado más de los que nos encontrábamos –dijo Ariana–. He visto joyas muy bonitas hechas con ellos, en Etsy y en otras páginas web, y siempre me recuerdan a Mariners.

–¿Y por qué no nos proponemos encontrar la mayor cantidad posible este verano? –preguntó Ivy, con entusiasmo–. Así tendremos algo que buscar, y podemos encargar que nos hagan alguna joya con ellos, para conmemorar el que podría ser el último verano que pasamos juntos.

Ariana giró la cara hacia arriba, hacia el sol, y Cam vio que se le hinchaba el pecho porque respiraba muy profundamente.

—Me gustaría —dijo, después de exhalar un suspiro.

Él estaba más concentrado en la segunda parte de la frase de Ivy.

—¿Y por qué va a ser el último verano que pasamos juntos? —preguntó—. ¿Qué cosa horrible piensas que va a ocurrir?

Por suerte, Ivy no aludió a la posibilidad de que él pudiera ir a juicio y, después, a la cárcel, por el asesinato de Emily Hutchins. Nadie había vetado ese tema; era más una regla tácita para no estropear con sus problemas el día que estaban pasando en la playa.

—Puede que Ariana vuelva a la costa y encuentre un trabajo nuevo, y no vuelva —dijo Ivy—. O que se case y tenga hijos, algo que también cambiaría nuestra amistad —añadió, y le dio un codazo suave a Cam—. Mira lo que pasó contigo. Hoy estamos juntos porque Melanie no está aquí y no va a enfadarse.

A él nunca le había resultado tan fácil olvidarse de su mujer como en aquel momento. Ni siquiera la había llamado aquella mañana, aunque sabía que ella iba a hacérselo pagar caro. Pero no había sido capaz de hacerlo. No soportaba sus quejas de lo difícil que era cuidar a Camilla durante el viaje, aunque su niña se portaba muy bien para tener cuatro años, ni sobre lo mucho que le molestaba todo lo que hacían o decían sus padres, ni sobre el hecho de que todo el mundo estuviera hablando de Emily Hutchins.

Cuando Melanie y él se conocieron, el asunto de Emily no tuvo relevancia. Él había tenido que responder a algunas preguntas sobre ella de vez en cuando, pero eso era todo. Sin embargo, ahora parecía que el resurgir del caso era más de lo que Melanie esperaba, que él estaba en deuda con ella porque recibía un tipo de atención negativa. Estaba seguro de que ese era el motivo por el que había elegido aquel momento en concreto para salir de la isla. Normalmente, Melanie aprovechaba para ir a casa de sus padres en invierno, cuando Mariners no era tan divertido.

—Aunque Melanie y yo siguiéramos juntos, no pienso seguir permitiendo que dicte quiénes pueden ser mis amigos y quiénes no, ni cuándo puedo verlos —les dijo a Ivy y a Ariana.

A Ivy le preocupó aquello, en vez de proporcionarle alivio o satisfacción.

—¿Seguro que estás dispuesto a aguantar el dolor que te causará estar con nosotras un poco más?

—No debería haber permitido que ella se saliera con la suya en eso —dijo él—. No puedo permitir que siga utilizando a Camilla para controlarme. No está bien. Así que me comprometo a buscar y encontrar todos los cristales marinos que pueda este verano, y no porque quepa la posibilidad de que sea el último que pasamos juntos, sino como promesa de que no lo será.

—¡Me gusta eso! —exclamó Ivy, con entusiasmo.

Sin embargo, no parecía que Ariana estuviera prestando atención. Tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia el cielo.

Cam observó las pecas que tenía en la nariz, la delicada estructura de su cara y los gruesos mechones de pelo rubio que se había recogido en una coleta. La conocía desde hacía tanto tiempo como amiga que había dejado de verla como a una mujer. Ariana era, simplemente, Ariana. Sin embargo, saber que estaba enamorada de él lo había despertado de algún modo, había hecho que se fijara en otras cosas, como en lo sexy que estaba con su biquini blanco, por ejemplo... Y no estaba convencido de que eso fuera bueno. Seguramente, no lo era, teniendo en cuenta su situación y el hecho de que suponía un riesgo para su amistad.

—Ariana, ¿tú también te comprometes? —le preguntó.

Cuando ella abrió los ojos, él se dio cuenta de que le encantaba su color verde, de que le encantaban sus pestañas rubias, largas y espesas.

—¿A que seamos amigos para siempre? Sí, claro —dijo ella.

Pero... si estaba verdaderamente enamorada de él, Ariana preferiría algo más, ¿no?

Aquella idea era una novedad. Le causaba asombro. Pero lo que más asombro le causaba era que no le resultara desagradable. Eso era raro, ¿verdad?

¿O solo era porque se sentía tan infeliz en su matrimonio, tanto como para que estar con una buena amiga le pareciera una alternativa mejor?

Él no apartó la mirada, y ella tampoco lo hizo. Sonrió, y él le devolvió la sonrisa. Y aquel intercambio fue como algo nuevo, casi como si acabaran de conocerse.

Había algo distinto. Ivy no sabía exactamente por qué, pero Cam y Ariana se estaban comportando de un modo extraño. Para empezar, Ariana estaba más callada que de costumbre. Cuando había empezado a soplar el viento, ella se había sentado en la arena y se había envuelto en una toalla a rayas, y se había quedado mirando el mar. Cam, por su parte, estaba más feliz y hablador, como cuando eran adolescentes. Desde que había conocido a Melanie, no solo se había distanciado de ella, sino en general, salvo en lo relacionado con su trabajo.

Ahora que ella entendía más claramente lo que ocurría en el matrimonio de su amigo, supuso que Cam había tenido que concentrarse en la batalla que estaba librando por mantener unida a su familia. Entender eso le servía a Ivy para calmar el dolor y el resentimiento de perder su amistad. Sin embargo, con Melanie en Boston y después de haber tomado la decisión de poner límites a su esposa, estaba claro que Cam se sentía como si se hubiera quitado un peso de los hombros. Él quería que hubiera un cambio positivo y, de lo contrario, estaba pensando en ponerle punto y final a la situación.

Pero ¿era eso todo lo que sucedía?

—¿Qué ocurre entre Cam y tú? —le preguntó a Ariana, cuando Cam las llevó a casa y se fue a la suya.

Se había ofrecido a dejar a Ariana en casa de su abuela, pero ella había preferido bajar del coche con Ivy. Había dicho que, si Williams la estaba esperando, prefería que el detective no la viera en el coche de Cam. El señor Williams sabía que eran amigos, como lo sabía todo el mundo, pero ella tenía la sensación de que era menos probable que creyera en su declaración si los veía juntos.

Ariana se quedó sorprendida.

—Nada, ¿por qué?

—Porque hoy os habéis comportado los dos de una manera... inusual.

—Creo que Cam piensa que ya ha intentado lo suficiente que las cosas fueran bien con Melanie, y que puede dejarlo si no mejoran. El hecho de saber que estás al final de algo difícil, de un modo u otro, crea algunas veces una sensación de euforia.

—Yo también estaba pensando eso. Pero es que... Bah, no importa —dijo Ivy, encogiéndose de hombros.

Lo que había dicho Ariana era cierto, y ella no debería estar disgustada. Aunque siempre había tenido buen cuidado de mantenerse alejada de Cam y no interponerse en su matrimonio, no había sido fácil. Ella había sentido algo por él durante toda su vida, y esos sentimientos podrían haberse convertido en algo más, fácilmente, si él hubiera demostrado algo de interés. Además,

ella había intentado cuidarlo. De adolescentes, se arriesgaba a enfadar a sus padres por dejarlo dormir en su habitación para que no tuviera que volver a una casa vacía o con unos padres que lo trataban como si fuera una enorme molestia.

El hecho de pensar en que se estaba acercando más a Ariana que a ella ahora que su matrimonio se estaba desmoronando hacía que se sintiera ignorada, como si la fueran a dejar sola otra vez.

Sin embargo, era posible que se lo estuviera imaginando todo.

—¿Crees que Williams va a estar esperándote? —le preguntó a su amiga, cambiando de tema.

Ariana miró hacia casa de su abuela.

—Aunque no esté ahora, vendrá esta noche.

—No sabemos cuánto tiempo se va a quedar en Mariners. A lo mejor no lo ves hasta mañana, o hasta pasado mañana.

Ariana se mordió el labio con preocupación.

—Él piensa que nosotros somos la clave para la resolución del caso. Estoy segura.

—¿Por qué? —preguntó Ivy.

—Para empezar, está vigilando mi casa.

Ivy se quedó paralizada, con la mano en una de las barras de la verja de su casa.

—¿Cómo?

—Anoche lo vi cuando estaba a punto de acostarme. Era muy tarde para estar en el jardín de alguien. Y lo vi marcharse.

A Ivy se le encogió el corazón.

—No me lo habías dicho.

—Tampoco se lo he dicho a Cam. No quería estropear el día. Pero, ahora... tenemos que ser cuidadosas, Ivy. El detective está empeñado en saber la verdad de dónde estuvimos aquella noche, y a qué hora.

Ivy percibió su tono de temor, porque la verdad no era lo que ellas estaban diciendo.

—No va a pasar nada, ya lo verás —insistió—. Encontrarán alguna prueba forense que guiará a la policía en la dirección correcta.

Ariana no dijo nada, pero no parecía que estuviera muy animada, así que Ivy dijo:

—Ya lo verás.

Su amiga asintió y comenzó a moverse.

—Te llamo cuando vaya a salir para el restaurante.

Las dos iban a cenar con Cam aquella noche. No querían dejar de celebrar su reencuentro ahora que, por fin, habían podido reunirse sorteando las preocupaciones y los agobios de la vida adulta.

—De acuerdo —dijo Ivy.

Se quedó observando a Ariana, que siguió caminando por la acera y torció la esquina. Ojalá su amiga no contradijera con su declaración nada de lo que ella le había dicho al detective. Ya era lo suficientemente difícil mantener la mentira con tanta presión, publicidad y sospechas, sobre todo, después de veinte años. Ella entendía muy bien que depender de que otro dijera exactamente la misma mentira aumentaba mucho las posibilidades de que los descubrieran.

Las dos querían a Cam, pero ¿estaban dispuestas a llegar hasta el mismo extremo con tal de protegerlo?

Ariana respiró con más facilidad al llegar a casa de su abuela. Dio un rodeo por el callejón lateral y entró por el diminuto recibidor para no acercarse a la casa por la fachada principal, aunque había permanecido vigilante y no había visto a Williams por ningún lado. No parecía que el detective estuviera al acecho. Si conseguía ducharse, arreglarse y salir de casa por el mismo camino, tal vez pudiera evitar encontrarse con él.

Cuando entró en casa, oyó que su abuela la llamaba.

—¿Ariana? ¿Eres tú?

Ariana atravesó la cocina y el comedor y encontró a Alice en la sala de estar, recogiendo platos, servilletas arrugadas y tazas vacías.

—Hola.

—¿Qué tal en la playa? —le preguntó su abuela. Aunque su tono era agradable, tenía la voz un poco apagada.

—Muy bien. Hemos ido al norte —dijo Ariana. Tomó un plato sucio que había sobre el antiguo fonógrafo que había sido de Alice desde que ella tenía uso de razón—. Parece que has tenido visita desde que me fui.

—Era una reunión. Todavía soy miembro activo de la sociedad histórica. La presidenta es Tena Burns, del club de *bridge*. Ella quería reunirse con la gente que se ha ofrecido voluntaria para ayudar a recaudar fondos para The Wedding House. Necesitábamos empezar a planificar lo que vamos a hacer para salvarla, así que ofrecí mi casa.

The Wedding House era la casa más antigua de la isla, construida en el siglo XVII. Fue un regalo de bodas de uno de los primeros pobladores de Mariners a su segunda esposa. Se decía que Jeremiah McCauley había apresurado la muerte de su primera mujer para poder abrazar a la segunda, más bella y mucho más joven, y esa historia le proporcionaba al edificio un pasado mucho más pintoresco de lo que sería de otra manera. Sin embargo, los habitantes de Mariners se tomaban muy en serio las historias coloniales y se esforzaban mucho por preservar todo lo que pudieran. Ariana ya había oído decir a su abuela que era necesario cambiarla de ubicación, o se caería al mar debido a la erosión.

—¿Cuándo es el evento para recaudar fondos?

—Dentro de unas semanas. Para preparar esos eventos hace falta mucho tiempo, sobre todo, cuando se trabaja con voluntarios.

—Yo también quiero ayudar, cuando pueda. Kitty, la dueña de The Human Bean, me ha ofrecido trabajo. Pero, aunque lo acepte, tendré libres las tardes y las noches.

—Ya te avisaré cuando tengamos nuestra próxima reunión, por si quieres venir. Pero no te he llamado a la sala de estar para esto. Mientras estábamos en la reunión, ha llamado a la puerta un tal señor Williams.

—¿Qué quería? —preguntó Ariana. Estaba tan desconcertada como su abuela.

—Dejó su tarjeta y me pidió que lo llamaras.

Se acercó a la repisa de la chimenea y tomó la tarjeta.

—¿Cuándo espera que lo llame? —preguntó Ariana, mientras la aceptaba de manos de su abuela.

—Le dije que ibas a llamarlo en cuanto llegaras.

—¿No puedo esperar hasta mañana? Tengo que ducharme.

Ariana iba a marcharse con la tarjeta, pero Alice la detuvo.

—No vas a tardar más que unos minutos —le dijo.

Aunque su abuela siempre era muy amable, Ariana se dio cuenta de que estaba empeñada en que llamara inmediatamente, por muy desagradable que pudiera ser la conversación.

—¿Quieres que le llame ahora mismo?

—Creo que sería buena idea. Si no lo haces, podría parecer que tienes algo que ocultar.

—Yo no tengo nada que ocultar —dijo Ariana. Sin embargo, quería y respetaba tanto a su abuela que no pudo mirarla a los ojos mientras respondía—. Es que...

—Ya le has dicho la verdad a la policía —dijo Alice, en tono de autoridad—. Lo único que tienes que hacer es repetir lo que les dijiste a ellos, y lo mejor sería que lo hicieras mientras yo estoy en la habitación.

Ariana enarcó las cejas. No quería hablar con Williams, y mucho menos, con público.

—¿Por qué?

—Porque él me preguntó si también podía hablar conmigo cuando tuviera un minuto.

Ariana se quedó sorprendida.

—¿Por qué?

—Pues por el mismo motivo por el que va a hablar contigo. Quiere conocer los detalles y las horas, y asegurarse de que no ha cambiado nada desde la última vez que nos preguntaron.

Alice respondió lentamente, eligiendo las palabras con cuidado, como si estuviera tratando de decir lo suficiente, pero no demasiado. Ariana conocía bien a su abuela. Detrás de sus palabras había una reserva de significado más profunda que lo que comunicaba en la superficie. De esa manera, Alice le estaba diciendo que necesitaban tener muy clara su historia.

Demonios. Alice sabía exactamente lo que había en juego. Ariana no se había equivocado en esto. Y su abuela se había convertido en cómplice, también.

¿Qué había hecho? Había arrastrado a su abuela a aquello...

Ariana se dejó caer en el sofá y se frotó la frente mientras se preparaba para la conversación.

Alice le concedió unos segundos. Después, se sentó a su lado y le dio unos golpecitos en la rodilla.

—Vamos a terminar con esto, cariño.

—De acuerdo —dijo Ariana, con resignación, y sacó su teléfono.

Capítulo 10

Cuando oyó que su teléfono empezaba a llamar, Ariana se sintió demasiado agitada como para seguir en el sofá. Se levantó y comenzó a pasearse de un lado a otro. Y, cuando el señor Williams respondió, se quedó helada en mitad de la sala, bajo la atenta mirada de su abuela.

—Hola, soy Warner Williams.

—Hola, señor Walker. Soy Ariana Prince. Mi abuela me ha dado su tarjeta y me ha dicho que quería usted hablar conmigo.

—Sí, gracias por llamar, señorita Prince.

Ariana se mordió el labio y esperó.

—Estoy trabajando para la familia Hutchins. Seguramente, sabe quiénes son.

—Sí, claro —dijo ella—. Han salido mucho en las noticias.

—Sí. Han pasado por algo horrible por lo que no tendría que pasar ninguna familia, y yo estoy aquí para ayudarles a averiguar qué le ocurrió a su niña. ¿Le importaría que fuera a visitarla para hablar con usted?

—¿Ahora mismo?

—No tardaré mucho.

—Pues... no me importaría, pero he quedado con mis amigos para cenar y tengo que arreglarme. ¿No podríamos mantener esta conversación por teléfono?

—¿Y si fuera mañana, a primera hora? —le sugirió él.

—Tengo que madrugar para ir a una entrevista de trabajo.

—Ah —dijo él, en tono de decepción, pero continuó—: Solo quería hacerle unas cuantas preguntas sobre la noche que desapareció Emily Hutchins.

—Ya le dije a la policía todo lo que sé —respondió Ariana—. ¿No está todo en el informe?

—Sí, señorita Prince. Pero han pasado veinte años y, por experiencia, sé que hablar de nuevo con la gente puede arrojar luz en un caso. Usted estaba con Ivy Hawthorne y Cam Stafford aquella noche, ¿cierto?

—Sí.

—¿Puede decirme lo que recuerda de aquella noche?

—Era cinco de julio, un viernes. Habíamos ido a ver los fuegos la noche anterior, pero era el principio del fin de semana, así que fuimos a la playa otra vez, para hacer una hoguera. Hacía frío porque soplaban un viento muy fuerte del mar, y no nos quedamos hasta muy tarde. Ivy y yo no teníamos jersey y queríamos volver a casa.

—He hablado con otras de las personas que estaban en la hoguera aquella noche.

Ella no tenía ni idea de cómo habría encontrado a aquella gente. Eran jóvenes que estaban de visita en la isla durante una semana, más o menos. Cam, Ivy y ella habían conocido a tres chicos y a una chica, hermana de uno de ellos, en el restaurante en el que habían cenado antes de ir a la

playa. Ella ni siquiera recordaba sus nombres, salvo el de uno de los chicos.

Su rápida y fácil amistad con Ben, su hermana y los otros dos chicos había durado solo el tiempo que el grupo había permanecido en Mariners. Cam, Ivy y ella estaban acostumbrados a que los turistas pasaran por su vida y no volvieran.

—Entonces, ya sabe todo esto —le dijo Ariana al detective, con toda la seguridad que pudo.

—Ellos han confirmado que estaban ustedes allí. Pero dijeron que se fueron poco después de las diez.

Eso era cierto. Ariana esperaba poder difuminar la línea temporal comportándose, tal y como había hecho cuando la interrogó la policía, como si no hubiera mirado mucho la hora.

—Puede ser —dijo ella—. No estaba al tanto de la hora exacta.

—Pero sabe cuándo llegó a casa.

—Sí. Ivy venía a dormir a mi casa, y miré el reloj cuando entramos para asegurarme de que llegaba antes de la hora límite que, en mi caso, eran las doce. También me di cuenta de que mi abuela estaría dormida a las once y le pedí a Ivy que guardara silencio para no despertarla.

—¿Y estaba dormida?

—Pues no, en realidad. Se había quedado despierta viendo un programa de televisión.

—Ah. ¿Y cuánto tardaron en llegar a casa aquella noche?

—No lo sé. No teníamos prisa, así que, posiblemente, tardamos más de lo normal.

—Según su declaración, habían bebido algo.

—Sí. Otro motivo por el que tardamos más.

—Y dijeron que Cam también había bebido.

—Todos lo hicimos.

—¿Estaba con ustedes cuando llegaron a casa?

—No entró con nosotras, pero nos acompañó hasta el borde del jardín para cerciorarse de que entrábamos sanas y salvas y volvió a su casa desde aquí.

—Se marchó a las once.

Ella apretó los puños y trató de infundirle más convicción a su tono de voz.

—Casi en punto. Cam no pudo ser el responsable de lo que le ocurriera a Emily Hutchins. Por lo que me dijo la policía, su hermana oyó un ruido extraño a las diez y media. No se levantó para ver si su hermana estaba bien porque ella estaba muy cansada y pensó que Emily iba al baño. Y Cam estaba con nosotras.

—¿Y qué diría usted si yo le dijera que tengo un testigo, uno de los chicos con los que habían estado ustedes en la hoguera, que dice que vio a Cam después de que ustedes se fueran, que volvió a la playa con una chica más pequeña sobre las once?

A Ariana se le cayó el alma a los pies. Kitty debía de referirse a eso cuando se lo había contado a su madre. Sin embargo, Priscilla no le había dicho que Cam estuviera con una chica. ¿Era algo nuevo? ¿Sería cierto? Ariana pensó que se había encontrado con alguien que conocía y que había vuelto a la playa. En aquel momento, Cam se sentía apático, estaba aburrido y solo demasiado tiempo. Nunca quería ir a su casa. Pero eso significaría que la había mentado, y ella no quería ni siquiera pensar en esa posibilidad. Y menos, después de lo culpable que se había sentido la noche anterior por dudar de él. Tenía que decidir algo, en un sentido u otro, y atenerse a ello, o los metería a todos en un buen lío.

—Le diría que la persona que le ha contado eso tiene que estar equivocada. ¿Habló con Cam, o puede decir con quién estaba Cam?

—No. Ella me dijo que Cam no se acercó más a su grupo. Dijo que miró hacia arriba por

casualidad y lo reconoció. Dice que Cam estaba discutiendo con la chica.

Ariana notó el pronombre femenino. ¿Era la hermana de Ben?

—¿Y puede decir con seguridad que fue a Cam a quien vio? Porque yo lo dudo. Esos chicos eran solo turistas con los que habíamos estado unas horas. Ninguno nos conocía, y era muy tarde, así que estaba muy oscuro.

Williams no respondió inmediatamente, y ella se quedó callada, esperando su respuesta. Seguramente, él quería que empezara a hablar nerviosamente y revelara alguna información sin querer.

Mantuvo la boca cerrada y esperó.

—Bueno, es algo que se debe tener en cuenta —dijo él, por fin.

Ariana tuvo la esperanza de que la conversación terminara, pero él prosiguió en otra dirección.

—¿Conocía usted a Emily Hutchins?

—No.

—¿La mencionó Cam alguna vez?

—Aquel día llegó tarde a buscarnos. Cuando llegó, dijo que había tenido que ayudar a una niña a entrar a su casa porque se había quedado fuera sin llaves. Supongo que era Emily.

—Sí. Él sabía dónde se alojaba con su familia y que sus padres habían salido a pasar el día fuera, y sabía cómo podía entrar a la casa.

—¡Pero eso no significa que él fuera quien la secuestró!

—Usted cree en su inocencia.

—Sé que es inocente —respondió Ariana.

—Ciertamente, parece un hombre agradable —dijo Williams.

Ella se puso tensa.

—Pero usted piensa que lo hizo él.

El detective hizo una pausa. Después, dijo:

—La historia más lógica suele ser la historia verdadera, señorita Prince.

Ella apretó el auricular.

—¿Qué significa eso?

—Que es más probable que lo hiciera él a que lo hiciera cualquier otra persona.

Mientras iba andando a casa de Ivy, Ariana no podía quitarse de la cabeza lo que le había dicho Williams.

Por suerte, tenía unos minutos para calmarse antes de ver a Cam. Iban a reunirse con él en el restaurante.

—¿Y bien? ¿Estaba allí? —le preguntó Ivy, en cuanto abrió la puerta.

Ariana sabía que estaba hablando de Williams. Miró hacia atrás. Antes de colgar, el detective le había preguntado si podía llamar a su abuela y, probablemente, estaba hablando con Alice en aquel momento, así que ella no creía que la estuviera vigilando y, sin embargo, temía encontrárselo sentado en su coche, al otro lado de la calle. Algunas veces, la isla producía una sensación de pequeñez, de confinamiento, como en aquel momento, cuando deseaba desesperadamente evitar a alguien.

—No estaba cuando yo llegué, pero había ido antes. Le dio su tarjeta a mi abuela y ella me obligó a llamarlo.

Ivy se preocupó mucho.

—¿Y cómo fue la conversación?

—Supongo que bien.

Bajó la voz, aunque no parecía que hubiera nadie que pudiese oírlas.

—¿Vas a decirle a Cam que Williams te ha interrogado?

—Esta noche, no. No cambiaría la situación, y no quiero estropearle la cena.

—Estoy de acuerdo —dijo Ivy.

Estaba buscando las llaves en su bolso para cerrar la puerta, pero Ariana la tomó del codo y entró en su casa con ella. También iba a esperar al final de la noche para contarle las novedades, porque no quería estropearle la cena a su amiga, pero estaba demasiado angustiada por lo que le había dicho el detective.

—Antes de que nos vayamos... ¿Te dijo Williams que hay alguien que ha declarado que Cam volvió a la playa después de acompañarnos a casa?

Ivy se sobresaltó.

—No. ¿Te lo dijo a ti?

—Sí.

—Debe de haberse enterado ahora de lo que le contó Kitty a mi madre. De lo contrario, me lo habría dicho a mí también para conocer mi reacción.

—Sí, yo también lo creo. Pero hay una diferencia con lo que dijo Kitty. Williams dice que lo vieron con una chica de poca estatura, o una niña...

—No es posible. Esa es una descripción terrible, teniendo en cuenta la edad de Emily. ¿Puede ser que alguien se lo esté inventando para convertir a Cam en sospechoso a ojos de la policía?

—No tengo ni idea. En mi opinión, el hecho de que esto no haya salido a la luz hasta ahora también es sospechoso. Pero la misma persona dice que fue antes de las once.

Ivy palideció.

—Eso pone en duda todo lo que le dijimos a la policía.

—Exactamente por eso me lo dijo Williams. Quería que le explicara esa discordancia.

Ivy se encorvó.

—Esto va de mal en peor.

—Ya lo sé —dijo Ariana—. Creo que en estos momentos está interrogando a Alice sobre la hora a la que llegamos tú y yo. Pero estoy segura de que mi abuela nos va a respaldar.

—Pero... ¿ella sabe a qué hora llegamos?

—Creo que sí —dijo Ariana, recordando las pistas sutiles que la habían llevado a pensarlo.

—Mierda. Entonces, ahora también van a vigilarla a ella. Eso significa que somos tres las personas que tenemos que mantener la coherencia en nuestras declaraciones, sin que haya ninguna contradicción.

—Podemos contar con ella.

—Por ahora. Pero, con la presión de los medios y la simpatía con la que cuenta la familia Hutchins, eso podría cambiar.

—No hay nada seguro —dijo Ariana.

Ivy frunció el ceño.

—¿Hasta qué punto tiene credibilidad la persona que dice que vio a Cam en la playa?

—¿Te acuerdas de la chica que estuvo con nosotros en la playa aquella noche?

—¿La hermana de Ben?

—Sí, creo que debe de ser ella.

Ni siquiera sabían cómo se apellidaban aquellos hermanos, pero Williams debía de haberlo

averiguado.

—¿No se llamaba Delilah?

—Debe de ser ella, sí —dijo Ariana—. Williams utilizó el pronombre femenino para referirse al testigo, y esa noche ella era la única chica que había en la hoguera, aparte de nosotras.

—Pero... ¿por qué no ha dicho nada hasta ahora?

Ariana suspiró.

—A mí también me gustaría saberlo. Supongo que no estaba al tanto de lo que ocurría. En esa época estábamos en el instituto, y a esa edad no le prestas mucha atención a las noticias.

—Es cierto. Si no hubiera ocurrido aquí, tal vez ni siquiera nosotros lo sabríamos. Por desgracia, hay desapariciones de niñas continuamente.

—Sí. Nosotros nos enteramos porque nos interrogaron, pero Delilah no es de aquí, así que, aunque oyera decir que había desaparecido una niña en Mariners, ¿por qué iba a relacionarlo con Cam? La posibilidad de que él estuviera involucrado era un cotilleo de la isla, no algo que sacaran en las noticias nacionales.

—Y la policía nunca tuvo pruebas para imputarlo, así que eso tiene sentido. Pero... —Ivy tomó a Ariana de las manos—. ¿Tú crees que es cierto?

Ojalá pudiera decir que no, pensó Ariana. Sin embargo, no le parecía totalmente imposible que Cam dijera que se iba a casa y, en realidad, volviera a la playa. Él odiaba estar en su casa. O estaba solo, o con unos padres que bebían y se peleaban y le dejaban bien claro que era el culpable de toda las desgracias de su vida.

—¿Quién sabe?

Ivy se dejó caer en el asiento del vestíbulo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, con una expresión de incertidumbre.

—Que Cam volviese a la playa no significa que sea culpable.

—Puede que sea cierto, pero sí demuestra que es un mentiroso. ¡Nos dijo que se había ido directamente a casa!

—Sí, le costaría algo de credibilidad, desde luego.

Y perdería credibilidad con ellas también, lo cual era un problema grave. Si solo una de ellas empezaba a perder la fe, todo podía venirse abajo.

—¿Delilah solo dijo eso? —le preguntó Ivy—. ¿Que lo vio en la playa con una chica bajita? ¿Y qué estaban haciendo?

—Le dijo a Williams que estaban discutiendo.

—¿Y reconoció a la chica?

—Williams no me lo dijo, pero yo no creo que Delilah pudiese reconocer a Emily. Emily también estaba de vacaciones aquí. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que se conocieran?

—Delilah casi no nos conocía a nosotros —dijo Ivy—. Pero eso no importará si a día de hoy la policía le pone delante un álbum de fotos y ella es capaz de decir «Esa es la chica con la que estaba».

La mera posibilidad era alarmante. Si Delilah decía que Cam había vuelto con Emily en vez de con alguna otra chica, sería su palabra contra la de ellos.

—Dudo que recuerde claramente una cara que vio un instante, a la luz de la luna, hace veinte años. Además, ella también había bebido, ¿no te acuerdas?

—Si hubiera creído que era Emily, lo habría dicho antes, ¿no? —dijo Ivy, al mismo tiempo que sonaba su móvil.

—No me digas que es Williams —le dijo Ariana, mientras Ivy miraba la pantalla.

–No, es Cam, preguntando dónde estamos –respondió Ivy, con alivio.
Ariana miró la hora en su teléfono. Llegaban tarde.
–Será mejor que sigamos hablando de esto luego.
Ivy agarró a Ariana antes de que abriera la puerta.
–Lo que estamos haciendo está bien, Ari. Y vamos a salir de esta.
–Por supuesto que sí –dijo Ariana, pero, cada día que pasaba, se sentía menos y menos segura de ello.

Cam se sentía aliviado de poder estar con sus mejores amigas de nuevo, hablando y riéndose con tanta libertad. Eso le permitía olvidar su situación durante un rato, tanto el estado de su matrimonio como la investigación sobre el crimen de Emily. Él siempre había sentido la necesidad de llenar su tiempo con algo, porque, desde niño, no podía soportar estar solo y ocioso. Cuando Melanie y Camilla se iban de viaje a ver a sus padres, él se dedicaba en cuerpo y alma a trabajar para no pensar en sus problemas.

Prefería concentrarse en asuntos que pudiera solucionar, como, por ejemplo, mantener la integridad histórica de un edificio antiguo y, al mismo tiempo, convertirlo en una vivienda funcional y coherente con la sensibilidad moderna. Le encantaba ese reto en particular, porque, si usaba su creatividad, siempre hallaba la respuesta.

Ese no era el caso en otras muchas facetas de su vida. Su relación con sus padres era un buen ejemplo. Su resentimiento hacia ellos era uno de los motivos por los que se había esforzado tanto en salvar su matrimonio, aparte de su hija, claro. Sabía que, si no lo conseguía, su madre iba a decirle que él, como ellos, tampoco era capaz de llevar las riendas de su propia vida.

Sin embargo, estaba empezando a pensar que algunas veces las parejas deberían renunciar a su matrimonio. Él hubiera preferido que sus padres se hubiesen divorciado para acabar con el constante caos emocional que había en la casa. Aunque Jack nunca lo hubiera permitido, porque habría tenido que ceder la mitad de su fortuna. Además, seguramente no podría llevarse bien con nadie, fuera quien fuera.

–¿Nos tomamos otra copa? –preguntó Ivy, cuando el camarero se acercó a su mesa.

Cam pensaba que ya habían tomado suficiente alcohol. Pero no tenían que conducir y, aunque no iban a poder mantenerse alejados de la realidad para siempre, al menos podían alargar un poco más aquel momento.

–Yo voy a tomar un *old-fashioned* –dijo.

Ariana y Ivy también pidieron otra copa y, mientras tomaban un trozo de tarta de lima, siguieron charlando de cuando eran adolescentes y estaban en el instituto. Cam estaba sonriendo. Ellas eran como las hermanas que nunca había tenido, la familia que escuchaba y se preocupaba por él, algo que sus padres no hacían.

–No puedo creer cuántas veces me dejabais colarme en vuestras casas para que pasara la noche con vosotras –dijo.

–O cuántas veces nos colamos nosotras en la tuya –dijo Ariana.

–No habría podido superar aquellos años sin vosotras –dijo él–. Mis padres estaban descontrolados.

–Hablando de Jack y Giselle, ¿a qué se dedican últimamente?

–Siguen peleándose como siempre –dijo él–. Y siguen consumiendo drogas con receta y alcohol para pasar el día. Y gastando dinero como si cuanto más gastaran más felices fueran a

ser.

–¿Todavía tienen dinero, después de todo lo que han despilfarrado todos estos años?
–preguntó Ivy.

Jack había ganado muchos millones en el campo de la tecnología. Recientemente se había interesado por las criptomonedas y había ayudado a sentar las bases de un nuevo intercambio que le estaba dando buenos beneficios.

–Parece el rey Midas en cuanto a los negocios.

–Me sorprende que su alcoholismo y su desastroso matrimonio no hayan lastrado su éxito profesional –dijo Ariana–. ¿Hablas con tus padres a menudo?

–Cada dos meses, más o menos –dijo él, encogiéndose de hombros.

–¿Y os veis? –preguntó Ivy.

–Los veo una vez al año. Creo que os conté que viven en Florencia. Mi madre dice que es el único lugar en el que se siente realizada, y está a una distancia que a mí también me gusta.

Ariana tomó su vaso y el hielo tintineó contra el cristal.

–¿Tu padre trabaja desde allí?

–Seguro que hace algo por internet desde allí. Pero también viene a menudo a Estados Unidos.

–¿Y no lo ves? –insistió Ivy.

–Ahora que estoy casado y tengo una hija, y él está tan ocupado construyendo esa nueva plataforma de cryptoactivos, no me llama a menudo. Además, trabaja sobre todo en California, que está casi tan lejos como Italia.

Ariana terminó el último pedazo de tarta y dejó el tenedor.

–Es difícil creer que no tengan más interés en Camilla.

–Si se llevaran bien con Melanie, posiblemente lo tendrían.

Sin embargo, Melanie nunca había sido agradable con sus padres, ni siquiera al principio, porque solo le interesaba su propia familia, y su madre no era de las que dejaban pasar un mal gesto.

–De todos modos, tú tampoco dejarías que la niña pasara mucho tiempo con ellos –dijo Ivy.

–Es verdad.

–Lo siento –dijo Ariana, con una sonrisa sincera y muy bonita. Él se quedó absorto un segundo.

Por suerte, la camarera captó su atención al poner la cuenta sobre la mesa.

–No pasa nada –dijo Cam, y apartó la mirada–. Ya he aprendido que no tengo que esperar mucho de ellos. Así todo es más fácil. Además, os tengo a vosotras dos.

Él les había dicho cosas similares en el pasado. Todos habían dicho cosas similares. Pero aquella noche no le parecía igual que antes, al menos, con respecto a Ariana. Y eso le asustaba un poco. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más la veía de un modo completamente nuevo.

¿Acaso estaba buscando un desahogo sexual? Porque, después de perder todo el interés en su esposa, y de pasar años negándose a mirar a ninguna otra mujer, hacía mucho tiempo que no encontraba alegría en el hecho de hacer el amor. Pero, al ver a Ariana en bikini aquel día, y con el vestido blanco de tirantes que llevaba aquella noche, había recordado, casi como si fuera un golpe físico, todo lo que se estaba perdiendo.

Aquel verano debería tener cuidado, pensó, mientras insistía en pagar la cuenta, o su vida podría complicarse todavía más de lo que ya estaba.

Capítulo 11

Muchos de los restaurantes tenían mesas en la calle y estaban llenos de gente, la mayoría jóvenes de entre veinte y treinta años, aparentemente, ricos y con éxito. Vestían ropa informal de diseñador, bebían vino caro y charlaban animadamente con sus amigos. Mientras caminaba hacia casa con Ivy, escuchando las risas que emanaban de los restaurantes y de los grupos de gente que había en la acera, Ariana recordó lo maravillosos que eran los veranos en Mariners, y tuvo celos de que Ivy hubiera podido quedarse.

Sin embargo, también sabía que la isla no siempre era tan maravillosa. Navidad era una época especial, con sus hermosos adornos y la visita de Santa Claus, que venía en barco desde la costa para hacerse fotos y regalar libros y detalles a los niños en la plaza del pueblo. Pero los inviernos eran muy largos, fríos y solitarios.

Además, ella podría quedarse si quisiera, pero no tenía ganas de trabajar en el sector del turismo. Lo había hecho muchas veces de adolescente y siempre había deseado tomar un camino distinto cuando terminara la universidad.

–Estás muy callada –le dijo Ivy.

–Estoy disfrutando de la buena temperatura.

–¿No estás pensando en Cam?

Ariana se puso tensa. Cada vez que Ivy decía algo así, se preguntaba si el secreto que había estado guardando durante tanto tiempo no era un secreto, después de todo. Pero, al mirar a su amiga, se dio cuenta de que la expresión de Ivy no escondía una segunda intención.

–Teniendo en cuenta lo que está sucediendo con Cam, siempre estoy pensando en él –reconoció. Por lo menos, era una buena excusa para su obsesión.

–Me pregunto qué pasará ahora.

–Espero que la policía pueda encontrar las pruebas que necesita para averiguar quién mató a Emily.

Ariana miró hacia atrás para asegurarse de que Cam había ido en dirección contraria, como era lógico.

–Es muy raro que Melanie le haya dejado solo ahora, cuando más la necesita.

–Yo no dejaría a mi marido en un momento como este, pero tal vez esté pasando algo con la familia de ella. De todos modos, para Cam ha sido un alivio que se haya ido, así que puede que sea lo mejor.

–Puede ser, sí –dijo Ariana, aunque se sentía molesta por que Melanie pudiera ser tan egoísta.

–Y Melanie es joven e inmadura.

Ariana acababa de abrir la boca para responder cuando vio a una mujer que cruzaba la calle con determinación, dirigiéndose hacia ellas. Al principio no la reconoció. Solo la había visto en la televisión, en varios *talk shows* y programas de noticias. Pero se parecía muchísimo a Emily.

Tenía que ser Jewel Hutchins.

La mujer se detuvo delante de ellas, bloqueándoles el paso.

–Warner Williams acaba de llamarme y me ha contado lo que habéis dicho.

Ariana se quedó desconcertada por su afilado tono de voz y la ira que despedía su mirada, y dio un paso atrás, a pesar de que era casi treinta centímetros más alta.

–¿Estás hablando conmigo?

Jewel apretó la mandíbula mientras se metía el pelo rizado y pelirrojo detrás de las orejas.

–Estoy hablando con las dos.

Ivy también debía de haberse dado cuenta, porque se agarró a su brazo.

–No sé exactamente a qué te refieres –respondió Ariana.

–Las dos estáis mintiendo, y lo sabéis.

–¿Sobre qué? –preguntó Ivy, con un hilo de voz.

–Cam no os acompañó a casa la noche en que mataron a Emily. Estaba en la playa en el momento en que vosotras aseguráis que estaba en vuestra casa.

–¿Y quién lo dice? –preguntó Ariana.

Jewel se cruzó de brazos.

–Ha aparecido un testigo.

Ivy estaba tan nerviosa como Ariana.

–¿La que ha dicho que él estaba en la playa? Debe de estar confundida. Siento lo que le ocurrió a tu hermana... –dijo, pero Jewel la interrumpió antes de que pudiera terminar.

–Entonces, di la verdad.

Aquellas palabras fueron como un golpe en el estómago para Ariana. Se sentía muy culpable. Quiso decir algo, pero no sabía qué, y Ivy tiró de su brazo para rodear a Jewel y seguir su camino.

–Vamos –murmuró.

–Esperamos que se descubra quién mató a tu hermana, porque no fue Cam –dijo Ariana, mirando hacia atrás.

–¿Cómo lo sabéis? –les gritó Jewel–. Estáis tan cegadas por su éxito y por lo guapo que es como todos los demás.

Jewel tuvo un ataque de pánico. En cuanto Ariana y Ivy se alejaron, ella se agachó detrás de una columna cubierta de hiedra y puso la cabeza entre las rodillas para que la sangre le llegara al cerebro. Respiró profundamente, a bocanadas, y cerró los ojos. Trató de dominar la furia que había sentido al ver a Ariana y a Ivy.

Malditas. Ella sabía que estaban mintiendo.

¿Cómo podía conseguir que admitieran la verdad?

Sonó su teléfono. Ella elevó la cabeza y miró la pantalla. Su madre la llamaba. Sus padres dependían de ella para conseguir cerrar aquel capítulo de sus vidas, y ella tenía la gran responsabilidad de proporcionarles algo de paz lo antes posible. Aquella pesadilla había durado ya demasiado.

Si consiguiera que detuviesen a Cam Stafford, se resolvería el misterio, y quizá, entonces, todos pudieran sanar.

Se posó la mano en el pecho para calmarse los latidos del corazón, se puso en pie y respiró profundamente antes de responder a la llamada.

–Hola, mamá.

–Hola, cariño. ¿Cómo estás?

–Bien –dijo ella, mintiendo. No había vuelto a estar bien desde que había salido de aquella maldita isla la última vez.

–Estaba preocupada por ti.

–No hay ningún motivo para preocuparse, mamá. Lo voy a solucionar.

–No me gusta que hayas vuelto a Mariners. La experiencia más horrible y traumática de nuestras vidas está vinculada a ese lugar.

Aquel era el último lugar donde ella quería estar, pero no tenía otro remedio.

–Necesito estar aquí. En algún momento teníamos que hacer algo más que rezar.

–¿Qué significa eso?

–Que actuar puede ser el único modo de que consigamos enterrar el pasado.

–La oración funciona, cariño. Gracias a nuestras plegarias, encontraron los restos de tu hermana. Ahora, por lo menos, la hemos recuperado.

En su opinión, no había nada que fallara tanto como los rezos. Sin embargo, su padre, el ministro de Dios, y su madre, igualmente devota, se quedarían espantados si ella dijera tal cosa. Así pues, iba a la iglesia regularmente y se tomaba de las manos con sus padres y otros miembros de la congregación, y fingía que apelaba a un ser supremo, aunque era algo que consideraba una pérdida de tiempo total. Si existiera Dios, su vida no habría tomado aquel camino.

–Ahora estamos rezando por ti –dijo su madre.

Jewel apretó los dientes para no revelar sus verdaderos sentimientos en cuanto a aquel tema.

–Gracias.

–¿Has averiguado algo ya?

–No mucho. Me llevará algún tiempo.

–No sé... –dijo su madre, y se le quebró la voz–. No sé cuánto tiempo voy a poder conservar la esperanza. Hace ya dos décadas.

–Dios responderá a tus plegarias –le dijo Jewel, para consolarla.

Estaba cansada de ver sufrir a sus padres. Ahora que habían encontrado los restos de Emily, y que ella tenía a los medios de comunicación de su lado, tenía que ser ella misma la que respondiera a sus rezos para que ellos pudieran seguir adelante.

–Y me ayudará a mí mientras estoy aquí y, al final, conseguiremos la justicia que se merece Emily.

–¿Cómo es posible que Cam Stafford hiciera lo que le hizo a Emily y permitiesen que se librara del castigo? –preguntó su madre.

–Aquí, los policías son ineptos. Los turistas vienen y van cada año, y a la policía solo le importan los habitantes de la isla.

–Él está casado y tiene una hija. Nosotros nunca veremos enamorarse a Emily, ni formar una familia, porque él le robó el futuro. Es una injusticia.

–Vamos a desenmascararlo –le prometió Jewel–. Warner Williams está haciendo un gran trabajo. Me alegro mucho de haberlo encontrado en ese chat, a través de aquella mujer que estuvo a punto de ir a la cárcel por matar a su marido.

Había entrado en aquel foro de internet en busca de apoyo emocional, a conocer a otras personas que hubieran pasado por experiencias similares a la de su familia.

–Yo también me alegro. Pero ese detective cobra mucho. Si no tenemos cuidado, gastaremos

todo el dinero que hemos recaudado.

–Pues conseguiremos más.

–Si la gente continúa donando, claro. Hay otros padres que han perdido hijos. Estoy segura de que a ellos también les vendría bien la ayuda que estamos recibiendo nosotros. Pero no hay suficientes recursos para todo el mundo, y por eso quedan sin resolver tantos casos.

–Nosotros vamos a ser la excepción –dijo Jewel–. Yo me encargaré.

–Pero no quiero que esto estropee los progresos que has hecho a... a nivel emocional –le dijo su madre.

Ella había luchado mucho desde la muerte de Emily. El psicólogo al que la habían enviado sus padres después de aquel viaje fatídico a Mariners le había dicho que sufría la culpabilidad del superviviente, además de la culpabilidad de no haber cuidado bien de Emily aquella noche. Si su hermana y ella no hubieran discutido, Emily no se habría ido sola a la playa y no le hubiera pedido a Cam que la ayudara a entrar en casa. Entonces, no habría sucedido todo lo demás.

–Emily era mi hermana pequeña.

–Sé que la has echado mucho de menos. Que necesitas respuestas, como nosotros. Pero detesto que estés allí sola. ¿No preferirías que tu padre se encargara de todo esto?

–No. Las dos sabemos que no se siente bien.

Su padre tenía miastenia gravis, que causaba debilidad en los músculos oculares y respiratorios, además de en los músculos de los brazos y las piernas. Antes de que le diagnosticaran la enfermedad, le costaba masticar y tragar, y mantener erguida la cabeza. Ahora estaba tratando los síntomas con medicinas que mejoraban la señal entre los nervios y los músculos, pero, si se exponía a demasiado estrés, podía sufrir una recaída. Jewel no quería que su padre fuera a Mariners. De hecho, le costaba creer que su madre lo sugiriese, salvo por el detalle de que Emily era su hija favorita, así que ella esperaba que su marido, Blaine, hiciera todo lo necesario para descubrir la verdad. Ella siempre había estado más unida a su padre.

–Él podría ir a ayudarte –dijo su madre.

–Está ocupado con la iglesia. De todos modos, preferiría que los dos os mantuvierais alejados de este sitio y de sus recuerdos. Estáis mejor en casa. Tú cuida de papá. Intenta que no se disguste y que confíe en que yo voy a encargarme de todo.

Su madre soltó un sollozo.

–Está bien. Pero ten cuidado. Después de perder a Emily, nos moriríamos si te pasara algo también a ti.

–Ya lo sé. No me va a pasar nada.

–¿Cuánto tiempo vas a estar allí?

Jewel pensó en Ariana y Ivy. Si fuese capaz de encontrar la forma de interponerse entre ellas, quizá consiguiera que alguna se desmoronara y dijera la verdad. O, tal y como había dicho Williams, si encontraba alguna incoherencia en sus versiones de lo sucedido, él podría utilizarla para reabrir todo el caso.

Y, si ellas no confesaban, tal vez Alice lo hiciese. Williams había hablado aquel mismo día con la abuela de Ariana. Ella le había dicho que estaba viendo la televisión cuando habían llegado su nieta y Ivy, que no sabía qué hora era. Pero a él le había dado la impresión de que sabía más de lo que dejaba entrever, y una anciana tan dulce, que frecuentaba la iglesia desde siempre, tendría remordimientos de conciencia y podía decir la verdad antes que Ariana y Ivy, aunque solo fuera para asegurarse de que no iba a llevarse un secreto tan terrible a la tumba.

Cam quería invitar a Ariana a su casa, pero, por primera vez en la vida, le preocupaba estar a solas con ella. Cuanto más pensaba en su amiga, más le gustaba pensar en ella. Eso fue lo que le dio a entender que tenía un problema. Cuando llegó a casa, dejó el teléfono en la cocina y fue al salón, donde encendió la televisión en busca de algún programa interesante que lo distrajera.

Por desgracia, no sirvió de nada. Estaba obsesionado con llamar a Ariana antes de que se acostara. No sabía cuándo iba a volver Melanie a casa, pero cuando lo hiciera, sería mucho más difícil ver a Ariana. Y no era para tanto que fuera a su casa. Habían pasado juntos muchas noches castas en la vida.

Sin embargo, el cambio de sentimientos que había experimentado desde que ella le había dicho que estaba enamorada de él era tan importante como sutil. Le asombraba sentir aquel interés nuevo por Ariana, y no podía fingir que las cosas no habían cambiado. Tenía miedo de lo que pudiera hacer. A pesar de las acusaciones de Melanie, él nunca le había sido infiel. Y, aunque fueran a poner fin a su matrimonio, él prefería llegar al final de su relación antes de empezar con una nueva pareja, sobre todo, si esa persona tenía una relación previa con él y él quería preservarla.

Pero estaba tan confuso, que seguía queriendo que Ariana fuera a su casa.

Se había levantado y estaba paseándose de un lado a otro cuando sonó el teléfono. Si era Ariana, sabía que no iba a poder resistirse a responder. Fue hacia la cocina.

Por suerte, no era ella, sino su madre. No quería hablar con ella, pero si contestaba a su llamada, no tendría la oportunidad de cometer una tontería y llamar a Ariana.

—¿Diga?

—Por fin. Intenté llamarte hace una semana, pero no respondías.

Él recordó que había visto su llamada.

—¿No salió mi buzón de voz?

—No dejé mensaje.

Porque sabía que él no se lo iba a devolver. Nunca lo hacía.

—Siento no haber visto tu llamada. ¿Puedo hacer algo por ti?

Aquella pregunta fue seguida de una pausa tan larga que él pensó que ella iba a colgar. Muchas de sus conversaciones acababan mal. Su madre detestaba el hecho de que él se mantuviera tan distante, pero era ella quien le había enseñado que quererla solo le ocasionaba dolor, decepción e ira. No iba a cometer el error de poner su corazón en aquella picadora otra vez.

—Es que... estaba preocupada por ti —dijo Giselle, por fin.

Era un poco tarde para empezar con una actitud maternal. Pero él no se lo dijo; el pasado era el pasado. Ella no podía cambiarlo y él, tampoco.

—¿Por qué? —le preguntó Cam.

—Me llamó Carol Strobel. Me dijo que toda la isla está pendiente del descubrimiento que han hecho en el faro.

—Sí, es cierto. Y, como ya ha empezado la temporada alta, aquí todo es una locura.

—Me sorprende que no llamas para decírnoslo. Somos tus padres. ¿Es que pensabas que no queríamos saberlo?

—Ha salido en todos los telediarios, mamá.

—Vivimos en Italia, ¿no te acuerdas?

—Pero mantienes el contacto con mucha gente de por aquí.

–Sí. Algunos de ellos nos llaman más que nuestro propio hijo –respondió ella, secamente–. Estás comportándote como si esto no nos afectara a nosotros de ningún modo.

–No os afecta. Me afecta a mí.

–Lo que te afecte a ti nos afecta a nosotros.

–Ya, no. Llevo mucho tiempo cuidando de mí mismo, madre. Vosotros ya os habéis librado.

–¡Somos tu familia!

–Sí, bueno...

Estuvo a punto de decirle que sí, que era cierto, si uno usaba el término con mucha libertad. Pero se tragó el resto.

–Bueno, ¿qué?

–Nada –dijo él.

Después de un momento de silencio tenso, ella carraspeó antes de hacer un nuevo intento de hablar con él. Ahora que ya no tenía ningún poder sobre él, se comportaba mejor. Sin embargo, estaba seguro de que, si ella todavía tuviera algún poder sobre su hijo, aunque solo fuera una pequeña dosis emocional, volvería a tratarlo mal.

–¿Ha ido a verte la policía?

–Por supuesto.

Ella jadeó.

–¿Y qué te han dicho?

–Lo mismo que antes –dijo él–. Que están investigando el secuestro y asesinato de Emily Hutchins y que necesitaban hacerme algunas preguntas.

–¿No deberíamos contratar a un abogado, hijo? ¿Alguien que sepa cómo enfrentarse a todo esto?

¿Pensaba su madre que él era culpable? Siempre se lo había preguntado. Cuando ocurrió todo, ella no había dicho casi nada, solo lo había fulminado con la mirada por causarles otro problema, en aquella ocasión, más grave que los demás. Su padre había hablado aún menos. No permitía que nada interfiriera en su trabajo, y había ignorado todo el asunto, siguiendo con su estricto horario como si no ocurriera nada importante en su casa.

Por suerte, había resultado ser un nubarrón oscuro que había pasado por encima de él durante unos meses. Él pensó que todo había quedado atrás. Pero, ahora que todo el mundo sabía que Emily había muerto, él podía acabar en la cárcel, a no ser que encontraran muestras de ADN que demostraran la culpabilidad de otro.

–Espero que no lleguemos a eso –dijo–, pero, si sucede, yo contrataré a un abogado.

–Estás diciendo que no necesitas nuestra ayuda.

–Ya no. Lo cual está muy bien, ¿no? Por lo menos, ya no soy una molestia. Deberías sentirte feliz por eso. Y tú no puedes fallarme otra vez, cosa que me hace feliz a mí.

Ella colgó sin responder. Él cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás. Siempre iba demasiado lejos con su madre. Era por el resentimiento. Había erigido un muro impenetrable y no conseguía superarlo, en especial, cuando más la necesitaba. Le resultaba mucho más fácil ser generoso con ella cuando no era así.

Su teléfono emitió la señal que le avisaba de que tenía un mensaje, y miró la pantalla. Era Ariana.

Necesito hablar contigo. ¿Te importaría que fuera a tu casa?

Él se quedó mirando aquellas palabras más de un minuto, intentando decidir cuál era su respuesta. Podría decirle que ya estaba acostado y quedar para la mañana siguiente, pero no estaba convencido de que fuera creíble. Era demasiado temprano para eso. *Claro*, respondió. *¿Quieres que vaya a buscarte?*

Ariana no aceptó el ofrecimiento de Cam. Temía que Williams estuviera vigilando la casa de su abuela, así que salió por la puerta trasera y recorrió el camino lateral a buen paso.

Caminó por el pueblo rápidamente, encontrándose con grupos de estudiantes que reían y charlaban mientras iban a los bares y restaurantes de la zona. Cuando llegó a casa de Cam, tenía la respiración acelerada por haber andado tan deprisa. Estaba deseando estar detrás de una puerta cerrada para no volver a encontrarse con Jewel o con cualquier otra persona, como Williams, o como la propia Ivy, puesto que no la había invitado a ir con ella.

Estaba llamando demasiado la atención en Mariners. A lo mejor debería haber reflexionado más antes de volver a la isla, pero se había dejado arrastrar por las novedades del caso sin pensar en los riesgos que corría.

Necesitaba saber si estaba haciendo lo correcto protegiendo a Cam y, para eso, tenía que recabar más información.

Pensó en su madre, en su padrastro y en sus hermanastros. Su madre le daba importancia a lo que pensaran los demás, sobre todo, la gente rica que conocía en la isla. Si Ariana quedaba expuesta como una mentirosa, Bridget se sentiría humillada, por no mencionar lo que podría ocurrirle a ella.

Cam abrió la puerta en cuanto llamó.

—Hola. ¿Ocurre algo? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—Parece que estás muy nerviosa.

Ella entró rápidamente y él cerró la puerta.

—Sí, supongo que estoy alterada.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Ivy y yo nos hemos encontrado con Jewel cuando volvíamos a casa.

Él abrió mucho los ojos.

—¿Con Jewel Hutchins?

—Sí. Está en el pueblo, y está completamente convencida de que tú mataste a su hermana.

—Porque soy la única persona que ha sido señalada en la investigación. Pero había mucha gente en la isla esa noche. Era la fecha siguiente al Cuatro de Julio.

—Me llamó mentirosa a la cara, Cam. Y a Ivy, también.

Él se dejó caer en el sofá.

—Y tenías que haberla visto cuando nos lo dijo —prosiguió Ariana—. Estaba como loca.

—Me enteré de que después de lo que pasó tuvo una crisis nerviosa.

—¿Y cómo te enteraste?

—Me lo dijo la policía. Estaban intentando apelar a mi conciencia para hacerme confesar.

—Eso no me lo habías contado nunca. ¿Cuánto tiempo siguieron molestándote?

—El resto de aquel verano.

—Bueno, pues por mucha pena que me dé Jewel, también me da miedo. Está empeñada en verte entre rejas.

–Que me metan en la cárcel a mí no va a conseguir justicia para su familia.

–Y tampoco les va a devolver a Emily, pero ella tiene una misión.

Él cabeceó. Parecía que no sabía cómo reaccionar.

–Hace tres semanas que encontraron el cuerpo de Emily y todavía no han revelado la causa de su muerte –dijo.

–¿Estabas pendiente de eso?

–Sí, tenía esperanza.

–¿Cómo van a poder determinar la causa de su muerte después de tanto tiempo? –preguntó Ariana–. Solo tienen dientes, huesos y pelo.

–He buscado en internet. Un forense puede averiguar muchas cosas tan solo con esos restos.

–Como, por ejemplo...

–Si recibió un golpe fuerte en la cabeza, se vería en el cráneo. Si fue apuñalada, encontrarían alguna marca de corte en las costillas u otros huesos. Si la envenenaron, algunas veces se pueden encontrar pruebas en el pelo.

–Es muy improbable que la envenenaran.

–Me has pedido ejemplos.

Pero ninguno de esos ejemplos se refería al peor de los temores de Ariana. ¿Y si a Emily la habían estrangulado? Entonces, no tendría sentido que buscaran un arma homicida, que sería la prueba con la que la policía podría encontrar al verdadero culpable.

Al ver que ella no respondía, él la miró como si supiera lo que estaba pensando.

–Tiene que haber algo, Ariana. Algo que conduzca a la persona que mató a Emily. De lo contrario, puede que Jewel consiga lo que desea.

Ariana se sentó a su lado. Los dos llevaban pantalones cortos, así que ella sentía el calor de su pierna, y quiso posar una mano en su muslo para tranquilizarlo, algo que no se habría pensado dos veces durante todos los años que había durado su amistad. Sin embargo, ahora no se atrevía a tocarlo, después de lo que le había revelado.

–Hay algo más –le dijo.

–¿Qué es?

–Hay un testigo.

–¡¿De qué?! –gritó él–. ¡Yo no hice nada!

–Es una chica. Dice que te vio volver a la playa después de que nosotras nos marcháramos contigo. ¿Sabes quién podría ser ese testigo?

–No, no lo sé –dijo él. Sin embargo, no había negado la acusación.

–Ivy piensa que puede ser Delilah, la hermana de Ben. Eran unos veraneantes que estaban en la isla por aquellas fechas, ¿te acuerdas?

–Por supuesto que me acuerdo. Pero, si es Delilah, ¿por qué no lo ha dicho antes?

–A lo mejor nadie se lo preguntó, Cam. O, a lo mejor, han tardado todo este tiempo en pensar en que ellos podían saber algo. Pero... hay más.

–¿Qué quieres decir?

–Ella ha declarado que te vio con una chica o una niña de baja estatura.

Él se quedó paralizado.

–¿Con Emily?

Ariana se estremeció.

–No ha dicho que fuera Emily.

Él se puso en pie de un salto.

–Pero sabes perfectamente lo que van a deducir con eso de una chica de baja estatura.
Ariana también se levantó.

–Cam, no me gusta tener que preguntarte esto después de... después de lo que hice antes.
Siento mucho todo eso, de verdad. Pero tengo que saberlo. ¿Volviste a la playa después de dejarnos en casa?

Él no respondió, y a Ariana se le encogió el corazón.

–¿Cam?

–No creo que quieras saberlo. Solo serviría para que lo que está pasando fuera más duro para Ivy y para ti.

Ariana cabeceó y murmuró una maldición.

Cam había vuelto a la playa, tal y como ella sospechaba.

Capítulo 12

Cam se sintió como si su vida se estuviera desmoronando por completo. Vio a Ariana morderse las cutículas de las uñas, algo que siempre hacía cuando estaba nerviosa o molesta. Después, ella empezó a pasearse de un lado a otro.

–¿Por qué no nos lo habías dicho antes? –le preguntó, en voz baja, pero en tono de enfado.

–Porque sabía que solo iba a empeorar las cosas. Y no importa.

–¿Cómo puedes decir eso?

Él frunció el ceño.

–Lo único que importa de esa noche es que yo no le hice nada a Emily.

–Entonces, ¿con quién estabas en la playa? ¿Y por qué volviste?

Él estaba tan tenso que casi no podía moverse. Estiró el cuello para intentar aliviar algo de la presión.

–¿No me lo vas a decir? –insistió Ariana.

No quería decírselo. Intentaba no pensar en aquella noche. No quería recordarla. Pero tenía que explicar lo que ocurrió realmente, o ella perdería la fe en él. Ya veía la sospecha asomándose a sus ojos.

–Después de dejaros en casa a Ivy y a ti, me fui a mi casa. Pero un minuto después, Jewel llamó a la puerta. Me dio la impresión de que me había estado esperando.

–¿Y qué quería? Tú solo la habías visto unos minutos cuando ayudaste a Emily a entrar en su casa, ¿no?

–Exacto. Ella me ofreció un *brownie* por ayudar a su hermana, pero yo no lo tomé porque no quería volver a entrar en la casa.

–Entonces... ¿por qué fue ella a la tuya?

Se sentía pegajoso y sudoroso, aunque no hiciera demasiado calor. Se apartó el pelo de la frente. No estaba orgulloso de su comportamiento de aquella noche, y no quería hablar de ello, sobre todo, ahora que sabía que Ariana siempre había estado enamorada de él y él nunca se había dado cuenta. Ni siquiera se sentía atraído por Jewel, pero la hermana de Emily le había dejado bien claro lo que quería. Y él, que era joven y estúpido, y estaba borracho, por no mencionar que había llegado a la plenitud de su sexualidad, pensó que podía aprovechar la oportunidad. Siempre sería mejor que pasarse solo las dos horas siguientes, preguntándose si sus padres iban a aparecer. Lo habían llamado para decirle que irían en avión a Boston, pero que no sabían si llegarían a tiempo para tomar el último ferri de aquella noche con destino a la isla.

–Tenía una botella de Jack Daniel's.

–¿Y por eso la dejaste entrar?

–No la dejé entrar. Tenía miedo de que mis padres llegaran a casa y me pillaran con una chica.

–Así que le sugeriste que volvierais a la playa.

—Sí. Le dije que le iba a enseñar el faro. Sabía que seguramente allí no habría nadie. Estaba desierto cuando Ivy, tú y yo estuvimos en la playa un poco antes.

Ariana frunció el ceño.

—¿Y Emily no estaba con ella?

—No, claro que no. Cuando nos íbamos, ella salió y empezó a gritarle a su hermana que volviera a casa, pero Jewel le dijo que se callara y que entrara.

—¿Y Emily obedeció?

—Que yo viera, sí.

—¿Hablaste con Delilah y Ben, y con los demás, cuando volviste a la playa?

—No. No hablé con nadie.

—¿Ni siquiera los viste?

Él rodeó el sofá.

—De lejos. No me di cuenta de que me veían, pero no me habría importado. No me estaba escondiendo, Ari. Yo no sabía que Emily iba a desaparecer y que me iban a echar la culpa a mí si me veían otra vez en la playa.

Ella, cada vez más agitada, se acercó a la chimenea. Se dio la vuelta y volvió hacia él.

—¿Y qué pasó después?

Él bajó la mirada.

—Preferiría no decírtelo.

—Yo también soy parte de esto. He estado a tu lado todo el tiempo. Creo que tienes que decirme la verdad.

Cam asintió. Si no podía ser sincero con Ariana, ¿con quién iba a serlo?

—De acuerdo.

Se rascó la cabeza mientras pensaba cuál era el mejor modo de decirlo. Sabía que iba a sonar como algo de mal gusto, como si él fuera un oportunista, pero cuando todo sucedió, él tenía dieciséis años y nunca había renunciado a la oportunidad de pasar un buen rato. Era imprudente y, algunas veces, autodestructivo. Aquella era su forma de vengarse de sus padres por no proporcionarle la seguridad y el apoyo que necesitaba.

—Nos emborrachamos y lo hicimos en el faro —dijo, sin rodeos, porque no se le había ocurrido nada mejor—. Nada más. Después, yo volví a casa, suponiendo que ella se marcharía de la isla cuando terminaran las vacaciones de su familia y que no la volvería a ver.

Ariana no hizo ningún comentario sobre la primera parte de su respuesta, lo cual fue un alivio para él. Ella había sido virgen hasta la universidad. Él nunca olvidaría el día en que se lo contó. Había vuelto a la isla para pasar las Navidades con Alice y para verlos a Ivy y a él. Fue la primera vez que él se sintió extraño cuando ella le contó un secreto. Aunque Ivy estaba emocionada por conocer todos los detalles, a él le molestó. Había achacado esa reacción al hecho de que no había sido una buena experiencia para Ariana. Ella se había emborrachado y se había ido a casa con un chico que ni siquiera le gustaba y, después, no había vuelto a responder a sus llamadas.

En aquel momento, Cam se preguntó si habría reaccionado así por un sentimiento de posesión que no quería reconocer y por el que la revelación de Ariana le había resultado tan difícil de digerir.

—Entonces... ¿dónde estaba Emily? —preguntó ella.

—La dejamos en casa. Aunque quizá ella saliera y fuese a otro sitio. Pero te prometo que no estaba con nosotros.

Ariana no hizo ningún comentario. Se mordió el labio, y él le preguntó:

–Eh, ¿qué tienes en la cabeza?

–Estoy pensando en que... si Jewel estaba contigo en la playa, ¿por qué no lo ha dicho nunca? Estaba intentando que Ivy y yo dijéramos la verdad y te dejáramos sin coartada, cuando ella misma puede hacerlo. Ella puede situarte directamente en el faro.

Jewel era extraña. Él se había dado cuenta incluso cuando era adolescente, y ese era parte del motivo por el que, al principio, no había querido relacionarse con ella.

–He pensado mucho en eso todos estos años. Yo tampoco sé cuál es la respuesta, salvo que... su padre es ministro –dijo Cam, encogiéndose de hombros.

–¿Y qué tiene eso que ver?

–Supongo que no quiere que su padre sepa lo que estaba haciendo aquella noche, cuando tenía que estar cuidando a su hermana pequeña.

–Ah –dijo Ariana, y enarcó las cejas–. Puede ser. Si yo me hubiera escapado a los dieciséis años para mantener relaciones sexuales con un completo desconocido, tampoco querría que lo supiera mi padrastro, y él ni siquiera es religioso. Pero ¿por qué no le dices a la policía que ella estaba contigo en el faro? ¿Que estabas con ella, y no con Emily?

–No puedo destruir así mi credibilidad. Además, ella puede negarlo, decir que estoy empezando una campaña de descrédito contra ella para salvarme. No tengo pruebas, y sería mi palabra contra la suya. Además, si cambio mi declaración, estaría comprometiéndolos a Ivy y a ti, y me colocaría directamente en la escena del crimen.

Ella frunció el ceño.

–Eso es cierto. ¿Hasta qué hora estuvisteis fuera de casa?

–Estuvimos juntos, más o menos, una hora y media. Era casi la una cuando yo llegué a casa. Lo sé porque me daba miedo que mis padres hubieran llegado y hubieran visto que yo no estaba allí. Pero no, no estaban en casa.

Generalmente, Jack y Giselle le dejaban libertad con los horarios. Sin embargo, de vez en cuando, si él no llegaba a casa a una hora decente o hacía algo malo, ellos se enfadaban y lo castigaban durante mucho tiempo o, peor aún, su padre lo azotaba con el cinturón. Aún tenía una cicatriz en la parte baja de la espalda del golpe de una hebilla.

–Tenemos que averiguar lo que hizo Emily aquella noche –dijo Ariana.

Él alzó ambas manos.

–Que yo sepa, entró en casa y se quedó allí.

–Puede que fuera a la playa a buscar a su hermana.

–Es posible.

Ariana se dejó caer en el sofá.

–Eso significa que pudo secuestrarla cualquiera.

–Exacto. Aquella noche había más de cien personas en la playa. La policía le dio mucha importancia al hecho de que yo supiera dónde se alojaba Emily y cómo entrar en la casa, pero yo no creo que quien la matara la sacara de su casa. Seguramente, andaba por ahí, como Jewel. Aquella tarde no había tenido ningún problema en volver a casa sola desde la playa, cuando Jewel y ella discutieron.

–Entonces, ¿por qué no hay nadie que atestigüe que vio a una niña pequeña sola por la playa?

–Tampoco lo sé. Pero eso no significa que no estuviera allí.

–Es verdad. ¿Y por qué sus padres no denunciaron la desaparición cuando llegaron a casa? ¿Por qué esperaron?

—Porque, al igual que mis padres, no llegaron a casa hasta la mañana siguiente. Entonces es cuando encontraron a Jewel dormida en su cama, y la cama de Emily, vacía.

Ariana se irguió y metió las piernas bajo el cuerpo.

—¿Se marcharon y dejaron solas a sus hijas toda la noche? ¿Por qué no se habla de eso?

—Seguramente, porque no es para tanto. Jewel tenía dieciséis y Emily, doce. La isla está considerada como un sitio muy seguro. Aquí, la tasa de criminalidad es muy baja. De todos modos, por lo que tengo entendido, su intención era llegar a dormir a casa, pero el último ferri no pudo hacer el trayecto hasta la isla porque la tripulación y el capitán no se sentían bien. Por eso mis padres tampoco llegaron hasta por la mañana.

Ella se quedó asombrada.

—Entonces, ¿cómo saben cuándo se llevaron a Emily?

—No lo saben. Solo creen que se la llevaron a las diez y media porque Jewel dice que la despertó un ruido raro, como si fuera un golpe fuerte.

Ariana se quedó boquiabierta.

—Se lo inventó.

—Pues claro que se lo inventó. Lo dijo para que sus padres no supieran que había salido.

—¡Eso significa que a Emily pudieron sacarla de la cama en cualquier momento antes de que llegaran sus padres!

—O que la secuestraron en la playa, como hemos dicho antes.

—¿Tú crees que Jewel no se dio cuenta de que Emily no estaba en la cama cuando ella llegó, aquella noche?

—A lo mejor estaba tan borracha que no se le ocurrió comprobarlo. O no quería despertar a Emily entrando en su habitación y tener otra discusión con ella por dejarla sola.

—Vaya —dijo Ariana, y se frotó la frente—. Sabes lo que significa esto, ¿no? Jewel ha estado obstaculizando la investigación. ¿Por qué ha dicho esas mentiras?

—Para que sus padres creyeran que estaba en casa, cuidando de su hermana pequeña. Ella era su canguro. Necesitaba dar alguna respuesta.

Ariana se puso en pie de nuevo.

—Incluso pudo decir todo eso antes de pensar bien en lo que implicaba.

—Sí, es cierto —dijo él—. Y, entonces, como yo, no pudo retirar lo que le había dicho a la policía.

—Ahora tiene más sentido para mí que se enfrentara de ese modo con Ivy y conmigo. Seguramente, se culpa a sí misma por lo que le ocurrió a Emily, porque ella estaba contigo en vez de estar cuidándola. Y si Ivy y yo confesamos que no estabas con nosotras a la hora que declaraste, esa confesión te situaría en la playa sin que ella tenga que admitir que hizo nada malo esa noche.

—Ella se libra, pero yo me convierto en el culpable.

—Es lo que está intentando conseguir. Si lo piensas bien, es inteligente por su parte. Pero... ¿qué es lo que tiene en la cabeza esa mujer? Yo no podría soportar la culpabilidad si a mi hermana la hubieran secuestrado mientras yo tenía que estar cuidándola. Me sentiría como si hubiera tenido algo que ver con todo ello... Dios, debe de ser horrible.

—Sin duda, lo habrá sido.

—Pero... ¿cuál es su juego? ¿Por qué está tan empeñada en acusarte a ti? Ella no cree que tú secuestraras a Emily después de que os acostarais, ¿no?

—Puede que sí. Después de todo, el cuerpo de Emily ha aparecido en el faro que yo le enseñé. Jewel sabía que yo estaba borracho y que andaba por ahí cuando se suponía que tenía que estar

en casa. Y estoy seguro de que se ha enterado de que yo me había metido en líos antes, y de que yo era el único que sabía cómo podía entrar en la casa sin romper ninguna ventana. Aparte de eso, puede que estuviera un poco resentida. Yo no volví a hablar con ella después de nuestro encuentro.

—¿Cómo iba a esperar que te pusieras en contacto con ella después de lo que ocurrió a la mañana siguiente?

—No lo sé, pero vino a mi casa antes de marcharse con sus padres y me dijo que ella sabía que yo nunca le habría hecho daño a su hermana pequeña, y me dio su número.

—¿Y tú no la llamaste nunca?

—No. Para empezar, nunca debería haberla tocado. Yo sabía perfectamente que no me gustaba.

—Todavía estoy asombrada de que cambiara de opinión y empezara a creer que tú te colaste en su casa y secuestraste a Emily cuando ella se fue a dormir.

—A mí no me sorprende. Probablemente es lo que han estado diciendo sus padres y la policía todos estos años. Después de todo, no han aparecido más sospechosos. Y la aparición de los restos de Emily debe de haber removido todo su dolor y su sentimiento de pérdida, de manera que estarán más decididos que nunca a conseguir justicia. A veces, cualquier respuesta vale, aunque no sea la verdadera.

Cam había estado observando a Ariana para detectar alguna señal de que aceptaba lo que le estaba diciendo. Nunca había estado más desesperado por demostrar su inocencia. Ahora tenía mucho más que perder que a los dieciséis años. Pero no tenía ninguna prueba que darle, solo podía darle su palabra, y eso ya lo había corrompido.

—¿Me crees?

Ariana frunció el ceño.

—No debería. Has estado veinte años ocultando la verdad.

—Estaba en juego mi futuro, Ariana. Y sigue estándolo.

—Lo sé —dijo ella, suavizándose—. Sí te creo. Pero este testigo nuevo, Delilah, o quien sea, es un verdadero problema, Cam. Ahora es mi palabra, y la de Ivy, contra la suya.

Él sonrió esperanzadamente.

—Eso son dos contra una.

Ella le devolvió la sonrisa, aunque con algo de reticencia.

—Es verdad, pero resulta que somos tus dos mejores amigas, y eso significa que tenemos motivos para defenderte, y todo el mundo lo sabe. No estoy segura de cuánta gente nos cree. Sé que Warner Williams, no. Ese hombre es capaz de oler una mentira a kilómetros.

—Siento no habérselo contado, pero no podía contárselo a nadie. Tenía miedo de que pensarais que había sido yo.

—Cualquier otro chico asustado de dieciséis años habría hecho lo mismo —dijo ella—. Tenías pánico. Todos teníamos pánico. Pero... ¿qué hacemos ahora?

—¿Y qué podemos hacer, salvo mantener nuestras declaraciones? Y pedir que Jewel no decida de repente confesar y decirle a la policía que estaba conmigo en el faro aquella noche.

—Si fuera a confesar, ya lo habría hecho. ¿No crees? Quedaría muy mal si reconociera la verdad ahora, después de veinte años de luto, fingiendo que estaba haciendo todo lo posible por encontrar al asesino de su hermana.

—Nunca se sabe —dijo él—. El sentimiento de culpabilidad puede empujar a la gente a hacer cosas muy raras.

Ariana se quedó en casa de Cam a ver una película. Decidieron que no iban a hablar más de Emily y del caso, que no querían estropear el tiempo que les quedaba antes de que volviera Melanie. Hicieron palomitas de maíz y se pusieron cómodos, cada uno en un sofá. Cuando terminó la película, Ariana pensó que debería irse, porque estaba haciéndose tarde. Sin embargo, Cam le preguntó por su vida en Nueva York, y ella no pudo evitar quedarse y disfrutar de la conversación.

—¿Por qué tenías una relación con alguien a quien no querías? —preguntó él, cuando ella le habló de Bruce.

—Es difícil de explicar. Yo admiraba a Bruce. Me caía muy bien. Y él estaba deseando estar conmigo. A veces puede ser difícil decir que no a alguien que desea oír un sí, sobre todo, si esa persona te importa —dijo Ariana, y señaló una fotografía de Melanie, con ropa deportiva muy ajustada, que estaba colgada en la pared, encima del mueble bar—. Además, ¿no hiciste tú algo parecido?

Él miró la fotografía y puso los ojos en blanco.

—Ella se empeñó en poner eso ahí.

—¿En vez de en...?

—En la habitación, o en el despacho, o en algún lugar donde no lo vean todas las personas que vienen a casa.

Ariana miró de nuevo la fotografía.

—¿No te gusta?

—Poner una fotografía de ti mismo así en el salón de tu casa es un acto muy vanidoso, ¿no crees?

—Bueno, supongo que tiene razones para estar orgullosa. ¿Sigue haciendo levantamiento de pesas?

—Ya no. Eso fue durante su fase de culturismo.

—Yo no me imaginaba que a la mujer que conocí en tu boda pudiera interesarle el culturismo.

—Yo, tampoco. Pero después de que naciera Camilla ella empezó a ir al gimnasio para recuperar su cuerpo. Uno de los entrenadores se hizo amigo suyo y consiguió que se presentara a algún concurso —dijo él, y señaló la foto con la lata de cerveza que estaba tomándose—. A Melanie le encanta la atención. Y eso la mantenía ocupada y me permitía trabajar sin sufrir su presión, así que la apoyé todo lo que pude.

Los dos se echaron a reír.

—Pero yo no hice lo que tú hiciste con Bruce —prosiguió Cam—. Yo no acabé con Melanie solo porque ella quisiera. Había un hijo de por medio.

—Te dejaste acorralar. Es más o menos lo mismo.

Él terminó su cerveza.

—Bueno, mirándolo así...

—Me acuerdo de cuando vine a la boda, y tú dijiste que...

—¿Qué dije? —preguntó él, mientras se incorporaba hacia delante para dejar la lata en la mesa de centro.

—No, no importa. Melanie y tú ya estáis distanciados. Yo no debería preguntar esto.

La expresión de Cam se volvió sardónica.

—¿Por qué no me puse un preservativo?

—Me lo contaste en la boda. Ella dijo que estaba tomando la píldora. ¿Pero tú crees que falló de

verdad? Me refiero a que... si se toma correctamente, tiene una efectividad del noventa y nueve por ciento.

—Ella dice que tomó antibióticos y eso la hizo menos efectiva. Pero yo lo he buscado en internet, y encontré que solo hay un antibiótico que puede disminuir la efectividad, y se usa para tratar la tuberculosis.

—Así que, seguramente, ella no lo tomó...

—Exactamente. Por lo que he leído *online*, hay otras medicinas que Melanie podría haber nombrado, pero ella dice que estaba tomando un antibiótico para una infección urinaria y que los estudios deben de estar equivocados. O que ella es una excepción a la regla.

Ariana no dijo nada.

—Tú no lo crees —dijo él.

—No.

—Bueno, pues yo tengo que creérmelo, o tragármelo, para que mi matrimonio no sea aún más difícil.

Ariana cabeceó.

—Yo estaría tan enfadada...

—Sí. Yo he estado muy enfadado. ¿Por qué crees que hemos tenido tantos problemas? —dijo él. Después, la miró con curiosidad—. Pero... hay una cosa que yo también te quiero preguntar a ti.

Ariana se puso en alerta. Esperaba que él no se refiriera a lo que le había dicho la última vez que había estado en aquella casa.

—¿Qué es?

—¿Alguna vez te preguntas por tu padre? ¿Por tu padre biológico?

Aquel era un tema mucho más fácil de lo que había pensado. Siempre habían especulado sobre su padre biológico. Ella se tomó las últimas palomitas y dejó el cuenco a un lado.

—¿Mi donante de esperma escocés?

—Sí. Debes de sentir curiosidad.

—Pues sí.

—¿Y no piensas investigar nada más sobre él? A lo mejor podrías intentar conocerlo algún día.

—Pedí una prueba de ADN en una de esas páginas web —dijo ella.

Cuando lo hizo, se decía a sí misma que quería recabar información médica general. ¿Había predisposición al cáncer en su familia? ¿Diabetes? ¿Bipolaridad? Era bueno tener aquel tipo de información. Sin embargo, en el fondo, sabía que había algo más. Ella quería a su padrastro, aunque él siempre había sido parcial hacia sus propios hijos, pero anhelaba más amor y atención de los que él le había dedicado. Además, algunas veces, se sentía más como una hermana que como una hija para su madre. Era casi como si no hubiera tenido padres. Y las diferencias evidentes entre sus hermanos y ella, tanto en físico como en carácter, suscitaban preguntas cuyas respuestas quería conocer. Si tuviera una fotografía de su padre biológico, sería de ayuda.

Sin embargo, teniendo en cuenta cómo se había quedado embarazada su madre, seguramente a su padre no le gustaría saber nada de ella. Lo más probable es que estuviera casado y tuviera otros hijos, y no hubiera vuelto a acordarse de la aventura de una noche que había tenido durante su estancia en Estados Unidos. Su madre le había dicho que le escribió una carta para informarle del embarazo, pero que no había recibido contestación. Quizá nunca recibiera aquella carta...

—¿Pediste una prueba? ¿Y dieron con algún resultado? —le preguntó Cam.

—Hasta el momento, un primo lejano.

—Cada vez lo hace más gente.

Cam se lo decía para darle ánimos. Ella también lo pensaba, pero...

–Si tiene miedo de que hacerse una prueba le ponga en contacto conmigo, tal vez no quiera hacérsela.

–Pues si se siente así, es porque no sabe lo que se está perdiendo, Ari.

A ella se le formó un nudo en la garganta.

–Gracias por decirme eso.

–Lo digo en serio, y lo sabes.

Aquel podía ser uno de los motivos por los que siempre había querido a Cam. Él entendía sus puntos débiles y la animaba con su bondad y su apoyo. Seguramente, por eso había mentido por él. Él habría hecho lo mismo por ella si hubiera estado en su lugar.

–Siempre me has apoyado –le dijo, con una sonrisa–. ¿Te acuerdas de aquella vez que nos escapamos juntos?

Él se echó a reír.

–¿Justo después de que tus padres dijeran que se marchaban de la isla?

–Sí. Aquella noche hacía tanto frío... Yo estaba sentada bajo el chaparrón, esperando al ferri, y tú apareciste con una mochila llena de ropa y comida. Dijiste que, si yo me marchaba, tú venías conmigo, aunque ya tenías bastantes problemas por haber faltado a la escuela y tus padres te habían amenazado con mandarte a un reformatorio de California.

Nunca olvidaría que él la había abrazado para protegerla del horrible tiempo que hizo durante su viaje a Boston, donde habían pasado tres días viviendo en la calle con el resto de la población sin hogar.

Sin Cam, ella no habría durado un día, pero, de aquel modo, pudo soportar lo suficiente como para que su madre cediera y la dejara quedarse a vivir con Alice.

Ariana miró a Cam.

–Te arriesgaste mucho por mí. Me acompañaste durante aquellos tres días cuando no tenías por qué hacerlo. Y me cuidaste.

–Tú también te has arriesgado mucho por mí –dijo él–. Y sé que os he fallado desde que me casé. De no haber sido por Camilla, habría estado con vosotras.

–Entiendo por qué te distanciaste –dijo Ariana.

Ella también lo había hecho, aunque por otros motivos. Por suerte, él no se lo echó en cara.

Siguieron mirándose en silencio. Cuando estaban en el instituto, ella nunca mantenía relaciones sexuales con nadie, no sabía lo que se estaba perdiendo.

Pero, en aquel momento... No podía evitar imaginarse cómo sería estar desnuda en brazos de Cam. Al mirarle los labios, se dio cuenta de que su mente se estaba adentrando en territorio peligroso, y apartó de su regazo la manta con la que se había tapado en el sofá.

–Se está haciendo muy tarde. Será mejor que me vaya.

–No, no te vayas –le dijo él, y la sujetó mientras ella recogía cuencos de palomitas y latas de cerveza.

–Es casi la una.

–¿Y qué? –preguntó Cam, y le quitó las latas–. Quédate a dormir. Te dejo la habitación principal. Yo puedo dormir en la cama plegable que hay en mi despacho.

–Pero mañana por la mañana mi abuela se preguntará dónde estoy.

–Estás en los treinta, Ari. No creo que tengamos que preocuparnos más de eso. Alice pensará que te has quedado con Ivy.

Ella tenía pensado ir a hablar con Kitty al día siguiente a primera hora; le había dicho a

Williams que tenía una entrevista laboral. Incluso se lo había mencionado a su abuela, así que Alice pensaría, seguramente, que ella había ido a The Human Bean. Sin embargo, Williams no sabría dónde estaba. Y no había prisa; podía ir a la cafetería un poco más tarde. Tenía la impresión de que Cam todavía odiaba estar solo. Y, si necesitaba compañía...

—Está bien —le dijo.

Capítulo 13

Cuando, por fin, Cam se quedó dormido, tuvo el mejor descanso que había tenido en mucho tiempo. Solo saber que Ariana estaba en casa le hacía feliz. Se alegraba de haberle dicho la verdad, por fin. Tenía miedo de que ella no volviera a confiar en él si le contaba que había vuelto a la playa con Jewel la noche que había desaparecido Emily. Sin embargo, parecía que ella entendía por qué había mentido, y él sentía una inmensa gratitud. Su bienestar dependía en gran medida de Ariana.

Bostezó y se tapó la boca con la mano mientras miraba el teléfono. Era pronto todavía; estaba demasiado acostumbrado a despertarse a las seis de la mañana, se acostaba cuando se acostaba. Incluso durante el fin de semana, se levantaba con Camilla para que Melanie pudiera quedarse durmiendo. Eran los únicos momentos en los que ella le permitía estar a solas con su hija, y él estaba deseando que llegaran esas preciosas horas. De lo contrario, si Melanie estaba despierta, exigía que le dedicara toda su atención y parecía que estaba celosa del amor que él sentía por Camilla.

Se quitó de la cabeza a Melanie y se levantó. Fue a su habitación y llamó a la puerta. Como no obtuvo respuesta, abrió suavemente y se asomó. Ariana estaba tapada con las mantas de su cama y no se movía, así que él decidió bajar a preparar el café y el desayuno. Pero cuando empezaba a retroceder, salió una voz desde debajo de la ropa de cama.

—No me digas que ya estás despierto —dijo ella.

—¿No has oído que llamaba?

—Antes te he oído subir por las escaleras como un elefante.

Él sabía que le estaba tomando el pelo.

—Pues estaba intentando ser sigiloso —protestó, riéndose. Entonces, entró en la habitación y se abalanzó sobre la cama—. Pero me alegra mucho que estés aquí. Vamos, levántate para que vayamos a algún sitio.

—¿Adónde? —preguntó ella, mientras intentaba quitárselo de encima a patadas.

—Podemos desayunar y después... no sé. Llamamos a Ivy y vamos a la playa, o algo así. Podemos hacer *bodysurf* y buscar cristales marinos.

—¿No tienes que trabajar?

—Hoy es domingo.

Ella se apartó el pelo de la cara y alzó la cabeza.

—De acuerdo. Vamos a desayunar. Después puedes acompañarme a The Human Bean. Necesito hablar con Kitty de un trabajo.

Cam estaba intentando no fijarse en lo guapa que estaba Ariana, pero, tan despeinada y con la camiseta que él le había dado para que la usara a modo de pijama, le atraía mucho más de lo que hubiera debido.

—¿Vas a trabajar este verano?

—No todos somos tan ricos como tú —dijo ella, y le arrojó uno de los almohadones de la cama.

—No deberías haber hecho eso —dijo él, y comenzaron una pelea de almohadas que ninguno de los dos quería perder.

Los dos estaban agotados cuando Cam consiguió atraparla y aplastarla con su cuerpo sobre el colchón.

—He ganado —dijo, sonriendo con petulancia—. Por fin.

A Ariana se le heló la sonrisa en la cara al mirar hacia arriba y mirarlo, y él se dio cuenta de que tenía una erección. Sin duda, ella lo había notado. En otras circunstancias, él se habría apartado inmediatamente, pero, como sabía que ella estaba enamorada de él, empezó a imaginarse cosas que no debía.

—¿Ariana? —dijo, con la voz entrecortada. No recordaba cuándo había sentido un deseo tan fuerte por última vez.

Supuso que ella estaba sintiendo lo mismo, porque la vio tragar saliva y, como la noche anterior, clavó los ojos en sus labios como si quisiera besarlos.

—¿Qué?

—Creo que es mejor que nos levantemos —dijo él.

Y, justo cuando estaba a punto de soltarla, la puerta se abrió violentamente y golpeó contra la pared interior del dormitorio.

Él, asombrado, giró la cara para ver qué ocurría y vio a su mujer a los pies de la cama, con la cara congestionada.

—¡Lo sabía! —gritó Melanie—. ¡Lo supe en cuanto me enteré de que ella había vuelto! ¡Eres un desgraciado y un infiel!

—No es lo que tú crees —dijo Ariana, mientras Cam se apartaba de ella y se levantaba.

Melanie estaba temblando de furia.

—Es exactamente lo que pienso —respondió, concentrando su ira en Ariana—. Llevas años detrás de él y, ahora has vuelto con la esperanza de que, si lo rescatabas de nuevo, conseguirías lo que siempre has querido.

Cam alzó una mano para tratar de calmarla.

—Melanie, cálmate y escucha. No ha pasado nada. Nada.

—¿Nada? —repitió ella—. ¡Te has acostado con ella en mi cama!

—No, no es verdad —dijo él—. Yo he dormido abajo. Ella solo se ha quedado a dormir aquí porque es mi amiga.

Su mujer se acercó gritando mientras señalaba a Ariana.

—¡Su abuela vive en la isla! ¡Ella no necesita quedarse a dormir aquí!

Lo que antes le había parecido una noche muy divertida, ahora le parecía un error absurdo. Ariana solo quería vestirse y salir de allí. Pero Cam estaba situado entre ella y su ropa, que estaba colocada en una silla, bajo la ventana. Y, de todos modos, Melanie estaba bloqueando la puerta.

—¿Dónde está Camilla? —preguntó Cam.

—La he dejado en Boston con mi madre —le espetó Melanie—. Cuando no me llamaste, supe que estabas tramando algo. Y luego, Liz me escribió anoche para decirme que había visto llegar a Ariana y...

–Viniste corriendo a casa, pensando que por fin me habías pillado –dijo él, irónicamente.

–¿Es que estás diciendo que es mentira?

–Sí, eso es lo que estoy diciendo –respondió Cam–. No estás escuchando.

Ariana se levantó. Tenía miedo de que Melanie la viera con una de las camisetas viejas de Cam, pero, por lo menos, estaba vestida.

–Cam tiene razón, Melanie. Ni siquiera nos hemos tocado. Él siempre te ha sido fiel. Solo somos amigos.

Cuando Melanie hizo otro de sus aspavientos, sus largas uñas postizas brillaron.

–Si crees que soy tan tonta como para creerme eso, es que estás loca. He visto cómo lo miras.

Ariana sintió que le ardía la cara. Era difícil defenderse cuando la suposición de Melanie era correcta, e incluso Cam lo sabía.

–Me voy y os dejo para que resolváis esto –dijo.

–¡Sí, sal de mi casa! –gritó Melanie.

Ariana rodeó a Cam para tomar su ropa. Estaba atravesando la habitación para entrar en el baño cuando Melanie se lanzó hacia ella y la agarró del brazo.

–¡Mírate! Incluso llevas su ropa. Me das asco. ¿Sabes una cosa? Te odio. ¡Siempre te he odiado! ¡Putas!

Cam reaccionó inmediatamente y apartó a Melanie.

–Suéltala.

–No va a salirse de rositas por esto –dijo Melanie, y le clavó las uñas en los dedos a Cam hasta que él la soltó–. Voy a decirle a todo el mundo de la isla que os habéis estado acostando.

Él apretó la mandíbula.

–No, no vas a hacer eso, porque no es verdad –respondió él, con calma.

A Melanie empezaron a caérsele unas gruesas lágrimas que le emborronaron la máscara de pestañas por las mejillas y le dieron un aspecto de estar aún más desquiciada de lo que parecía.

–¡Lo he visto con mis propios ojos! ¡Os he encontrado a los dos en mi cama!

–Solo hemos tenido una pelea de almohadas –intentó explicarle Cam–. Estábamos haciendo el tonto.

–¡Mentira! ¡Es mentira, como todo lo que has dicho sobre Emily!

Cam alzó la voz.

–¿De qué estás hablando?

–No puedo confiar en ti. Nunca he podido. ¡De eso estoy hablando! –gritó ella, y lo abofeteó con fuerza.

Ariana dio un grito y se quedó paralizada.

–¡Por favor, no hagas eso! Te está diciendo la verdad. ¡Te lo juro!

Cam había retrocedido. Se tocó la mejilla, donde Melanie le había dejado la marca de la palma de la mano. Él se había quedado estupefacto, pero no se movió. Tenía una expresión tan pétrea que Ariana no lo reconocía.

–Se acabó –dijo–. Hasta aquí hemos llegado. Ya no puedo seguir viviendo contigo.

Melanie empezó a sollozar.

–¿Que tú no puedes seguir viviendo conmigo? ¡No! Soy yo la que no puede. Me casé con un asesino. Ninguna mujer puede vivir con eso.

–Melanie, por favor –le rogó Ariana–. No te precipites. Piensa en lo que es mejor para tu hija.

–Estoy pensando en mi hija –respondió Melanie, girándose hacia ella–. ¡Mi hija no puede tener a un psicópata por padre!

Cam no dijo nada. La estaba mirando con horror, como si, finalmente, ella se hubiera quitado la careta y hubiera resultado ser un monstruo.

—¡Cam no es un psicópata! —exclamó Ariana—. Es una persona maravillosa. Tienes que tranquilizarte antes de decir o hacer algo de lo que puedas arrepentirte.

Cam le tocó el brazo a Ariana.

—No trates de detenerla. No servirá de nada. No va a controlarse y, aunque lo hiciera, nuestro matrimonio ha terminado.

Ariana se dio cuenta de que Cam hablaba en serio. Y Melanie también debía de haber percibido su tono de determinación, porque palideció. Su mandíbula quedó flácida, como si Cam la hubiera golpeado, aunque él no se había movido.

—Vas a arrepentirte de lo que me has hecho. No volverás a ver a tu hija.

Por primera vez, Ariana vio la ira reflejada en los ojos de Cam, reemplazando la repugnancia y el disgusto que había antes en su mirada.

—Será mejor que no intentes mantenerla apartada de mí —le dijo a Melanie.

—Entonces, no se te ocurra luchar contra mí, ni nada por el estilo —le espetó ella.

—Esto no es justo —dijo Ariana, pero Cam la interrumpió.

—Ella nunca ha sido justa. Ese es el problema. Esto empezó cuando se quedó embarazada. Todos sabemos que lo hizo a propósito.

Melanie soltó un jadeo.

—¡Yo no te atrapé! Fue accidental. Estaba tomando antibióticos.

—Sí, claro. Creo que ya he fingido suficiente que me creía ese cuento.

—¡¿Quieres decir que la que se portó mal contigo fui yo?! —gritó ella—. ¡Pues espera! ¡Ya veremos cuánta gente piensa que eres inocente del asesinato de Emily cuando les diga que te estabas acostando con la persona que te está proporcionando la coartada!

Ariana se tapó la boca. No podía soportar lo que estaba ocurriendo. Cam ya había pasado por mucho.

—No lo dices en serio —dijo.

—¡Hasta la última palabra! —gritó Melanie—. ¡Y ahora, salid de mi casa!

—¿De tu casa? —repitió Cam, desafiándola.

—Ya veremos quién se queda con ella.

Ariana no estaba vestida del todo, pero llevaba la camiseta de Cam y había conseguido ponerse los pantalones cortos. Cam la tomó de la mano y tiró de ella hacia la puerta.

—Vamos por el garaje —le dijo, moviéndose rápidamente, porque Melanie los perseguía por las escaleras maldiciendo y gritando como una loca.

Cam se sentía extrañamente desconectado de sus emociones mientras arrancaba el Land Rover y apretaba el botón para que se abriera la puerta del garaje.

—¿Estás bien? —le preguntó Ariana.

Estaba mejor de lo que se suponía. La escena del dormitorio había sido muy fea, pero Melanie y él habían tenido muchas peleas como aquella. Melanie nunca contenía la lengua. Si se sentía decepcionada o desdeñada de algún modo, iba a por él y, después, esperaba que el daño que había causado desapareciera en cuanto ella se sentía feliz otra vez.

Él se había cansado de complacerla. Se había cansado de ser el único adulto que había en aquella pareja. Y, sobre todo, sentía alivio al saber que su matrimonio había terminado.

Sin embargo, debía tomar en consideración otras cosas. Su divorcio iba a ser tan difícil como su matrimonio, y con solo pensar en Camilla, se sentía desconsolado. Estaba fallándole a su hija. Pero no creía que seguir viviendo con Melanie fuera bueno para la niña. Su matrimonio era demasiado venenoso.

—Creo que sí —dijo él, y arrancó.

—¡Espera! —le pidió ella—. Deja que me vista primero.

Melanie no los había seguido hasta el garaje, pero él sabía que estaba justo al otro lado de la puerta, seguramente, llamando a sus padres para decirles que había sido profundamente agraviada. Ella siempre era la víctima, y lo único que quería él era poner distancia entre los dos.

En realidad, lo que quería era no volver a verla.

Pero entendía que Ariana no quisiera salir del garaje tal y como iba vestida, así que asintió y paró el motor.

—¿No vas a darte la vuelta? —preguntó ella, sorprendida, al ver que él la miraba con expectación.

—No, a no ser que tú quieras que lo haga. Por lo menos, así sacaré algo en claro. De todos modos, ella le va a decir a todo el mundo que me he acostado contigo.

Cam estaba bromeando, y sabía que Ariana lo entendía. Esperaba que ella le dijera que se diese la vuelta de todos modos. Pero ella miró hacia atrás por el parabrisas trasero y sonrió con picardía, como si Melanie se lo mereciera. Entonces, se quitó la camiseta que llevaba.

Cam no esperaba una reacción muy fuerte. Estaba demasiado entumecido. Y, sin embargo, ver a Ariana por primera vez desde que se habían bañado desnudos en la playa cuando tenían trece años fue algo que le disipó la niebla mental. Ella se movió rápidamente, se puso el sujetador y su propia camisa. Se comportó como si aquel breve atisbo de sus pechos no fuera gran cosa. Cam, por su parte, supo que no lo olvidaría pronto. Ya no tenían trece años, y ella tenía un cuerpo precioso...

—De acuerdo. Vámonos ya —dijo Ariana, y se puso el cinturón de seguridad. Mirando hacia delante.

Al notar que él no se movía, lo miró.

—¿Cam?

Él cerró la boca y pestañeó.

—Lo siento. Eso ha sido... Creo que ha merecido la pena a cambio del precio que voy a tener que pagar.

A pesar de todo, se echaron a reír. ¿Por qué no? Seguramente, él no habría podido salvar su relación con Melanie aunque ella no los hubiera sorprendido aquella mañana. De haberlo intentado, solo habría perdido dos o tres años más de su vida y, después de aquel tiempo, tendría los mismos problemas que en aquel momento.

O... la mayoría. El hecho de tener a Melanie en contra cuando Jewel y Warner Williams estaban en la isla, intentando convertirlo en el culpable de la muerte de Emily, podría ser algo catastrófico.

Fueron a la playa. Ariana esperaba que Cam le preguntase si quería avisar a Ivy. Normalmente, lo hacían los tres todo juntos. Sin embargo, él no la mencionó, y ella, tampoco. Supuso que Cam necesitaba tiempo para asimilar todo lo que había pasado.

—Ha sido una locura —dijo ella, cuando estaban en la arena, mirando al mar.

No tenían toalla ni nada en lo que tumbarse, salvo la camiseta vieja de Cam, que ella había metido en la mochila. Era muy agradable que la playa estuviese casi vacía, a excepción de algún corredor que iba con su perro por la orilla.

El mar era el sitio al que siempre habían acudido cuando necesitaban paz, pensó Ariana. Por muy difícil que fuera estar en casa, se sentía bien, como si aquel fuese el único lugar donde podía estar completa de verdad.

—Podría haber sido peor —dijo él, mirando fijamente hacia el agua.

Ariana lo observó.

—¿De verdad? ¿En qué sentido?

—Por lo menos, Camilla no estaba allí para verlo. Y Melanie no ha tirado nada por el aire.

—¿Tira cosas?

—Algunas veces.

—¿Delante de tu hija?

—Normalmente, ocurre cuando la niña está en la guardería. O durmiendo. Después, cuando Camilla ve los destrozos, Melanie le da a entender que ha sido un accidente.

Ariana puso los ojos en blanco.

—Melanie es la que se comporta como una niña. Te darás cuenta.

Él se quitó las sandalias y comenzó a hacer un agujero en la arena con una rama.

—Me di cuenta a los pocos meses de que nos casáramos.

Ariana comenzó a apartar la arena con él, e hicieron un agujero cada vez más ancho. La textura y el movimiento de la arena eran tan reconfortantes como el sonido de las olas.

—¿Camilla va a estar bien con ella?

—No me imagino que Melanie pudiera hacerle daño. Su ira siempre ha estado dirigida hacia mí.

—Pero, si tú no estás presente...

—Tal vez, cuando Camilla se haga mayor para resistirse a lo que Melanie quiera que haga... ¿Quién sabe? Detesto imaginármelo.

—No puedo creer que te haya amenazado con no dejarte ver a la niña. Eso es inconcebible.

—A ella no le importa lo que es justo, solo si consigue lo que quiere.

—¿Y si le das la casa? —preguntó Ariana—. Por lo menos, así Camilla se quedará en la isla.

—Si le doy la casa, Melanie la venderá y con el dinero se comprará otra casa cerca de sus padres.

—Entonces, pide la custodia judicialmente.

Él alzó la vista.

—¿Crees que tendría alguna oportunidad?

—Los tiempos han cambiado, Cam. Los padres tienen más derechos. Tú eres una persona estable, sabes mantener perfectamente a una familia... Y...

—Soy sospechoso de haber matado a una niña —dijo él, con el ceño fruncido—. Melanie sacará todo el partido posible a eso. ¿Qué juez iba a arriesgarse a cometer un error en un asunto tan grave?

—Van a encontrar al verdadero asesino de Emily. Entonces, tú quedarás libre de toda sospecha y podrás demandarla por la custodia de la niña sin tener esa espada de Damocles sobre la cabeza.

—La policía no ha podido encontrar al culpable en estos últimos veinte años. ¿Por qué tienes tanta confianza en ellos ahora?

—Aunque no encuentren al culpable, necesitan pruebas para acusarte de una cosa tan horrible.

Él cabeceó y se echó a reír.

–Eso no es verdad. Mucha gente ha sido condenada con pruebas circunstanciales.

Ella se echó hacia delante y lo miró a los ojos.

–Tú vas a luchar contra la situación, y yo voy a luchar contigo. Y, si existe la justicia, ganaremos.

Él no respondió inmediatamente. Mientras seguía apartando arena, se quedó pensativo. Podría haber dicho que la familia de Emily no estaba consiguiendo ninguna justicia, que la justicia no era un hecho para todo el mundo, pero se distrajo con algo que encontró.

Con una vaga sonrisa, limpió el objeto de arena y se lo dio a Ariana.

Era el primer cristal marino que ella veía en la playa desde hacía mucho tiempo.

Capítulo 14

El sonido del timbre despertó a Ivy, que estaba profundamente dormida. Bostezó, abrió los ojos para ver el sol que inundaba su dormitorio e hizo un esfuerzo por levantarse. Estaba tomando su bata cuando recordó lo que le había impedido conciliar el sueño hasta la madrugada. ¿Estaría Williams fuera con la intención de volver a hablar con ella, ahora que ya había interrogado a Ariana, para encontrar incoherencias entre sus declaraciones? ¿O era la policía? Después de encontrarse con Jewel, estaba segura de que iba a tener noticias del único detective que tenía el departamento de policía de la isla.

Sin embargo, al asomarse a la mirilla, vio que se trataba de Melanie, la mujer de Cam, y no parecía que estuviera muy contenta.

Ivy miró su teléfono. Con suerte, tendría noticias de Cam. Antes de hablar con Melanie, quería hacerse una idea de lo que podía querer aquella mujer.

Sin embargo, no tenía llamadas ni mensajes, y se sintió desconcertada. Melanie nunca la había visitado...

El timbre sonó de nuevo, y ella decidió que no tenía tiempo para llamar a su amigo. Abrió la puerta y se asomó.

—¿Hola?

Constató que lo que había visto por la mirilla era cierto. Melanie estaba disgustada. Normalmente, su maquillaje y su peinado eran perfectos, vestía ropa cara y olía exageradamente a perfume. Aquel día llevaba gafas de sol y tenía la cara hinchada. Parecía obvio que había llorado.

—¿Está aquí Cam? —preguntó, con frialdad.

Ivy carraspeó.

—No. ¿Se supone que tenía que estar?

—Tiene que estar en alguna parte. Necesito hablar con él.

—¿Has intentado llamarlo?

—No contesta.

Otra respuesta tensa y llena de ira... Debían de haber tenido una discusión, y parecía que había sido grave.

—No sé por qué —dijo ella—. ¿Y por qué piensas que está aquí?

—No está en casa de la abuela de Ariana. Ya he ido.

—Deberías ir a su estudio.

—¿Y para qué iban a ir ellos allí?

—¿Ellos? —repitió Ivy.

—Está con Ariana —dijo Melanie, con rabia, entre lágrimas—. ¿Has tenido noticias de alguno de los dos?

¿Qué se había perdido? Había dormido pocas horas, pero parecía que había transcurrido mucho más tiempo.

—Esta mañana, no.

Melanie retrocedió y miró hacia las ventanas del segundo piso, como si no creyera que ella estuviera diciendo la verdad.

—¿No ves cómo voy vestida? —le preguntó Ivy—. No te estoy mintiendo. Acabo de levantarme. ¿Qué ocurre?

—¿No lo sabes? —preguntó Melanie, desconfiadamente.

—No. ¿Por qué iba a saberlo?

—Ariana y Cam tienen una aventura.

Ivy se puso la mano en el pecho.

—No...

—Sí —dijo Melanie—. Ariana durmió en mi casa anoche. Esta mañana los he sorprendido en mi cama cuando he llegado a casa.

—Eso me resulta difícil de creer —dijo Ivy.

Sin embargo, no era totalmente cierto. Había notado un cambio en sus amigos, sabía que había algo diferente. Era como si el ambiente estuviera cargado con una atracción que ella no había notado nunca. Había supuesto que Ariana y Cam estaban tratando de recuperar la relación y la confianza de antes, pero también cabía la posibilidad de que lo que sentían el uno por el otro estuviera cambiando. Y, de ser así, ¿dónde quedaba ella?

Recordó que su abuela le había dicho que era muy difícil que tres personas fueran tan amigas, pero que, de alguna manera, Cam y ellas lo estaban consiguiendo, y ella nunca había visto nada igual.

¿Habían llegado a un punto en el que eso había cambiado? Pensar en que Ariana estuviera con Cam hacía que se sintiera engañada. No le parecía justo que las reglas de su amistad cambiaran después de tanto tiempo.

—¿Dónde está Camilla? —le preguntó a Melanie.

—Eso no es asunto tuyo —le espetó ella—. Yo me ocuparé de mi hija. Tú dile a Cam que más le vale llamarme cuanto antes, o voy a decirle a todo el mundo lo que me ha confesado.

Ivy se quedó confusa.

—¿Qué te ha confesado? Acabas de decir que tú misma lo sorprendiste con Ariana.

—Estoy hablando de Emily. Él la mató. Me lo dijo él mismo.

—¿Qué estás diciendo? ¡Eso no puede ser verdad!

—Tal vez lo sea, tal vez no. No importa. Si yo lo digo, las sospechas que hay contra él aumentarán. Así que lo mejor será que tenga cuidado.

Ivy se quedó boquiabierta.

—Creo que nunca he conocido a nadie como tú, Melanie. ¿Qué es, exactamente, lo que quieres?

—Necesito dinero. Mis padres se van a Europa dentro de un mes y, ahora, yo voy a ir con ellos y me voy a llevar a Camilla. Eso costará, como mínimo, veinte mil dólares. Los necesito inmediatamente. Así que dile que me haga una transferencia desde la cuenta de la empresa antes de mañana por la mañana, o lo lamentará —dijo Melanie, y se alejó de la entrada de la casa.

Ivy la observó mientras subía a un Mercedes y se alejaba de la acera. Claramente, quería la cabeza de Cam.

—Esto no puede estar sucediendo —murmuró Ivy.

Lentamente, cerró la puerta y comenzó a subir las escaleras hacia su habitación para hacer una llamada de teléfono.

Jewel estaba sentada en la pequeña comisaría de Mariners, dando pataditas al suelo con impaciencia. Casi no había dormido desde que había llegado a la isla. Estar allí era como entrar en una pesadilla antigua y recurrente. No podía bajar la guardia, o los recuerdos la aplastarían. Recordó que había conocido a Cam en la casa que habían alquilado sus padres hacía veinte años, y le había parecido el chico más guapo del mundo. Inmediatamente, quiso que él se fijara en ella, pero sabía que no iba a estar en la isla el tiempo suficiente y decidió hacer algo para conseguirlo antes de que fuera demasiado tarde. Robó una botella de *whiskey* de sus padres y se fue a su casa. Después, recordó las manos de Cam sobre sus pechos, su cuerpo duro contra el de ella en el faro. Se había acostado con otros chicos, pero ninguno era tan guapo como Cam.

Y Emily, aquel día: se habían peleado en la playa porque su hermana se aburría y quería volver a casa, y ella estaba demasiado ocupada buscando nuevos amigos como para volver a un sitio en el que no había nada que hacer. Tenía un tremendo resentimiento por verse obligada a cuidar siempre de su hermana pequeña. Y había tenido una segunda discusión con ella porque, cuando se iba a casa de Cam con la botella de Jack Daniel's, le había dicho que se acostara y no se levantara hasta la mañana siguiente.

¿En qué estaba pensando cuando hacía y decía todas esas cosas? ¿Qué demonios le ocurría? Todavía oía a Emily gritándole mientras ella mantenía cerrada la puerta de su dormitorio hasta que la niña se quedó callada durante quince minutos o más, y ella pensó que se había dormido por fin...

—¿Señorita Hutchins? ¿Señorita Hutchins?

Jewel se dio cuenta de que alguien la estaba llamando y salió de su ensimismamiento.

—¿Qué? —le dijo a la policía que estaba delante de ella.

—El detective Livingstone puede verla ahora —dijo la policía, y le señaló la puerta de un despacho, más allá de la zona de trabajo abierta.

Ella se puso en pie de un salto y recorrió un pasillo lleno de escritorios y de gente hasta que llegó a un cuarto pequeño y desordenado, como si fuera un cubículo, lleno de expedientes dispersos por todas las superficies disponibles.

El detective Livingstone tenía colgada en su despacho una fotografía en la que aparecía él mismo, navegando, pero no había otras fotos de él con una mujer o con hijos. Jewel pensó que no se había casado nunca o que estaba divorciado.

—Señorita Hutchins —dijo él—. Bienvenida de nuevo a Mariners. Me alegro de verla.

Su tono forzado de cortesía le dio a entender que estaba irritado porque ella lo estuviera molestando de nuevo.

—¿Qué puedo hacer por usted hoy? —preguntó el detective, mientras rodeaba el escritorio para volver a su asiento después de mover una pila de expedientes para que ella pudiera sentarse también.

Jewel miró la tapicería manchada de la silla que él le había asignado y optó por no usarla. Para ser una isla tan rica, cualquiera pensaría que la policía tendría un presupuesto mayor.

—Vengo a contarle que vi a Ariana y Ivy anoche, en el centro del pueblo.

Él había envejecido bastante desde que ella lo conoció. En lugar de ser un joven detective de treinta y tantos años, ya tenía más de cincuenta, y los aparentaba. Tenía canas y arrugas

profundas en las comisuras de los ojos y de la boca, y había engordado mucho. Él la miró con cautela, de reojo.

—Dígame que no se acercó a ellas.

—Por supuesto que sí —le espetó ella—. Alguien tiene que presionarlas para que digan la verdad, o el asesinato de mi hermana no se resolverá nunca.

—Si está insinuando que no estoy haciendo bien mi trabajo, le aseguro que no es verdad. Tal y como he explicado en numerosas ocasiones, tengo que recopilar más información y asegurarme de que no haya otros sospechosos. De lo contrario, las pruebas circunstanciales de este caso podrían empujarme a acusar a la persona equivocada, lo cual no sería justo para Cam Stafford.

—Salvo por el detalle de que Cam Stafford es la persona a la que busca.

Él enarcó la ceja izquierda especulativamente.

—No olvidemos que el señor Stafford tiene una coartada.

¿Por qué había declarado que había oído un golpe aquella noche? Y, peor aún, ¿por qué había dado una hora específica? Podía haber dicho que oyó algo, pero que tenía tanto sueño que no sabía cuándo fue. En cambio, estaba tan desesperada por ocultar lo que había hecho que había hablado demasiado para reforzar su propia credibilidad y situarse donde se suponía que debía estar a la hora de acostarse. Si no lo hubiera hecho, posiblemente Cam ya estaría entre rejas, y aquel terrible capítulo de su vida habría terminado.

—Y, como he dicho yo muchas veces, él solo tiene coartada porque sus amigas mienten por él.

—Tanto Ariana Prince como Ivy Hawthorne son residentes de Mariners desde hace mucho tiempo...

—Eso no significa nada —lo interrumpió ella—. Pueden mentir tan fácilmente como un visitante.

—Lo que estoy diciendo es que se sabe que son de buen carácter. No puedo andar acusando a la gente hasta que tenga alguna prueba.

Jewel se moría por decirle la verdad al detective, pero ¿cómo iba a cambiar su declaración después de tanto tiempo?

No podía. No podía explicarles a sus padres cómo los había defraudado, sobre todo porque, desde que se habían marchado de aquella isla, hacía veinte años, sin Emily, se habían dedicado a ella en cuerpo y alma y habían hecho todo lo posible por ayudarla a recuperarse de aquel trauma. No podía soportar la idea de que, en el futuro, solo fuese a recibir el desprecio que se merecía, en lugar de la simpatía que se había convertido en un salvavidas para ella. Si supieran la verdad, la considerarían responsable de todo su sufrimiento, en vez de sentir que ella compartía su dolor.

Además, sería humillante, puesto que la historia de Emily se había difundido por todo el país, y su papel aquella noche sería recogido por las principales cadenas de televisión.

Si Ariana y Ivy dijeran la verdad, su familia y ella no tendrían que sufrir más de lo que ya habían sufrido.

—Son sus mejores amigas —insistió—. Como ya he dicho, lo están protegiendo.

—Todo tiene que estar documentado, y eso lleva tiempo —respondió el detective—. Por otro lado, ha llegado un detective privado a Mariners. Supongo que tengo que agradecerse a su familia y a usted.

—Sí —dijo ella—. Está trabajando con demasiada lentitud. Han pasado veinte años, por el amor de Dios. ¿Cuánto tiempo más se supone que debemos esperar?

Suspirando, él se pellizcó el puente de la nariz.

—Estoy haciendo todo lo que puedo, señorita Hutchins. No me he tomado un día libre desde que aparecieron los restos de su hermana.

—Pero ¿qué resultados tiene después de tantos esfuerzos? ¿Ha descubierto algo, aparte del testigo que encontró el señor Williams y que está dispuesto a testificar que vio a Cam en la playa con una niña pequeña no mucho después de las diez y media?

—El señor Williams me ha notificado la declaración de ese testigo —respondió el detective—. Se trata de Delilah French Jones, pero todavía no he conseguido ponerme en contacto con ella.

—¿Por qué necesita hablar con ella? ¿Cree que está mintiendo?

—No, en absoluto. Me gustaría hablar con ella yo mismo antes de hacer cualquier tipo de juicio.

—Ella no es de aquí, así que espero que, aun así, la crea.

Por su expresión, Jewel se dio cuenta de que el detective no apreciaba el sarcasmo.

—¿Cómo la encontró el señor Williams?

Jewel no podía seguir mirando a los ojos al detective. Bajó la vista y se limpió los pantalones como si tuviera una pelusa.

—¿No se lo dijo él?

—Dijo que era un aviso anónimo, pero eso no tiene sentido. ¿Por qué quienquiera que haya sido no se puso en contacto conmigo? Es más normal ir a la policía, ¿no? Y ¿cómo sabía la señora Jones que Williams estaba trabajando en el caso? Ella vive en Albany, Nueva York, y él es de Fort Worth, Texas.

—Supongo que lo habrá visto en las noticias —respondió Jewel—. He mencionado al señor Williams varias veces cuando pedía a cualquiera que tuviese información que se presentase ante la policía.

El detective se echó hacia atrás en su silla y se tocó el labio inferior con un dedo.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, cada vez más consciente de sí misma—. ¿Por qué me mira de esa manera?

—Solo estaba pensando.

—¿En qué?

—¿Quién fue el informante anónimo?

Era ella misma. Le había enviado el nombre de Delilah a Williams en una carta generada por ordenador, en la que le decía:

Si está buscando información sobre el caso Hutchins, puede preguntarle a Delilah French. Ella estaba en la playa aquella noche con su hermano, Ben.

Lo había enviado sin firma desde una ciudad a la que había ido conduciendo a propósito. Como no podía ubicar a Cam en la playa aquella noche, necesitaba que lo hiciera otra persona, y recordaba que Delilah había saludado a Cam cuando pasaban a su lado. Él fue quien le dijo a Jewel su nombre y el de Ben. Y ella nunca los había olvidado, como no había olvidado ningún otro detalle de aquella noche.

Pero era una maniobra arriesgada, y por eso no lo había hecho antes. Tenía miedo de que Delilah mirara una foto de Emily y dijera que esa no era la chica que había visto con Cam en la playa. Dependiendo de lo que recordara de esa noche, incluso cabía la posibilidad de que pudiera identificarla a ella. Salvo que Delilah había bebido, todos lo habían hecho, así que sus recuerdos no podían ser tan claros, y menos después de veinte años...

Y el riesgo había valido la pena. Delilah declaró que solo recordaba que Cam estaba con una chica bajita.

—¿Cómo iba a saberlo yo? —respondió ella—. Anónimo significa que no proporcionó su nombre.

—Seguramente, Williams y usted habrán hablado de quién podría ser.

Williams había intentado adivinarlo, pero se había equivocado, por supuesto.

—Dijo que, si tuviera que hacer una suposición, diría que fue el marido de Delilah.

—¿Por qué?

—Tal vez ella era reacia a dar un paso adelante, no quería exponerse a la atención de los medios, pero él pensaba que la información era importante y que debía obligarla a declarar, y no quería que supiera que había sido él.

—¿Y por qué no pudo ser Ben, el hermano de Delilah?

—Podría ser, pero Williams también habló con él. Ben dijo que no recuerda nada de esa noche. Hace demasiado tiempo.

—Y, sin embargo, Delilah recuerda lo suficiente como para situar a Cam en la playa a una hora concreta.

Jewel se encogió de hombros.

—No me sorprende. Ya sabe lo guapo que es Cam Stafford. Tiene mucho impacto en el sexo opuesto.

—¿A usted la ha impactado?

Aquella pregunta la tomó por sorpresa, pero Jewel siempre había pensado que la mejor defensa era una buena ofensiva.

—¡Está hablando del asesino de mi hermana! —exclamó, casi gritando—. ¿Cómo voy a sentir algún tipo de admiración por él?

Él alzó ambas manos para calmarla.

—Lo siento. Solo me estaba preguntando si tuvo usted alguna relación con Cam en algún momento.

¿Por qué le estaba preguntando eso? ¿Por qué pensaba que eso podía haber sucedido? ¿La había reconocido alguien a ella y la había situado en la playa con Cam?

Estuvo a punto de tener un ataque de pánico. Respiró profundamente y contestó con tanta estridencia como pudo.

—Lo conocí cuando ayudó a mi hermana a entrar en la casa en la que estábamos y escondió la llave, justo donde pudiera encontrarla después, en la jardinera delantera.

—¿Es la única vez que lo vio cuando estuvo aquí hace veinte años?

Mierda... ¿Había otro testigo que le estaba diciendo lo contrario a aquel detective?

Fuera como fuera, tenía que mantenerse fiel a su declaración. Apretó los puños y asintió.

—Exacto.

—Y, sin embargo, está segura de que es el asesino de su hermana.

—Tiene que ser él —dijo Jewel—. ¿Qué otra persona podría ser?

Cam estaba junto a la ventana, mirando a la calle. Ivy acababa de llamarlo, y él había llegado a su casa unos quince minutos antes, con Ariana.

—Cam y yo nunca nos hemos acostado —dijo Ariana—. Anoche, después de volver a casa, yo no podía relajarme. Estaba demasiado preocupada. Así que fui a verlo para hablar sobre Williams y el testigo que ha encontrado. Quería que Cam supiera todo lo que está pasando.

Su explicación sonaba bastante inocente, pero si era así, ¿por qué no la habían incluido a ella?,

se preguntó Ivy. Los tres habían estado juntos un rato antes. Jewel también la había acosado a ella cuando caminaba con Ariana, y era Kitty, un contacto suyo, quien había revelado que había un testigo nuevo. ¿Por qué había ido Ariana a casa de Cam sin llamarla?

—¿Y te quedaste a dormir?

Ariana se movió en su taburete de la isla de la cocina. Estaba sentada enfrente de Ivy y parecía que se sentía incómoda, lo cual le incomodaba a ella también. No estaba acostumbrada al sentimiento extraño de pánico que la había invadido desde la visita de Melanie.

—Sí. Después de hablar, vimos una película y se hizo tarde, así que acabé quedándome a dormir. Eso es todo.

—Yo dormí en mi despacho —dijo Cam—. Pero, por desgracia, ya había recogido el sofá cama y la ropa de cama cuando llegó Melanie.

Ivy les había hecho una taza de café a cada uno. Estaba girando la suya una y otra vez, observando el líquido oscuro, mientras hablaban. Estaba preocupada por Cam, sabía que su amigo estaba en una terrible situación y que esa situación había empeorado aquella mañana. Sin embargo, lo que la corroía por dentro no era la preocupación, sino los celos. Ariana estaba en la isla solo desde el jueves anterior. Y, aunque Cam fuera tan infeliz con Melanie, todavía estaba casado.

Ella no quería ser quien se quedara apartada. Era muy difícil conocer gente en la isla, pero no podía marcharse. Se sentía atrapada por su obligación de preservar el legado que había construido su familia. Y Cam también era de Mariners. Ivy no podía imaginarse que él quisiera irse de la isla. En ese sentido, eran perfectos el uno para el otro, si el matrimonio de Cam llegaba a romperse.

—Melanie dijo que os encontró a los dos en la cama.

Cam respondió antes de que Ariana tuviera oportunidad de hacerlo.

—Sí, y también dijo que yo había confesado que maté a Emily.

—¿No estabais en la misma cama?

—¡No dormimos juntos! —insistió Cam.

Ivy le dio otro sorbo a su café. ¿Podía creerlo? Melanie había sido muy clara y muy convincente acerca de lo que había visto. Pero Melanie era una mujer caprichosa, narcisista, inmadura.

—A mí me pareció... increíble —dijo, aunque no fuera del todo cierto—. Seguramente, me habría echado a reír de no ser porque estaba muy disgustada por lo que vio.

—No vio nada —dijo Cam—. Yo estaba completamente vestido cuando entré a la habitación principal a ver si Ariana estaba despierta y, antes de que pudiera darme cuenta, Melanie había entrado como una furia en la habitación y empezó a gritar.

—Ya sabes que ha tenido celos de ti y de mí desde el principio —dijo Ariana—. No quiere que Cam tenga nada que ver con nosotras. Si a eso le añades el estrés de que su marido sea vinculado al caso de Emily Hutchins, con todo el escrutinio y la publicidad... Melanie estalló, supongo. Llegó a la conclusión equivocada y se puso histérica.

Ivy quería creerlos. Siempre había confiado en ellos. Pero aquella mañana casi no se miraban, lo cual resultaba raro. Y, justo después de que entraran en su casa, mientras ella estaba haciendo el café, parecía que tenían mucho cuidado en mantenerse alejados el uno del otro. Estaba ocurriendo algo...

—Melanie quería que te dijera que va a ir a la policía a decir que tú mataste a Emily, que se lo confesaste, si no le haces una transferencia de veinte mil dólares a vuestra cuenta conjunta para

que pueda tener acceso al dinero, para poder irse a Europa con sus padres el mes que viene.

—No puedo transferirle veinte mil dólares —dijo él—. No es tan fácil. El dinero que tenemos está invertido en la casa, en los coches, en mi estudio, en nuestros planes de pensiones. Tenemos que pagar facturas. Ella no tiene ni idea del dinero que se gasta al mes. Nunca le ha interesado lo suficiente como para enterarse.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Ivy.

—Le enviaré un mensaje diciéndole que, en este momento, no es posible lo de Europa.

Sacó su teléfono, pero Ariana le dijo que esperara.

—¿Cuánto tiempo piensan estar de viaje? —preguntó.

—Casi un mes.

—Si pudieras reunir ese dinero, sería inteligente dejar que se marchara. De todos modos, no puedes ver a Camilla en este momento. Por lo menos, así Melanie estaría ocupada durante las próximas semanas, mientras lidias con lo que está sucediendo aquí. Y eso podría mejorar la situación de Camilla. ¿No prefieres que esté con sus abuelos, recibiendo cariño, en lugar de con una madre enfadada y amargada?

Él se apoyó en la encimera mientras pensaba en lo que le había dicho Ariana.

—Desde luego, Melanie tendría menos tiempo para sabotearte —dijo Ivy.

—Sí, son buenas observaciones —respondió él—. Supongo que podría pagar el viaje con una de las tarjetas de crédito y conseguirle suficiente dinero en efectivo para el día a día.

Ariana se estremeció.

—Es una solución cara, pero...

—Una solución es una solución —dijo él, con cansancio—. Llegados a este punto, si tengo un problema que puedo resolver con dinero, debería pagar y terminar de una vez.

—Dejar que se vaya a Europa no va a resolver nada —le advirtió Ariana—, pero te daría algo de tiempo.

Él miró su teléfono.

—No quiero hablar con ella. No quiero intercambiar mensajes. No quiero volver a verla. Si no fuera por Camilla, habría terminado con ella por completo. Creo que no me daba cuenta de lo cerca que estaba del límite, porque, esta mañana, Melanie ha conseguido que llegara al punto de inflexión.

¿Y el hecho de que Ariana estuviera allí era uno de los motivos?, se preguntó Ivy.

—Si haces lo posible por mantener las formas, tal vez ella también lo haga —le sugirió a Cam.

Él la miró.

—Para Melanie eso solo es una señal de debilidad.

Ariana frunció el ceño.

—Pero, debido a Camilla, no tienes otra solución.

—Es cierto. Voy a hacerlo —dijo, y comenzó a teclear en la pantalla del teléfono.

En aquel momento, alguien llamó al timbre.

Ivy se bajó del taburete. Esperaba que no fuera Melanie de nuevo. Con suerte, la mujer de Cam ya se habría marchado de la isla y pronto estaría rumbo a Europa.

Sin embargo, cuando abrió la puerta, hubiera deseado que fuese Melanie. Cualquier persona, mejor que la que tenía delante.

Capítulo 15

El detective Livingstone tenía un aire descuidado. Llevaba unos pantalones de pinzas, una camisa y una americana de *tweed*. Incluso llevaba corbata. Sin embargo, toda su ropa estaba arrugada y nada hacía juego. Se deslizó hacia arriba las gafas de montura metálica, que debería cambiar ya, y le entregó su tarjeta.

—¿Señorita Hawthorne? Tal vez no se acuerde de mí, pero pertenezco al departamento de policía. Soy el investigador encargado del caso de Emily Hutchins, y me gustaría hacerle algunas preguntas, si tiene un momento.

—Le dije todo lo que sé sobre la desaparición de Emily hace veinte años —respondió ella—. Y se lo repetí a un detective privado que vino aquí hace poco.

—Sí, lo sé. Pero ha habido novedades y me gustaría hablar con usted.

—¿Qué novedades?

—Se lo explicaría encantado si... ¿Podría entrar para hablar con usted unos minutos?

Ivy no sabía qué hacer. ¿La creería el detective si le dijera que aquella mañana no tenía tiempo? El Land Rover de Cam estaba aparcado en la acera. Seguramente, Livingstone lo había notado y sabía de quién era.

—Tengo visita —dijo ella—. Cam está aquí. Ya sabe que somos amigos desde niños. Y Ariana también está en mi casa. Ha venido a la isla a pasar el verano. ¿Quiere que hablemos ahora?

Él ni siquiera tuvo que pensarlo.

—Si no le importa...

A Ivy le dio la impresión de que quería verlos juntos, saber cómo interactuaban y decidir hasta qué punto estaban unidos. No sabía si eso era bueno o malo, pero quería cooperar en la investigación en la medida de lo posible. Quería que encontraran al asesino de Emily y, cuando antes se diera cuenta el detective Livingstone de que Cam no era el hombre que buscaban, antes podría concentrarse en otra persona y, con suerte, resolver el caso. Ivy estaba impaciente por poder relajarse y olvidarse de aquel asunto.

—Concédame un minuto para hablar con ellos —dijo, y dejó al detective en la puerta. Fue a la cocina y miró a sus amigos—. Es el detective Livingstone.

Cam y Ariana también se miraron, y con preocupación.

—Me estaba preguntando cuánto iba a tardar en venir a buscarme —dijo él.

—¿Crees que ha venido por ti?

—Mi coche está delante de la casa.

—Puede que me equivoque, pero me da la impresión de que hubiera venido de todos modos. Dice que quiere hablar conmigo. Aunque también os habría visitado a vosotros después, claro. La cuestión es... ¿le dejo pasar?

—Sí, vamos a quitárnoslo de encima —dijo Cam, y bajó la voz—. Pero dejad que casi todo lo

diga yo.

Cuando Ivy volvió a la puerta principal, la abrió de par en par.

–Por aquí, por favor.

Livingstone asintió como señal de agradecimiento y la siguió hasta la cocina, donde saludó a Cam y a Ariana.

–No me gusta molestar en un domingo tan espléndido, pero estoy bajo una gran presión para encontrar a quien mató a Emily Hutchins, así que cualquier cosa que pudieran decirme sería de gran ayuda.

Ivy no esperaba que fuese tan amable. En parte, quería decirle la verdad, que, en realidad, Cam no estaba con ellas a la hora que habían declarado, pero que no le haría daño a nadie, nunca. Después, se dio cuenta de que el detective actuaba así para ganarse su confianza.

–Ayudaría si pudiera –dijo Cam–. Pero lo único que puedo hacer es contar lo que ocurrió esa noche. Otra vez.

Ivy intervino con la esperanza de darle la vuelta a la tortilla y obtener más información.

–Me ha dicho que ha habido novedades.

–Sí, hay un testigo que afirma que vio a Cam en la playa, con una chica de baja estatura, a la hora en la que él estaba acompañándolas a ustedes a casa.

–Se refiere a Delilah, la hermana de Ben –dijo Ariana.

Livingstone asintió.

–Williams me habló de ella –dijo Ariana–. Y yo se lo dije a Ivy y a Cam, porque eso no es posible. Cam estaba con nosotras.

–Para ser sincera, conocimos a Ben y a su hermana aquella noche –dijo Ivy–. Solo estuvimos con ellos un par de horas, y estábamos en la playa, alrededor de una hoguera, así que no era fácil ver nada.

–Además, estábamos bebiendo alcohol –añadió Ariana–. Y Delilah bebió más que el resto de nosotros, así que no puedo decir que me fíe mucho de sus recuerdos. Debe admitir que es fácil que alguien en esa situación confunda a Cam con otra persona.

–Todo es posible –dijo Livingstone, asintiendo–. ¿Y después de esa noche? ¿Se pusieron en contacto con ustedes alguna vez Delilah y su hermano?

–No –dijo Ivy–. Ni siquiera nos dimos el número de teléfono. Sabíamos que, seguramente, no íbamos a volver a verlos, así que no tenía sentido.

–Fue algo espontáneo –dijo Ariana–. Ellos estaban sentados en la mesa de al lado del restaurante en el que cenamos aquella noche. Trabajamos conversación y nos preguntaron dónde estaba la mejor playa. Les dijimos que íbamos a llevarlos a una y lo hicimos. Ellos tenían el alcohol, nosotros encendimos la hoguera y alguien puso música. Nos reímos, bailamos, nos bañamos y bebimos. Y, después, Cam, Ivy y yo nos marchamos porque hacía frío y no teníamos jerséis.

–Cam nos acompañó a casa –añadió Ivy.

Cam se cruzó de brazos.

–¿Sabe lo que me he preguntado a menudo...?

Livingstone se quedó sorprendido.

–¿Qué?

–¿Cómo sabe la policía que Emily fue secuestrada a las diez y media?

–Porque Jewel oyó un ruido a esa hora.

–Pero podría haber sido cualquier cosa. Tal vez a Emily se le cayera algún objeto. O puede

que diera un portazo. O que fuera al baño. O que Jewel se lo imaginara, o lo soñara.

—No sé dónde quiere llegar con esto. El hecho de cambiar la cronología de la historia no va a ser bueno para usted —le dijo Livingstone—. Le dejaría sin coartada.

—Solo digo que la investigación se está apoyando en la palabra de una niña de dieciséis años que dice que estaba dormida. No creo que sea un buen fundamento.

—Hay que empezar por algún sitio —respondió el detective.

—Puede que sea cierto, pero yo preferiría que se concentraran en los hechos. Si no lo hacen, puede que yo acabe siendo sometido a juicio solo porque ayudé a una niña a entrar a su casa cuando no tenía llaves, algo que haría casi todo el mundo.

Livingstone asintió.

—Entiendo su postura.

—¿Y la autopsia no les ha dado ninguna otra pista? —inquirió Ariana.

—Me temo que no puedo revelar lo que ha dicho el forense.

—¿Ni siquiera puede decirnos cómo murió Emily? —insistió Cam.

—Todavía no. Y no estoy seguro de que se lo dijera de todos modos. Seguro que entienden que necesito reservar cierta información para tener ventaja.

—No hay nadie más interesado que yo en que se sepa la verdad —dijo Cam—. No me creará, pero yo no le hice nada a Emily. Después de ayudarla a entrar en casa, no volví a verla.

—Con toda la publicidad que Jewel le está dando al caso, he tenido algunas llamadas y pistas —dijo el detective—. Con suerte, encontraré respuestas más tarde o más temprano.

—Debe de ser difícil investigar todas esas pistas —dijo Ivy.

—Como la mayoría no llevan a ninguna parte, puede ser una gran pérdida de tiempo —dijo él—, pero son gajes del oficio.

—Sabe que Jewel está en la isla —dijo Ivy.

—Sí. Fue a la comisaría —respondió el detective.

Parecía que él tampoco estaba satisfecho con su presencia en Mariners. No debía de ser fácil sentir la presión de una familia afligida mientras intentaba resolver un crimen como aquel.

—¿Y qué quería?

—Exigirme que resolviera el caso.

—¿Y por eso ha venido aquí? —preguntó Ariana.

—Habría venido de todos modos. Aunque ella piense lo contrario, estoy dedicado a descubrir quién mató a esa niña.

Ariana apartó su taza de café.

—Vimos a Jewel anoche. Claramente, no quiere hacer amigos.

—Con ustedes, no. Cree que están mintiendo.

—¿Y trató de convencerlo a usted también?

—Supongo que no se le puede reprochar —dijo el detective—. Sacó dos tarjetas más y se las entregó a Cam y a Ariana—. Si recuerdan algo más que no me hayan dicho, espero que me llamen.

—Y yo espero que usted tenga la mente abierta y busque a la persona que mató de verdad a Emily Hutchins —respondió Ariana.

—Por supuesto. Pero eso será mucho más fácil si conozco todos los hechos.

Livingstone inclinó la cabeza para despedirse, y Ivy lo acompañó a la puerta.

Cuando volvió a la cocina, Cam estaba apoyado en el mostrador, y Ariana lo estaba mirando con preocupación.

–¿Cómo creéis que ha ido? –preguntó Ivy.

–No muy bien –respondió Cam, cabeceando–. Está claro que no tienen pistas sólidas. Y, ahora, Jewel está en la isla, presionando a la policía.

Ariana se frotó la frente.

–Y, si Melanie decide intervenir...

–Voy a darle el dinero –dijo él.

Ivy tuvo un escalofrío, una sensación de inseguridad. Se le encogió el corazón.

–Pero ¿qué garantía tenemos de que no haga todo lo que pueda para perjudicarte cuando se lo hayas dado? Ella nunca ha sabido que te estamos encubriendo, ¿no?

–No –dijo él.

Sin embargo, Ivy se dio cuenta de que su amigo pensaba que Melanie sabía más de lo que debería.

Jewel estaba sentada en la cama de su habitación del hotel, que, a pesar de ser muy pequeña, costaba una fortuna. Miró la pantalla de su ordenador. Había estado anotando toda la información que recopilaba sobre el caso de Emily para asegurarse de que no se le pasara nada por alto. Después de veinte años, sabía que no podía confiar en que la policía se ocupara de ello, y ese era el motivo por el que había decidido ocuparse por sí misma cuando habían aparecido los restos de su hermana.

Tendría que estar encima de Livingstone, pero aquel día ya había hecho todo lo que podía. Como recordaba el nombre de Delilah, había podido proporcionar un testigo a la investigación, y se había enfrentado a Ivy y a Ariana con la esperanza de que reflexionaran sobre su mentira.

Seguramente, aquello era un progreso, pero ella tenía la sensación de que las cosas avanzaban con demasiada lentitud, o de que no avanzaban.

¿Qué más podía hacer?

Con un suspiro, se inclinó hacia atrás y apoyó la cabeza en la pared. Aquello tenía que acabar pronto, porque no podía soportarlo más. Se levantó y se acercó a la ventana, desde la que podía ver algunos de los restaurantes y de las tiendas elegantes del pueblo, y observar a la gente que pasaba por la calle. Algunos estaban de compras, y otros iban a visitar museos o a comer, o a tomar un helado.

Recordó la emoción que había sentido al llegar a la isla a los dieciséis años. Su madre siempre había querido conocer Mariners, así que había ahorrado el dinero necesario y había organizado el viaje familiar. Como vivían en Iowa, sus padres tampoco conocían Boston ni Nueva York, y Karen también había previsto hacer viajes a esas ciudades desde la isla, motivo por el que ella había tenido que quedarse sola en Mariners cuidando de Emily; sus padres se habían ido a Manhattan a ver un espectáculo.

Al principio, Jewel les había pedido que la llevaran. Detestaba que la dejaran apartada, cuidando de su hermana. Sin embargo, su madre le había respondido que no iba a gustarle la obra, y que se divertiría mucho más en la playa.

Ella sabía que su madre se arrepentía de haberlas dejado solas. Si Karen no se hubiera ido, o se hubiera llevado a sus hijas, seguirían siendo una familia completa. Así que, en cierto sentido, lo que había sucedido era culpa de su madre, pensó Jewel con amargura. Ella debería haber cuidado de su hija pequeña, pero había cargado esa responsabilidad sobre los hombros de su hija mayor y ahora tenía que vivir con las consecuencias.

Sin embargo, Jewel dudaba que alguien lo viera de ese modo. Todos la culparían a ella.

Miró el teléfono para ver si Williams le había devuelto la llamada que ella le había hecho una hora antes. La librería le había contado algo interesante cuando había ido a comprar un libro sobre cómo resolver un crimen, escrito por un patólogo forense, y ella estaba ansiosa por decírselo al detective.

No quería esperar más, así que volvió a llamarlo y, en aquella ocasión, él respondió.

—Hola, señorita Hutchins.

—Hola, señor Williams. Tengo que contarle una cosa.

—No me diga que ha resuelto usted misma el caso, querida —dijo él—. No me extrañaría. De todos modos, soy todo oídos.

A ella no le parecía nada gracioso, pero no podía enemistarse con él, porque lo necesitaba. Así pues, se mordió la lengua.

—Antes de nada, me gustaría decirle que he ido a la comisaría esta mañana para presionar a Livingstone.

—¿Y cómo reaccionó?

—Como hace veinte años, asegurándome que estaba dedicado a ello, pero yo no me fío mucho de eso.

—Por eso me tiene ahora a mí. Yo también he hablado con él. Este es su único caso de homicidio, así que tiene tiempo para dedicárselo.

—¿Ha resuelto otros casos de asesinato?

—No se deje impresionar. Hasta un niño podría haberlos resuelto. Algunos eran suicidios evidentes, sobredosis. El de una mujer que le pegó un tiro a su marido. Un marido que mató a su mujer golpeándola con una figura que ella había comprado para el salón, porque no estaba contento con lo que había costado. Y algunos accidentes con resultado de muerte a causa de la embriaguez del conductor.

Jewel hizo un gesto de contrariedad.

—Pero... si ni siquiera se puede ir deprisa en esta isla. El límite de velocidad es de ¿cuánto? ¿Sesenta y cinco kilómetros por hora? No me diga que ha habido muchos accidentes.

—Cinco, los cuales son más de los que yo hubiera esperado. Con tanto dinero como hay aquí, y los jóvenes privilegiados... No es una buena mezcla. Un chico petulante de dieciséis años conduciendo el todoterreno de su padre después de una juerga..., no, no es nada bueno.

A Jewel no le importaba nada de eso. Cabeceó y retomó el tema más importante.

—Bueno, con suerte, pronto sabremos algo de lo que haya averiguado el forense.

—No creo que el forense me dé mucha información.

—¿Por qué no?

—La policía intentará mantener la confidencialidad para poder reunir todas las pruebas del caso sin intromisiones. Nunca se sabe qué detalle puede resultar esencial, ni cuándo.

—Espero que pueda enterarse.

—Lo intentaré, por supuesto.

Parecía que el detective estaba a punto de colgar, así que ella le dijo:

—Espere un momento. En realidad, le llamaba por otra cosa.

—¿De qué se trata?

—Me estaba preguntando... ¿Ha pensado en hablar con la mujer de Cam?

—No. Todavía no he hablado con él. Quería que sus amigas le dijeran que he estado fisgando para que se ponga nervioso. Cuanto más nerviosa está una persona, más probable es que confiese

o que cometa un error revelador.

—Tal vez debiera entrevistar primero a su mujer, en un momento en el que no esté con él. Es posible que estando en un momento bajo, cuando hubiera bebido o estuviera deprimido, le dijera lo que le hizo a Emily.

—Lo intentaré. Pero, aunque ella tenga esa información, es probable que las autoridades no puedan utilizarla en el juicio, porque la ley considera a un matrimonio como una sola entidad. Se trata del privilegio marital. No se puede obligar a un cónyuge a testificar contra el otro.

—¿Y si ella quiere?

—No creo que funcionara. Hay circunstancias en las que él podría evitar que su mujer testificase.

Demonios... Jewel se apartó de la ventana y se acercó a la cama. Tenía que haber algún modo de sacar provecho de lo que había oído...

—¿Y si la pareja se divorcia?

Él se quedó asombrado.

—Entonces, ya no existe el privilegio marital. ¿Por qué? ¿Acaso su matrimonio no va bien?

—Hoy he estado hablando con una mujer llamada Annette, que trabaja en la librería. Ella me reconoció porque me ha visto en las noticias, y trabó conversación conmigo. Me di cuenta de que quería ayudar, así que le pregunté si conocía a Cam. Me dijo que no lo conocía bien, que a la que ha visto más a menudo en la librería es a su mujer. Pero me dijo que había ido a la jornada de puertas abiertas cuando Cam había abierto su estudio, y que se había percatado de que Melanie y él no se llevaban bien. También ha oído a Melanie hacer comentarios despreciativos sobre él en la librería, cuando estaba de compras con una amiga. Annette reconoció que la mujer no le cae bien, que es una inmadura y una caprichosa, pero que quizá esté actuando así por la tristeza de verse atrapada en un matrimonio con un hombre capaz de hacer lo que le hizo Cam a Emily.

—¿Y por qué le contó todo eso la librera?

—Pues porque siente lástima por mí, por supuesto. Le pasa a la mayoría de la gente, e intentan ayudar.

—Piensa que Cam es culpable...

—Sí.

—¿Y por qué? ¿Sabe algo que nosotros no sepamos?

—No, pero... donde hay humo, hay fuego. Por eso pensamos que lo hizo él, ¿no?

Después de un largo silencio, Williams contestó:

—De acuerdo. Hablaré con su mujer.

Capítulo 16

Mientras Ariana iba rápidamente a The Human Bean, con la esperanza de que todavía no hubieran cerrado, se sentía contenta de tener una excusa para escapar de Ivy y Cam. Ivy la miraba como si sospechara que sí se había acostado con él, y eso hacía que se sintiera azorada y culpable. No tenía importancia que no estuvieran mintiendo sobre lo que había ocurrido la noche anterior; la atracción que había sentido cuando estaban luchando y riéndose en la cama había convertido el momento en algo mucho más erótico que una simple pelea de almohadas.

Y se había quitado la camiseta para cambiarse en el coche. Con solo recordarlo, le ardía la cara. No quería que Ivy viese su reacción y se diera cuenta de cuánto la había afectado todo aquello. Como sabía que Cam no sentía lo mismo, y no quería estropear su amistad, siempre había ocultado lo que sentía por él. Y ahora le parecía injusto cambiar las reglas, sobre todo, porque sabía que Ivy estaba empezando a preguntarse si encontraría el amor alguna vez. Si se casaría y formaría una familia.

Ver que sus dos mejores amigos formaban una pareja haría que Ivy se sintiera aún más aislada.

Además, Melanie todavía estaba en escena. Aunque Cam empezara a sentir algo más por ella, algo que no había dado a entender, Ariana no creía que quisiera empezar una relación con ella ni con ninguna otra mujer hasta que estuviese a salvo de la pesadilla en la que estaba inmerso. No podía arriesgarse a introducir otra variable más en su vida. El detalla más nimio podía desestabilizar toda la situación.

Por suerte, cuando llegó a The Human Bean, encontró la cafetería abierta, aunque uno de los empleados estaba a punto de colgar el cartel de Cerrado. Ariana le preguntó por Kitty y él le permitió pasar antes de cerrar la puerta. Después, le dijo que iba a avisar a Kitty, que tardó unos pocos segundos en aparecer.

—¡Hola! Espero que hayas decidido que te quedas con el trabajo.

Ariana sonrió con alivio. Necesitaba algo que la mantuviera ocupada, y le caía muy bien Kitty, además de gustarle el ambiente del local.

—Sí.

—¡Estupendo! Temía que hubieras decidido tomarte el verano libre.

—No. Creo que sería inteligente tener algo más en lo que concentrarme, por lo menos, durante el tiempo que pase aquí.

Kitty se quedó desconcertada.

—¿Algo más?

—Me refiero al caso de Emily Hutchins. Jewel está en el pueblo, diciendo que Cam asesinó a su hermana. Y, aunque yo quiero que se resuelva el caso y ella encuentre la paz que necesita y se merece, tengo miedo de lo que pueda conseguir con su cruzada. Las cosas pueden ir muy mal

cuando hay tantas emociones en juego.

—Ya sabes que mi marido trabaja en el Departamento de Policía de Mariners.

—Sí. Pero él no está asignado al caso Hutchins...

—No, es el detective Livingstone, pero tienen reuniones todas las mañanas, y hablan de los diferentes casos y de lo que se debe hacer en cada uno.

—Espero que el forense pueda proporcionar más información. Parece que todo gira en torno a eso.

—No, no todo.

Ariana enarcó las cejas.

—¿Qué quieres decir con eso?

Kitty la llevó a una mesa apartada para que pudieran hablar en privado, y bajó la voz mientras se sentaban.

—La policía ha identificado a otro sospechoso.

—¿De veras? ¿A quién?

—No puedo decirlo, pero seguro que se sabrá muy pronto. Solo quería... darte ánimos, porque puede que pronto termine esto por lo que estáis pasando Ivy y tú y, especialmente, Cam. Él viene a la cafetería de vez en cuando y..., bueno, no me ha parecido que fuera muy feliz estos últimos años. Sé que esto no puede estar mejorando su situación.

Ariana sintió que se le había quitado un peso muy grande de los hombros.

—Su matrimonio es difícil —dijo. Seguramente, eso no era ningún secreto. Y, aunque lo fuera, dejaría de serlo muy pronto, en cuanto él pidiera el divorcio.

—Sí, me ha dado esa impresión. Su mujer también viene a veces, con sus amigas, y he oído cosas.

A Ariana le estaba costando concentrarse en la conversación sobre Melanie. Ese era un problema para más tarde. Ahora solo tenía que pensar en el asesinato de Emily Hutchins.

—Este nuevo sospechoso... ¿Cómo lo encontró la policía? ¿Es que la autopsia ha revelado algo que no se sabía?

—No. Ha sido por otra vía.

—Es interesante. Ahora que la policía ha identificado a otro individuo, si la autopsia proporciona información adicional y se pueden vincular ambas cosas, todo habría terminado.

—Esa es mi esperanza. Sé que mi marido y el resto de los policías sienten lo mismo. Prefieren que el culpable no sea alguien que ha vivido aquí toda la vida. Es más cómodo, y mejor para la imagen de la isla, que haya sido un extraño el que hizo algo tan horrible, ¿sabes?

—Sí, estoy de acuerdo. ¿Y Williams sabe que hay otro sospechoso?

—¿Williams? —preguntó Kitty, con desconcierto.

—Warner Williams, el detective privado que está en el pueblo. Lo contrató la familia de Emily para llegar al fondo del caso. Pero, después de hablar con él y de encontrarme con Jewel en la calle, anoche, tengo la impresión de que los dos han venido a Mariners con el único propósito de meter a Cam en la cárcel.

—He visto a Jewel en las noticias. Ella nunca ha mencionado a Cam, pero sí ha dado a entender que la policía ya sabe quién lo hizo.

—Eso es increíblemente injusto —dijo Ariana—. ¿Qué pruebas tiene?

Kitty la miró comprensivamente.

—El dolor no siempre es racional.

—Sí, tienes razón. Supongo que estoy tan preocupada por que metan a Cam en la cárcel que

estoy dejando de sentir compasión por la familia Hutchins.

–La policía lo resolverá –le aseguró Kitty–. Livingstone es un buen detective. A mi marido le cae muy bien.

¿Era un buen detective o una buena persona? Había una diferencia entre las dos cosas. Y el hecho de tener buena relación con alguien no significaba que ese alguien fuera eficiente en su trabajo. Pero Kitty estaba intentando consolarla, y Ariana se lo agradecía.

–Gracias por contármelo. Estoy muy contenta de haberme enterado.

–Lógicamente. Bueno, ahora, hablemos del trabajo. ¿Podrías trabajar cinco días a la semana?

Como saldría a las dos de la tarde, Ariana no veía cuál podía ser el problema.

Negociaron su sueldo y quedaron en que ella iría a aprender lo básico del puesto el martes y empezaría a trabajar el miércoles.

–Le cogerás el tranquillo rápidamente –dijo Kitty, cuando terminaron la entrevista.

Ariana le dio las gracias y salió de la cafetería. Había nubarrones negros en el cielo, un cambio, después de una mañana tan espléndida. Pero a ella no le importaba que lloviera. Estaba demasiado aliviada con la noticia de que la policía había empezado a investigar a otro sospechoso, además de a Cam.

Kitty le había dado a entender que no era de Mariners, y eso era una buena noticia.

Se preguntó si Williams ya estaría al tanto de la novedad. Parecía que lo sabía todo, y quizá ya lo sabía cuando había hablado con ella y no se lo había dicho.

¿Y Jewel? ¿Cómo reaccionaría al enterarse de que se había equivocado con Cam?

Ariana respiró profundamente y comenzó a sonreír a la gente con la que se cruzaba. En cuando se alejó de The Human Bean, sacó el teléfono y llamó a Cam. Él necesitaba enterarse de las buenas noticias incluso más que ella.

Cam estaba sentado en la habitación de su hija, con uno de sus peluches en la mano. Se sentía muy mal por Camilla. Era demasiado pequeña como para entender lo que estaba sucediendo con sus padres, no tenía ningún control y, sin embargo, las decisiones que ellos tomaran afectaban drásticamente a su vida. Le había preocupado mucho cómo pudiera afectar el divorcio a la niña, y había hecho todo lo posible por mantener a la familia unida. Sin embargo, tanto Melanie como él tenían demasiado resentimiento. Aunque él consiguiera rehacer su matrimonio, Melanie nunca iba a creer que no se había acostado con Ariana. Se lo echaría en cara a la menor oportunidad. Había tenido celos de sus mejores amigas desde el principio y estaba empeñada en ser la única mujer de su vida.

Por desgracia, ese sentimiento de posesión y esos celos también afectaban a Camilla. Así pues, quizá lo mejor para todos fuese el divorcio. Él podía contratar a un abogado y presentar la demanda y, una vez que todo hubiese acabado, sin las interferencias y las exigencias de Melanie, podría construir una relación fuerte con su hija.

Parecía esperanzador, pero no se sentía tan bien como hubiera debido, teniendo en cuenta que acababa de enterarse de que la policía había encontrado a otro sospechosos. Su mayor deseo era que el caso de Emily Hutchins se cerrara, pero sabía que él todavía no estaba completamente a salvo. Después de que encontraran los restos de Emily Hutchins, Melanie empezó a acosarlo con preguntas sobre lo que había pasado, y cabía la posibilidad de que él hubiera dicho algunas cosas que ahora podían resultar muy perjudiciales. Su relación se había deteriorado por completo y él temía que su mujer fuera a la policía para intentar que la atención se centrara de nuevo en él.

¿Sabía ella algo que pudiera causarle aún más problemas? ¿Qué le había dicho él, exactamente, sobre lo sucedido?

Se tendió sobre la cama y, mirando al techo, empezó a recordar las conversaciones que había tenido con ella.

—¿Por qué vienen aquí, Cam? —le preguntó Melanie, mientras estaban a punto de acostarse, la noche que la policía había ido a su casa, después de hallar los restos de Emily—. ¿Qué quiere de ti la policía?

—Querían hacerme unas cuantas preguntas sobre el caso de Emily Hutchins. Nada más.

—¿Nada más? —preguntó ella. Como había entrado al baño, tuvo que elevar la voz—. ¿Qué tienes que ver con eso?

—Nada.

—No habrían venido si tú no tuvieras nada que ver.

—Yo vi a Emily esa noche, antes de que desapareciera. Nada más.

Melanie se negó a aceptar aquella respuesta tan vaga, así que él había tenido que explicarle lo que había pasado desde que Emily había llamado a la puerta de su casa hasta que él se había marchado de la playa en compañía de Ariana y Ivy. Le había dado la misma versión que a la policía, sin mencionar a Jewel. Él ni siquiera conocía a Melanie cuando había estado con Jewel, pero, de todos modos, su mujer se pondría celosa. Usaría aquella información en su siguiente pelea, como demostración de lo fácilmente que podía seducirlo cualquier mujer.

Aunque la conversación había terminado después de que él contara que se había ido a casa al dejar a Ariana y a Ivy en casa de la abuela de Ariana, Melanie había vuelto a sacar a relucir el tema unos días después, en el supermercado, cuando empezaba a pensar que todo el mundo estaba chismorreando sobre ellos y mirándolos fijamente a causa del pasado.

—Todos creen que tú mataste a esa niña —dijo, mientras pasaban por el pasillo de las verduras.

Camilla, a quien se le había caído la muñeca, estaba con ellos. Iba sentada en la parte delantera del carrito.

—Pues no lo hice, así que no importa —respondió él, mientras se agachaba para recoger la muñeca.

—¿Qué decían tus padres cuando la policía iba a llamar a la puerta de su casa?

Él tomó una lechuga y la puso en el carrito.

—No les hacía ninguna gracia.

—Pero...

Melanie había sido implacable aquel día, como siempre.

—Pero no podían hacer nada.

Ella se detuvo y giró para enfrentarse a él.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan difícil?

—¿De qué estás hablando?

—Estoy intentando mantener una conversación contigo sobre un asunto muy grave. Soy tu mujer. Ahora estoy vinculada a ti, aunque no se te ocurriera ni siquiera contarme lo de Emily Hutchins cuando estábamos saliendo.

¿Por qué iba a contárselo? Él quería olvidar aquello, dejarlo atrás. No estaba orgulloso de lo que había hecho con Jewel. Además, Melanie y él no habían estado mucho tiempo saliendo; ella se había quedado embarazada a las tres semanas. No había tenido tiempo de contarle muchas cosas.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó él, tratando de disimular la frustración que sentía para no

dar pie a otra pelea.

–Te estoy pidiendo que me lo cuentes. Y tú te niegas.

–Te lo conté todo en casa, después de que viniera la policía. Y hemos hablado de ello desde que hemos llegado al supermercado.

–Estás diciendo lo mínimo posible.

–Porque no es exactamente un tema divertido para mí.

–Si no lo hiciste, ¿por qué te molesta tanto hablar sobre ello?

–¿Sería agradable para ti que la gente pensara que eres culpable de haber cometido un crimen tan espantoso, aunque fueras inocente?

En aquel momento, la irritación se había notado en su tono de voz. Y él supo que Melanie lo había percibido, porque incluso Camilla lo miró sorprendida.

–¿Estás enfadado, papá? –le preguntó la niña.

–No, cariño. No pasa nada –dijo él, pero Melanie había ignorado por completo la pregunta de Camilla.

–¡Solo te estoy preguntando qué pasó con la policía! –exclamó.

–Ya sabes lo que pasó con la policía. Respondí a sus preguntas, eso es todo.

–No puede ser que terminara así. ¿No has vuelto a tener noticias de ellos?

–No, no he sabido nada de ellos.

–Seguramente, volverán. Esto está muy lejos de acabar.

Él suspiró con exasperación.

–¿Todavía estamos hablando de Emily?

–¡Sí! La gente está chismorreando sobre ti, ¡dicen que mataste a esa niña! Nuestra vecina de enfrente me dijo que sus amigas vieron a la hermana de Emily en un telediario y que ella dice que tuviste que ser tú.

–Ya hemos hablado de esto –replicó él–. Yo no he matado a nadie. De acuerdo con el testimonio de la propia Jewel, Emily fue secuestrada a las diez y media. Yo estaba con Ivy y con Ariana a esa hora. Pregúntaselo tú misma.

–Ellas dirían cualquier cosa para ayudarte –gruñó ella–. Las dos están enamoradas de ti.

–¿Quién, papá? –preguntó Camilla.

–Dos amigas mías –respondió él, y se volvió hacia Melanie–. ¿Es necesario que hablemos ahora de esto, delante de la niña?

–Tiene cuatro años. No sabe lo que está pasando –respondió su mujer.

Entonces, él detuvo el carrito súbitamente.

–Sabe mucho más de lo que tú piensas. Yo ya he terminado de hablar de esto.

–Siempre me ocultas cosas –dijo Melanie, quejándose.

Y, como era cierto que le estaba ocultando cosas, se preguntó si sería de ayuda que confesara algo más. Si le decía que Ariana y Ivy habían alterado un poco la línea temporal, tal vez pudiera convencerla de que confiaba en ella tanto como en sus amigas.

Pero, gracias a Dios, no lo había hecho. Por lo que podía recordar, estaba bastante seguro de que había salido airoso de aquellas conversaciones. Sin embargo, lo que le preocupaba era la conversación que habían tenido en casa de los padres de Courtney. Vera y Chaz Golding habían sido clientes suyos. Él había diseñado su casa. Después, había contratado a su hija para que trabajara en el estudio, y se habían hecho muy buenos amigos.

–Melanie nos ha dicho que la policía fue a vuestra casa el otro día –le comentó Vera, mientras Chaz estaba en otra habitación, preparando las bebidas, y Melanie estaba en el baño.

Aquello le había pillado por sorpresa. Si Melanie estaba disgustada porque la gente hablaba de ellos, ¿para qué empeoraba las cosas iniciando ella misma aquella clase de conversaciones?

Él preferiría que Melanie no contara muchas de las cosas que contaba, pero ella lo había hecho siempre, desde el comienzo de su matrimonio. Y, como no serviría de nada enfadarse, salvo para crear un problema que estropearía todo el fin de semana, él se callaba y sonreía forzosamente. En aquella ocasión, intentó disipar el tema antes de que su mujer volviera del baño.

—Solo fue algo rutinario. Yo fui la última persona, aparte de su hermana, que vio a Emily Hutchins. Querían asegurar lo que recuerdo de esa noche. Eso es todo.

—Pero ¿no hablaste contigo hace veinte años, cuando sucedió? —le preguntó Vera, preocupada.

—Sí, pero ahora que han encontrado los restos y tal vez consigan nuevas pruebas, van a reabrir el caso. Tienen que volver atrás y repetir las entrevistas.

Vera le apretó el brazo.

—Sea de oficio o no, tiene que resultar angustioso. Lo siento. Sé que están perdiendo el tiempo al interrogarte a ti, que no serías capaz de hacer daño a nadie. Y, si supieras algo que pudiera ayudar, ya se lo habrías dicho.

Él se sintió tan agradecido por aquel voto de confianza, y por su bondad, que le había cubierto la mano con la suya y le había sonreído. Por supuesto, en aquel preciso momento, Melanie volvió del baño. En cuanto los vio tocándose, la paranoia se apoderó de ella y tuvieron que marcharse incluso antes de la cena. Eso había provocado una de las peores discusiones que habían tenido nunca.

De camino a casa, Melanie fue gritándole acusaciones. Que Vera se creía más lista de lo que era, que él deseaba a Vera más que a ella, que si Vera y él no se estaban acostando ya, pronto lo harían.

Le había dicho que Vera y él se agradaban y se respetaban el uno al otro, pero que nunca habían cruzado ningún límite. Sin embargo, no había servido de nada. Al final, Melanie había sacado a relucir nuevamente a Emily y le había dicho que, que ella supiera, él era culpable de asesinato. Después, le había amenazado con marcharse de la isla llevándose a Camilla, y él le había dicho que lo hiciera. Por mucho que deseara quedarse con la niña, sabía que Melanie nunca se iría con ella, y no podía permitir que su mujer se uniera a la policía y a todos los demás.

Pero al final, Melanie había seguido acosándolo, preguntándole sin parar si aquella noche había salido hasta más tarde de lo que había confesado, y él se sentía tan agotado que había terminado por admitir que había vuelto a la playa aquella noche. Le dijo que había ido en busca de los amigos con los que había estado en la hoguera, con la esperanza de que Melanie quedara satisfecha y cediera. Pero no le había mencionado a Jewel, y le había dicho que no había visto a Emily.

Por suerte, no había especificado a qué hora había vuelto, no le había revelado que Ivy y Ariana estaban mintiendo para proporcionarle una coartada. Sin embargo, él le había dicho a la policía, tanto hacía veinte años como ahora, que no había vuelto. Si Melanie decidía acudir a declarar y lo contradecía, destruiría su credibilidad y le daría más peso al testigo que había dicho que lo vio con una chica de baja estatura.

Y eso podía ser suficiente para cambiar el rumbo de los acontecimientos.

Capítulo 17

Jewel estaba haciendo cola para tomar un café en The Human Bean, que estaba a una manzana de su hotel. Había pasado aquellos últimos días intentando enterarse del resultado de la autopsia de su hermana, ya que todo dependía de eso. Casi no podía dejar de pensar en ello, pero el detective Livingstone ya no respondía a sus llamadas y, cuando ella había ido a la comisaría, el día anterior, él no estaba en su despacho.

Era miércoles, y llevaba cinco días en Mariners. Durante ese tiempo, apenas había habido avances en el caso. Algo tenía que cambiar... Solo su habitación de hotel costaba una fortuna, y también tenía que pagar los gastos de Williams. Pero... ¿qué otra opción tenía, salvo quedarse y seguir presionando?

El problema era que no parecía que Williams estuviera consiguiendo los resultados que ella esperaba.

O, tal vez, estaba impacientándose demasiado. Un psicólogo escolar la había evaluado cuando estaba en el segundo curso, porque sus padres no conseguían que hiciera los deberes ni obedeciera a su profesor, y determinó que tenía una baja tolerancia a la frustración. Le había dicho que tenía que aprender a soportarla y, hasta cierto punto, debía de haberlo conseguido, porque se había graduado en el instituto y había terminado los dos años de estudios preuniversitarios. Sin embargo, parecía que en aquel momento, la frustración se había apoderado de ella. El mero hecho de tener que esperar en aquella fila la estaba enfureciendo de un modo irracional. ¿Cuánto tiempo podía llevar preparar una dichosa taza de café?

Miró el reloj. Se suponía que a la media hora tenía que verse con Williams en el faro. ¿Debería olvidarse del café y marcharse ya?

Tuvo la tentación de apartar a la gente a codazos para salir a la calle, pero volver al faro iba a ser algo muy duro y necesitaba algo reconfortante como un café matinal para calmarse. No era demasiado pedir, sobre todo, si le añadía un *bagel* al desayuno, para disminuir el efecto de la cafeína.

Después de otros quince minutos, por fin estaba llegando a la caja registradora, cuando tuvo una llamada de Williams.

—¿Diga?

—¿Se ha enterado? —le preguntó el detective.

—¿De qué?

—La policía tiene a un nuevo sospechoso.

La persona que estaba delante de ella se hizo a un lado para esperar su comida. Era su turno de pedir, pero no podía concentrarse en otra cosa que no fuera aquella llamada. Así que les hizo una seña a las chicas que iban detrás de ella para cederles su turno.

—¿De veras?

—Sí. Por fin he recibido una llamada de Livingstone. Está en Albany.

¿Albany? ¿Por qué Albany?, se preguntó. Entonces, se dio cuenta.

—Delilah Jones vive en Albany.

—Exactamente.

—¿Ha ido a hablar con ella? ¿Ella ha mencionado a alguien más?

—No, no lo ha mencionado. Livingstone supone que está intentando encubrirlo.

—¿De qué está hablando?

—De su hermano, Ben.

—Ben... —repitió ella, con asombro.

—Sí. Esa noche, Delilah se marchó de la playa antes que él, con un joven. Fueron a casa del chico. Pero ella dijo que, a la mañana siguiente, Ben le había contado que se había encontrado con una niña pequeña que andaba por la playa sola, después de que ella se marchara.

—¿A qué hora?

—No puede concretar. Estaba muy borracho, así que no recuerda con claridad aquella noche. Y han pasado veinte años. Pero sí recuerda haber hablado con una niña de la edad de Emily que estaba muy disgustada.

A Jewel se le formó un nudo en la garganta. Casi no podía hablar.

—¿Estaba herida?

La gente siguió pasando por delante de ella hacia la caja. Una mujer de mediana edad la miró con asombro, y Jewel tuvo que contenerse para no decirle que se metiera en sus asuntos, aunque era ella quien estaba hablando en voz alta, por teléfono, en medio de una multitud.

—Él dice que cree que no. Delilah sigue diciendo que vio a Cam con una chica bajita antes de marcharse, pero Livingstone no sabe si lo está diciendo únicamente para desviar la atención de su hermano.

—¿Livingstone va a hablar con Ben?

—Ya lo ha hecho.

—¿Y qué ha dicho Ben?

—Que la niña con la que habló estaba buscando a su hermana.

—Quería encontrarme —dijo ella, con dolor. Solo imaginarse a Emily por la playa, buscándola, le cortaba la respiración.

Jewel agachó la cabeza. ¿Por qué no se habría quedado en casa aquella noche? ¿Por qué se había sentido tan ansiosa por estar con Cam? El muy desgraciado ni siquiera había vuelto a llamarla.

—Si estaba perdida, o desorientada, ¿por qué no la ayudó Ben? —preguntó ella, bajando la voz, porque la gente estaba empezando a mirarla—. ¿Por qué no la llevó a casa?

—Dice que lo intentó, pero que ella no se lo permitió.

—Podía haber llamado a la policía.

—Estaba borracho, y no quería meterse en problemas. Supuso que la niña encontraría a su hermana y se fue. Por lo menos, esa es su historia.

—¿Y por qué no han dicho nada esos dos hermanos hasta ahora?

—Ben dijo en la entrevista que ni siquiera sabía que hubiese desaparecido una niña.

—¿Cómo es posible? La noticia se extendió por toda la isla.

—Tal vez fuera así para usted, porque estaba en medio del huracán. Pero su familia y él volvieron a casa el domingo, tan solo un día después. No tuvieron por qué enterarse, sobre todo, si no conocían a nadie que pudiera contárselo.

—¿Y cómo afecta todo esto a la investigación?

—Lo cierto es que enturbia un poco las aguas. Estábamos seguros de que tenía que haber sido Cam, pero, ahora, seguramente Ben es la última persona que vio a Emily con vida.

El joven del mostrador estaba esperando, nuevamente, a otra persona para que pidiera su consumición. Ella se alejó por completo de la fila y se dirigió, tambaleándose, hacia una mesa. Una pareja de señores mayores acababa de levantarse, y ella se dejó caer en una de las sillas.

—¿Jewel? —dijo él.

—¿Qué?

—¿Va a venir al faro?

Ella tragó saliva.

—¿Todavía es necesario que lo haga?

—Creo que sí. Necesito que me muestre dónde estuvo exactamente para que yo pueda volver sobre los pasos de Emily, comprobar hasta qué punto eran ustedes visibles desde ciertas perspectivas, intentar averiguar quién, de entre todas las personas que había allí, podría haber estado en situación de ver a Emily y, después, seguirla a casa. Alguien pudo seguirla y encontrar la llave en la jardinera después de buscar tan solo unos minutos. Bueno, de todos modos, la playa está abarrotada normalmente, y en el faro hay más aparcamientos, así que lo mejor será que quedemos allí.

Ella miró la fila, que había aumentado y salía por la puerta del local. Ni siquiera iba a conseguir su café.

—De acuerdo. Estaré allí dentro de un rato.

—A menos que sea demasiado duro para usted...

Estuvo a punto de admitir que sí, pero él continuó antes de que ella pudiese responder.

—He pensado que tal vez quiera ver el lugar donde encontraron a su hermana. Tal vez le recuerde algún detalle.

Sí, le recordaría muchas cosas que preferiría olvidar.

—Bueno... Estaré allí dentro de unos minutos —repitió.

—De acuerdo. Hasta luego.

Estaba levantándose cuando vio a Ariana Prince llevando un par de sándwiches a una mesa. Llevaba un delantal con el logotipo de la cafetería, lo que sorprendió a Jewel. No sabía que Ariana estuviera trabajando allí.

Cuando sus miradas se cruzaron, Ariana estuvo a punto de tropezarse. Jewel se dio cuenta de que no se alegraba mucho de verla y, después de su encuentro en la calle, entendía por qué.

Pero Ariana no tenía que preocuparse. Aquel día no iba a hablar con ella.

Jewel sintió un arrepentimiento asfixiante cuando llegó al faro. Nunca debería haber ido allí aquella noche. A Emily no le hubiera ocurrido nada si no lo hubiera hecho. Y lo había hecho por Cam, un chico a quien ni siquiera conocía, que nunca habría demostrado el más mínimo interés en ella de no ser por lo que le había ofrecido. Se le revolvió el estómago al recordar cuánto deseaba que él se quitara la ropa. Pero él estaba más interesado en el alcohol que en ella.

Williams, que estaba a la sombra del faro, a unos diez metros de distancia, se acercó penosamente hacia ella. Había un grupo de turistas haciendo fotos, así que no habló con ella hasta que llegó a su lado, y lo hizo en voz baja.

—Gracias por venir.

Ella estaba luchando por mantener la calma. No quería echarse a temblar. Y tampoco quería acercarse al lugar en el que se había acostado con Cam.

—¿Está bien, querida? —le preguntó Williams.

Ella asintió. Era más fácil que hablar.

—Sígame. Le enseñaré dónde encontró el perro los restos de Emily.

A Jewel se le cayeron las lágrimas al imaginarse a un golden retriever llamado Eddie cavando en la arena y descubriendo algo que hizo vomitar a su dueña, Regina Chism. Por lo que había sabido ella, Regina vivía desde siempre en Mariners. Por ese motivo, sí conocía la antigua historia de la niña desaparecida, así que al instante supo lo que había descubierto su perro. Cuando acudieron la policía y el forense, pudieron confirmar la identidad de Emily por su ropa y sus joyas. Más tarde, se confirmó con el análisis dental.

Williams la miró al darse cuenta de que no lo estaba siguiendo, y se detuvo. Ella tragó saliva y empezó a caminar hasta que casi llegaron al promontorio.

—Fue allí —dijo él, señalando un punto.

Había una ligera depresión en el terreno, pero nada más que pudiera servir de marca para la tumba de su hermana. El detective le había dicho que era un milagro que hubieran encontrado los restos de Emily.

«Un milagro», pensó ella. Hacía tanto tiempo, que Jewel había llegado a pensar que nunca la encontrarían. Había contado con ello y había intentado dejar el pasado atrás.

Ahora tenía que enfrentarse a ese pasado y hacer lo que pudiera para encontrar la paz.

—¿Expresó Emily interés por este lugar alguna vez? —preguntó él—. ¿Podía haber algún motivo por el que viniese aquí sola?

—No. Nunca mencionó el faro.

—Pero lo había visto, ¿no?

—Sí. Nuestros padres nos trajeron el día que llegamos a la isla para sacar fotos.

Jewel siempre se había negado a ver aquellas fotografías. Las habría destruido si hubiera podido, pero su madre se aferraba a todos los recuerdos, y ahora formaban parte del altar que había levantado en la habitación de Emily.

—Entonces, la niña sabía dónde estaba.

—Pero no sé cómo hubiera podido llegar sola hasta aquí.

Él giró la cabeza hacia la línea de la costa.

—No está lejos de la playa.

—Para usted o para mí, no, pero ¿para una niña de doce años?

—Fue a casa andando desde la playa aquella misma tarde, y eso está mucho más lejos. Él se quedó callado y esperó. Jewel no sabía qué esperaba. ¿Una confirmación? ¿Qué podía decir ella? Cada minuto que pasaban allí era una tortura.

Miró a un par de pájaros que los sobrevolaban.

—Va a llover —dijo ella. El cielo estaba cada vez más oscuro, y tenía la esperanza de que el detective sugiriera que se fuesen. Había ido al faro; había cumplido con su deber. Ahora necesitaba salir de allí.

—Hay otra cosa —dijo él, como si ella no hubiera hablado.

—¿Qué?

—Si Emily fue secuestrada de su cama, ¿por qué no iba en pijama?

Aquel era un detalle que delataba sus mentiras. Uno de los que más temía.

—No lo sé.

–¿Estaba en pijama la última vez que la vio usted?

–Sí. Debió de levantarse y cambiarse.

–Es posible. Hay otros niños a los que han secuestrado de su habitación y les han obligado a vestirse. Pero Emily llevaba una sudadera, como si hubiera planeado salir.

–Si alguien la obligó a vestirse, pudo obligarla a que se pusiera la sudadera.

–Es extraño, nada más.

Jewel se frotó los brazos, porque se le había puesto la carne de gallina. El frío se le había metido hasta los huesos.

–¿Podemos irnos? –le preguntó a Williams, bruscamente.

Él la miró sorprendido.

–Esto no es fácil para mí –reconoció Jewel–. Mi hermana fue asesinada aquí o, por lo menos, enterrada aquí. Me da escalofríos.

–Por supuesto –dijo él–. Lo siento. Pero, antes, ¿podría acompañarme a la playa para mostrarme dónde se pusieron a tomar el sol aquel día?

–No sé si me voy a acordar del sitio exacto. Pero lo intentaré.

Aunque él echó a andar, ella se giró para mirar la pequeña hondonada que había en la arena. Se suponía que una hermana mayor tenía que proteger a sus hermanos pequeños.

«Lo siento muchísimo, Emily», pensó.

Capítulo 18

Melanie no respondía al teléfono, así que Cam le escribió un mensaje.

Por favor, responde. Quiero hablar con Camilla. La echo de menos y ella también tiene que estar echándose de menos a mí, a estas alturas.

Mientras esperaba su respuesta, siguió trabajando para mantenerse ocupado. Sin embargo, a los quince minutos aún no había recibido respuesta, así que envió otro mensaje.

Melanie, por favor, compórtate como una adulta. Déjame hablar con mi hija. Por una vez en tu vida, piensa en los demás y no solo en ti, ¿de acuerdo?

Vio los tres puntos que indicaban que ella estaba respondiendo. Al leer lo que había escrito, se estremeció.

Que te jodan.

Aquello iba a ser una batalla. Siempre había sabido que lo sería; de lo contrario, la habría dejado mucho antes. Pero, en vez de hacerlo, había soportado cuatro años de infierno.

No puedes negarte a que la vea. ¿Por qué lo intentas? Te mandé el dinero que querías para ir a Europa. ¿No me merezco algo a cambio?

No vuelvas a ponerte en contacto conmigo. Puedes hablar con mi abogado, dijo ella, y le envió el número.

¿Ya tenía abogado?

—Qué rápida —dijo él, y supuso que sus padres la habrían ayudado a encontrar uno. Ellos siempre intentaban que a su hijita todo le saliera bien. Cam pensaba que no la estaban ayudando al permitir que se comportara de ese modo, pero era evidente que sus padres la querían mucho más de lo que a él le habían querido los suyos.

Buscó en Google el nombre de algún buen abogado de familia. Tenía que conseguir representación legal enseguida, o pasaría mucho tiempo antes de que pudiera ver a Camilla.

Maldita Melanie. Siempre había sido tan injusta.

Estaba tomando el teléfono para llamar a Simon Bench, un abogado de Providence, Rhode Island, que tenía unas excelentes críticas, cuando Courtney se asomó al despacho.

—Ha venido a verlo Ariana Prince.

Él bajó el teléfono.

—Que pase.

Ariana estaba bronceada, saludable, con una blusa blanca sin mangas, un par de pantalones cortos azules y unas sandalias blancas. Se quitó las gafas de sol al sentarse, y él admiró su precioso pelo rubio, que le caía por los hombros, y sus ojos verdes. Siempre había sabido que era atractiva, pero parecía que estaba mejor y mejor cada día que pasaba.

—Hola —le dijo él, mientras se ponía en pie.

—¡Ya sé quién es el otro sospechoso! —anunció ella, mientras metía la funda de las gafas en el bolso.

Él rodeó el escritorio.

—¿Quién?

—Ben.

Cam dio un paso atrás.

—¿El hermano de Delilah?

—Sí.

—No es posible.

—Eso es lo que pensé yo cuando me enteré.

—¿Quién te lo ha contado?

—Hoy ha sido mi primer día de trabajo. Me quedé ayudando a Kitty a limpiar después de que cerrara y, por fin, me contó el secreto.

—Muy agradable por su parte.

—Creo que me agradece que vaya a ayudarla —dijo ella, riéndose—. Sus otros empleados son jóvenes, así que yo soy una buena dosis de madurez.

—Me alegro de que esté casada con un policía que le cuenta algunas cosas. Pero ¿cuál es la conexión entre Ben y Emily? ¿Cómo es que él se cruzó con ella aquella noche?

—Él la vio en la playa, buscando a Jewel.

Cam sintió una punzada de culpabilidad. Si no hubiera permitido que Jewel lo sacara de casa, Emily no habría ido a buscar a su hermana. En parte, sus actos habían contribuido a ponerla en peligro.

—Pero que se vieran en la playa no significa que Ben la matara. Eso es como decir que, como yo sabía entrar en la casa, fui yo quien la mató.

—Sí, es cierto, pero, ahora, él es el último que la vio con vida. Y no fue voluntariamente a confesárselo a la policía. Ellos tuvieron que sonsacárselo a su hermana. Eso activa algunas alarmas.

Cam cabeceó.

—Yo casi no me acuerdo de Ben, pero me resulta difícil creer que el chico al que conocimos pudiera hacer algo así.

Ariana regresó a la puerta para cerrarla y bajó la voz.

—Pues alguien lo hizo. Y piénsalo: él no tenía que meterse en la casa, porque la niña no estaba en la casa.

—La policía piensa que estaba en la casa porque es lo que dijo Jewel. No saben que Jewel estaba conmigo —dijo él, y se pasó una mano por el pelo—. ¿No deberíamos decírselo?

Se sentía mal por hacerle aquello a Jewel, porque la desacreditaría por completo a ojos de la gente, pero no quería que lo culparan del asesinato de su hermana. Aunque se imaginaba lo que sentiría él si Camilla fuera víctima de algo así. Él también haría cualquier cosa por llegar al

fondo del asunto, así que le resultaba difícil culpar a Jewel y a su familia por ir contra él, teniendo en cuenta lo que creían sus padres.

—¿A estas alturas? —preguntó Ariana—. ¿Cómo me preguntas algo así?

—Ojalá no hubiéramos mentido al principio. Hicimos las cosas mucho más difíciles.

—Bueno, pues ahora ya no podemos decir la verdad —replicó Ariana—. Si eliminan a Ben como sospechoso...

—Volverán a perseguirme a mí —dijo él.

Ella asintió.

—Vamos a dejar que la investigación avance un poco más, a ver qué encuentran. Por lo menos, están buscando en más lugares.

—Eso es cierto. De acuerdo.

Ella se sentó frente a él, al otro lado del escritorio.

—Pero eso no es todo lo que ha pasado hoy.

—¿Qué más ha sucedido?

—Jewel fue a la cafetería esta mañana.

—¿A The Human Bean? —preguntó él, e hizo un gesto de contrariedad—. No me digas que te montó una escena en el primer día de trabajo.

—No, gracias a Dios. A decir verdad, estaba muy disgustada, demasiado como para fijarse en mí.

—Es comprensible. Todos estamos en una situación muy angustiosa.

—No. Estaba peor de lo que ha estado últimamente. Es como si se hubiera enterado de algo que no le gusta. A lo mejor se ha enterado de que no te va a poder cargar el asesinato de su hermana.

—Ella cree de verdad que yo la maté —dijo Cam—. Yo estaba allí esa noche. Interactué con Emily. Sabía dónde estaba la llave de su casa.

Ariana ladeó la cabeza.

—Y no volviste a llamarla después de la noche del faro.

—Cierto. Seguramente se siente utilizada, y eso hará que me odie aún más. A lo mejor cree que la distraje a propósito para poder acceder a Emily. Creo que solo está buscando una forma de mitigar su dolor.

—Es muy generoso que puedas verlo desde su perspectiva. Yo estoy tan furiosa con ella que me resulta imposible ser tan buena.

—Yo también estoy enfadado con ella. Después de todo, fue ella la que vino a mi casa. Yo no fui a la suya. Pero solo éramos unos niños tontos. No tenía que haber salido con ella. Todavía no sé por qué lo hice.

—No es difícil de entender. Si un chico de dieciséis años piensa que va a tener suerte...

Sin embargo, no había sido el impulso sexual lo que le había llevado a cometer aquel error. Por lo menos, no completamente. Había sido la soledad. Necesitaba a alguien, y ella había aparecido en mitad de aquella noche en la que los minutos le parecían interminables y no había nadie más disponible. Pero prefería ser considerado un tonto con exceso de hormonas que una figura patética con tantas necesidades emocionales.

—Sí. Mi testosterona me ha metido en líos más veces.

Ariana cruzó las piernas bronceadas.

—¿Qué tal te está tratando Melanie?

—No me habla. No me deja hablar con Camilla. Ya tiene abogado.

—¿Y tú?

–Estaba a punto de llamar a uno –dijo él, con un suspiro.

–¿Estás seguro de que quieres divorciarte de Melanie?

–Quería hacerlo antes de que empezara todo esto. Creo que ese es el problema. No puedo compensarla de ningún modo por no estar enamorado de ella.

–Has tenido un poco de mala suerte en tu vida –le dijo Ariana.

Él sonrió.

–Tuve buena suerte cuando te conocí.

Ella se quedó confusa. No sabía en qué sentido le había dicho aquello, ¿era porque le agradecía su amistad, o sentía algo más? Y lo más desconcertante era que él tampoco lo sabía.

–¿Por qué no te tomas la tarde libre? –le propuso Ariana–. Podríamos alquilar unas bicis e ir a dar un paseo. Te vendría bien tomar un poco el aire.

Estaba tan acostumbrado a decir que no a cualquier cosa que no fuera trabajo, que estuvo a punto de rehusar. No eran más que las tres, y él salía del estudio mucho más tarde.

Pero Melanie se había marchado, y él no tenía que preocuparse por llegar pronto a casa para estar con Camilla. Además, de repente, todo le parecía mucho menos importante. Si el caso de Emily Hutchins volvía a dar un giro, él podría perderlo todo. ¿Por qué no iba a dar un paseo en bicicleta con una de las personas que más le importaban en el mundo?

–No tenemos que alquilarlas. En mi casa hay dos bicis que podemos usar. Pero ¿no va a llover?

–Cuando he llegado estaba chispeando, pero de todos modos será divertido.

–De acuerdo –dijo él, y se encogió de hombros.

Ella tomó su bolso.

–¿Llamo a Ivy para ver si quiere venir?

Ivy salía a las seis de la biblioteca, pero, a veces, podía cerrar antes. No tenía un horario estricto, ya que no era una asalariada.

Pero aquel día, a Cam no le interesaba que fueran tres. Quería estar a solas con Ariana.

–No le pidas que cierre con antelación –dijo–. Dudo que quiera salir con lluvia. Podemos quedar con ella después, para cenar, o algo así.

Se dio cuenta de que Ariana no esperaba aquella respuesta.

–De acuerdo. ¿Tienes que terminar algo de trabajo, o llamar al abogado antes de que nos vayamos?

–Lo llamaré mañana –dijo Cam–. Al cuerno con el trabajo. Al cuerno con todo. Vamos a divertirnos.

Como siempre, era muy fácil estar con Cam. Ariana lo conocía a la perfección. Y, sin embargo, aquella tarde sentía una energía extraña en él. Su forma de mirarla. Su forma de tomarle el pelo. El hormigueo cada vez que él se acercaba. Para ella nunca había existido nadie más, pero sabía que solo eran amigos y que sería una tontería esperar algo más.

Ahora, sabiendo que iba a ser soltero otra vez, Ariana estaba empezando a preocuparse por si malinterpretaba su necesidad de sentirse seguro, su necesidad de apoyo, y lo tomaba por otra cosa. Fue casi imposible para ella no sentir más de lo que debería cuando dejaron las bicicletas en el suelo y se sentaron en el promontorio para ver el mar, y él la abrazó y la estrechó contra sí para darle calor.

–Me alegro de que me hayas sacado –le dijo Cam.

—¿A pesar de la lluvia?

—Solo ha chispeado un poco. No es para tanto —dijo él—. Siempre que no te estés congelando, claro.

—Estoy bien —dijo Ariana. Cualquier excusa era buena para estar con él.

—¿Echas de menos Nueva York?

—No, en realidad, no. Estoy muy contenta de haber vuelto.

—Has venido justo cuando más te necesitaba —dijo Cam. La miró y sonrió—. Siempre has estado a mi lado cuando más te necesitaba.

—Para eso están los amigos —murmuró ella. No podía perder de vista cuál era la naturaleza de su relación, pero tampoco quería que él se sintiera incómodo, ni se preocupara pensando que ella, de repente, esperaba que él se interesara en un sentido romántico—. ¿Qué tal estás llevando lo de Camilla?

—Es difícil saber que va a quedar en medio de una guerra entre Melanie y yo. Me siento culpable por acabar con mi matrimonio al pensar cómo la va a afectar a ella. Yo siempre he estado furioso con mis padres por ser egoístas. Y, ahora, mira, sigo sus pasos.

—Melanie se interpuso entre Camilla y tú siempre que pudo. Intentó aislarte de todos los que te importan.

—Salvo de mis padres —dijo él, con ironía.

Ella miró hacia arriba. Iba a haber tormenta. El cielo estaba cubierto de nubes negras. Pero no le importaba. De hecho, lo prefería en aquel momento, porque la gente salía mucho menos y no había una horda de turistas paseando por allí. Además, ni siquiera tenía que compartir a Cam con Ivy. Sabía que nunca olvidaría aquella tarde.

—Porque no estás unido a tus padres. Melanie nunca se ha sentido amenazada por ellos. Solo iba a por las personas a las que pensaba que tenía que destruir. Quería ser la única por la que tú te preocuparas.

—Sí, es verdad —respondió él, frunciendo el ceño—. Yo estaba dispuesto a permitir que se saliera con la suya en todo, siempre y cuando Camilla no tuviera que sufrir. Pero, ahora... ya no quiero luchar por mi matrimonio.

Empezaron a caer gotas de lluvia más gruesas. Ariana las notó en la cara, junto al viento que soplaban desde el mar.

—Es por todo lo que has tenido que pasar. No creo que pudieras reconstruirlo aunque lo intentaras. Si no quieres a Melanie, es mejor dejar que se aleje y encuentre a alguien que pueda dedicarle toda la atención que ella necesita. Los dos os merecéis sentirlos más realizados que ahora.

Al menos, él se lo merecía. Con Melanie solo estaba siendo generosa.

—Entonces, ¿soy muy bueno si me separo de ella? —preguntó él, y se rio.

—En cierto modo, sí. Salvo por Camilla.

Él asintió y le apartó el pelo de la cara y de los ojos.

—Eres muy guapa, Ariana. Eres consciente de ello, ¿verdad? Y tu corazón es aún más bonito.

Ella nunca había sabido que él pensaba eso. Se sintió azorada y alzó una mano para sujetarse el pelo.

—Nadie lo diría, por el número de novios que he tenido.

—Estoy seguro de que hay mucho interés —dijo él, enarcando una ceja—. A lo mejor no te das cuenta, pero tú no se lo pones fácil a los chicos. Pareces inalcanzable.

Porque su corazón no estaba disponible. Solo había un hombre a quien había querido siempre.

–Lo siento mucho por el hombre que intentó formar una pareja contigo en la editorial –añadió Cam.

Ella se estremeció y se acurrucó contra él.

–Yo, también. Bruce es un buen tipo.

Él volvió a mirar al mar.

–Por desgracia, no podemos decirle a nuestro corazón lo que tiene que sentir.

–En eso estoy de acuerdo contigo.

–¿Tú cambiarías algo si pudieras?

–Por supuesto –dijo ella, sin dudarlo. Se incorporó y se sacudió las manos.

Él la siguió hasta las bicicletas.

–¿Qué significa eso?

Ella tomó el manillar de su bicicleta y la levantó.

–¿Por qué iba a querer a alguien que no me quiere a mí?

–Ariana...

Cuando ella se giró hacia él, Cam estaba pensativo.

–No importa –dijo.

Ella observó el cielo para tratar de calcular cuánto tiempo les quedaba antes de que empeorara más el temporal.

–Vámonos ya –dijo ella–. Antes de que nos caiga encima el chaparrón.

Jewel sabía que solo era cuestión de tiempo que el detective Livingstone se pusiera en contacto con ella, así que no le sorprendió recibir su llamada. En aquel momento estaba lloviendo con fuerza y el viento azotaba los árboles contra el hotel. Cada pocos minutos, un relámpago iluminaba el cielo.

Se alejó de la ventana desde la que estaba observando la tormenta y miró la pantalla del teléfono. El detective iba a preguntarle si de verdad estaba en casa la noche que Emily había desaparecido. Tenía que estar preparada.

–Por fin –dijo, al descolgar, con una voz estridente–. He estado tratando de hablar con usted.

–He estado fuera del pueblo –dijo él.

–Ya lo sé. Me lo dijo Williams.

–¿También le ha contado lo que declaró Ben French?

–¿Lo de que Emily fuera a la playa? Por supuesto.

Hubo una ligera pausa. Entonces, él le hizo la gran pregunta.

–Si usted estaba en casa aquella noche, ¿por qué necesitaba Emily salir de casa para ir a buscarla?

Él actuaba como si la hubiera sorprendido en un renuncio. Estaba entrenado para detectar mentiras, así que ella tenía que convencerlo de que estaba diciendo la verdad.

–No lo sé. No tiene sentido.

–¿Usted no salió en ningún momento de la casa esa noche?

Ella era la chica de baja estatura que Delilah había visto con Cam en la playa, no Emily. Pero, que ella supiera, no había nadie que se hubiera dado cuenta de que había salido de casa, salvo Cam, y él no podía decir la verdad si no quería ponerse en peligro a sí mismo. Tenía que confiar en eso y mantener la esperanza de que nadie confesara algo que la contradijera.

–Por supuesto que no. Estaba haciendo de niñera. Yo nunca habría dejado sola a mi hermana

en casa.

—¿Dice que no cree que Ben hablara con Emily?

—No sé si lo hizo.

Hubo un silencio.

—Entonces, ¿qué piensa que sucedió? ¿Por qué estaba allí su hermana?

—¿Me está pidiendo que haga una suposición?

—Me gustaría saber lo que piensa.

—No lo sé. Puede que Emily saliera de casa después de que yo me quedara dormida. O que Ben encontrara la llave en la jardinera y la secuestrara.

—Si se la llevó de la casa, ¿por qué fueron andando hasta la playa, donde sería muy fácil que los viera alguien?

—A lo mejor él pensó que nadie iba a fijarse en ellos —contestó Jewel—. Era tarde y estaba oscuro, obviamente. En la playa no hay farolas. Seguramente, tampoco había mucha gente.

Como ella había estado allí, sabía que era cierto.

—De todos modos, es un lugar extraño para llevarse a Emily —insistió el detective—. Ben habría tenido que marcharse de la playa, ir hasta la casa que tenía alquilada su familia, secuestrar a Emily y volver a la playa con ella.

—Es una posibilidad.

—Pero ¿cómo iba a saber él que Emily estaba en su casa? No. La respuesta más sencilla suele ser la correcta. Tiene más sentido que Ben todavía estuviera en la playa cuando ella llegó.

Jewel respiró profundamente.

—Detective Livingstone, Emily tenía sus propias ideas. Sabemos que se enfadó conmigo y me dejó en la playa aquella tarde. Seguramente, creyó que no sería para tanto volver sola, siempre y cuando yo no me enterara.

Él carraspeó. Iba a decir algo, pero cambió de dirección.

—Entonces, usted estaba dormida en casa, Emily se escapó y apareció en la playa con Cam. Pero, más tarde, estaba sola, con vida, hablando con Ben.

—¿Significa eso que ya no consideran sospechoso a Cam?

—Significa que el número de sospechosos se ha multiplicado. No tiene por qué ser Ben, puede ser cualquiera que se la encontrara en la playa, o volviendo de la playa.

—Cam vivía en una casa más abajo —dijo ella—. Es fácil que la viera más tarde, a lo mejor, cuando él también estaba volviendo a su casa.

—Eso podría ser cierto, pero es una base muy débil para establecer una investigación por homicidio.

—Yo no creo que fuese Ben. Como ha dicho usted, él no sabía dónde nos alojábamos. Tuvo que ser Cam.

—Necesito pruebas antes de poder acusarlo de asesinato, señorita Hutchins.

—¿Y la autopsia? ¿Qué ha averiguado con eso?

Tenía que haber algo que los condujera a Cam.

—Nada decisivo. No puedo decir nada todavía, pero yo no tendría demasiadas expectativas. Hace mucho tiempo que Emily fue asesinada y, después de veinte años, no quedan demasiados restos de un cadáver.

—Pero está su ropa, ¿no? ¿No hay ninguna fibra, ni restos de ADN?

—Están investigando todo eso.

—¿Y cuánto tardarán? —preguntó ella, perdiendo la paciencia—. Mi familia y yo... no podemos

soportarlo mucho más tiempo.

–Lo entiendo, y lo siento –dijo él, suavizando la voz–. Le prometo que estoy haciendo todo lo posible. Y sé que Warner Williams, también.

–¿Podría decirme, al menos, cómo fue asesinada?

–Tenía el cráneo fracturado.

Ella se quedó sin respiración.

–¿Y qué conclusiones sacan de eso?

–Murió a causa de un traumatismo craneoencefálico –dijo él–. La golpearon con algo pesado y sólido.

–¿Como un martillo?

–No sabemos con qué.

Jewel intentó darle las gracias, pero había empezado a temblar otra vez. Apenas podía hablar.

–¿Puedo...? ¿Puedo decirles a mis padres cómo murió?

–Sí. Tengo planeado hablar con los medios de comunicación para ver si surgen más pistas. Seguramente, saldré en las noticias de esta noche.

Así pues, no le había concedido su confianza, en realidad. Pero ella se dio cuenta de que, si se lo reprochaba, él le diría que estaba haciendo lo mejor para la investigación. Además, en aquel momento estaba demasiado disgustada por las imágenes que estaban pasando por su mente, creadas por las palabras «traumatismo craneoencefálico», como para discutir con él.

«Olvidalo. Olvidalo», se dijo. Colgó y se tomó dos pastillas para dormir, aunque ni siquiera era la hora de la cena. El pasado volvía a ser demasiado para ella. Tenía que dejar de pensar, olvidar el dolor, el arrepentimiento y las imágenes truculentas, y perder el conocimiento durante un rato.

Capítulo 19

Estaban calados hasta los huesos cuando llegaron a casa de Cam. Ariana estaba temblando de frío, pero sintió un gran alivio cuando él abrió la puerta del garaje y, por fin, pudieron bajar de las bicicletas.

–Vamos a dejarlas aquí –dijo él–. Ya las guardaré luego. Apóyala contra la pared.

Él hizo lo mismo. Después, tomó de la mano a Ariana y se la llevó dentro de casa.

–¿Cómo puede hacer tanto frío este verano? –preguntó ella.

–Creo que se te ha olvidado cómo es el tiempo aquí –dijo él, riéndose–. Puede hacer tiempo de playa un día y, al día siguiente, hacer un día de invierno.

Cam la llevó hasta la habitación principal.

–Voy a darte una toalla, o...

La miró y frunció el ceño. Ariana se imaginó que estaba hecha un desastre.

–En realidad, ¿por qué no te das una ducha caliente? Así entrarás en calor rápidamente. Puedes ponerte algo de ropa mía mientras yo meto tus cosas en la secadora.

–Puedo usar el baño de invitados –dijo ella, pero él señaló el lujoso baño principal–. ¿Por qué? Este es más grande y más bonito. Puedes disfrutar de él.

Cam entró en el baño y sacó una toalla blanca y mullida del armario. En el dormitorio todo era blanco y beige, una gama de colores que daba sensación de limpieza absoluta–. El champú y el gel ya están en la ducha. ¿Necesitas algo más?

–No –dijo ella, mientras le castañeteaban los dientes. Se bajó la cremallera de la chaqueta que él le había prestado para quitársela–. Supongo que solo algo de ropa...

Él bajó la mirada, y se le separaron los labios como si se hubiera quedado asombrado de lo que veía. Ella miró hacia abajo y entendió el por qué. El agua de la lluvia le había pegado la camiseta al pecho. Se veía perfectamente el contorno de su sujetador, que era tan transparente como la camiseta de algodón fino.

–¿Cam?

–Disculpa –dijo él, con una expresión de timidez–. Hace mucho tiempo que... No importa. Deja la ropa mojada fuera de la puerta para que yo pueda llevarla a la secadora, y yo te dejaré ropa seca.

–Gracias.

Después de que él saliera, ella se quitó el resto de la ropa, la dejó fuera del baño y entró en la ducha. Era de mármol con grifos dorados, y tenía un buen tamaño. La casa de Cam era muy diferente a su pequeño pero carísimo apartamento de Nueva Jersey, desde donde tenía que tomar el tren para ir a trabajar a Manhattan.

Dejó que el agua caliente le cayera por el pelo y por el cuerpo. Nunca le había sentado tan bien una ducha. Y no podía dejar de pensar en la expresión embelesada de Cam cuando ella se había

quitado su chaqueta.

Tenía cara de... hambriento. Ella no creía que hubiera tenido una buena vida sexual con Melanie, puesto que su relación en la vida diaria tampoco era buena. Seguramente, la frase que había empezado terminaría con un «no hago el amor».

O, quizá, él quería decir algo mejor, como «Hace mucho tiempo que no deseo a una mujer».

Se recordó que Cam no podía estar pensando en ella de esa forma, pero, después de cómo la había mirado cuando se había quitado la chaqueta, era fácil fingir que sí. Ariana cerró los ojos y se imaginó que el agua eran sus manos, acariciándole el pecho, deslizándose suavemente por sus pezones, descendiendo por su estómago hasta sus piernas...

Sonó un golpe en la puerta.

—¿Sí?

—Es que... te he traído ropa seca, perdona.

—De acuerdo, gracias —dijo Ariana.

Rápidamente, se enjabonó el pelo. Tenía que controlar mejor sus pensamientos, o iba a meterse en un buen lío.

Cam no sabía lo que hacía esperando en la puerta del baño. Ariana era la última mujer a la que debería buscar para lo que deseaba en aquel momento. Sin embargo, después de aferrarse a un estándar tan rígido durante los últimos cinco años, estaba hambriento, quería un desahogo físico. Hacía mucho tiempo que no se sentía atraído por Melanie.

Las relaciones sexuales con su mujer eran, como mucho, algo mecánico. Casi nunca disfrutaba, porque Melanie se quejaba de todo: parecía que él estaba preocupado, no hacía que se sintiera atractiva, se comportaba como si hacer el amor con ella no significara nada para él.

Al final, le había parecido más fácil dejar que ella se acercara a él y, cuando sucedía, para él era como una obligación.

Sin embargo, ahora que su matrimonio se había roto, estaban brotando todas las emociones que había reprimido. Anhelaba el contacto humano, el contacto íntimo, y el hecho de que Ariana estuviera desnuda en la ducha era una oportunidad muy difícil de ignorar. Demasiado tentadora.

¿Cómo respondería ella? Tal vez dijera que sí... Pero, aunque lo hiciera, él no estaba en un estado de ánimo que le llevara a tomar decisiones sensatas. Lo último que quería era provocar más tristeza de ningún tipo. Debería alejarse, utilizar la otra ducha, vestirse y empezar a hacer la cena. Pero cuando recordaba a Ariana con aquella camiseta húmeda, se quedaba clavado en el sitio.

—Demonios —murmuró. Después, volvió a llamar—. ¿Ariana?

—¿Qué? —respondió ella.

—¿Puedo entrar a la ducha contigo?

—¿Para qué? —preguntó ella, después de unos segundos.

—¿Para qué crees tú? —respondió él—. No hay nada que nos lo impida.

Hubo otra pausa, más larga, y ella dijo:

—No, gracias.

Cam sintió tanta decepción que se quedó asombrado. Quería convencerla. ¿Qué importancia podía tener? Él no iba a volver con Melanie. Incluso Melanie lo sabía. Y, si la policía no encontraba al asesino de Emily Hutchins, él podría tener problemas con la ley. Anhelaba sentir cosas positivas en medio de todo lo que le estaba pasando. Quería tener la oportunidad de

olvidar, de vivir el momento. De tomar lo que quería sin pensar en el futuro.

–No creo que sea buena idea –dijo Ariana.

–¿Por qué?

–Porque, si alguna vez hacemos el amor, quiero saber que no es porque casualmente estoy aquí mismo, disponible, cuando tú necesitas una vía de escape temporal.

–Pero... no veo por qué podría hacer algún daño –insistió él.

–Podría hacerme daño a mí –replicó ella.

Entonces, él se sintió culpable por ser tan obtuso.

Se frotó la frente y dijo:

–Claro. De acuerdo. Lo siento.

La biblioteca le proporcionaba paz a Ivy. Las estanterías llenas de libros, su tatarabuelo mirándola desde el retrato que había colgado sobre el mostrador, la madera reluciente y la elegante escalera curva, todo le resultaba reconfortante. A lo mejor era por las posibilidades que ofrecían todas aquellas cosas. Allí había almacenados muchos hechos y muchas verdades. Eso era importante. Pero, para ella, lo que hacía que las bibliotecas fuesen vitales para la humanidad eran los sueños y la imaginación. Consideraba que la capacidad de imaginar y crear era la parte más bella de la mente humana. Con esa capacidad, una persona podía transmitir una idea a otros millones de personas y cambiar el mundo.

Sin embargo, ¿quería seguir viviendo en Mariners para el resto de su vida si eso significaba que se iba a quedar sola? Si fuera a vivir a la costa, tendría muchas más posibilidades de conocer a alguien.

Últimamente se estaba planteando hacer un cambio. Ella quería tener un marido e hijos. ¿Merecía la pena el sacrificio que estaba haciendo por preservar la biblioteca y la historia de su familia?

Sus padres se habían marchado. Tim, también. En su familia, nadie se lo pensaba dos veces antes de abandonar sus raíces. ¿Estaría loca ella por amar tanto la isla, la casa, la biblioteca?

John Charles, un anciano que llevaba la cabeza afeitada y una espesa barba blanca, que se había jubilado hacía unos años después de dirigir uno de los grandes hoteles de la isla, entró con el montón de libros que se había llevado prestados la semana anterior.

Ivy se alegró de tener un usuario. Se había cansado de estar sola, pensando. En verano, las tardes eran demasiado tranquilas. Y, aquel día, parecía que los turistas se habían refugiado en sus alojamientos hasta que pasara la tormenta. Hacía una hora había llamado a Ariana para hablar con ella, pero no lo había conseguido. También había llamado a Cam, y él tampoco había respondido.

–No me diga que ya ha terminado todos esos –le dijo a John Charles cuando él dejó los libros sobre el mostrador.

–Todos, menos uno. Cuando lo empecé, me di cuenta de que ya me lo había leído.

–No me sorprendería –dijo ella–. Se ha llevado usted a casa la mayoría de nuestra colección.

Él sonrió.

–Me queda mucho para que eso sea cierto, pero puede que un día lo consiga. ¿Tiene algo nuevo?

–¿En física? He pedido un libro sobre la radiación de Hawking que pensé que le gustaría, pero no llega hasta la semana que viene.

Ivy lo acompañó hasta la sección de ciencia ficción y sacó un libro de una de las estanterías.

—Hasta entonces, quizá le guste este —dijo Ivy—. Se llama *La paradoja más famosa de la física*.

—Si no es muy técnico, es lo mío —respondió él—. Las matemáticas de los libros que me gustan son complicadas para mí, pero me encantan los conceptos.

—Creo que dejó pasar su vocación —le dijo Ivy, en broma—. Debería haber sido científico.

—Ojalá hubiera tenido la inteligencia y la oportunidad.

Ivy lo dejó explorando su pasillo favorito y volvió al mostrador. Miró el teléfono. Seguía sin tener noticias ni de Ariana ni de Cam, lo cual era raro. Normalmente respondían antes. Uno de ellos tenía que haber mirado el teléfono durante la última hora.

¿Acaso ellos dos habían traspasado el límite de la amistad y habían ido más lejos?

Se dijo a sí misma que, de ser así, no importaba. No debería importarle. No quería que los celos se apoderaran de ella, como si fuera Melanie. Sin embargo, no era fácil superar esos sentimientos. Parecía que el mundo entero seguía avanzando sin ella, que la había dejado atrás para que atendiera la biblioteca que era el último bastión de los Hawthorne. Y, claramente, ella no quería presenciar cómo se enamoraban Cam y Ariana mientras ella tenía por delante un viaje solitario.

—¿Le ocurre algo? —preguntó John Charles, cuando se acercó al mostrador con tres libros.

Ivy sonrió forzosamente.

—No, ¿por qué?

—Por la expresión de su cara. Parece que está... preocupada.

—Estaba pensando. No es nada.

Él esperó a que ella escaneara los códigos de los libros. Cuando Ivy se los entregó, el anciano se dio la vuelta para marcharse.

—¿John?

Él se giró.

—¿Sí?

—¿Ha pensado usted en irse de la isla alguna vez?

A él le sorprendió aquella pregunta.

—De vez en cuando. ¿Por qué? No me diga que está pensando en salir de Mariners.

—No es algo serio, pero... me pregunto qué habrá por ahí y qué me estaré perdiendo si me paso aquí el resto de mi vida.

—El mundo es muy grande —dijo él—. Hay mucho que ver.

—Exacto... ¿Usted no se arrepiente de no haber aprovechado más las oportunidades cuando era joven?

Él se tiró de la barba mientras pensaba en la respuesta.

—No lo sé —dijo—. Uno puede volverse loco pensando en las posibilidades.

Cierto. A Ivy le interesaba más saber si no se arrepentía de no haber tenido mujer e hijos. ¿No se sentía solo? ¿Pensaría que ya era demasiado tarde? ¿Llevaría ella una vida como la de John si no hacía un cambio?

Ojalá pudiera preguntar todas aquellas cosas, pero eran demasiado personales. John siempre era amable y amistoso cuando iba a la biblioteca, pero nunca habían tenido una conversación que fuera más allá de unos comentarios sobre libros que estaba leyendo, o el tiempo.

—Es verdad. Gracias —dijo Ivy—. Está mojado fuera. Tenga cuidado.

—Sí, gracias. Hasta la próxima vez.

Cuando él se marchó, se hizo un silencio pesado. Ivy se sintió ansiosa por cerrar y marcharse

también. ¿De qué servía tener abierta la biblioteca aquel día, si nadie iba a usarla? Además, solo quedaban veinte minutos para la hora de cierre.

Saldría pronto e iría a casa de Alice para ver si Ariana estaba allí. Si no estaba en casa de su abuela, lo más seguro era que estuviese con Cam.

Lo mínimo que podían haber hecho era devolverle sus llamadas.

Cuando salió de la ducha, Ariana percibió un olor a beicon. Quería bajar a ayudar con la cena, pero tardó en vestirse porque estaba pensando en la voz de Cam, que le había llegado a través de la puerta del baño: «¿Puedo entrar en la ducha contigo?».

Era lo último que se esperaba, y le había costado mucho rechazarlo. Sabía que había tomado la mejor decisión, pero no había sido fácil, y no sabía lo que iba a hacer si él volvía a proponérselo aquella noche. En parte, estaba empezando a creer que iba a aceptar algo que siempre había querido. Ya había esperado demasiado y no sabía si iba a tener otra oportunidad. No sabía lo que iba a suceder.

La otra parte de sí misma sabía que él no tenía la mente clara en aquel momento para hacer algo así. Y actuar de una manera irreflexiva solo servía para poner en peligro su amistad.

Mientras estaba deliberando en lo que él iba a hacer o decir, y en cuál iba a ser su respuesta, recibió un mensaje de texto de Bruce.

Hola. Solo quería saber qué tal va todo. Hoy he visto las noticias y han hablado de esa niña que desapareció hace veinte años en Mariners. Tú estarías en el instituto cuando ocurrió. ¿Te acuerdas de algo? Siendo tan pequeña la isla, y un sitio tan seguro, me imagino que sería algo muy comentado.

No se hacía una idea. Ella nunca le había hablado de la desaparición de Emily, porque temía que su tono de voz o su agitación la delataran.

Se detuvo a medio vestir y se sentó en la cama para responderle.

Claro que me acuerdo. Es una historia muy triste.

Por lo que he leído, la hermana mayor de la niña está ahora en la isla, presionando a la policía para que hagan algo más. ¿Te estás enterando de algo?

Sí, sí. Todo el mundo habla de ello.

Me pregunto si serán capaces de resolver el crimen.

Eso espero. Me siento muy mal por la familia.

Yo, también. ¿Qué tal estás?

La conversación había pasado a lo personal. Ella suspiró.

Estoy bien. Hoy he empezado a trabajar en una cafetería del pueblo.

¡Tú tienes demasiado talento como para estar sirviendo cafés y croissants! Cualquiera adolescente puede hacer eso. Cuando te aburras allí, avísame. Puedo volver a colocarte en tu antiguo puesto. Eres una gran editora.

Echaba de menos a sus compañeros de trabajo y a los autores con los que trabajaba. Su escritor favorito iba a publicar un libro dentro de pocas semanas. Ellos dos habían trabajado mucho en aquella novela, y ella estaba deseando ver cómo la recibían los lectores.

Me gusta la edición. Pero mi abuela me necesita.

¿Crees que vas a quedarte más allá del verano?

Es una posibilidad.

Una pérdida para Nueva York y una ganancia para Mariners.

Él siempre la había apoyado, incluso cuando no era lo que hubiese preferido en la faceta personal. Además, llevaba una vida tranquila, sin estrés. Y no tenía el bagaje emocional que Cam soportaba sobre los hombros. Pero Cam no era el culpable de tener unos padres que nunca deberían haber tenido hijos.

Ariana le envió el emoticono de un corazón. Estaban de acuerdo en seguir siendo amigos, y ella sabía que él se lo tomaría como una muestra de amistad. Después, siguió vistiéndose a toda prisa, se secó el pelo y se miró al espejo. La ropa de Cam le quedaba muy grande, pero olía a él y, sin poder contenerse, se llevó la tela de la camiseta a la nariz e inhaló profundamente.

—Dios, te quiero —murmuró, y salió de la habitación.

Cam todavía llevaba los pantalones vaqueros mojados, pero se había quitado la camiseta. Aunque había visto muchas veces su cuerpo, y de adolescentes se habían bañado desnudos, la visión de su torso tuvo un gran impacto en ella después de lo que había ocurrido en el baño.

—¿No te has duchado? —le preguntó ella, al entrar en la cocina.

Él la miró mientras removía la comida que había en la sartén.

—He preferido poner la secadora primero. Y, después, he pensado que podía hacer la cena. Estoy muerto de hambre, ¿y tú?

—Sí, tengo hambre. Pero tenías razón, la ducha me ha hecho entrar en calor. ¿Qué estás preparando? —le preguntó.

—Sándwiches de bacon, lechuga, tomate y aguacate. ¿Te parece bien?

—Me parece delicioso —respondió ella. Se acercó y tomó las pinzas—. Yo termino. Tú ve a ducharte.

—¿Seguro?

Ariana sonrió.

—Creo que puedo arreglármelas.

Él la miró.

—Estás muy bien con mi camiseta.

Cam no dijo nada más, pero no se dio la vuelta para marcharse. Por un instante, ella creyó que iba a besarla y a deslizar las manos dentro de la ropa que le había prestado. Su sujetador estaba

en la secadora, con el resto de sus cosas.

Se le aceleró el corazón. Pero él no hizo ningún movimiento, aunque parecía que tenía la tentación. Claramente, para él también era un gran dilema el hecho de transformar su amistad en otra cosa. Repentinamente, Cam se dio la vuelta y se marchó.

Ariana miró el reloj que había sobre el fregadero. Eran más de las seis. Ivy ya habría salido del trabajo. Si la llamaban y ella venía a casa de Cam, estarían a salvo. Además, al responder al mensaje de Bruce, se había dado cuenta de que tenía dos llamadas perdidas de ella.

–La biblioteca ya ha cerrado –le dijo a Cam, antes de que él se alejara y no pudiera oírla–. ¿Llamo a Ivy?

–¿Quieres que venga con nosotros?

–Puede que sea más seguro –dijo Ariana.

Él se quedó pensándolo un momento.

–A mí siempre me ha gustado vivir peligrosamente.

Ella se echó a reír.

–Y se te ha vuelto en contra más de una vez.

–Solo es una noche –dijo él, con una sonrisa de picardía.

–¿Qué significa eso?

–Que preferiría estar solo contigo.

Capítulo 20

Después de recoger la mesa de la cena, Ariana le envió un mensaje a Ivy diciéndole que la llamaría más tarde. Cam y ella se sentaron a ver un partido de béisbol en la televisión. Ariana se había convertido en una gran seguidora de los Yankees cuando estaba en Nueva York. Bruce era seguidor desde pequeño y la había llevado a muchos partidos, y a Cam siempre le había gustado el béisbol.

Ariana pensaba que él iba a sentarse en una de las butacas reclinables, y ella ocupó el sofá. Sin embargo, él se colocó cerca y se puso sus pies en el regazo. Cualquiera que los hubiera visto habría pensado que eran una pareja casada que estaba muy cómoda. Sin embargo, ella debía recordar el límite que se había impuesto a sí misma. La verdadera esposa de Cam había hecho las maletas y se había marchado, y él iba a enfrentarse a un divorcio. Para Ariana había muchas emociones bajo la superficie.

—Sé que te hiciste unas pruebas de ADN. Me lo dijiste. Pero... ¿nunca has pensado en hacer algo más para dar con tu padre? —le preguntó Cam, mientras le masajeaba los pies—. ¿O vas a quedarte esperando?

—He hecho algunas cosas. No mucho. Pero sé que no tiene perfil abierto en Facebook. La última vez que miré solo había tres cuentas con su nombre. Hay un Blair Gilchrist en Canadá, otro en Virginia y otro en Stirling, Escocia.

—¿Y no es el de Escocia?

—Sorprendentemente, no. Ese solo tiene diez años más que nosotros.

—¿Y no has pensado en contratar a un detective privado?

El *pitcher* de los Yankees eliminó al bateador de los Cardinals.

—No.

—¿Por qué?

—Por el dinero. Y por miedo.

Él movió la mano a su pantorrilla, aplicando la presión perfecta.

—Eso lo sé —dijo él—. Pero tu madre reacciona de un modo negativo cada vez que dices que quieres saber algo más de él. Me da la impresión de que es posible que le dijera que estaba embarazada y, en realidad, no se lo dijo.

Ariana también podía imaginárselo, así que sabía que no podía confiar totalmente en la palabra de Bridget.

—Quiere fingir que no lo conoció nunca.

—Claro. Ella tiene una vida en orden y en equilibrio, y traerlo de nuevo a escena podría alterársela.

—Sí. Mi madre preferiría que yo fuera feliz tal y como son las cosas.

—Pero no se trata de lo que sienta ella. En mi opinión, tú tienes derecho a saber quién es tu

padre.

–Pero... Si él quiere que lo encuentre, puede facilitarlo haciéndose una prueba de ADN –dijo ella.

Cam frunció el ceño.

–Aunque se la hiciera, ¿y si no acude a la misma empresa que tú?

–¿Y qué otra cosa puedo hacer, salvo esperar, Cam? ¿A quién voy a contratar para encontrarlo? Yo no conozco a ningún detective privado. Y no me digas que Williams.

Él tomó el mando a distancia y bajó el volumen de la televisión.

–Puedes contratar a otro.

Ariana estaba sopesando la posibilidad de encontrar la ayuda adecuada cuando, de repente, él cambió de dirección.

–O, a lo mejor, no deberías –dijo–. No quiero que te lleves una decepción.

–Adivina lo que hago cuando estoy enferma, en casa, o sola.

Él siguió masajeándole los pies.

–¿Qué?

–Veo en YouTube esas historias de reuniones, de niños adoptados que se reúnen de adultos con sus padres biológicos. Algunas situaciones son complicadas, por ejemplo, un hombre que no sabe que tuvo un hijo, o una mujer que tiene que aceptar que su marido tuvo un niño con otra mujer cuando ya estaban casados... Y, sin embargo, tanto el padre como el hijo están emocionados por encontrarse. Siempre se alegran.

–A ti podría pasarte lo mismo, Ari.

–¿Y si sale al revés? La gente no publica las historias de rechazo. Nadie quiere ver cómo le rompen el corazón a otro.

–Pero nunca lo vas a saber si no lo intentas –dijo él, suavemente.

Ariana se incorporó.

–Algún día haré el esfuerzo. Pienso demasiado en él como para no hacer algo, al final.

–Y, si vas a correr el riesgo en algún momento, ¿por qué vas a esperar? Pueden pasar años y, a lo mejor, al final te arrepientes de no haberlo hecho antes.

Sí, Cam estaba en lo cierto. Ella tenía treinta y seis años. Si su padre tenía unos veinte años más, que debía de ser su edad cuando fue a Mariners, en aquel momento estaría en la mitad de la cincuentena. ¿Y si tenía alguna enfermedad y no iba a vivir mucho más? ¿Y si no llegaba a conocerlo por haber retrasado las cosas?

–¿Y por dónde empezaría? –preguntó–. Aunque decidiera contratar a un detective privado, tendría que darle algo con lo que empezar.

–Tienes que presionar a tu madre para que te dé más información. Ella tiene que saber algo acerca de tu padre. Los nombres de sus padres. Dónde vivía cuando vino de vacaciones aquí. Su edad exacta.

–Siempre ha sido muy inconcreta sobre él.

–Cuanto menos sepas tú, más segura se siente ella. Pero, a lo mejor, todavía tiene la dirección a la que, supuestamente, envió aquella carta.

Ariana lo dudaba. Bridget prefería pasar página y empezar de cero. Sin embargo, ¿debería ella permitirle a su madre que le arrebatara la posibilidad de tener una relación con su padre? ¿Y él? ¿No se merecía saber que tenía una hija, si no lo sabía ya? ¿No debía ella, como mínimo, asegurarse de que él estaba informado?

Había dejado su trabajo en Nueva York y había vuelto a su isla, y estaba trabajando en una

cafetería. Buscar a su padre sería una buena distracción del caso de Emily Hutchins y, también, de lo mucho que quería estar con Cam.

—Sí, el tiempo pasa muy rápido —dijo ella, reconociéndolo finalmente—. Si voy a hacerlo alguna vez, tengo que empezar.

Él no hizo ningún comentario, pero ella notó que la apoyaba.

—El problema es que mi madre y yo no podemos hablar de este tema. En cuanto yo noto su resistencia, termino retirándome de la conversación.

Cam tomó el teléfono de la mesa de centro y se lo dio.

—Pues envíale un mensaje.

—¿De verdad? —preguntó ella, con sorpresa.

—¿Por qué no? A lo mejor es más fácil abordar así un asunto tan delicado.

Con una nueva determinación por hacerle frente a la resistencia de su madre, Ariana le escribió un mensaje.

¿Podrías decirme algo más sobre mi padre biológico, mamá?

Cam se acercó a ella para poder leer la respuesta.

¿De verdad me envías un mensaje como este así, de repente?

—¿Ves lo que quiero decir? —murmuró Ariana.

—Lo esperabas —respondió Cam—. Sigue, pero empieza despacio para que no se enfade, que no se encastille aún más.

—No sé si va a servir de algo, pero lo voy a intentar.

Creo que es razonable que quiera saber más de él. He mencionado más veces que me gustaría encontrarlo. ¿Por qué no quieres ayudarme?

Porque no puedo. No sé nada de él.

Tienes que recordar algo.

¿Por qué te importa tanto? Tienes un padre. Kevin ha sido bueno contigo. Te quiere.

—Eso no tiene nada que ver —dijo Cam.

—Es por ella misma —respondió Ariana—. No quiere competición por mi cariño. Si tengo la oportunidad de conocer a mi padre, no se puede saber si lo querré más a él y me iré a vivir a Escocia. Es una parte de lo que le da miedo a mi madre. Lo he notado antes.

Eso ya lo sé, escribió Ariana. Y agradezco todo lo que ha hecho Kevin. Pero no es lo mismo.

No querrás hacerle daño, ¿no?

—¡No puedo creerlo! —exclamó Cam—. Está intentando que te sientas culpable para poder manipularte.

–No es la primera vez. Ya ha usado esta técnica.

Espero que no se sienta dolido ni ofendido. No es esa mi intención. Le estoy pidiendo que lo entienda. A ti, también.

–Bien dicho –comentó Cam.

Hace mucho tiempo, cariño. ¿Quién sabe cómo es en realidad tu padre biológico? Puede que estés abriendo la caja de Pandora.

Ariana miró a Cam con exasperación y volvió a escribir.

He decidido correr ese riesgo. Para mí merece la pena.

–¿Debería llamarla? –le preguntó Ariana a Cam, quince minutos más tarde, al ver que su madre no respondía.

–Yo lo haría –dijo él.

Ariana lo intentó, pero Bridget no respondió a la llamada.

–Esto es ridículo –gruñó, y le envió otro mensaje.

¡Deja de interponerte, mamá! Durante todos estos años, he entendido lo que sentías. Tú eres el motivo por el que he tardado tanto en hacer esto. Sé que no quieres que lo haga, porque temes que introduzca un elemento desconocido en nuestras vidas. Pero ya es hora de que te des cuenta de que esto es muy importante para mí. ¡Es mi padre, por el amor de Dios! ¿No querrías tú conocer al tuyo?

No me acuerdo de nada que pueda ayudar, dijo su madre, por fin.

Estoy segura de que podrías ayudar si quisieras.

Su madre no dijo nada.

¿Mamá? Muy bien, no me ayudes. Contrataré a un detective privado, porque lo voy a encontrar aunque tú no estés en esto conmigo.

Espero que al final no tengas que arrepentirte, respondió Bridget, después de unos minutos.

Cam puso los ojos en blanco.

–Ahora está intentando asustarte.

–Pues no me voy a rendir –insistió Ariana.

Si me arrepiento, será cosa mía. Pero si me obligas a hacerlo sola, de la manera más difícil, no te lo perdonaré nunca. Tú eres la que se acostó con él y la que se quedó embarazada. Hay consecuencias, y ya es hora de que empieces a enfrentarte al resto.

Ariana esperó la respuesta de su madre, dando golpecitos con la planta del pie en el suelo. Estaba a punto de decirle a Cam que aquello iba a provocar una pelea, cuando Bridget respondió.

Está bien. No sé mucho, pero te diré lo que pueda.

Ariana no estaba en casa. Y no respondía al teléfono. Cam, tampoco. Ivy solo había recibido un breve mensaje de su amiga, diciéndole que llamaría más tarde, pero no lo había hecho. Al menos, todavía no.

Ivy estaba en la acera, delante de la casa de Cam, y miró la luz que salía alrededor de las persianas. Parecía que él si estaba en casa. Solo podía haber un motivo por el que se habían mantenido en silencio a la vez. Estaban juntos.

¿Por qué no la habían llamado?

Detestaba sentirse como una extraña, sobre todo, cuando había arriesgado tanto para estar con ellos. Estaba a punto de llamar a la casa para confirmar sus sospechas cuando alguien cruzó la calle para acercarse a ella.

—Me pareció que era usted —dijo Williams.

Ivy se puso nerviosa al darse cuenta de que el detective había estado acechando entre los árboles, o a la sombra de alguna casa vecina, y se frotó los brazos.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Lo mismo que usted —respondió él, sonriendo—. Dar un paseo.

A ella no le resultaba gracioso. Estaba demasiado disgustada. Mucha gente circulaba por la isla a pie. Era un lugar pequeño y costaba aparcar. Sin embargo, el detective tenía coche, y a ella le daba la impresión de que lo usaba, salvo cuando no quería anunciar su presencia.

—He hablado con Melanie —dijo él.

Ella se puso aún más tensa.

—¿La mujer de Cam?

—Sí. Me costó dar con ella. He estado ocupado investigando otras pistas con Delilah Jones y su hermano. Pero me sorprendió averiguar que Cam y Melanie no se llevan bien. Ella se ha ido a casa de sus padres y no va a volver. Por lo menos, con él, no.

—¿Y?

—Me ha dicho que Cam reconoció que volvió a la playa la noche que Emily fue asesinada.

A Ivy se le puso la carne de gallina. ¡No era posible! Cam siempre había dicho que había vuelto a su casa y se había quedado allí.

—Por supuesto que ella diría algo así. Cualquier cosa con tal de crearle más problemas a Cam, porque, tiene usted razón, no se llevan nada bien.

—Usted no estaba con él después de que las acompañara a casa...

—No, nunca he dicho que estuviera con él.

—Entonces, ¿cómo sabe que no volvió?

—Porque él me lo dijo.

—Pero, ahora, Melanie dice lo contrario.

—Ella tampoco estaba allí. Quiere destruirlo. No puede usted fiarse de nada de lo que diga esa mujer.

Él chasqueó la lengua. Obviamente, era muy escéptico.

—Es el padre de su hija. No creo que ella quiera que vaya a la cárcel.

–Yo la conozco desde antes que usted –dijo Ivy–. Si mandando a Cam a la cárcel va a conseguir vengarse por la ruptura de su matrimonio y evitar tener que compartir a Camilla, dirá cualquier cosa.

–Fue muy categórica al afirmar que él le había dicho que volvió a la playa.

–Es su palabra contra la de Cam. No hay pruebas.

–Puede que no, pero, teniendo en cuenta lo que declaró Delilah Jones, sirve para ir construyendo un caso más fuerte.

–No sé por qué me está contando esto.

–Me cae bien usted –respondió él–. Solo quería que supiera que su amigo quizá no merezca la fe que tiene depositada en él.

–No es verdad –replicó ella, y se dio la vuelta para alejarse.

–Hay algo más...

Ivy odiaba tener que morder el anzuelo, pero no pudo evitarlo. ¿Había encontrado más pruebas que implicaban a Cam en el asesinato de Emily? Esa posibilidad le heló la sangre.

–¿De qué se trata? –preguntó.

–El forense ha hallado la causa de la muerte.

–¿Y? ¿Cómo fue?

–Traumatismo craneoencefálico.

Ivy se quedó boquiabierta.

–No... no me imaginaba algo así. En la playa, no. ¿Con qué la golpearon?

–Eso no lo saben todavía.

Ella se estremeció al imaginarse los últimos momentos de la pobre Emily.

–¿No le parece extraña la causa de la muerte?

–¿Por qué?

–Supongo que... Siempre he pensado que la violaron y la estrangularon. ¿No es lo más común para una situación como esta? En la playa no hay muchas armas con las que golpear a alguien, lo cual significa que el asesino debía de tener la intención de matarla cuando la llevó al faro.

–Parece que ha leído mucho a Sherlock Holmes.

Él sabía mucho sobre ella. Sabía que trabajaba en la biblioteca. Pero a Ivy no le gustó su forma de tratar de congraciarse. Ignoró su comentario y preguntó:

–¿Qué tipo de arma pudieron usar? ¿Un trozo de madera de deriva?

Él hizo un gesto negativo.

–La fractura no tiene la anchura necesaria para haber sido causada con un trozo de madera. Si supiéramos qué tipo de arma usó el asesino, ayudaría a resolver el crimen. Así que, como es lógico, la familia y yo estamos tan interesados como usted en conocer esa información.

El detective encendió la linterna de su teléfono móvil y se sacó una fotografía del bolsillo. La desplegó y se la tendió.

–A lo mejor debería echar un vistazo y decirme si se le ocurre algo con lo que se pudo causar una herida como esta.

Ivy no quería ver la fotografía de ninguna víctima de asesinato, pero ya estaba delante de una fotocopia de la imagen que, seguramente, había tomado el forense. Y Williams tenía razón. La fractura sugería algo más parecido a un martillo que a un trozo de madera grande.

–¿La policía no sabía qué clase de instrumento puede provocar estos daños?

–No, todavía no lo saben. ¿Y usted?

–¿Una roca?

–No. Habría más heridas por los bordes de lo que se ve aquí.

–Entonces, no tengo ni idea.

Él dobló la fotocopia y se la metió de nuevo al bolsillo. Después, apagó la linterna.

–Usted es una mujer lista que ha leído mucho. Nunca está de más intentarlo. Si he aprendido algo en mi oficio, es que nunca se sabe si un comentario imprevisto o una observación van a llevarle a uno hasta el quid de la cuestión.

Ivy miró hacia casa de Cam. Sus dos amigos estaban allí juntos. El motivo por el que querían estar solos... Bueno, solo se le ocurría una razón para eso, y no creía que pudiese aguantar ver cómo surgía una relación romántica entre ellos mientras ella también estaba mintiendo para proteger a Cam.

–Yo no quiero estar involucrada en esta investigación –le dijo a Williams–. No tuve nada que ver con la muerte de Emily Hutchins. Y Cam, tampoco.

Él se metió las manos en los bolsillos e hizo tintinear las monedas que llevaba.

–¿Nunca ha dudado de él?

A ella se le formó un nudo en el estómago. Había mentido por Cam, y no sabía lo que había hecho su amigo aquella noche, ni dónde había ido. En aquel tiempo, Cam se escapaba de casa constantemente, incluso cuando sus padres estaban allí. Siempre estaba buscando gente, compañía, distracciones. A ella le daba mucho miedo la posibilidad de estar haciendo algo malo al encubrirlo solo porque lo quisiera tanto.

¿Estaba siendo una idiota? ¿Estaba perjudicando terriblemente a la familia de Emily?

–Por supuesto que no –le espetó al detective, y se alejó.

Cuando terminó la película, Ariana se levantó y fue a ponerse su propia ropa. Cam y ella habían estado cómodos en el sofá, hablando de la carta que ella pensaba enviarle a su padre y, viendo *Algo para recordar* después del partido de béisbol. Por fin, Bridget había reconocido que todavía tenía la dirección que le había dado el padre de Ariana cuando se conocieron, y se la había enviado a su hija. Eso era algo, por lo menos. Aunque él ya no estuviera viviendo en el mismo sitio y le devolvieran la carta, tenía algo de información que podía proporcionarle a un detective.

–¿Vas a escribir a tu padre esta noche? –le preguntó Cam, cuando ella bajó las escaleras.

–Creo que sí, mientras todavía tenga valor –dijo ella–. Puede que tarde bastante en tener respuesta. Por otro lado, es posible que inicie algo...

–¿Quieres escribirla aquí? A mí me encantaría ayudarte.

Era tarde. Si quería volver a casa a dormir, tenía que ponerse en marcha. Si no se iba ya, acabaría quedándose a dormir allí, y tenía miedo de lo que pudiera suceder.

–No te preocupes. Yo puedo hacerlo.

–¿Te llevo a casa?

–No. No está lejos.

–Tampoco está cerca. A estas horas, me sentiría mejor si me dejaras.

Pero ella prefería que nadie los viera en su coche en mitad de la noche. Habían sido amigos toda la vida y la gente siempre los había visto juntos, pero, ahora que ella se había declarado a Cam, se sentía como si todo el mundo pudiera ver la realidad y pensar que siempre había estado enamorada de él, por mucho que lo hubiera negado.

Se sacó el teléfono del bolso y vio que tenía varias llamadas perdidas de Ivy. Se sintió muy

culpable de haberse escondido de su mejor amiga, pero no quería que nada ni nadie se entrometiera en aquellas preciosas horas.

—No te preocupes. De camino voy a pasar por casa de Ivy para ver si todavía está despierta.

—¿Y qué le vas a decir sobre esta noche?

—No estoy segura.

—¿Por qué no la llamamos los dos ahora y le decimos que venga?

—¿Y qué le decimos sobre el resto de la noche?

—Podríamos decirle que hemos estado ocupados buscando a tu padre. En parte, es verdad.

—Es una buena sugerencia —dijo ella, y marcó el número de teléfono de su amiga, que estaba en su lista de favoritos. Ivy no respondió, y a Ariana no le resultó sorprendente.

—Son más de las once —dijo—. Debe de estar dormida.

—Por lo menos, verá que tiene una llamada perdida cuando se despierte.

—Eso es mejor que nada —dijo ella. Guardó el teléfono en el bolso y añadió—: Gracias por la cena.

—De nada.

Cam la acompañó a la puerta, pero, cuando ella iba a abrirla, él puso la mano en la madera para mantenerla cerrada. Estaba tan cerca que, cuando se giró, él parecía una torre sobre ella.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Él le miró los labios.

—No quiero que te vayas.

—Porque estás pasando por un infierno y te sientes solo. No nos confundamos.

—No es eso —replicó él.

—Entonces, ¿qué es?

—Que no puedo dejar de imaginarme cómo sería besarte.

A ella se le cortó la respiración.

—Seguramente, lo mejor es que no lo averigüemos.

Él no se dio por aludido. En vez de eso, parecía que estaba totalmente concentrado en lo que iba a hacer, y le pasó un dedo por el cuello, por la mandíbula y por el labio.

—¿Cam? —preguntó ella, con incertidumbre.

Pero no debería haber hablado. Él aprovechó que ella separaba los labios y bajó la cabeza hasta que sus bocas se tocaron. Le rodeó el cuello con una mano y comenzó a explorarla con la lengua.

No fue un beso apabullante, sino dulce y sensual. Ariana sintió un cosquilleo en el estómago. Cam tenía un sabor mucho más delicioso del que ella se había imaginado. Llevaba tanto tiempo soñando con aquello que no se resistió. Cerró los ojos cuando él presionó sus labios un poco más.

Si alguien le hubiese dicho alguna vez que el beso de un hombre iba a hacer que le temblaran las rodillas, se habría echado a reír. Eso era propio de las novelas y películas románticas. Sin embargo, lo que sentía solo podía ser descrito de ese modo. Cuando sus lenguas se tocaron, ella agradeció que la puerta estuviera a su espalda para tener apoyo. Lo necesitaba, porque sus únicos puntos de contacto eran la mano de Cam, en su nuca, y su boca cálida y húmeda.

Él alzó la cabeza y la miró. Tenía cara de preocupación. O de confusión... Ojalá ella supiera por qué, pero no se quedó a averiguarlo. Giró el pomo que estaba tras ella y salió de la casa sin decir nada.

Cam la llamó, y su voz sonó más ronca de lo normal. Aunque aquel sonido fuese tan atrayente,

Ariana no se atrevió a responder. Ni siquiera miró atrás. Huyó.

Capítulo 21

Al día siguiente hacía mucho mejor tiempo. Había bastante gente por la calle, tomando un café o disfrutando del sol que se filtraba a través de las hojas de los árboles de las calles mientras Ivy caminaba hacia la biblioteca.

Como el día anterior, la mañana fue tranquila, pero, antes de las doce, aparecieron varios turistas para hojear libros en el pasillo de ficción. Ivy estaba pendiente de ellos por si alguien necesitaba ayuda, pero permanecía sentada en el mostrador con varios libros de medicina forense abiertos ante ella, todos los que había en la biblioteca sobre armas y el tipo de lesiones que podían infligir en el cuerpo humano. Estaba cansada de esperar a que la policía resolviera el asesinato de Emily. Si pudiera averiguar qué tipo de arma había causado aquella herida que había visto en la fotografía, tal vez serviría de ayuda para la policía. Así no tendría que seguir enfrentándose a aquel terrible dilema al que estaba sometida.

Estaba leyendo uno de los capítulos cuando una mujer de pelo castaño oscuro se acercó con sus dos hijos pequeños, que se llevaban varios libros de la saga de Harry Potter. Cuando acabó de escanear los códigos, la madre comentó:

–Es horrible lo que está ocurriendo.

–¿A qué se refiere? –le preguntó Ivy.

–A lo de esa niña que mataron aquí.

A Ivy se le tensó el estómago.

–Con suerte, la policía llegará pronto al fondo de la cuestión.

–Eso espero yo también –dijo la mujer.

Ivy le entregó los libros y ella los metió en su bolso. Llamó a los niños.

Ivy suspiró y los observó mientras salían. Después, miró la pantalla del teléfono. Tenía varias llamadas perdidas de Cam y de Ariana, pero no tenía nada que decirles. En aquel momento, no. Necesitaba tiempo para decidir cuál era su sitio después de que hubieran cambiado tantas cosas: habían encontrado los restos de Emily, Ariana había vuelto y Jewel estaba en el pueblo. Debía reconocer que ya no estaba tan obsesionada con defender a Cam.

Volvió a su escritorio y retomó la lectura. Nunca le había interesado especialmente la criminología, pero, si había aprendido algo trabajando en una biblioteca, era que el conocimiento significaba poder, y ella estaba cansada de sentirse impotente.

Después de varias horas, comprobó que ninguno de aquellos libros podía facilitarle la información que necesitaba, así que comenzó a descargar tratados de las bibliotecas universitarias. Y, justo antes de cerrar, se encontró con algo que le dio escalofríos. Eran fotografías de cráneos que habían recibido golpes con diferentes objetos, y hubo uno que la sobresaltó.

Se le puso la carne de gallina al ver las similitudes entre aquella imagen y la que le había

mostrado Williams. Aquel cráneo había sido golpeado con el pico de una botella cuadrada, un objeto que podía haber estado tirado en la playa fácilmente aquella noche. Todos habían estado bebiendo.

—Hola, ¿qué haces?

Ivy se sobresaltó. Estaba tan espantada por lo que acababa de ver, que no había oído entrar a Ariana.

—Estaba... leyendo un poco —dijo, y cerró la imagen del ordenador para que Ariana no viera lo que estaba estudiando—. ¿Y tú?

—Anoche te envié un mensaje, y hoy, varios, pero no has llamado. Cam también ha intentado hablar contigo. Estábamos preocupados por si te habías enfadado.

—He estado ocupada.

Ariana miró a su alrededor y se fijó en que había otras dos personas más en la biblioteca, así que bajó la voz.

—Lo siento, Ivy.

—¿El qué?

—No haberte dicho la verdad desde el principio.

Seguramente por lo que había estado investigando, tuvo un mal presentimiento. ¿De qué estaba hablando Ariana?

—No tendrá nada que ver con Emily, ¿verdad?

—No, por supuesto que no. Bueno, quizá un poco. Supongo que todo está conectado, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

Ariana respiró profundamente.

—Llevo enamorada de Cam casi desde el día que lo conocí.

Ivy lo había sospechado, pero nunca habría pensado que Ariana iba a confesárselo con tanta sinceridad. Pestañeó e intentó comprenderlo.

—¿Desde que volviste a Mariners y su matrimonio se rompió?

Ariana apartó la mirada.

—No. Desde que éramos adolescentes.

Ivy se quedó boquiabierta.

—¿Y por qué no me lo habías dicho nunca?

—Porque sabía que yo no le interesaba a él y, una vez que a una cosa así se le da forma con palabras... No sé. Me daba miedo que alguien supiera la verdad, o que tú se lo dijeras a él en algún momento, o que me dijeras a mí que se lo contara yo... Y que eso cambiara la amistad que teníamos los tres. Cuando dormíamos los tres juntos era algo inocente, porque solo éramos amigos. Eso no habría sido igual, por ejemplo. Y...

—¿Y?

—No sabía si tú, tal vez, tenías el mismo secreto.

Ahí estaba el quid. Ella tampoco lo sabía. Antes de que Cam se casara, había deseado en muchas ocasiones que surgiera algo más serio entre ellos. Incluso ahora que iba a divorciarse, se había preguntado si el amor filial que sentía por él podría transformarse en algo romántico. En muchos sentidos, eran perfectos el uno para el otro. Sin embargo, pensaba eso porque tenía miedo de que la dejaran apartada, de ser la única que se quedara soltera de los tres, sin hijos, viviendo en aquella isla hasta que cumpliera los ochenta años...

Tenía miedo de acabar convirtiéndose en una anciana solitaria como su tía abuela, que había muerto poco después de su abuela.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Es el motivo por el que no te llamamos ayer. Estábamos juntos.

—Ya te estás acostando con él —dijo Ivy, sin poder disimular su disgusto.

Ariana hizo un gesto negativo.

—No.

—No te has acostado con él...

—No —repitió Ariana, con vehemencia—. Sería un error muy grande, con todo lo que está pasando, y lo sé. Además, no sé si él siente algo por mí o... solo me ve como una manera de sentirse mejor.

Ivy podía entenderlo. Desde el punto de vista de Cam, tener una relación con Ariana podía ser algo que se volviera contra él y que acabara destruyendo la amistad que habían mantenido desde el primer día.

Además, ahora había más cosas que debían tener en cuenta. Tal vez ella hubiera descubierto el arma homicida que acabó con la vida de Emily...

—¿Ivy? ¿Qué te pasa? Estás... conmocionada, disgustada. Me lo temía, y lo siento mucho. Sé que esto debe de ser una especie de traición para ti. Yo..., ojalá pudiera dictar mis emociones. Pero siempre, toda la vida, he luchado contra mi atracción por Cam, y no ha servido de nada.

Ivy notó que se le aceleraba el pulso. ¿Debería contarle a Ariana lo que le había dicho Williams? ¿Tendría razón Delilah Jones? ¿Había vuelto Cam a la playa y les había mentado a todos?

Si eso era cierto... ¿qué más estaba ocultando?

Ivy tragó saliva y dijo:

—Lo entiendo. No es posible dejar de querer voluntariamente a alguien a quien se quiere.

—Ojalá pudiera controlarlo, sobre todo, en esta situación. Pero no puedo.

Ivy la tomó del brazo.

—Tienes que tener cuidado, Ariana. No te involucres más hasta que todo esto termine.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Ivy la soltó y bajó la voz.

—No iba a contártelo, pero...

Ariana abrió mucho los ojos.

—¿De qué se trata?

—Williams me abordó anoche —dijo Ivy, sin explicar dónde—. Me dijo que el forense ha averiguado la causa de la muerte de Emily.

—¿Y cuál fue?

—Traumatismo craneoencefálico. La golpearon con algo. Y yo creo que fue con una botella de licor.

Ariana palideció.

—¿Por qué piensas eso?

—Williams me enseñó una imagen de las lesiones que tenía en la cabeza, y he estado buscando en los libros algún objeto que pueda provocar una fractura como esa.

—Has estado buscando en los libros...

—Sí. En libros de expertos forenses. Después de pasarme casi todo el día buscando, al final he encontrado un volumen de ciencia en el que mostraban la foto de un cráneo que parece exactamente igual que el de Emily. Es inquietante.

Ivy le hizo una seña para que se acercara a su ordenador, y abrió el libro en cuestión.

—Mira. Es el cráneo de una mujer a la que asesinaron con una botella de licor.

Ariana se inclinó para poder leer el pie de foto.

—Lesiones causadas por una botella de *whiskey* de forma cuadrada —dijo, y miró a Ivy con espanto—. Una botella como las de... Jack Daniel's.

Ivy se inclinó a su lado, alarmada por su reacción.

—¿Por qué dices eso? ¿Cam tenía una botella de Jack Daniel's aquella noche?

Ella se apretó el pecho con una mano, pero no dijo nada.

—¿Ariana?

—Sí —dijo ella, por fin—. Cam estaba bebiendo Jack Daniel's la noche que Emily fue asesinada. Ivy no podía creerlo.

—Espera... Melanie ha dicho que Cam admitió delante de ella que volvió a la playa aquella noche. Delilah Jones dice lo mismo. ¿Es cierto?

Ariana asintió con cara de tristeza.

—¡No! —exclamó Ivy—. ¡Nos dijo que no lo había hecho!

—Hace un par de noches me contó que sí lo hizo. Yo no quería decírtelo porque me daba miedo que minara tu confianza, pero Jewel llevó una botella de Jack Daniel's a su casa después de que él llegara, y se fueron a bebérsela al faro.

Ivy se sentó a su lado.

—Mierda —susurró—. Por eso Jewel sabe que hemos estado mintiendo sobre las horas.

—Sí.

—¿Y por qué no le ha dicho a la policía que estaba con él?

—Porque se suponía que ella estaba cuidando de Emily. No quiere que la culpen por dejar que alguien se llevara a su hermana mientras se suponía que tenía que estar vigilándola.

—Pero... ¿por qué nos dijo Cam que se había ido a casa y se había quedado allí? ¿Por qué necesitaba decir eso sí...

—Estaba asustado, Ivy. Cualquiera lo estaría, en su situación.

Ivy volvió a recordar el cráneo que había visto en el libro y la imagen del cráneo de Emily. Ivy estaba segura de que había sido utilizado el mismo tipo de arma en ambos casos. Y el hecho de que Cam hubiera tenido acceso a una botella de Jack Daniel's aquella noche no le ayudaba.

—¿Estás segura de que ese es el motivo? Porque... Oh, Dios —murmuró.

¿Habían estado Ariana y ella encubriendo a un asesino?

Cam no podía quitarse de la cabeza aquel beso. El beso, junto a la visión de los pechos desnudos de Ariana cuando se había cambiado de camiseta en su Land Rover, le impedían concentrarse en el trabajo. Casi tenía miedo de volver a verla por si las cosas habían cambiado tanto entre ellos que ya nunca iban a poder volver atrás.

Para distraerse, hizo unas cuantas llamadas de trabajo. Después, intentó ponerse en contacto con Melanie para asegurarse de que Camilla estaba bien y decirle que su padre la quería mucho. Dudaba que Melanie respondiera, y se quedó asombrado cuando lo hizo.

—¿Por qué sigues llamándome? —le espetó ella—. ¿Qué es lo que quieres?

Ella sabía lo que quería. Él le había dejado mensajes. Pero no tenía sentido convertir la llamada en una discusión.

—Esperaba que me dejaras saludar a Camilla.

—Ah, ¿así que ahora te preocupas por ella?

–Siempre me he preocupado por ella –dijo él, con tanta calma como pudo–. Tú lo sabes. ¿Por qué no has contestado a mis llamadas ni a mis mensajes?

–Estábamos demasiado ocupadas divirtiéndonos.

Probablemente, Melanie estaba decepcionada porque no la había llamado para rogarle que volviera con él. Cam sabía que, si no satisfacía su ego, empeoraría la situación con su hija, y se sentía mal por eso, pero no era capaz de seguir sometándose a sus caprichos.

–¿Puedes ponerla al teléfono? –preguntó.

–No está aquí.

–¿Y dónde está?

–Con mi madre.

Él no lo creyó. Seguramente, Camilla estaba allí mismo, a su lado. Él empezó a frotarse la sien.

–Melanie, por favor. Te enviaré otros mil dólares para Europa si me dejas hablar quince minutos con mi hija por teléfono.

Ella estaba disfrutando mucho del poder que tenía sobre él. Sin embargo, teniendo en cuenta su adicción a las compras... Estaba tentada por aquel dinero. Él se dio cuenta.

–¿Y cómo me lo vas a enviar? –le preguntó ella, desconfiadamente.

–Por Venmo.

–Hazlo ahora. Después, vuelve a llamar.

Entonces, colgó como si tuviera la última palabra. Pero él no confiaba en ella completamente, así que le envió un mensaje.

Te mando la mitad ahora y la otra mitad, después de hablar con Camilla. Es mi oferta final.

Melanie tardó quince minutos en responder.

De acuerdo.

Cam le envió los quinientos dólares y se alegró de haberlo hecho cuando su niña respondió a su llamada.

–¡Hola, papá!

Inmediatamente, la tensión que sentía se relajó.

–Hola, Camilla, ¿Cómo estás?

–Bien.

–¿Te estás divirtiendo con los abuelos?

–Sí.

–¿Qué has estado haciendo?

–Nada.

–¿Jugar?

–Sí. Tengo una Barbie nueva.

–¡Qué bien!

Estaba a punto de preguntarle si se la habían comprado sus abuelos, cuando la niña le hizo una pregunta a él.

–¿Cuándo vienes, papá?

Él se estremeció al sentir una punzada de dolor.

—No voy a ir, cariño. No puedo.

—¿Porque tienes que trabajar?

—Sí. Tú vas a ir de viaje con los abuelos y mamá, y va a ser muy divertido. Nos veremos cuando vuelvas.

—Pero ¿y si no quiero ir? ¿Y si quiero volver a casa?

—A mí me encantaría tenerte aquí —le dijo él.

—¿Vas a venir a buscarme?

Él sintió alivio y esperanza. ¿Por qué no podía quedarse con su hija mientras Melanie estaba en Europa? Tendría que encontrar una niñera para que la cuidara durante sus horas de trabajo, pero muchos padres solteros se las arreglaban así. Incluso Courtney podría vigilarla en el estudio durante cortos periodos de tiempo, y él podía trabajar por las noches, después de acostarla.

—Dile a tu madre que se ponga un minuto, ¿de acuerdo?

Cuando el teléfono cambiaba de manos, oyó la voz de Melanie al fondo.

—¿Eso es todo lo que tiene que decirte?

—Quiere hablar contigo —le explicó Camilla.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Melanie.

—No va a ser fácil viajar por Europa con una niña de cuatro años, Melanie. El viaje de avión será demasiado largo para ella. ¿Por qué no la dejas aquí mientras tú vas a divertirte con tus padres?

—Ni lo sueñes —dijo ella.

Pero él no iba a rendirse tan fácilmente.

—Piénsalo durante un minuto antes de negarte —continuó él—. Solo estás diciendo que no para herirme, y es como tirar piedras contra tu propio tejado. Imagínate lo que será recorrer todos esos museos y catedrales intentado llevar en brazos a una niña de cuatro años, o encontrar un baño, o tratar de que duerma la siesta.

—Va a estar perfectamente. Mis padres me ayudarán.

—Inicialmente, ni siquiera habían planeado que irían contigo. ¿Por qué vas a hacer su viaje más difícil de lo que debería ser?

—Yo no quiero que la niña esté contigo. Ya no tengo confianza en ti.

Él trató de mantener la calma.

—Hemos vivido juntos cuatro años. Sabes que yo nunca le haría ningún daño.

—Sí, bueno, seguro que Emily también pensó que no le ibas a hacer daño.

Aquel fue un golpe doloroso. Tanto, que a él le costó darse cuenta de que Melanie había colgado.

Cam soltó un juramento mientras bajaba el teléfono. No iba a enviarle los otros quinientos dólares, porque no había podido hablar con su hija durante quince minutos. Ni siquiera le debía el dinero que ya le había enviado. Sin embargo, ella lo acusaría de no cumplir el trato, en vez de culparse a sí misma de no cumplirlo.

—¿Qué voy a hacer? —se preguntó Cam.

Unos segundos más tarde, oyó la voz de Ariana y se sobresaltó.

—Eh, espero que no te importe —dijo ella—. Le he dicho a Courtney que no te importaría que yo entrara.

—No, no pasa nada —dijo él, y se puso en pie—. ¿Qué pasa?

—Yo podría preguntarte lo mismo. Cuando he entrado estabas consternado.

Él señaló el teléfono con un gesto de la mano.

–Bah, no es nada. Es... Melanie, ¿sabes? Me va a poner las cosas muy difíciles durante estos próximos meses, pero ya lo sabía.

–Lo siento. No me gusta nada empeorar tu día, pero... Acabo de hablar con Ivy en la biblioteca.

–¿Y qué ocurre? ¿Está enfadada con nosotros?

–Puede ser. Pero tenemos otra preocupación mayor. Como no respondimos a sus llamadas, se preguntó hasta qué punto puede confiar en nosotros, y eso es algo que me preocupa.

–Te refieres al caso...

–Sí. Me dijo que, por fin, el forense ha determinado cuál fue la causa de la muerte de Emily.

–Pero... ¿cómo se ha enterado ella antes que nosotros? ¿Ha salido en las noticias?

–No, todavía no. Williams la abordó anoche.

Cam se frotó la barbilla.

–¿Dónde?

–No se lo pregunté. Supongo que fue en su casa.

–Fuera donde fuera, no sé por qué le contó eso. La policía mide mucho la información que hace pública. En casos como este, a menudo ocultan información pertinente para dar con alguien que sepa más de lo que he revelado.

–A lo mejor han querido que se hiciera público para demostrar que hay avances en el caso y liberarse de algo de la presión. O esperan conseguir más pistas. Tienen que encontrar el arma homicida.

–¿Arma? –repitió él–. Yo nunca me he imaginado que existiera un arma.

–A mí también me sorprendió. Pero no se trata de un cuchillo ni una pistola. Murió por traumatismo craneoencefálico, así que la golpearon con algo pesado.

–¿Con qué?

–La policía no lo sabe todavía, pero Ivy cree que ella, sí.

–¿Cómo?

–Anoche, Williams le enseñó una imagen del cráneo de Emily, en el que se veía la lesión, y Ivy se angustió tanto que se ha pasado el día buscando información en los libros de la biblioteca y por internet. Al final, encontró la fotografía de un cráneo que es igual que el que Williams le mostró anoche –explicó Ariana. Entonces, arrugó la frente de la preocupación–. Si Ivy tiene razón, a Emily la mataron con una botella de licor, una de forma cuadrada con cuello.

Él se sentó lentamente en la butaca de su escritorio.

–Te refieres a una botella de Jack Daniel's.

Ariana asintió.

Él cerró los ojos unos segundos mientras asimilaba aquello.

–Yo no la maté, Ariana.

–Lo sé.

Para su alivio, ella parecía tan segura como siempre.

–Pero... si la policía averigua que tú estabas bebiendo de una botella de Jack Daniel's aquella noche...

–No tendrá buena pinta.

–¿Qué hicisteis con la botella cuando se terminó? ¿Lo recuerdas?

–No. Pero debimos dejarla en el faro. Estábamos muy borrachos y éramos muy jóvenes, no creo que nos importara mucho la cuestión medioambiental.

–Posiblemente la dejasteis por ahí, sí.

–Lo cual significa que cualquiera pudo encontrársela después de que nos fuéramos. Eso aumenta el número de sospechosos.

–Seguro que la policía intentará encontrarla. Si está enterrada en la arena, cerca de donde se descubrió el cuerpo de Emily, a lo mejor la encuentran. Y puede que todavía haya muestras de ADN.

–¿Después de todo este tiempo? –preguntó él, con escepticismo.

–Sí. Pero, si lo analizan y resulta ser tu ADN...

–Mierda. ¿Qué hacemos?

–No lo sé. Me gustaría ir al faro y echar un vistazo antes que la policía.

Él se quedó sorprendido.

–¿Y qué dice Ivy al respecto?

–Ella sabe lo de la botella de Jack Daniel's. Le conté que estuviste con Jewel aquella noche, pero no le dije nada de ir al faro. Creo que no estaría de acuerdo.

–¿Y crees que nosotros deberíamos ir de todos modos?

–Creo que tú no deberías acercarte al faro.

–¿Estás diciendo que vas a ir tú sola? No, no. De ninguna manera. Después de lo que le pasó allí a Emily...

–No nos queda más remedio. Tú no mataste a nadie con esa botella, pero si la encuentra la policía, me temo que dirán que sí. Tienen mucha presión para resolver este caso...

–¿Y si Ivy le dice a la policía que la lesión del cráneo de Emily coincide con la provocada por una botella de Jack Daniel's?

–Le he pedido que no diga nada, al menos, hasta dentro de unos días.

–¿Y ella ha accedido?

–Ha dicho que va a esperar hasta el viernes.

Él miró la alfombra mientras trataba de decidir qué podía hacer. No debería hacer nada; podía meterse en otro lío solo por interferir en la investigación. Pero se sentía como si Jewel, su familia, Williams y la policía estuvieran decididos a inculparlo, hubiera matado a Emily o no. Sería un idiota si no se protegiera a sí mismo para no pasar el resto de su vida en la cárcel. Sabía que, en cuanto Jewel se enterara de que Emily había sido asesinada con una botella de Jack Daniel's, se convencería aún más de que él había matado a su hermana. Era mucho más descabellado pensar que Ben French se había encontrado con Emily en la playa y, por algún motivo, habían terminado juntos en el faro, donde, por casualidad, había una botella cuadrada que él utilizó para matarla.

–¿Cam? ¿En qué estás pensando?

Él alzó la vista.

–No creo que nadie utilizara la botella que nosotros teníamos aquella noche para matar a la niña. No hay muchas posibilidades de que alguien se la encontrara mientras tenía a Emily. Es descabellado, ¿no?

–Sí, parece improbable –dijo ella–. Por eso tenemos que hacer algo para asegurarnos de que nunca se encuentre esa botella.

–Está bien. Saldremos tarde esta noche y veremos lo que encontramos. Como la policía aún no ha revelado qué tipo de arma homicida utilizaron, no estamos entorpeciendo la investigación. El faro es público, y tenemos derecho a estar allí. Y, si por casualidad nos encontramos una botella de Jack Daniel's vacía en la arena, estamos limpiando la playa.

–Me parece bien. Pero hay algo más.

—¿El qué?

—Williams nos ha estado vigilando a los tres.

—Seguro que no se queda despierto toda la noche. Vamos a esperar hasta las dos. A esa hora podemos ir a escondidas al faro.

—¿Crees que debo contarle a Ivy lo que vamos a hacer?

—No. No la impliques más. Ya me siento lo suficientemente mal porque tenga que mentir por mí.

Capítulo 22

¿Debía confesar?

Aquella noche, Ivy se había sentado en la mesa de la cocina y estaba estudiando con toda su atención la fotografía del cráneo de Emily, ya que antes de cerrar la biblioteca le había pedido a Williams que se la enviara. Estaba comparándola con la imagen que había encontrado en internet y que había imprimido en la biblioteca. Las lesiones eran tan similares que, al sobreponer una imagen sobre la otra, casi coincidían por completo y parecían la misma herida.

No paraba de decirse a sí misma que eso no significaba nada. Al fin y al cabo, ella no estaba siguiendo ningún método científico para llegar a sus conclusiones. Solo estaba haciendo una inspección visual.

Sin embargo, en el fondo, no lo creía. ¿Era culpable Cam? ¿Se había dejado cegar ella por el amor, la amistad y la lealtad? ¿Debería decirle a la policía todo lo que sabía y dejar que el proceso siguiera su curso?

Al final, estaba tan angustiada por la culpabilidad y la incertidumbre, que no podía relajarse. Llamó a su hermano.

—¿Diga?

—¿Tim?

—¿Ivy? ¿Qué ocurre?

—Yo... me preguntaba si todavía está en pie lo de venir este verano a Mariners con la familia.

—No lo sé. Mamá me llamó y me dijo que querían ir al mismo tiempo, y eso no me entusiasma. Quiero vacaciones, y es muy difícil llevarse bien con ella.

Ivy casi siempre había podido llevarse bien con Priscilla, pero su hermano y su madre se parecían demasiado, y chocaban.

—¿Por qué no os quedáis vosotros aquí, conmigo, y que ellos se queden en la casa de Sandy Brook Lane? Así tendríais vuestro espacio, y podrías verla cuando quisieras, y hacer otras cosas por la isla cuando no quisieras.

—Puede estar bien —dijo él.

—A mí me encantaría que os quedarais aquí.

Necesitaba encontrarse a sí misma de nuevo. Y decidir si ponía la casa a la venta y se marchaba de Mariners.

—Sería estupendo verte. ¿Qué tal van las cosas por la isla?

—¿Aparte de tener que soportar todo el miedo y las especulaciones que ha provocado el descubrimiento de los restos de Emily Hutchins?

—He visto algo de eso en las noticias —dijo él—. ¿Ya sabe la policía quién lo hizo?

—Todavía, no.

—Pero no siguen investigando a Cam, ¿verdad?

–Creo que sí.

–Demonios. Debe de estar muy asustado.

–Pues sí. Además, su mujer y él se van a divorciar, así que lo está pasando mal.

–Vaya. Lo siento por él. Pero el divorcio no tiene nada que ver con el caso...

–No directamente, pero aumenta su estrés y no le ayuda a llevar bien la situación. ¿Te he contado que Ariana ha vuelto a Mariners a pasar el verano?

–No. Entonces, los tres volvéis a estar juntos, ¿eh?

–Sí.

–Es estupendo. Sé que la has echado mucho de menos. Así que parece que vas a tener un verano muy bueno.

–Estaría disfrutando más si...

A Ivy le tembló la voz y no pudo terminar la frase. Su hermano se dio cuenta de que algo no iba bien.

–Espera un momento –le dijo.

Ivy oyó que le decía a su mujer o a sus hijos que iba a su despacho. Cuando Tim volvió al teléfono, ella se lo imaginó solo, sentado en su escritorio, con las puertas cerradas.

–¿Qué ocurre? –le preguntó su hermano.

Ella no sabía cómo empezar la conversación que quería mantener o si se arrepentía de haberla iniciado... Pero estaba tan confusa, que necesitaba que alguien con sensatez, como Tim, la ayudara a determinar qué debería hacer en su situación.

–Se trata de Emily Hutchins –dijo.

–Cam no la mató, ¿verdad? –preguntó Tim.

Estuvo a punto de negarlo categóricamente, como había hecho siempre, pero la verdad era que ya no podía estar segura al cien por cien. De adolescente, él era problemático y bebía demasiado. En una ocasión, destrozó el colegio. Además, les había mentido a Ariana y a ella diciéndoles que se había quedado en casa aquella noche, cuando había ido a la playa. Sabía cómo entrar en casa de Emily y sabía que ella estaba allí sola, con su hermana. Y parecía que el arma homicida había sido una botella del mismo tipo que la que él había estado bebiendo aquella noche.

Había demasiadas pruebas en su contra... ¿Cuántas podría ignorar antes de reaccionar, confesar la verdad y destruir su coartada?

–¿Qué significa eso? –preguntó su hermano que, obviamente, se mostraba alarmado–. Él estaba con vosotras cuando se llevaron a Emily, ¿no? Así que no pudo ser él...

–Pero es que... No estaba con nosotras a las diez y media, tal y como declaramos.

Hubo un silencio ensordecedor. Fue como si se hubiera hecho el vacío en la habitación. A ella se le cayó una lágrima mientras esperaba que su hermano se recuperara de la impresión.

–¿Mentiste, Ivy? ¿Y has guardado silencio durante todos estos años?

–Sí, pero... Tenía la sensación de que estaba haciendo lo correcto hasta que...

–¿Hasta qué?

Ivy le contó cuál había sido la causa de la muerte y le habló de las fotografías que había estado comparando.

–Mierda –dijo él, cuando ella terminó de hablar.

Ella se pasó el dorso de la mano por la nariz para secársela.

–No sé con seguridad si es el arma homicida. ¿Quién soy yo para pensar que puedo asegurarlo? Yo no soy ninguna especialista.

–No sé cómo reaccionar –respondió él, en voz baja, con seriedad.

—¿Qué quieres decir?

—Mataron a una niña de doce años, por el amor de Dios, ¿y tú mentiste para encubrir al posible culpable?

—¡Tú sabes que Cam no le haría daño a nadie!

—No, no lo sé. Lo que sé es que la mayoría de los asesinos no parecen monstruos. Son gente normal y corriente, como tú y como yo, o como Cam. Que sea guapo y muy agradable contigo no significa que no sea capaz de hacer lo que se le hizo a Emily Hutchins. Ted Bunty le caía bien a mucha gente. Todo el mundo hablaba de su carisma. Seguramente habrás visto el documental que hicieron sobre él.

Ivy ya se había arrepentido de decírselo a Tim. Inmediatamente, se dio cuenta de que había sido un error.

—En el caso de Bunty había señales.

—Eso depende de a quién se lo preguntes.

—Puede ser, pero, si Cam fuera capaz de hacer algo así, yo lo sabría.

—¿Cómo? ¿Es posible que él tuviera en su poder el arma homicida?

—Ya te he dicho que no sé con seguridad si esa botella fue el arma homicida. Además, ¡Cam no es un psicópata! Si lo fuera, yo lo sabría.

—¡No tiene que ser un psicópata para haber matado a esa niña! Lo que ocurrió esa noche puede ser el resultado de la tormenta perfecta, una noche en la que todos los elementos confluyeron y produjeron el peor resultado posible. Incluso pudo ser un accidente, aunque no sé cómo alguien puede recibir un golpe en la cabeza con una botella de alcohol por accidente. Tal vez la niña hizo algo que le enfureció y así es como él puede justificar que intentara ocultarlo, y que os convenciera a Ariana y a ti para que lo encubrierais. Pero no puedes seguir mintiendo, y menos ahora que sabes cuál fue el arma homicida. No está bien.

—¡Es mi amigo, Tim!

—No me importa. Tienes que ir a la policía. Cuéntaselo todo. No te calles nada.

—¡Tú también conoces a Cam! ¿Es que no te importa lo que le suceda?

—Sí, y siempre me he preguntado por qué no tenía amigos y siempre se pasaba el tiempo con dos chicas. A lo mejor es un perverso.

Ella se enfureció.

—¡No puedo creer que hayas dicho eso! Creo que te acordarás de cómo era crecer en esta isla. No había muchos niños. Los chicos de mi edad eran idiotas o drogadictos o pordioseros que no hacían más que jugar a videojuegos. No le culpo por no querer estar con ellos.

—¿O es que lo hacía para conseguir más comprensión y apoyo por vuestra parte?

—¡Ya basta! Él nunca ha intentado nada conmigo. Siento habértelo contado.

—Gracias a Dios que lo has hecho. Ahora, a lo mejor consigo que tengas sensatez.

—No voy a ir a la policía. No puedo hacerlo.

—Pues entonces, lo haré yo.

—¡No!

—Ivy, tienes que dejarme que lo haga. No querrás tener esto sobre tu conciencia para el resto de tu vida, ¿no?

Ella no podía traicionar a Cam. ¿Y si no había sido él y se pasaba el resto de su vida en la cárcel por su culpa?

—No lo entiendes...

—Lo entiendo perfectamente. Estás en una situación muy difícil, y lo siento por ti. Pero tienes

que decir la verdad. No quiero que te metas en un lío por mentir en algo tan grave. Y se lo debes a la familia Hutchins. Ellos se merecen justicia para poder cerrar este terrible capítulo de su vida, y tienen derecho a ello. Deja que la justicia haga su trabajo.

—Seguramente, tienes más confianza en la justicia que yo. Sabes que el Departamento de Policía de Mariners nunca ha trabajado en un caso como este, ¿no? Solo tienen un detective, y la aparición de los restos de Emily Hutchins ha llamado la atención de todo el país. El detective está bajo presión, bajo el escrutinio de todo el mundo, y tiene que estar desesperado por resolver el caso.

—¿Y por qué se lo pones tú más difícil?

—¡Porque no creo que lo hiciera Cam!

—Me has dicho que no puedes estar segura.

—No, no puedo, pero... eso no significa que quiera hacer algo que podría perjudicar tanto a Cam.

—Pues yo lo voy a hacer por ti. No le vamos a hacer daño a nadie. Solo estamos diciendo la verdad.

—¡No! Dame unos cuantos días para pensarlo.

—¡Has tenido veinte años!

—Necesito saber si estoy preparada.

—Nunca lo vas a estar, Ivy. Es una de esas cosas que no son fáciles, pero que hay que hacer.

—¡Tim, basta! Por favor, no se lo digas a nadie, y menos, a la policía.

—No puedo quedarme de brazos cruzados ahora que sé todo esto.

—No debería haberte llamado. Es solo que... necesitaba hablar con alguien. ¿Vas a decirme que no puedo confiar en mi propio hermano?

—No, cuando se trate de información que puede ayudar a resolver un asesinato. Por Dios, Ivy, ¿qué esperabas?

—Por favor, no hagas nada —le pidió ella, y colgó, porque ya no podía seguir hablando.

«Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?».

Ariana se había pasado la noche con su abuela, viendo *Bailando con lobos* en la televisión. Después, Alice se había acostado y ella se había ido a su habitación. Sin embargo, seguía vestida. Había estado jugando con el teléfono y mirando vídeos de TikTok. Cualquier cosa, con tal de mantener la mente ocupada.

Era la una y veinte de la madrugada y no tenía que esperar mucho más, pero los minutos se le hacían eternos. Como había pensado en llevarse el coche de su abuela, que estaba aparcado en el garaje que había detrás de la casa, podría salir sin que Alice la oyera. Y no iba a tardar mucho en llegar al lugar en el que habían quedado. Así pues, aún tenía que esperar media hora más.

Le envió un mensaje a Cam.

¿Estás casi preparado?

Sí, ¿y tú?

Cam le había dicho que se vieran en el mismo lugar en el que habían estado de fiesta con Ben y su hermana aquella noche. No estaba lejos del faro, y los dos recordaban bien el sitio. Debido a

todo lo que había ocurrido después de su reunión, los detalles se les habían quedado grabados en la mente.

Llevo horas preparado, respondió él.

¿Nos vamos ya?

Pues sí. Llevo toda la noche mirando a través de las rendijas de las persianas, y creo que no hay nadie. ¿Has sabido algo de Ivy?

No. Me preocupa lo que pueda estar pensando y sintiendo. Pero esta noche no la he llamado porque temía que quisiera salir. Sé que no va a estar de acuerdo con lo que vamos a hacer.

Espero que no haya ido a la policía a contarles lo que ha visto en ese libro forense, y que ellos no lo hayan averiguado ya por sí mismos.

Si lo habían averiguado, Cam y ella podían llevarse una sorpresa aquella noche. ¿Y si el detective Livingstone ya estaba allí, investigando?

Ariana no tenía mensajes ni llamadas perdidas de Ivy. Su amiga no iría a la policía sin decírselo antes, ¿verdad?

Ella esperaba que no, pero no estaba segura. Cuando se había ido de la biblioteca, Ivy seguía muy disgustada.

Aunque la policía ya lo sepa, no van a ir al faro de madrugada. Es mucho más fácil buscar de día.

Eso espero.

Y ella. Tuvo un mal presentimiento, pero lo ignoró. Estaba demasiado enamorada de Cam como para no arriesgarse por él. *Nos vemos allí,* le escribió. Después, abrió una rendija de la puerta de su habitación para cerciorarse de que toda la casa estaba a oscuras y en silencio, como debía estar.

El viento que soplaba desde el mar era muy frío, así que Cam se alegró al ver que Ariana se había abrigado. Los dos llevaban ropa oscura y linternas, y él había llevado un par de palas de su garaje. Caminaron desde la playa hasta el faro. Podrían haber aparcado más cerca, pero él no quería que nadie viera su coche en aquel aparcamiento a aquellas horas. Parecería extraño.

De todos modos, seguramente aquella excursión no iba a servir de nada, pero tenía que intentarlo, al menos. Él no había visto la imagen que Ivy le había mostrado a Ariana, pero sabía, por su reacción, que encontrar la botella podía salvarle el resto de su vida.

—¿Tú has tenido noticias de Ivy? —le preguntó Ariana, hablando por encima del ruido de las olas que rompían en la orilla.

—No, ¿y tú?

—Yo, tampoco.

—¿Y qué crees que significa?

—Que le está costando mucho lidiar con lo que está pasando. Pero no es solo eso.

El cielo se había despejado, y la luz de la luna iluminaba lo suficiente como para que él pudiera apagar la linterna. Si era posible, prefería no llamar la atención de alguien que pudiera estar en el faro a aquellas horas.

—¿Qué otra cosa la está disgustando? —preguntó.

Ariana no respondió.

—¿Ariana?

Ella se detuvo y se volvió hacia él. Al ver que le costaba decir algo, fue él quien habló.

—¿Le dijiste que volví a la playa la noche que mataron a Emily?

Ella se estremeció y asintió.

—Lo siento. Ojalá no lo hubiera hecho, pero también tengo un sentimiento de lealtad hacia ella. Estamos juntos en esto, y lo hemos estado desde el principio. No quería mentirle, y menos cuando ella estaba contándome a mí lo que había descubierto.

A él se le formó un nudo en el estómago.

—Va a ir a decírselo a la policía. Lo sabes, ¿no?

—No. Ella no haría eso. Y, si piensa hacerlo, antes nos lo diría a nosotros. Acordamos decírnoslo si... si necesitábamos cambiar de rumbo. Además..., si ella va a confesar a la policía, todo es circunstancial —añadió Ariana—. No hay pruebas forenses porque tú no hiciste nada malo.

—Si no encontramos la botella, podría haberlas. ¿Y si mi ADN todavía está en el cristal y deciden que esa es la botella que se usó como arma homicida?

—¡Pudo utilizarla cualquiera después de que tú la tiraras!

—Sería difícil que un jurado aceptara eso, sobre todo, si lo combinas con otras pruebas circunstanciales.

Cam sabía que ella debía de estar de acuerdo con él. De lo contrario, no estaría con él buscando la botella.

—Lo único que podemos hacer es buscar la botella —dijo Ariana.

—¿Y si no la encontramos?

—Por lo menos, podemos estar más seguros de que ellos tampoco la van a encontrar.

—¿Y qué hacemos con Ivy?

—La llamaré mañana por la mañana para ir a comer con ella. Tenemos que hablar.

Él asintió, pero no estaba seguro de que ninguna conversación pudiera hacer cambiar de opinión a Ivy, ahora que ella creía que él había tenido el arma homicida en sus manos.

Cuando el faro apareció ante sus ojos, suspiró. No quería estar allí. No quería pasar las próximas horas cavando en la arena, intentando encontrar algo que probablemente nunca iban a encontrar. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Tenía que intentarlo, aunque, desde que habían encontrado los restos de Emily, se sentía como si lo hubieran atado de pies y manos y puesto en una balsa a la deriva, y no había nada que pudiera hacer para remediarlo.

Capítulo 23

Tardaron mucho en excavar. Cuando consiguieron revisar una sola parte de la zona en la que había aparecido el cadáver de Emily, ya casi había amanecido, y Cam estaba agotado. Además, se sentía mal por Ariana. Ella todavía estaba intentando levantar la pala con obcecación.

–Vamos a dejarlo ya –dijo él–. Nos van a ver si no nos marchamos. Los corredores vienen muy pronto a la playa. Además, a ti te quedan menos de tres horas para tener que ir a trabajar. Quiero que, por lo menos, duermas un poco.

–No te preocupes por eso –dijo Ariana. Clavó la pala en la arena y miró a su alrededor, con algo de desánimo, para evaluar la zona que habían registrado y todo lo que les quedaba aún–. Esta noche tenemos que volver. Y, casi seguro, la noche siguiente.

–No sé si deberíamos –dijo él–. Me parece una pérdida de tiempo y es demasiado esfuerzo.

–No te sentirías así si hubiéramos encontrado lo que nos hace falta –insistió ella.

Solo habían hallado varias joyas de bisutería que se le habían perdido a la gente durante todos aquellos años, además de bastante basura. Cam estaba tan cansado que tenía la tentación de dejarlo todo allí apilado para que lo recogieran otros. Sin embargo, sabía que tenían que llevárselo para que no llamara la atención. Ariana lo metió todo en una bolsa de plástico que también habían encontrado cuando él estaba alisándolo todo con el pie para que la arena quedara como si no la hubieran movido.

–Ya hablaremos después –dijo él–. Ahora no puedo ni moverme.

–¿Qué hora es?

–Son las... cinco y cuarto.

Comenzaron a caminar hacia la playa en silencio. Después de tirar la bolsa en la primera papelería que encontraron, Cam tomó a Ariana de la mano.

Ella lo miró. Siempre habían estado cómodos tocándose el uno al otro, pero aquel era un contacto distinto. Él ni siquiera podía explicar por qué lo hacía. Necesitaba sentirse cerca de ella, obtener fuerza y ánimos a través de aquel vínculo, y parecía que ella estaba conforme.

A medida que caminaban hacia los coches, el cielo se iba llenando de vetas rosadas. Cuando llegaron, Ariana abrió la puerta del suyo y Cam se quedó tras ella. Después, los dos se giraron para mirar el amanecer.

–Es increíble –susurró Ariana.

Él sonrió sin poder evitarlo, y la besó.

Ella le rodeó el cuello con las manos, y Cam notó todo su cuerpo contra el de él.

Cuando alzó la cabeza, los dos estaban sin aliento. Él quería seguir besándola y, seguramente, lo habría hecho de no ser porque tenían que marcharse de allí lo antes posible.

–No puedo creer lo que está pasando –dijo, mientras la soltaba.

–Lo vamos a superar –dijo Ariana.

Pero, en realidad, él se refería a ellos dos. ¿Cómo era posible que, de repente, la deseara tanto? Sobre todo, teniendo en cuenta lo que estaba pasando en su vida, no solo en cuanto al caso de Emily Hutchins, sino, también, con respecto a su divorcio de Melanie. Su mujer se había marchado tan solo una semana antes.

Sin embargo, él nunca había estado enamorado de ella, por mucho que hubiera intentado forzarlo.

Y, con Ariana, las cosas eran muy diferentes. Tenían muchas cosas sobre las que construir una relación: confianza mutua, respeto, lealtad, comprensión. Incluso habían compartido la vida y tenían una historia juntos. Gracias a aquella base tan sólida, el aspecto romántico, una vez que había nacido, estaba avanzando muy deprisa. Era como si todo lo que siempre había deseado en una mujer hubiese estado siempre delante de él y él no se hubiera dado cuenta.

Hasta aquel momento.

Cerró la puerta del coche y la vio alejarse antes de ir a su propio vehículo. Claro que tenía que preocuparse de que lo metieran en la cárcel por asesinato justo cuando tenía la oportunidad de construir una vida mucho más feliz.

El sonido del teléfono despertó a Jewel. Había tomado somníferos para poder dormir y aún no se le había pasado el efecto. Estaba somnolienta y un poco desorientada, y palpó la mesilla de noche para tomar el teléfono.

Se le cayó al suelo, pero, por fin, lo agarró con fuerza y respondió a la llamada.

—¿Diga?

—¿Jewel?

—¿Quién es?

—Soy Warner Williams.

—Son las ocho y media, Warner. ¿Por qué me llama tan temprano?

—No me había dado cuenta de qué hora es. Casi todo el mundo está ya en pie.

—Sí, bueno, seguro que no tienen que tomar pastillas para dormir. ¿Qué sucede?

—Ha habido novedades.

De repente, ella se puso alerta y se sentó erguida, apoyando la espalda en el cabecero.

—¿De qué se trata?

—Tenía usted razón.

—¿En qué?

—Ariana, Cam y Ivy han mentido todo este tiempo.

—¿Cómo lo sabe?

—El hermano de Ivy ha llamado a la comisaría esta mañana. Ha dicho que su hermana ha estado encubriendo a Cam todo el tiempo.

Ella se pellizcó la frente. Los somníferos no le permitían pensar con rapidez ni con claridad.

—¿Y cómo sabe eso el hermano de Ivy?

—Debe de habérselo dicho ella. A lo mejor Cam se lo dijo a ella primero. No lo sé. He buscado el teléfono del hermano de Ivy y lo he llamado, pero no quiere hablar conmigo. Ha dicho que ya le ha contado a la policía todo lo que sabe. Yo voy a hacerle una visita a Ivy un poco más tarde. No quiero ir a la biblioteca, porque ella no hablará conmigo si hay gente por allí.

Jewel pestañeó debido a la luz que entraba por las rendijas de las persianas. Oía las voces y el tráfico de la calle. Debía de haber llegado otro ferri y los pasajeros iban caminando o

conduciendo a sus hoteles o casas de vacaciones alquiladas.

—No puedo creer que haya traicionado a Cam después de tanto tiempo.

—Ella no lo hizo. Como ya le he dicho, fue su hermano. Y yo estoy deseando saber por qué.

—Yo, también.

Respiró profundamente y se sentó al borde de la cama. Aquello era muy importante. Estaban a pocos pasos de conseguir una condena. Sin embargo, eso significaba que Cam le diría a la policía que había mantenido relaciones sexuales con ella en el faro. Hasta aquel momento, solo había callado para evitar situarse él también en la zona del asesinato. Si Ivy cambiaba su declaración y lo dejaba sin coartada, él no tendría ningún motivo para no contar que era ella, y no Emily, el motivo por el que había vuelto a la playa.

Pero estaba preparada. Él no tenía ninguna prueba. Lo único que tenía que hacer ella era comportarse como si estuviera completamente indignada. «¡Yo nunca dejaría sola a mi hermana pequeña, y menos para irme con un chico a quien apenas conocía!». Porque no había muchas chicas que tuvieran la audacia de hacer lo que había hecho ella y, con una familia tan religiosa, nadie creería en la palabra de Cam. De hecho, aquella acusación empeoraría su imagen ante los ojos de la gente. Todos dirían: «Como si no fuese lo bastante horrible que matara a Emily. Ahora está intentando difamar a su hermana para no tener que afrontar las consecuencias».

—¿Jewel? ¿Sigue ahí?

Williams había dicho algo que ella no había oído. Carraspeó y respondió:

—Sí, aquí estoy. Es que... me he quedado asombrada. Pronto vamos a conseguir justicia.

—Yo también siento más optimismo.

—Mis padres no se lo van a creer —dijo Jewel.

Pero se sentirían orgullosos de ella.

Ivy tenía varias llamadas perdidas del detective Livingstone. La biblioteca había estado tranquila aquella mañana, así que podría haberle contestado, pero no sabía lo que iba a decir. Quería creer que su hermano no se había puesto en contacto con la policía, pero no se le ocurría otro motivo por el que el detective estuviera llamándola con tanta insistencia.

Ojalá no hubiera consultado los libros ni las páginas web sobre criminología. Si no lo hubiera hecho, no se habría asustado y no habría llamado a Tim. Ella no sabía que él iba a reaccionar así. Su hermano estaba tan dedicado a su familia y a su clínica dental, tan lejos de la isla aquellos días, que ella había pensado que podía confiar en él, pedirle consejo y tomar su propia decisión.

Estaba a punto de llorar. Tomó el teléfono y le envió un mensaje.

¿Has llamado a la policía?

Te dije que iba a hacerlo.

Eres un desgraciado.

Ella nunca lo había atacado así. Él se contuvo en vez de arremeter contra su hermana.

Algún día me darás las gracias.

Ivy lo dudaba. ¿Qué les iba a decir a Ariana y a Cam? ¿Significaba aquello que iban a detener a Cam? ¿Acaso ya lo habían tomado bajo custodia? De ser así, sería culpa suya.

No, no te voy a dar las gracias. No te lo voy a perdonar nunca. Era mi problema, y yo estaba tratando de resolverlo.

No, no era solo tu problema. Afecta a otra gente, y ahora puede que saquen a un asesino de la calle.

Aquella respuesta enfureció aún más a Ivy. Él siempre tenía la razón, siempre encontraba una justificación para todo lo que hacía. ¿Y su hermano pensaba que podía quejarse de su madre?

Eres exactamente igual que mamá.

Ahora estás empezando a enfadarme.

No me importa. Si un hombre inocente va a la cárcel, será culpa tuya. Cam tiene una hija de cuatro años. Espero que puedas dormir sabiendo todo esto.

¡Tú eres la que no debería poder dormir! La policía no puede tomar las decisiones más acertadas si no conoce todos los hechos.

Claro, porque siempre las toman cuando tienen la información.

Su hermano no respondió, y ella se quedó decepcionada. Quería pelearse con él.

Yo no tengo todas las respuestas que necesitan. Ese es el problema. Solo sé una parte de lo que ocurrió esa noche, y resulta que esa parte es la que hace que Cam parezca el culpable, aunque yo sepa que él nunca le haría daño a nadie.

Y, con eso, acabó la conversación.

El único usuario que había en la biblioteca se marchó sin llevarse nada, y Ivy sintió una oleada de alivio al verse sola. Aquel día no debería relacionarse con nadie. Ni siquiera podía sonreír.

A lo mejor debería cerrar la biblioteca pronto y tomarse el día libre por enfermedad. De lo contrario, probablemente aparecerían Livingstone o Williams, y no quería que la interrogaran. Recogió sus cosas y se dirigió a la salida. Estaba colocando el letrero de Cerrado cuando llegó el detective Livingstone.

Oh, Dios. Tenía que haberse marchado antes.

—¿Señorita Hawthorne? ¿Tiene un momento? —le preguntó él.

Ojalá pudiera decirle que no. Pero ni siquiera podía fingir que estaba ocupada. No había ni un alma por allí.

—¿Estoy obligada legalmente a hablar con usted?

—No, si no quiere. Pero, si esto va a juicio, habrá una orden contra usted y tendrá que testificar en una situación mucho menos favorable.

¿Qué situación podía ser peor que traicionar a su mejor amigo?

–Creo que Cam no fue quien mató a Emily.

–Esa no es mi pregunta.

–Pero yo sé que no es a quien está buscando –insistió ella.

–Lo que importa es la verdad, señorita Hawthorne. Y, por lo que tengo entendido, usted ha estado mintiendo durante veinte años. Sabe que mentirle a la policía es un delito, ¿verdad?

Ivy tuvo que contener las lágrimas. Sí, lo sabía. Lo había mirado en internet más de una vez. Podían acusarla de obstrucción a la justicia, un delito por el que podía ser condenada a una pena de hasta diez años de cárcel en una penitenciaría estatal. Y, por su culpa, a Ariana también podían acusarla de lo mismo.

–No quería que detuvieran a Cam por algo que él no hizo –insistió Ivy.

–Me ayudaría que tuviera un poco de fe en mí. Quiero que entienda una cosa: yo no estoy interesado en perseguir a Cam. Lo que quiero es encontrar a la persona que cometió el crimen.

En teoría, eso sonaba bien. Cualquier policía diría lo mismo. Sin embargo, mucha gente iba a la cárcel injustamente. Livingstone iría allí donde le guiaran las pruebas y, hasta el momento, esas pruebas conducían a Cam. Quien matara a Emily se había desvanecido sin dejar rastro.

–No es nada personal –murmuró.

–¿Por qué no me cuenta lo que pasó de verdad aquella noche, y partimos de ahí?

–Aquella noche no pasó nada. Nos fuimos a casa antes de lo normal, eso es todo.

–Lo que significa que Cam no estaba con ustedes cuando a Emily la secuestraron.

–¿La secuestraron? –replicó Ivy–. ¿Eso es un hecho probado? Porque la niña estaba completamente vestida. Lo vi en las noticias. La ropa que encontraron junto al cadáver sugiere que pudo salir de su casa por su propio pie.

Él enarcó una ceja.

–Así que ahora me va a decir cómo tengo que hacer mi trabajo.

A Ivy se le cayeron las lágrimas, al fin. No solo había destruido la confianza de sus dos mejores amigos, sino que no les había avisado porque tenía la esperanza de que Tim no la pusiera en aquella situación.

Pero su hermano lo había hecho y, ahora, su secreto ya no le pertenecía.

Ariana estaba trabajando cuando el detective Livingstone entró en la cafetería. Lo vio en cuanto pasó de la puerta e, inmediatamente, giró hacia el pasillo para evitarlo. Se preguntó si sería uno de los habituales o si sabía que Cam y ella habían estado en el faro cavando toda la noche, y tenía preguntas sobre eso.

Todo iba a ir bien. Aunque supiera lo del faro, no era ilegal estar allí. Y cavar en la arena no provocaba ningún daño. Además, seguramente, la policía no sabía nada y él solo había ido a tomar un café.

–¡Vaya! Cuidado.

Ariana estaba tan absorta en sus preocupaciones que había chocado con Kitty, que salía de la cocina.

–Lo siento –dijo, sujetando los platos que llevaba.

–No pasa nada –dijo Kitty. Dio unos cuantos pasos más, pero se detuvo–. ¿Ariana?

–¿Sí?

–¿Estás bien?

Ella pestañeó para hacerse la sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—Parece que estás agotada.

Estaba exhausta. Llevaba treinta horas despierta y solo había dormido dos horas antes de ir a trabajar. Estaba deseando que terminara la mañana, pero Kitty la necesitaba durante otras dos horas. El ferri acababa de llegar, y tenían mucho público.

—Anoche no pude dormir —respondió—, pero estoy bien.

—No, no. Si no te encuentras bien, a lo mejor deberías irte y descansar un poco.

La preocupación de su jefa hizo que se sintiera culpable.

—No, de verdad. Tenemos cola en la puerta.

—En esta época del año siempre hay cola —dijo Kitty, que también estaba cansada, y siguió caminando hacia la sala para servir dos *croissants*.

Ariana acababa de dejar los platos en el fregadero e iba a sustituir a Joshua en la caja para que su compañero pudiera tomarse un descanso cuando vio a su jefa mirándola desde el otro lado del local. Estaba junto a Livingstone.

Así pues, el detective no había ido a tomar café. La estaba buscando.

Al ver que Kitty alzaba una mano para llamarla, a Ariana se le aceleró el corazón.

Y, al ver la escena, Joshua volvió a la caja.

—Creo que me quedo un poco más.

—No serán más que unos minutos —murmuró, y se dirigió hacia ellos.

—Hola —dijo, con una sonrisa forzada.

—Ariana, el detective Livingstone quiere hablar un segundo contigo.

Ariana enarcó las cejas.

—¿Ahora? Pero si estamos muy ocupados...

—No te preocupes —le dijo Kitty—. Puedes tomarte unos minutos. La sala está muy llena, pero creo que habrá sitio en el patio —añadió, mirando al detective, y se alejó.

Ariana no tenía elección, y Livingstone le cedió el paso para que lo precediera hasta la terraza de la cafetería. Había varios clientes tomando café.

—¿De qué se trata? —le preguntó ella, después de elegir la mesa más alejada y sentarse.

Livingstone la observó atentamente mientras se sentaba frente a ella.

—Ariana, ha salido a la luz nueva información sobre el caso de Emily Hutchins, y parece que pone en cuestión su declaración pasada.

A ella se le formó un nudo en la garganta. No tenía nada que ver con el faro; era mucho peor.

—¿A qué se refiere?

—Ivy ha confesado. Ha declarado que Cam no estaba con ustedes, sino que las acompañó a casa de su abuela más temprano de lo que me dijeron antes.

Ariana sabía que era posible que Ivy decidiera decir la verdad, pero siempre había pensado que antes lo consultaría con ella. Después de todo, era Ivy quien la había hecho prometer que lo decidirían juntas.

Ariana veía moverse los labios de Livingstone, pero tenía tanto ruido en los oídos que no oía lo que estaba diciendo.

—¿Ariana? —dijo él, inclinándose hacia delante—. ¿Me ha oído?

—Eh..., disculpe. No me siento muy bien. ¿Puede repetírmelo?

—Le he preguntado si va a contarme lo que ocurrió de verdad la noche que Emily fue asesinada.

—Ya le dije lo que ocurrió tal y como lo recuerdo.

Aquella respuesta no satisfizo al detective, que frunció el ceño.

—¿Va a mantenerse firme?

—Ivy debe de estar confundida.

—También he hablado con Melanie Stafford. Ella dice que Cam y usted tienen una aventura. Le parecía importante que yo lo supiera. ¿Es cierto?

Maldita Melanie.

—Cam y yo solo somos amigos. Lo hemos sido siempre, desde el colegio. Es decir..., yo lo admiro y lo quiero mucho, pero nunca nos hemos acostado.

—Melanie dijo que los encontró en la cama de su dormitorio.

—¡Pero no era lo que parecía! Me quedé a dormir, sí, pero no hicimos nada. Además, no sé por qué afecta esto a una investigación por asesinato.

—Porque sería una gran motivación para que usted encubriera a Cam, ¿no cree?

—Mi declaración no ha cambiado desde que estaba en el instituto. Además, yo no me he acostado con Cam.

—¿Pero lo está encubriendo?

—¡No!

—Puede tener muchos problemas por mentir a la policía, Ariana. Incluso podría ir a la cárcel.

—Sí, lo sé.

—Pero ¿va a seguir protegiendo a su hombre? ¿Contradiendo a Ivy?

Ella también quería a Ivy, pero Cam la necesitaba más. No quería abandonarlo.

—Ivy es la que me está contradiciendo a mí.

Él entrelazó los dedos y apoyó las manos en la mesa de metal.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—No lo sé. A lo mejor está disgustada con Cam y conmigo. O no recuerda aquella noche tan claramente como yo. También es posible que esté cediendo a la presión. Jewel nos dijo unas cuantas cosas el otro día, en la calle. A lo mejor eso confundió a Ivy e hizo que sintiera inseguridad y, ahora, está revisando su idea del pasado para darle algo de paz a Jewel.

Él no dijo nada. Ariana tuvo la tentación de seguir hablando, pero, por suerte, tenía un nudo en la garganta, así que se quedó callada.

—Se ha enterado de que Emily fue asesinada con una botella de *whiskey* como la que había estado bebiendo Cam aquella noche, ¿verdad?

Así que estaba intentándolo desde otra perspectiva. Lo único que tenía que hacer ella era defenderse también de aquel ataque.

—¿No fue Ivy la que sugirió eso? ¿Está seguro de que tiene razón?

—Por supuesto, los expertos están haciendo comprobaciones. Pero me parece que tiene razón. La lesión del cráneo de Emily pudo deberse al golpe con una botella de Jack Daniel's, y Ivy afirma que Cam estaba bebiendo Jack Daniel's aquella noche.

—Si yo fuera usted, me preocuparía por las palabras «pudo deberse». Además, yo no vi a Cam con una botella de Jack Daniel's.

—Fue después de que volviera a la playa.

—Si es que volvió. Él dice que no lo hizo, y nada de lo que yo he oído es una prueba con la suficiente solidez como para que crea lo contrario. Además, si volvió, yo no estaba con él. Así pues, ¿quién vio eso? ¿Delilah? ¿Ha dicho ella que él estuviera bebiendo Jack Daniel's?

El detective carraspeó.

—No, Ivy dice que él se lo dijo a usted y que usted se lo contó a ella.

Ariana nunca había estado más desgarrada. Se veía obligada a elegir entre sus dos mejores amigos. Pero, si se ponía del lado de Cam, Ivy no iba a sufrir unas consecuencias que durarían toda la vida y destrozarían su futuro. Si, por el contrario, se ponía del lado de Ivy...

—Ella no ha sabido eso por mí —dijo, con convicción—. Además, si mataron a la niña con una botella de Jack Daniel's, pudo ser cualquiera, porque hay mucha gente que bebe esa marca de *whiskey* —añadió, y se irguió en la silla—. De todos modos, todo esto es circunstancial, detective. ¿No han hallado ninguna prueba fehaciente durante la autopsia?

Él enarcó las cejas.

—¿Después de veinte años?

—Sé que es poco probable que el ADN sobreviva en esas condiciones, pero ¿no es necesario tener pruebas forenses para estar absolutamente seguro, tanto como para detener a alguien?

Visiblemente enfadado por aquella conversación, el detective se levantó, arrastrando las patas de la silla por el cemento.

—No —dijo él—. No lo es. El fiscal del distrito tiene que convencer a doce jurados, nada más. Se han conseguido condenas con menos de lo que yo tengo aquí. Y será mejor que usted tenga cuidado, porque, si puedo demostrar que me está mintiendo, y sé que lo está haciendo, voy a detenerla a usted también.

Capítulo 24

Al final, Ariana no pudo terminar su turno. Se sintió muy mal por fallarle a Kitty, porque aún faltaba una hora para cerrar, pero el hecho de que en la cafetería se quedaran cortos de personal, de repente, le pareció un problema nimio comparado con todo lo que estaba ocurriendo. Tenía que hablar con Cam, y él no respondía al teléfono.

¿Dónde estaba? Tenía el teléfono apagado, y Courtney le dijo que no estaba en el estudio. Tuvo la tentación de enviarle un mensaje diciéndole que no hablara con la policía ni con Williams antes de hablar con ella, pero no lo hizo porque temía que los mensajes telefónicos pudieran llegar a formar parte del expediente de instrucción del caso. Sobre todo, teniendo en cuenta que parecía más y más probable que Cam tuviese que enfrentarse a un juicio.

Después de fichar a la salida y quitarse el delantal, subió las escaleras del sótano rápidamente y salió de la cafetería. Empezó a caminar muy deprisa. La casa de Cam estaba a quince minutos del centro y no tardaría mucho en llegar, pero lo llamó de nuevo. Y, de nuevo, su llamada fue a parar al buzón de voz.

—¡Mierda! —exclamó, y apretó la tecla para colgar con más fuerza de la necesaria mientras seguía avanzando a toda prisa entre la gente.

Un viandante la miró con asombro al oír la palabrota, pero ella estaba demasiado ansiosa como para disculparse. ¿Y si Cam no respondía porque estaba hablando con otra persona? ¿Y si la policía había planeado interrogarlos simultáneamente para impedir que pactaran y coordinaran sus declaraciones? Eso sería muy inteligente. Si Cam reconocía que las había dejado en casa mucho antes la noche del asesinato, suponiendo que ella iba a desmoronarse y a confesar igual que Ivy, los detendrían a los dos. Las pruebas iban en aumento.

En vez de meter el teléfono al bolso, lo llevó en la mano para poder seguir llamando a Cam hasta que pudiera hablar con él. Así que, enseguida, notó la vibración de un mensaje. Se detuvo aliviada pensando que sería él, pero era Ivy.

Se le subió el corazón a la garganta. ¿Debería contestar y decirle a Ivy lo dolida y traicionada que se sentía? ¿Que con lo que había hecho podía conseguir que Cam y ella fueran a la cárcel?

Era difícil estar tan enfadada y no decírselo. Sin embargo, ¿y si la policía había convencido de alguna manera a Ivy de que le tendiera una trampa, o a Cam, o a los dos? ¿Estaría Williams en aquel momento con ella, diciéndole que llamara para poder escuchar la conversación?

Ariana cabeceó. ¿En qué estaba pensando? Ivy nunca les haría daño a Cam y a ella deliberadamente. Y, sin embargo, había traicionado su confianza al retractarse de todo lo que habían acordado y decidido. ¿Por qué lo había hecho? No era fácil cuadrar los actos de Ivy con su amistad de toda la vida, y menos, después de que hubiera ayudado a proteger a Cam durante veinte años. ¿Qué había salido mal?

Ella estaba impaciente por saberlo, pero no devolvió la llamada por si era un error hacerlo.

Estaba demasiado cansada y falta de sueño, y no podía pensar con tanta claridad como para evitar las posibles trampas.

Mientras seguía caminando, Ivy volvió a llamarla, pero tampoco respondió. Cuando llegó a casa de Cam, estuvo llamando a la puerta durante diez minutos, pero nadie respondió. En aquel momento, recibió un mensaje de Ivy.

Lo siento muchísimo. Por favor, perdóname.

¿Por qué lo has hecho?, le preguntó ella.

No es lo que piensas. Por favor, responde al teléfono.

No puedo. Ya no confío en ti.

Ariana empezó a llorar al ver que Ivy no respondía. Se sintió como si acabara de perder a sus dos mejores amigos.

Se sentó en los escalones de la entrada de la casa, con la esperanza de que Cam respondiera a sus llamadas. Sin embargo, después de un cuarto de hora, eso no había ocurrido, así que se levantó y volvió a llamar a la puerta. Fue entonces cuando el vecino, un hombre de mediana edad que estaba cortando el césped, se acercó.

—¿Está buscando a Cam?

Ella asintió mientras se secaba las lágrimas de las mejillas.

—¿Sabe dónde está?

Él se puso una mano sobre las cejas para protegerse del sol y poder verla bien.

—Hace unos cuarenta minutos llegó un coche patrulla. El policía entró en la casa y, poco después, Cam salió con él y se lo llevaron en el asiento trasero del coche.

Ella sintió una presión tan fuerte en el pecho que apenas pudo respirar.

—¿Lo han detenido?

El vecino la miró con lástima.

—A mí me parece que sí.

La habitación era exactamente igual que las salas de interrogatorios que aparecían en las películas de la televisión. Pequeña, con dos sillas de plástico, cada una a un lado de la mesa, y una pared de espejo tras la cual estaban los policías que no participaban en el interrogatorio. Él ya había estado allí, hacía veinte años, y no había cambiado.

Sin embargo, su situación actual era mucho más grave. No solo iban a interrogarlo; lo habían detenido. Hacía una hora había aparecido en su casa un policía llamado J. Bishop y le había mostrado una orden judicial. Aunque no lo habían esposado, llevaba confinado en aquella pequeña habitación desde que Bishop lo había dejado allí.

Cam suponía que estaba esperando al detective Livingstone, pero no sabía por qué tardaba tanto. Nadie había ido a verlo, al menos, por la puerta, desde que Bishop le había ofrecido una Coca-Cola, al llegar.

Como todavía no había comido nada, Cam aceptó el ofrecimiento, aunque una lata de refresco no había servido de mucho para saciarlo.

Estaba preocupado, cansado e impaciente. Apretó la lata y la lanzó hacia la papelería que había en un rincón. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Por qué estaba allí? ¿Tenía que agradecerse a Melanie?

Por fin, oyó voces, la puerta se abrió y entró Bishop.

—El detective Livingstone acaba de llegar. Entrará a verlo enseguida.

Cam se irguió. No sabía qué iba a suceder, pero sí que había llegado el momento de contratar a un buen abogado. El problema era que tampoco tenía tanto dinero. Vivía bien, ganaba unos buenos honorarios, pero hacían falta muchos recursos para levantar un estudio de arquitectura y comprar aquella casa, por no mencionar que acababa de darle a Melanie veinte mil dólares para su viaje a Europa.

A los pocos minutos se abrió la puerta, y el detective Livingstone entró en la sala.

—Cam —dijo, saludándolo con un asentimiento amable.

Cam no respondió. Observó con cautela al detective, que puso una carpeta sobre la mesa y se sentó frente a él.

—¿Qué ocurre?

—Supongo que el oficial Bishop le ha leído sus derechos.

—Sí.

—¿Y está dispuesto a hablar conmigo?

—Depende.

—¿De qué?

—¿Qué es lo que ha cambiado? ¿Por qué estoy aquí?

—Quería darle otra vez la oportunidad de decir la verdad.

—¿Sobre qué?

—Sobre Emily, por supuesto.

—¡Yo no la maté! Esa es la verdad.

—Quiero creerlo, de verdad, pero tengo problemas —dijo Livingstone. Sacó un documento de la carpeta y se lo deslizó por encima de la mesa—. Como puede ver, Ivy Hawthorne ha cambiado su declaración.

A Cam se le encogió el corazón al empezar a leer. Ivy admitía que él las había acompañado a casa más temprano de lo que habían declarado antes. Y él, pensando que había sido Melanie la que había llamado al detective Livingstone y le había dicho algo para convencerlo de que lo detuviera. Sabía que existía la posibilidad de que Ivy decidiera acudir a la policía, porque, posiblemente, llevaba mucho tiempo luchando con su conciencia, pero no se imaginaba que lo sorprendería de ese modo.

Livingstone se inclinó hacia delante.

—¿No tiene nada que decir al respecto?

—No.

—Pues, la cuestión es... ¿quién está mintiendo? ¿Ariana y usted? ¿O Ivy y Delilah?

—No tengo nada que decir.

—Yo creo que son Ariana y usted.

—Yo no maté a Emily.

—¿Sabe? Si Ariana está mintiendo, está cometiendo un grave delito. Yo podría acusarla de obstrucción a la justicia y eso está penado con largas condenas de cárcel.

—Nada de esto es culpa suya.

—Entonces, ¿por qué no me dice lo que pasó de verdad, y yo la dejaré fuera de esto?

Cam se miró los pies. Ariana y Ivy lo habían protegido durante veinte años. Desde aquel momento en adelante, estaba solo. Y, por muy aterrador que pareciera, se sintió mejor que en mucho tiempo. Siempre había detestado tener que esconderse detrás de sus amigas y ponerlas en una situación tan difícil y, ahora que Ivy había confesado, él no iba a contradecirla. Eso obligaría a Ariana a elegir bando, y tampoco podía hacerle eso a ella.

—Ariana, Ivy y yo nos fuimos de la playa porque tenían frío. Pero Ivy tiene razón. Era más pronto, más o menos, las diez.

—¿Y? ¿Volvió usted a la playa más tarde?

—Sí. Eran cerca de las once.

—¿Y por qué volvió?

Cam pensó en Jewel, en lo amargada y enfadada que estaba. En cierto modo, se merecía una reprimenda por haber dejado sola a Emily aquella noche. Si no hubiera ido a llamar a su puerta, su hermana estaría viva, seguramente, y él no estaría en peligro de perder su futuro. Sin embargo, si le hablaba a Livingstone de Jewel, le daría la posesión del arma homicida.

—He dicho todo lo que tenía que decir. Quiero un abogado —respondió.

—La policía ha detenido a Cam.

Fue Williams quien le dio la noticia a Jewel. La llamó mientras ella estaba cenando sola en un restaurante que había al otro lado de la isla, que tenía mesas casi en la arena de la playa y unas maravillosas vistas del mar. Era un lugar caro, más de lo que ella debería gastar, y había tenido que caminar durante dos horas para llegar, así que iba a pagar un taxi para volver al hotel, algo que le costaría casi más que la cena. Pero necesitaba estar sola, alejarse de la posibilidad de cruzarse con alguien que tuviera relación con el caso de su hermana, a Cam, a sus amigas, a Livingstone, a Williams... Así que resultaba irónico que el detective la llamara cuando había decidido tomarse la noche libre y relajarse.

—No puedo creerlo —dijo, sujetándose el pelo con una mano para que no se le cruzara por la cara mientras hablaba.

—Sí, lo ha conseguido —dijo Williams—. Ha presionado y presionado hasta que la policía se ha puesto manos a la obra y ha hecho algo. Debería estar orgullosa.

—No habría sucedido nada de esto si no hubieran aparecido los restos de Emily.

—Sí, es cierto. Pero Livingstone se sentía responsable ante usted, por el hecho de que viniera aquí y pusiera a los medios de comunicación en pie de guerra.

—Gracias. Yo también le agradezco lo que ha hecho. Si no hubiera dado con Delilah Jones, no tendríamos un testigo que pudiera situar a Cam en la playa más tarde aquella noche. Eso fue un punto de inflexión.

—Me alegro de haber podido hacerlo.

—¿Y qué pasa ahora?

—¿Se refiere a Cam? Irá a juicio. Pero no ocurrirá rápidamente. Estas cosas pueden llevar semanas, meses. Así que hace falta un poco más de paciencia.

—Llevo veinte años esperando. Supongo que puedo esperar unos meses más. ¿Tiene abogado?

—No me he enterado, pero puede preguntárselo usted misma al detective Livingstone. Me dijo que quería hablar con usted.

Ella se apartó el teléfono de la cara y lo miró por si tenía mensajes o llamadas perdidas.

—No he tenido noticias suyas.

–No tiene prisa. Me dijo que podía ser mañana, o pasado mañana.

–¿Sabe de qué quiere hablar conmigo?

–Me dijo que Cam dijo algo durante su interrogatorio que ha suscitado más preguntas. Livingstone no me explicó de qué se trata. Para ser sincero, creo que le da rabia que yo estuviera investigando y parece que cree que lo tiene todo bajo control.

–Seguramente, eso no es extraño en la policía.

–No. Me encuentro con ello todo el tiempo. La policía puede ser muy territorial.

Jewel se soltó el pelo y apuró su copa de vino.

–¿Y cómo reaccionó Cam cuando lo detuvieron? ¿Le contó eso Livingstone?

–Me dijo que no ofreció resistencia.

Jewel tuvo una sensación de triunfo. ¡Había ganado! Se había enfrentado a Ivy, a Ariana y a Cam, las personas más guapas y privilegiadas a las que había conocido, había conseguido separarlos y había sacado a la luz el hecho de que él había vuelto al faro. Ahora que Ivy se había hundido, Cam no tenía coartada.

–¿Y Ariana? ¿Qué ha dicho ella?

–Parece que ella mantiene la declaración que hizo cuando estaba en el instituto.

–¿Livingstone cree a Ivy?

–No tiene que elegir. Cuando Livingstone amenazó a Cam con acusar a Ariana de obstrucción a la justicia, Cam reconoció que era Ivy la que estaba diciendo la verdad.

A pesar de cómo se sentía en aquel momento, Jewel no pudo evitar sentir celos. Siempre se había dicho que Cam no solo era el responsable de la muerte de Emily, sino que, además, era un desgraciado y un egoísta. Pero aquello decía lo contrario de él. También sabía, en el fondo, que ella nunca había tenido un amigo que estuviera dispuesto a hacer semejante sacrificio por ella.

–Seguro que Cam está enfadado con Ivy. Y Ariana, también.

–Probablemente.

–Entonces, ¿Livingstone no dijo qué quiere de mí? –preguntó ella, aunque se imaginaba que, cuanta más información tuviera el detective, mejor sería.

–Seguro que quiere pedirle que verifique las declaraciones que hizo en el pasado, ese tipo de cosas, para dejarlo todo bien atado.

Así pues, su conversación con Livingstone no iba a ser tan inocua. Sin duda, Cam se habría vengado declarando que ella había dejado sola a Emily y que estaba con él aquella noche. Ella iba a tener que hacer su mejor interpretación para que Livingstone creyera que Cam estaba intentando manchar su reputación para crear más interrogantes y confusión y poder salvarse.

Pero ella ya se esperaba aquel pequeño obstáculo. Podría superarlo. Y, cuando acabara con aquellas acusaciones, lo peor habría quedado atrás.

–¿Me va a acompañar usted?

–No, a menos que usted quiera. Me imagino que será mejor que me vaya a casa ya y pare el contador.

Sí, probablemente, era lo mejor. Él ya había hecho todo lo que podía y ella prefería ahorrar dinero.

–De acuerdo, iré yo sola –dijo.

Quería colgar y poder llamar a sus padres. Sin embargo, acababa de terminar la conversación con Williams cuando se acercó su joven y guapo camarero.

–¿Le apetecería tomar postre? –preguntó.

Jewel sonrió con más facilidad que nunca. No había pensado pedir nada más, pero...

—Acabo de recibir muy buenas noticias. ¿Por qué no celebrarlo? Por favor, tráigame otra copa de vino y una *crème brûlée*.

Capítulo 25

Alguien llamó suavemente a la puerta. Ariana tuvo la tentación de fingir que estaba dormida. Había estado durmiendo varias horas entre ataques de llanto. En aquel momento estaba despierta de nuevo, pero estaba demasiado consternada como para hablar con alguien, especialmente con su abuela, que la había estado vigilando desde que llegó a casa. Ariana había ido directamente a su habitación, había cerrado la puerta y no había vuelto a salir, así que Alice estaba preocupada por ella. Había subido las escaleras para ver si a Ariana le gustaría cenar. Ariana había dicho que no. Había subido las escaleras para ver si a Ariana le gustaría tomar un trozo de la tarta de moras que había hecho de postre, la tarta favorita de Ariana. Ella había dicho que no. Incluso le había propuesto salir, ir a ver una película o hacer otra cosa para distraerla del arresto de Cam. Ariana también había dicho que no.

Ahora, Alice estaba de nuevo en su puerta, probablemente para darle las buenas noches.

—¿Puedo entrar? —preguntó su abuela, después de llamar.

A Ariana le daba vergüenza que la viera con la cara roja e hinchada. Tenía más de treinta años, por el amor de Dios. No debería estar llorando como una niña. Sin embargo, en aquella ocasión no dijo que no.

—Por supuesto —respondió, y se levantó para abrir la puerta.

La compasión que vio reflejada en el rostro de su abuela la hizo llorar otra vez, pero se alegró de haber abierto la puerta cuando Alice la abrazó. Los abrazos de su abuela habían calmado muchas de sus heridas en el pasado.

—Me siento como una gran llorona —se quejó Ariana, riéndose mientras se separaban. Alice siguió agarrándole las manos.

—Nadie tiene que preocuparse por querer a los demás. Si te he enseñado algo, espero haberte enseñado eso.

—Claro que sí. Pero no puedo creer que haya llegado a esto —dijo ella—. Esa fatídica noche, cuando éramos tan jóvenes y simplemente estábamos pasando un buen rato, puede destrozarle el futuro a Cam. Sé que él no mató a Emily.

—Yo también creo eso —dijo su abuela—. Pero no todo está perdido. Una detención no es una condena.

Ariana parpadeó para contener las lágrimas.

—No se trata solo de Cam. También se trata de Ivy.

—Ella también debe de estar muy disgustada.

—No estoy tan segura de eso —respondió Ariana, con una mueca—. Debería haber previsto que sucedería algo así cuando le dijo a la policía que Cam no estaba con nosotras cuando dijimos que sí.

Alice se quedó muy sorprendida.

—Oh, Dios mío. No lo sabía.

—No podía decírtelo. Estaba demasiado disgustada cuando llegué a casa.

Alice la soltó y se hundió en el borde de la cama.

—Entonces, Cam ya no tiene coartada —dijo, y sonrió irónicamente a su nieta—, a pesar de todos vuestros esfuerzos por proporcionarle una.

Ariana sonrió sin poder evitarlo. Su abuela acababa de reconocer que había tratado de ayudarlos, simplemente, sin contradecir lo que habían declarado.

—No.

—Se necesita más que la falta de una coartada para encarcelar a alguien por asesinato, Ariana. También se necesitan pruebas.

Alice era una optimista empedernida.

—Con los testigos que ha encontrado el detective privado de Jewel, que han situado a Cam y Emily en la playa esa noche, y Jewel yendo a todas las televisiones para decir que está segura de que fue el sospechoso con el que la policía se topó inicialmente, no creo que el fiscal no sea capaz de hacer una acusación sólida. Sobre todo, porque el forense y la policía han establecido que Emily fue asesinada con una botella de *whiskey* como la que estaba bebiendo Cam aquella noche.

Ariana no añadió que, probablemente, Ivy también había ayudado a sacar eso a la luz.

—Todo las señales apuntan hacia él. Creo que ni siquiera están pensando en ningún otro sospechoso.

—He oído decir que había otro chico que habló con Emily esa noche.

—Te refieres a Ben. Pero eso ha quedado en agua de borrajas.

—Ariana, conozco al detective Livingston desde hace muchos años. No lo subestimes. Es más inteligente de lo que piensas.

Ariana no creía que a su abuela le cayera tan bien el detective Livingston si supiera cómo la había amenazado en *The Human Bean*, pero era ella la que había hecho algo reprehensible, así que mantuvo la boca cerrada. No quería estropear las relaciones de su abuela con sus amigos y conocidos en la ciudad.

—Él no tiene experiencia en este tipo de asesinatos y está bajo una gran presión para resolver el caso —dijo—. Sin otro sospechoso... No sé, supongo que estoy perdiendo la esperanza.

—Es una tragedia en todos los sentidos —dijo su abuela.

El teléfono de Ariana sonó. Lo había dejado encendido por si acaso Cam podía llamarla, o tenía noticias de Williams o de Livingston o de cualquier otra persona que pudiera decirle más sobre lo que estaba pasando y sobre lo que podía suceder a continuación. Tenía pensado ir a visitar a Cam al día siguiente, después de salir del trabajo, si se lo permitían. Había consultado la página web del condado y, entre semana, las horas de visita eran de ocho de la mañana a ocho de la tarde. Sin embargo, no sabía si había un periodo inicial antes de que Cam pudiese ver a alguien. Ella nunca había estado en la cárcel.

Por desgracia, no era una llamada de Cam. No conocía el número que aparecía en la pantalla, pero descolgó de todos modos.

—¿Diga?

—¿Ariana?

—¿Sí?

—Soy Giselle Stafford, la madre de Cam. Una amiga mía de Mariners acaba de llamarme para decirme que a Cam lo han detenido. ¿Sabe si es cierto?

—Me temo que sí.

—Voy a tomar el primer avión para Estados Unidos. Por favor, dígale que voy a Mariners.

Ariana sabía lo que sentía Cam por Giselle, pero también sabía que, si había una ocasión en la que su madre fuese a apoyarlo, la mejor era aquella. Ariana pensaba apoyarlo también, por supuesto, pero casi todo el mundo estaba en su contra, así que él necesitaría toda la ayuda posible.

—Se lo diré.

Ivy no había podido pegar ojo. Había estado despierta toda la noche, dando vueltas por la cama e insultando mentalmente a su hermano. También había estado repasando todo lo que quería decirles a Ariana y Cam, si alguna vez le daban la oportunidad.

Cuando se levantó aún era temprano, pero ella estaba ansiosa por ir a la biblioteca y poner un cartel que dijera que estaría cerrada hasta nuevo aviso. Quería conseguir un voluntario para que la sustituyera, porque no era capaz de sentarse plácidamente y trabajar después de que, por su culpa, hubieran detenido a Cam. Iba a ir a la cárcel para hablar con él en cuanto estuviera permitido, si él no se negaba a verla.

A ti también podían haberte detenido. Alégrate de no ser tú la que esté en una celda.

No vio aquel mensaje de texto hasta que salió de la ducha. Parecía que Tim había dejado de ignorarla, como había hecho el día anterior. Ella le había enviado un mensaje cuando se enteró, por Kitty, que se había enterado por su esposo, de que habían detenido a Cam. Sin embargo, Tim no había respondido a ese ni a los otros mensajes llenos de ira que le había enviado después.

Ivy comenzó a escribirle una diatriba, pero ¿qué iba a conseguir? El daño ya estaba hecho.

No te lo voy a perdonar jamás.

En lugar de un mensaje largo, le envió aquel. Se lo había dicho antes, pero quería decírselo otra vez, solo por si acaso. Cuando terminó de arreglarse, tuvo la suerte de conseguir un voluntario que la sustituyera en la biblioteca durante unas horas después comer y se puso en camino hacia la cárcel del condado.

El día era espléndido. Ariana, Cam y ella deberían haber ido a buscar cristales marinos a la playa, sin tener que preocuparse de que Cam pasara el resto de su vida en la cárcel. El asesinato de Emily había sido una espada de Damocles para ellos durante años, pero todo lo que había sucedido en los últimos dos días era surrealista. ¿Por qué iba a matar Cam a una niña de doce años?

En su opinión, nadie se preocupaba por la respuesta a esa pregunta. Si él lo hizo, tuvo que ser por un motivo.

Mientras salía de su Audi, después de aparcar, se preguntó qué estaría pensando Jewel en aquel momento. Debía de estar aliviada por el hecho de que hubieran puesto a Cam bajo custodia. Por fin había conseguido su objetivo. Pero iba a tener que dar algunas explicaciones, lo cual no sería agradable. Había ocultado su relación con Cam por algún motivo.

La sargento que atendía el mostrador, una mujer corpulenta de unos treinta años, miró hacia arriba cuando ella entró.

–¿En qué puedo ayudarla?

–Quisiera visitar a Cam Stafford –dijo Ivy, jugueteando nerviosamente con la correa de su bolso. Ella también tenía algunas explicaciones que darle a él, y tampoco iba a ser fácil–. Lo detuvieron ayer.

–Estoy muy al tanto –respondió la mujer, secamente–. ¿Cómo se llama?

Ivy había visto a la oficial por el pueblo, pero no la conocía.

–Ivy Hawthorne.

–Lleva usted la biblioteca.

–Sí.

–Tendrá que registrarse.

Le entregó a Ivy un portapapeles con un formulario. Ivy lo rellenó rápidamente y se lo devolvió. Estaba impaciente por ver a Cam, para poder disculparse y decirle que le ayudaría a pagar a su abogado. Aunque fuera la culpable de haber causado aquel terrible giro de los acontecimientos, no iba a abandonarlo.

La sargento le indicó que pusiera el bolso en una bandeja para pasarlo a través de una máquina de rayos X mientras ella pasaba por debajo del arco detector de metales. Después, la mujer sacó un anillo de llaves de su cinturón y le pidió a Ivy que esperara un momento mientras abría una puerta de acero gris y entraba a un pasillo por el que desapareció.

Ivy no se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración por miedo a que Cam se negara a verla, hasta que la sargento volvió y la llamó.

–Por aquí.

Solo había seis celdas. Todas estaban vacías, salvo una. Cam estaba en la parte delantera, junto a los barrotes, con aspecto de no haber dormido y sin afeitarse.

–Hola –dijo, con una voz apagada.

Al instante, ella estalló en sollozos. Se tapó la boca mientras la sargento se alejaba y se sentaba en un taburete que había cerca de la puerta por la que habían entrado.

–No pasa nada. Ven aquí –dijo él. Sacó las manos por los barrotes, y ella se las agarró.

–Lo siento muchísimo –dijo Ivy, entre jadeos–. Yo no quería que sucediera esto. No fui a la policía. Estaba muy angustiada por lo que había descubierto en unos libros de criminología y llamé a mi hermano para que me apoyara y me reconfortara. No sabía que él iba a llamar a la comisaría y contarles todo lo que yo le dije. Te lo juro. No voy a volver a dirigirle la palabra.

Cam apoyó la cabeza en los barrotes y miró sus manos entrelazadas.

–No digas eso. Es tu hermano.

–¡No me importa!

–Para ser sincero, me siento aliviado –respondió él–. Ahora, por lo menos, Ariana y tú estáis liberadas de esto.

–Pero... ¿a qué precio? Yo sé que tú no le hiciste nada a Emily.

Él intentó encogerse de hombros, pero no fue un gesto tan despreocupado como hubiera querido.

–La policía nunca ha pensado en otro. Seguramente, me habrían detenido igualmente, al final.

–Voy a buscarte el mejor abogado que haya en la costa este. Ya he empezado a buscar, y te ayudaré a pagarlo.

–Creo que mis padres van a hacer eso –dijo él, con un suspiro–. Seguro que no les hace ninguna gracia, pero... yo no tengo suficiente dinero para defenderme de una acusación de asesinato en primer grado, a menos que venda la casa, y eso me llevaría tiempo.

–Yo tengo dinero. No tienes por qué contar con tus padres si no quieres.

–Ya veremos cuánto dinero necesito, y cuándo –respondió él.

Sin embargo, a Ivy le preocupó que no estuviera demasiado interesado en su defensa. Parecía que pensaba que, de todos modos, terminaría en la cárcel.

Ella lo soltó para poder sacar un pañuelo de papel de su bolso.

–¿Ha venido ya Ariana?

–Todavía, no. Creo que está en el trabajo.

Ivy se secó las mejillas.

–No contesta a mis mensajes ni mis llamadas.

–Seguro que lo hará en cuanto sepa que tú no fuiste a la policía. No te preocupes. Todo se resolverá.

Ivy no podía creer que él estuviera diciéndole eso a ella, pero Cam siempre había intentado cuidarlas y hacerlas felices.

–¿Y Melanie? ¿Sabe que te han detenido?

–No creo. No la he llamado.

–¿A quién has llamado?

–Todavía a nadie.

–¿Ni a tus padres? ¿Por qué no?

–No lo sé. Supongo que no es una llamada que quiera hacer.

–Tenemos que avisarlos para que vengan a los Estados Unidos. Seguro que querrán estar aquí para apoyarte durante los próximos meses.

–Yo no estaría muy convencido de eso. Además, seguramente no servirá de nada que vengan.

–No digas eso. Esto todavía no ha terminado. Yo ya he hecho una lista de abogados y, según lo que vi anoche, algunos de ellos pueden venir a conocerte sin cargo alguno si piensan que hay oportunidad de que los contrates.

–¿Hay algún abogado defensor en la isla? –quiso saber él.

–No, pero hay un ferri desde la costa. Puedo conseguir a alguien que venga y haga un buen trabajo.

Él asintió y trató de sonreír, y ella se echó a llorar otra vez. ¿Qué había hecho?

Jewel no recordaba haber estado nunca tan nerviosa. Además, tenía resaca, lo cual no era nada bueno teniendo en cuenta que debía convencer a Livingstone de que Cam mentía al decir que ella se había acostado con él en el faro la noche de la muerte de Emily. El detective le había dicho a Williams que no importaba qué día se entrevistaran en la comisaría, así que ella no se había preocupado de no beber la noche anterior.

Sin embargo, al levantarse por la mañana para ir al baño y mirar la pantalla del móvil, vio que tenía una llamada perdida de Livingstone y un mensaje en el buzón de voz. Le decía que disponía de unos minutos a las diez y media de la mañana y que si no le importaba pasar por allí a esa hora. A ella le dio miedo de que le pareciese extraño que se negara. Después de todo, estaba en Mariners para facilitar la investigación.

Como no podía correr el riesgo de dañar su credibilidad, llamó para confirmar la cita y, en aquel momento, estaba tomándose unos analgésicos para paliar su terrible dolor de cabeza.

Después de maquillarse, y a pesar de lo mal que se sentía, se sonrió a sí misma en el espejo. «Puedes hacerlo. Ya casi lo has conseguido».

Cuando tomó de nuevo el teléfono, que tenía silenciado desde la noche anterior, se dio cuenta de que en aquel preciso instante estaban llamando desde la iglesia de su padre. El día anterior los había llamado para contarles lo ocurrido con Cam, y su madre se había echado a llorar. Jewel sospechaba que su padre también, porque los dos se habían quedado silenciosos. Había pasado casi un minuto antes de que recuperaran el habla a través del altavoz del teléfono.

—¿Diga? —respondió ella, al descolgar.

—Hola, cariño.

—Hola, papá. ¿Qué tal estás hoy?

—Mucho mejor, con las noticias que nos diste.

—Me alegro. Yo también me siento mejor —dijo ella, mirando con una mueca de asco la botella de tequila que se había subido a la habitación.

—¿Cuándo vuelves a casa?

—Pronto.

—¿Mañana?

—O al día siguiente. Primero tengo que terminar de atar algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Oh, no es nada —dijo ella. Pensó que lo mejor sería preparar a su padre para lo que se avecinaba. Seguramente, los medios de comunicación se enterarían de lo que había declarado Cam y llegaría a oídos de todo el mundo—. Es... Cam. Le ha dicho al detective Livingstone algunas mentiras, y tengo que ir a la comisaría a declarar ahora, por la mañana.

—¿Qué ha dicho?

Ella tomó aire y contestó:

—Es demasiado absurdo como para que te lo cuente, y no llevaría a nada. Creo que es un último esfuerzo para desacreditarme, porque yo he hecho todo lo posible por que lo detuvieran.

—¿Te está calumniando?

Ella podía esperarse el tono de ira de su padre.

—Básicamente, sí.

—Dime lo que está diciendo.

—No puedo. Es demasiado vergonzoso.

—¡Dímelo! Quiero saberlo.

—Dice que... que me fui al faro con él la noche que murió Emily y que...

—¿Qué?

—Bueno, probablemente puedes imaginártelo.

—¡No puede ser verdad! —estalló él—. Como si ese canalla no hubiera hecho ya suficiente daño a nuestra familia. ¿Y ahora quiere destrozar tu reputación?

Jewel se estremeció. Quizá no hubiera debido responder a aquella llamada. Iba a llegar tarde si no se daba prisa. Pero su padre se iba a enterar de lo que había hecho aquella noche más tarde o más temprano.

—¿Lo ves? Sabía que era mejor no decírtelo. Ahora te has disgustado sin motivo. Esto no tiene trascendencia. Lo único que pasa es que él está desesperado.

—¡Es un monstruo! Estoy deseando enfrentarme con él en el juicio.

—Por lo menos, ahora va a llegar nuestro día. Vamos a concentrarnos en eso.

—Debería ir a la isla —dijo él—. Quiero escupirle en la cara al hombre que mató a mi hija. También quiero saber por qué hizo lo que hizo y ahora te acusa de dejar sola a Emily para... para... —al parecer, no podía pronunciar las palabras, pensó ella—. ¡Te acusa de ser el tipo de

persona sin valor, de mal gusto, chabacana, que haría algo así!

Sus palabras golpearon a Jewel como si fueran balas. Lo que había hecho era de mal gusto y sin valor. Cerró los ojos para contener las lágrimas, pero no sirvió de nada. Se le cayeron las lágrimas y le estropearon el maquillaje.

—¿Puedes creerlo? —preguntó, como pudo—. Es inconcebible.

—No pensaba que esto pudiera empeorar, pero...

—No, no va a empeorar —dijo ella—. Ignora esta parte. Nadie se lo va a creer.

—Eso no lo sabes. ¡Es posible!

—Papá, tengo que irme. El detective Livingstone me está esperando. Te llamo después, ¿de acuerdo?

—Yo mismo voy a llamar a Livingstone ahora.

Jewel se quedó petrificada. Eso no lo había previsto.

—¡No! —gritó.

Livingstone ni siquiera le había dicho a ella lo que había declarado Cam. Ella misma lo había deducido porque era lo que habían hecho aquella noche, y porque era fácil adivinar a qué se estaba refiriendo Williams cuando le había dicho que Livingstone tenía que hacerle unas cuantas preguntas sobre la declaración de Cam. ¿Qué otra cosa podía ser?

—No puedes hacer eso —le dijo a su padre—. Solo causarás más problemas. Tienes que dejar que yo lo resuelva. Voy a hacerlo inmediatamente, y te llamo después.

Él no respondió, porque todavía estaba furioso. ¿Podría convencerlo? Si no podía, todo podía derrumbarse a su alrededor, cuando pensaba que iba a salir bien.

—¿Papá? ¿Por favor?

—Tenemos que defender tu honor. No voy a permitir que Cam Stafford haga más daño a mi familia.

—Lo entiendo. Puedes intervenir más tarde. Solo te pido una o dos horas más. Necesito reunirme con el detective antes de que hagas algo.

—De acuerdo —accedió él, de mala gana—. Pero llámame en cuanto hayas terminado.

—Sí, te lo prometo. Después, puedes hacer o decir lo que quieras.

Cuando colgó, estaba temblando tanto que apenas pudo retocarse el maquillaje.

Capítulo 26

Jewel no estaba de ánimo para reunirse con el detective Livingstone. Su dolor de cabeza se había mitigado algo gracias a los analgésicos, pero todavía estaba muy nerviosa, cada vez más. La habían acompañado a una sala de interrogatorios y le habían dado una taza de café que se estaba quedando frío. ¿Dónde estaba Livingstone? Ella no había llegado tarde.

No era posible que su padre hubiera llamado a pesar de que le había dicho que no iba a hacerlo...

Siguió mirando la pared de espejo. Ojalá pudiera ver lo que había fuera. Solo quería terminar con aquello y marcharse de Mariners. Estaba deseando cerrar el pasado y empezar de nuevo.

Estaba a punto de levantarse y asomarse al pasillo para preguntar si se habían olvidado de ella cuando, por fin, se abrió la puerta.

—Lo siento —dijo Livingstone, al entrar—. Estaba atendiendo una llamada.

¿De su padre? El corazón empezó a latirle con tanta fuerza que le dio miedo que lo oyera el detective. Observó el rostro de Livingstone mientras él le tendía la mano para saludarla antes de sentarse al otro lado de la mesa.

Ella no supo descifrar qué estaría pensando o sintiendo.

—¿De qué quería hablarme?

—Se habrá enterado de que hemos detenido a Cam Stafford.

—Williams me lo dijo. Estoy muy aliviada. ¿Por qué decidieron hacerlo?

—Ya no tiene coartada. Ivy le dijo a su hermano que lo han estado encubriendo todos estos años, y su hermano nos llamó y nos lo contó. Yo le pedí a Ivy que viniera e hiciera una nueva declaración.

—¿Y Ariana?

—Ella se niega a abandonarlo. Pero, cuando amenacé a Cam con detenerla por un delito de obstrucción a la justicia, por fin él confesó y me dijo que era Ivy la que estaba diciendo la verdad.

—¡Maravilloso! ¡Lo ha admitido! ¿Y el fiscal del distrito piensa que hay posibilidad de llevarlo a juicio?

—Todavía no he hablado con él. Para ser sincero, puede que me haya precipitado deteniendo a Cam. Pero quería desestabilizarlo un poco para ver si confesaba.

—Y funcionó. Acaba usted de decirme que confesó que no estaba con Ivy y con Ariana a la hora a la que dijeron que sí. ¿No es eso suficiente?

—Habría sido mejor una confesión completa.

—Pero no la consiguió.

—Todavía, no. Y no creo que eso vaya a cambiar en este momento. Lo que espero, por el momento, es encontrar el arma homicida.

Ella alzó la vista.

—¿Arma homicida?

—Sí. Estamos muy seguros de que fue una botella de *whiskey*.

—¿Cómo lo saben?

—Sabemos que la golpearon con algo en la cabeza, y la forma cuadrada de la botella de Jack Daniel's coincide con la forma de la fractura.

La imagen que se formó en la cabeza de Jewel al oír aquellas palabras le produjo náuseas.

—Es horrible. No quiero imaginármelo —dijo ella, y se tapó la cara con las manos para tratar de bloquear lo que estaba viendo en su mente.

—Lo siento —dijo Livingstone, en un tono más suave—. Pensé que querría saberlo.

Tardó un momento, pero, finalmente, pudo bajar las manos y volver a mirarlo.

—¿Por qué no me lo dijo Williams?

—Dudo que lo sepa.

—Sabía lo de la detención. Me lo dijo justo antes de marcharse a Houston.

—Yo no le dije cuál era el arma homicida. Irónicamente, Williams le enseñó a Ivy una fotografía de la fractura craneal de Emily, y ella es la que encontró la coincidencia de la lesión con la forma cuadrada de la botella. Ese descubrimiento la angustió mucho. Hizo que dudara de Cam lo suficiente como para llamar a su hermano para pedirle apoyo y consejo, y él llamó para informarnos. Yo no se lo he dicho a nadie más.

—Entiendo.

Livingstone acercó la silla a la mesa.

—Usted no sabrá si Cam estaba bebiendo Jack Daniel's esa noche, ¿verdad?

—No, no sabría decirle. No olía alcohol cuando estuvo en casa, ayudando a entrar a Emily. Pero yo no me acerqué a él.

Livingstone frunció el ceño.

—Ivy dice que Cam le contó que usted llevó una botella de Jack Daniel's a su casa después de que él volviera, aquella noche, y que los dos se fueron al faro. ¿Es verdad?

Ella se puso en pie con brusquedad y estuvo a punto de tirar la silla hacia atrás.

—¿Cómo? ¡Claro que no es verdad! Yo nunca habría dejado sola a Emily.

Él alzó una mano.

—Lo siento. No quería molestarla. Pero... entenderá que tenía que preguntárselo.

—Sí, sí, claro. Pero... yo estaba cuidando a mi hermana, por Dios. Esto debe de ser una mentira de Cam para hundirme con él. Seguro que está enfadado porque yo me haya empeñado en que lo detuvieran. Porque contratara a un detective privado. Porque haya acudido a los medios de comunicación para impulsar el caso. Que haya estado recaudando fondos mediante las redes sociales.

—No creo que sea eso lo que quiere hacer —dijo Livingstone—. Ivy dijo que él se lo contó antes de que nadie supiera cuál era el arma homicida, y Ivy tenía que saberlo, porque fue ella la que lo dedujo todo.

—No sé por qué dice eso. No es cierto.

—No, a mí me parecía que no. Teniendo en cuenta lo mucho que ha impulsado usted la investigación para descubrir al asesino de su hermana, habría dicho algo si supiera más sobre aquella noche.

Ella sintió una nueva avalancha de culpabilidad que estuvo a punto de aplastarla.

—Por supuesto que lo habría hecho. Eso no sucedió. Yo era una buena chica, detective, la hija

de un predicador. Nunca me habría escapado a beber ni a mantener relaciones sexuales con un chico, y menos con uno al que casi no conocía, mientras estaba cuidando de mi hermana.

—No, no me lo imagino —dijo él. Se puso en pie y le tendió la mano de nuevo—. Gracias por venir.

Ella suspiró de alivio y tomó su taza de café, pero él estaba situado entre ella y la papelería, así que la tomó de sus manos.

—Yo me ocupo de esto —le dijo—. Puede marcharse ya.

—Gracias —dijo ella, y salió rápidamente del edificio, como si se encontrara bien.

Llamó a un taxi y, una vez que estuvo en el asiento trasero, se dio una palmada en la frente. Mierda, mierda, mierda, mierda. Estaba tan preparada para la acusación de haber mantenido relaciones sexuales con Cam en el faro que lo había mencionado, aunque el detective no lo había hecho. Él solo le había preguntado si había llevado una botella de Jack Daniel's a casa de Cam y se había ido al faro con él.

¿Se habría dado cuenta? No, ella no lo creía. No había demostrado ninguna reacción. Por suerte, era difícil acusar a una hermana llena de dolor. Tenía eso a su favor.

—¿Está bien? —le preguntó el taxista.

—Sí, gracias —dijo Jewel, y sonrió forzosamente. Pero se estaba muriendo por dentro.

¿Cómo había podido echarlo todo a perder justo cuando las cosas iban tan bien?

Ivy estaba esperándola cuando salió del trabajo. Ariana la vio en la acera, bajó la cabeza e intentó rodearla sin dirigirle la palabra, pero Ivy se giró y se puso a caminar a su lado.

—Lo siento —dijo.

—No quiero oírlo.

—Yo no fui a la policía. Por lo menos, no sucedió como tú crees.

Ariana se detuvo y la miró boquiabierta.

—¿Y tú esperas que me crea eso? Entonces, ¿cómo lo han sabido?

—Fue Tim.

—¿Tu hermano? ¿Y cómo lo sabía él?

Era obvio que había estado llorando. Y parecía que estaba a punto de hacerlo también en aquel momento.

—Yo se lo dije. Estaba... disgustada, angustiada, y creí que él podría darme un buen consejo. ¡Pero nunca se me habría ocurrido que iba a llamar a la policía!

A Ariana nunca le había caído bien el hermano de Ivy. Era un egotista, un arrogante y una persona distante. No era una combinación ganadora, pero, por supuesto, nunca le había dicho nada a su amiga.

—¿Él te dijo que iba a hacerlo?

—Me dijo que, si no lo hacía yo, lo haría él, pero no me lo creí. Ir a la policía, o no ir, debería haber sido cosa mía.

—Entonces, ¿por qué no te dejó tomar la decisión a ti?

—No quería que me metiera en líos. Dijo que yo tenía que hacer lo posible por ayudar en la investigación. Lo cual sonaba razonable en ese momento. De hecho, es la lucha que he tenido conmigo misma desde el principio de todo esto.

Ariana tuvo que reconocer, de mala gana, que lo entendía. Ella también había tenido aquel dilema durante años.

—Y, cuando él se lo dijo a la policía, vino a buscarme un agente y me llevó a la comisaría, y yo no pude seguir mintiendo. Mi hermano les había repetido todo lo que yo le había dicho. Ni siquiera tenía sentido intentarlo.

—Y consiguieron que cambiaras tu declaración.

—Sí, pero, como he estado tratando de explicarte, yo no quería hacerlo, y menos sin avisaros a vosotros. La forma en que ocurrió todo... Una vez que confié en Tim, ya no podía hacer nada por detenerlo. Pero, al ver a Cam en la celda, cuando creo que él no le hizo nada a nadie, ha sido horrible, traumático. Me siento incluso peor porque soy la culpable.

Por muy enfadada que hubiera estado Ariana con Ivy, su ira comenzó a desvanecerse. Entendía que hubiera tenido la necesidad de hablar con alguien y confiara en su hermano. Era fácil entender también que su hermano se hubiera arrogado el derecho de actuar en su nombre. Ariana recordaba lo mucho que había deseado hablar con Bruce. Pero, si ella lo hubiera hecho, ¿habría reaccionado él como Tim? Ella podría ser la culpable de la detención de Cam, en vez de Ivy, si Bruce hubiera sido su hermano.

—Lo siento —repitió Ivy—. Espero... Espero que puedas perdonarme. Si hubiera tomado la determinación de confesar, os lo habría consultado primero. Pero todo salió de una manera... Os he puesto en una situación horrible.

Era cierto. Pero, con lo que sentía por Cam, ella también había puesto a Ivy en una situación difícil. Para su amiga tenía que ser extraño que ella hubiera pasado de ser amiga de Cam a algo más. Y, probablemente, Ivy también se había disgustado un poco. Pero ella tenía la esperanza de que Ivy fuera comprensiva y tolerante.

A lo mejor necesitaban bajar la guardia la una con la otra.

Ariana respiró profundamente, se sacó del bolsillo un cristal marino que le había dado Cam y se lo puso a Ivy en la mano.

—¿Qué es esto?

—Un símbolo de nuestra amistad, ¿no te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. Pero... ¿dónde lo has encontrado?

—Cam lo recogió de la playa.

—Es precioso —dijo Ivy, con una sonrisa de gratitud—. ¿Estás segura de que quieres dármelo?

Ariana tomó a su amiga del brazo y sonrió.

—Totalmente.

Siguieron caminando en silencio, y Ariana se dio cuenta de que se sentía muy bien ahora que ya no estaban enfadadas. Tenían que ayudar a Cam a superar aquel bache tan difícil, y debían estar unidas.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Ivy, cuando llegaban a su casa—. ¿Cómo podemos ayudar a Cam?

Ariana se detuvo delante de la verja de hierro.

—Vamos a cavar.

Ivy pestañeó.

—¿Qué?

Ariana miró a su alrededor para cerciorarse de que no había nadie cerca.

—Tenemos que ir al faro más tarde para buscar la botella de Jack Daniel's que estaba bebiendo Cam esa noche.

—¿Y por qué piensas que podemos encontrarla?

—A lo mejor no es posible, pero tenemos que intentarlo. Si su ADN está en esa botella, lo

condenarán seguro, aunque solo bebiera de ella.

—¿Y el ADN dura veinte años?

—Hoy día, cualquier cosa es posible. En internet he visto que el ADN tiene una vida media de quinientos veintinueve años.

—¡Me estás tomando el pelo!

—No. Por supuesto, hay muchos factores: si la muestra estaba en el agua o permaneció seca, por ejemplo. Pero...

—La marea nunca llega hasta el faro.

—Exacto. Y es mejor que esté seca.

—Pero... ¿no nos meteremos en un lío por intentar robar lo que la policía considera el arma homicida? Estaríamos interfiriendo en la investigación. Otra vez.

—No hay ninguna ley en contra de excavar en la arena, Ivy.

Ivy estaba indecisa.

—Me siento horriblemente mal por haber provocado que detuvieran a Cam. Pero, cuando te he preguntado cómo podíamos ayudarlo, esperaba que no me sugirieras algo por lo que pueden detenernos a nosotras también.

Ariana se daba cuenta de que Ivy hablaba medio en broma, pero quería dejarle claro que cada una de ellas podía tomar su propia decisión.

—No es obligatorio que vengas conmigo.

—Bueno, pero no voy a dejarte sola.

—Entonces, ven a buscarme a casa de mi abuela a medianoche. Nos llevaremos su coche, lo dejaremos en la playa e iremos caminando al faro, como hicimos Cam y yo la otra noche.

Ivy abrió unos ojos como platos.

—¿Ya habéis estado excavando por ahí?

—Sí, estuvimos horas, pero no hubo suerte. Vamos a tardar varias noches en registrar toda la zona.

—Pero, aunque encontráramos la botella de Jack Daniel's, no sabremos si es la que buscamos, después de veinte años.

—A lo mejor Jewel o él la tiraron a una papelera. Y no pasa nada, de hecho, es mejor. Tenemos que asegurarnos de que no está allí. Si la policía tampoco puede encontrarla, será bueno para Cam.

—Entendido —dijo Ivy, y miró el pedazo de cristal que le había dado Ariana.

—¿Qué? —preguntó Ariana.

Ivy cerró el puño y apretó el cristal.

—Gracias.

Como no querían encender los faroles de *camping* que llevaban para no llamar la atención, solo tenían la luz del teléfono de Ariana y los rayos de la luna para guiarse por el camino. Mientras caminaban por la playa, Ariana le preguntó a Ivy:

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—¿Te han entrado dudas?

—No.

Habían estado durmiendo toda la tarde para tener fuerzas aquella noche. Ivy se sentía fuerte y

fresca, pero nunca había estado a aquellas horas en la playa, cuando estaba completamente desierta. Se estremeció al mirar al mar. El océano le parecía oscuro y extraño, como un monstruo marino que salía de la tierra y llegaba hasta la playa con dedos largos y negros.

–Da miedo –dijo–. Espero que sea seguro.

–Tenemos las palas –comentó Ariana.

–Pero... ¿crees que podemos protegernos con las palas?

–Quizá deberíamos haber traído bates de béisbol, pero es más fácil con las palas.

Ivy se rio. El humor la ayudaba a quitarse de la cabeza imaginaciones más oscuras, pero estaba inquieta. El hecho de saber que a Emily la habían matado y enterrado allí no ayudaba a mantener la calma en medio de la oscuridad.

–¿Y si encontramos la botella?

–Nos la llevamos a casa, la hacemos añicos y la tiramos –respondió Ariana.

–Al detective Livingstone no le iba a gustar eso.

–Solo estamos limpiando la isla. Cam y yo tiramos una bolsa de basura llena cuando vinimos la otra noche.

Cuando llegaron al faro, había empezado a bajar la niebla, y la zona estaba aún menos agradable.

–Magnífico –murmuró Ivy–. Lo que necesitábamos.

–¿Qué has dicho?

–Nada, nada.

Por suerte, una vez que empezaron a trabajar, se concentraron y buscaron en una zona amplia hasta el amanecer. Encontraron una botella de Gatorade, una bolsa de plástico de la compra, varias piezas de juguetes y un pasador, pero no la botella de Jack Daniel's.

–Parece un esfuerzo inútil –dijo Ivy, con los brazos y la espalda doloridos después de cavar durante horas.

–Probablemente, no está aquí –respondió Ariana, que estaba tan agotada como ella.

–Pero, tal y como has dicho tú, tenemos que estar seguras.

Ivy dio otra palada. Miró por la arena y vio algo brillante. Pero no era grande, y no era de cristal.

Se inclinó para examinarlo. Era un collar roto.

Con un suspiro, lo puso sobre la pila de cosas que estaban encontrando, pero después, preguntándose si sería de oro, se lo metió al bolsillo. Estaba a punto de seguir trabajando cuando se le puso la carne de gallina y se quedó paralizada.

–¿Qué sucede? –susurró Ariana.

–Creo que he oído algo.

–¿Qué?

–No lo sé. ¿Voces?

Ariana inclinó la cabeza para escuchar atentamente.

–No, no es nada, solo el mar.

Ivy miró hacia el este. Había un brillo incipiente en el horizonte.

–Si no queremos que nos vea algún corredor aquí arriba, con palas y faroles, sería mejor que nos fuéramos ya.

–De acuerdo.

–¿Crees que tendremos que volver? No sé cuánto registrasteis Cam y tú.

Ariana se apartó el pelo de la cara y miró a su alrededor.

–Yo diría que nos quedan otras cuatro o cinco horas.

–Esta noche, la gente va a estar en la playa hasta mucho más tarde. Es viernes.

–Puede que tengamos que esperar hasta el domingo. De todos modos, yo necesito un descanso.

–¿Cómo vas a dormir tan pocas horas y despertarte para ir a trabajar?

–Por suerte, hoy no tengo que ir a la cafetería. Le cambié el turno a un compañero para mañana.

–Bien hecho.

Recogieron las palas y los faroles, tiraron la basura y bajaron lentamente hacia la playa.

Con el amanecer, Mariners volvía a ser la isla maravillosa y segura que ella siempre había conocido. Ivy pensaba que iban a volver a casa sin ningún contratiempo, hasta que llegaron al coche y se dieron cuenta de que a su lado había aparcado un coche patrulla.

Capítulo 27

Ariana miró a Ivy, pero no dijo nada, porque el policía salió del coche y se dirigió hacia ellas. Todavía estaba oscuro, así que él sacó la linterna de su cinturón y la encendió.

—Normalmente, las únicas palas que veo en la playa son pequeñas y de plástico —dijo, mientras las enfocaba con el haz de luz para ver lo que llevaban—. Deben de haber hecho un castillo de arena muy grande.

—No hemos hecho nada malo —dijo Ariana.

—Eso ya lo juzgaré yo —respondió él—, cuando me digan de qué se trata.

Solo había treinta y siete o treinta y ocho policías en la isla, y aquel debía de ser bastante nuevo, porque parecía que ni siquiera Ivy lo reconocía.

—Yo... Se me perdió una cosa —dijo—. Estábamos buscándola.

Él alzó el rayo de la linterna casi hasta su cara, pero se detuvo justo antes de sus ojos para no deslumbrarla.

—¿Dónde lo perdió?

A Ariana se le cortó la respiración. ¿Debería inventarse algo? Lógicamente, no quería admitir que habían estado en el faro, pero era posible que el policía hubiera visto el brillo de las luces cuando ellas estaban cavando y supiera dónde estaban. Y, en vez de subir hasta allí, se había limitado a esperar a que volvieran al coche.

Por suerte, Ivy también debía de haber pensado en el riesgo, porque no intentó mentir.

—En... en el faro.

—Es un sitio raro para estar en mitad de la noche —dijo él—. Debe de haber perdido algo muy importante.

Ivy carraspeó.

—Sí, para mí, lo era.

—¿Y qué era?

Ariana sabía que el policía no creía una sola palabra, y se quedó muy sorprendida al ver que Ivy se sacaba algo del bolsillo.

—Esto.

El policía lo alumbró directamente con la linterna, y Ariana vio que se quedaba asombrado.

—¿De dónde ha sacado esto?

Ivy también se quedó asombrada por su reacción. Pensaba que tenía la excusa perfecta para justificar sus extrañas actividades. Aunque no parecía que el collar fuera nada especial, podía tener mucho valor sentimental. Sin embargo, él lo había reconocido. ¿Cómo? ¿Qué significado tenía aquel delicado colgante de piedra natal?

—¿Y qué importa? —preguntó Ivy, con incertidumbre.

—Puede que importe mucho —respondió él—. Lo han sacado del faro, ¿verdad? Lo he visto

antes, y no le pertenece a usted.

¿Era de Emily? Teniendo en cuenta dónde lo habían encontrado y la extraña reacción del policía, Ariana supuso que sí.

Ivy se lo entregó y dio un paso atrás.

—De acuerdo, quédese.

—Por supuesto —dijo él, y volvió a alumbrarlas con la linterna—. ¿Han encontrado algo más?

Por suerte, no habían encontrado la botella de *whiskey* que buscaban, o él también se la habría requisado.

—No, eso es todo —dijo Ariana.

Él las miró con escepticismo.

—Me parece que debería detenerlas.

—¿Por salir de noche? —preguntó Ariana.

—¿Con palas y faroles? ¡Sí!

—Es terreno público —dijo ella—. ¡No hemos cometido ningún delito!

—Han alterado la escena de un crimen.

—Ya no está acordonada —replicó Ariana, y señaló hacia la playa—. Y ya no hay valla alrededor del faro. Y no hemos alterado nada. Vaya a verlo usted mismo.

Él apagó la linterna de mala gana.

—Sé dónde encontrarlas si las necesito. Adelante, márchense. Pero puede que vuelvan a tener noticias mías.

Ariana y Ivy metieron las palas y los faroles en el maletero del coche y se alejaron. Ariana estuvo observando al policía por el espejo retrovisor. El hombre estuvo mirando el collar unos segundos antes de entrar en su coche y tomar el micrófono de la radio.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó Ivy.

—Ese collar tenía que ser de Emily —dijo Ariana—. ¿Dónde lo has encontrado?

—Estaba en la arena. Me lo guardé en el bolsillo porque pensé que podía ser de oro, y la piedra del colgante podía ser un rubí. No lo quería para mí, pero tampoco quería tirarlo si era bueno.

—¿Crees que será perjudicial para Cam?

—No creo que suponga un gran cambio —dijo Ivy—. Ellos ya saben que a Emily la mataron en el faro.

Ariana no estaba tan segura de que el collar no tuviera importancia. El policía se había alegrado mucho de recuperarlo, y debía de haber algún motivo.

Cam intentó distraerse del colapso de su vida dibujando un poco, en vez de leer o ver la televisión, que eran las únicas opciones en la cárcel. Con el lapicero y el papel que le habían facilitado, había hecho el borrador de dos casas diferentes que quería trasladar al ordenador. Tenía clientes que estaban esperando sus planos, pero, por supuesto, él no tenía ningún ordenador.

Courtney había ido a visitarlo el día anterior, y él le había dado indicaciones para que mantuviera el estudio abierto todos los días y se comportara como si la detención fuera algo temporal, hasta que la policía pudiera averiguar quién había matado realmente a Emily Hutchins. Sin embargo, él estaba empezando a pensar que no tenía sentido. No había más sospechosos, así que no iban a soltarlo. Y era consciente del dinero que estaba gastando para tener a Courtney trabajando en el estudio. Necesitaba todo lo que pudiera ahorrar para pagar al abogado. Todavía

no había hablado con sus padres, pero alguien debía de haberles dicho lo que estaba pasando, porque habían enviado a un abogado a reunirse con él, un tal Gerald Fitzgibbons de Nueva York, que había llegado en el primer ferri de aquella mañana. A juzgar por su traje, no debía de ser barato, pero había dicho que estaba dispuesto a aceptar su caso, y eso era importante. No todos los buenos abogados defensores tendrían tiempo y ganas.

Cam le había dicho a Fitzgibbons que se pondría en contacto con él, pero aún no había mirado la lista que le había dado Ivy. Tenía que conseguir al mejor abogado, porque su futuro dependía de ello. Era una locura; iba a tener que gastarse doscientos mil dólares en defenderse de algo que no había hecho.

Cuando oyó el ruido de las llaves y la puerta del pasillo de las celdas, que se abría, dejó el lapicero. Al instante, vio a la oficial seguida de Ariana.

—Hola —dijo.

Al instante, sacó las manos por los barrotes para poder tocarla. Quería abrazarla, se arrepentía de no haberlo hecho mucho más a menudo cuando había tenido la oportunidad. ¿Qué importancia tenía que todo hubiese sido tan rápido? Ya no le importaba que su divorcio fuese firme. Melanie lo había defraudado tanto que, lamentablemente, no sentía que le debiera nada. Lo único que quería era tener acceso a su hija.

Ariana observó que la oficial se sentaba en el taburete que había cerca de la puerta. Después, se giró hacia él.

—¿Cómo estás?

—Bien —dijo Cam, aunque nunca se había sentido peor.

—Ivy me ha dicho que te está ayudando a encontrar un buen abogado, y que te iba a ayudar a pagar la defensa. Yo también te ayudaría si tuviera dinero, por supuesto.

—Mis padres van a pagar lo que yo no pueda. Por lo menos, eso es lo que le dijeron al abogado que ha aparecido aquí esta mañana.

—Me alegre.

Él hizo una mueca. Odiaba dejar que se involucraran.

—¿Te gustó?

—Me pareció bien —dijo él, encogiéndose de hombros.

—¿Qué dijo de tu caso?

—Solo puede juzgar por lo que yo le he dicho, porque todavía no ha hablado con la policía. Pero me dijo que parecía que tenían acumuladas muchas pruebas circunstanciales.

—¿Eso es un problema?

—Él no lo cree. Pero no va a ser mi abogado quien decida, sino un jurado, y hay muchas cosas que pueden influir en el voto de sus miembros.

Ella volvió a mirar a la oficial, que no los miraba a ellos, pero estaba escuchando descaradamente la conversación.

—Ivy y yo estuvimos buscando ayer por la noche como... como hicimos tú y yo hace un par de días...

—¿Y? ¿Encontrasteis algo?

—Solo un collar roto. ¿Recuerdas algo sobre un collar?

Él se quedó decepcionado. Esperaba que, milagrosamente, hubiera aparecido la botella de Jack Daniels.

—¿Qué tipo de collar?

—Una gargantilla de oro con una pequeña piedra natal de color rojo, un rubí.

¿Quería darle a entender Ariana que Emily llevaba una gargantilla como esa? Él no lo recordaba. Pero, en realidad, no se había fijado en absoluto en lo que llevara puesto la niña.

—No.

—Parece que a la policía le ha interesado mucho el hallazgo.

—Pero ¿cómo lo saben ellos?

—Cuando volvimos al coche, había un policía esperándonos.

—¿Y se lo enseñasteis?

—No ocurrió así, pero..., bueno, ahora lo tienen ellos.

Era obvio que no podía decir mucho porque los estaban escuchando.

—¿Estás intentando advertirme algo? —le susurró él.

Ella se mordió el labio.

—Solo quería que lo supieras por si surge algo nuevo.

—No recuerdo haber visto un collar —dijo él.

—Probablemente no tenga ninguna importancia —respondió Ariana.

Pero Cam se dio cuenta de que estaba preocupada, como él, mientras continuaban hablando de otras cosas.

No fue hasta varias horas después, mientras estaba dibujando, cuando afloró un recuerdo desde algún lugar profundo de su subconsciente. Había visto un collar como el que le había descrito Ariana.

—¡Dios mío! —exclamó.

Se levantó y comenzó a mover los brazos hacia la cámara de seguridad para llamar la atención de la oficial. Cuando ella se acercó a ver qué necesitaba, le dijo:

—Quiero hablar con el detective Livingstone ahora mismo.

—Usted me dijo que Jewel no fue a su casa con una botella de Jack Daniel's y le pidió que fueran al faro —dijo Livingstone.

Se habían reunido en una de las salas reservadas para las visitas de los abogados defensores, y Cam tenía el pulso acelerado y la respiración entrecortada, como si hubiera estado corriendo.

—Sí, lo sé. Me daba miedo que eso colocara el arma homicida en mis manos. Pero esa noche, ella estuvo allí conmigo.

Livingstone se inclinó hacia atrás y se cruzó de brazos.

—Entonces, ¿por qué me lo cuenta ahora?

—Porque creo que me he dado cuenta de lo que pasó.

—¿Ah, sí?

Intentando ignorar su irónica respuesta, Cam alzó una mano.

—Escuche. Ayer por la noche, Ariana y Ivy encontraron una gargantilla en el faro. ¿La ha visto? Ariana me dijo que se la había llevado un policía cuando ellas regresaron a su coche.

—Lo he visto, pero no es eso de lo que me gustaría hablar. Me gustaría saber qué es lo que estaban buscando en realidad.

—Estaban buscando la botella de Jack Daniel's —respondió Cam—. Tienen miedo, como yo, de que mi ADN siga en el cristal, porque eso sería suficiente como para que me condenen en un juicio, aunque yo solo bebiera de esa botella, pero no matara a Emily con ella. No encontraron la botella, pero sí encontraron una gargantilla. Y yo creo que es la que llevaba Jewel aquella noche. Si me da una hoja de papel, puedo dibujársela. Estoy seguro de que coincidirán.

—¿Y qué significaría eso? ¿Cómo sé que Ariana o Ivy no se la describieron?

Cam estaba pensando febrilmente. ¿Cómo podía demostrar que era de Jewel, y que la llevaba aquella noche?

—Estaban de vacaciones, ¿no? —dijo—. Deben de haber facilitado fotografías de esos momentos para que las utilicen durante la búsqueda de Emily, o las últimas fotografías que tenían de ella. A lo mejor en alguna aparece Jewel con el collar.

—¿Y por qué no podía ser de Emily?

—A lo mejor lo era. Pero yo le digo que la que llevaba esa gargantilla esa noche era Jewel. Y eso es importante.

El detective dio a entender que estaba más interesado, al menos, lo suficiente como para concederle un poco más de tiempo a Cam. Se marchó de la sala y volvió con lápiz y papel.

—Adelante, dibuje.

Rápidamente, él dibujó la gargantilla con un colgante de rubí que había visto en el cuello de Jewel. Aquella noche estaba bastante oscuro, pero la luna iluminaba la zona, así que él recordaba bien el collar. Era lo único que miraba mientras mantenía relaciones sexuales con Jewel. No quería mirarla a la cara; sabía que él le gustaba mucho, y se sentía avergonzado de lo que estaba haciendo.

Cuando terminó de dibujar, le deslizó el papel al detective por encima de la mesa.

—¿Se parece al collar que han encontrado?

Livingstone observó el dibujo con cara de concentración.

—El collar estaba en el faro porque ella también estaba allí —dijo Cam—. Era la chica con la que me vio Delilah en la playa, no con su hermana pequeña. Emily no estaba con nosotros porque Jewel la había dejado en casa.

Livingstone se frotó la barbilla pensativamente.

—Aunque fuera usted a la playa con Jewel, pudo encontrarse con Emily más tarde...

Cam tuvo ganas de gritar de frustración. Se contuvo, tomó aire y preguntó:

—Pero... ¿por qué iba a querer matarla yo? ¿Qué móvil iba a tener para matar a una niña de doce años? ¿Por sexo? ¡Si acababa de acostarme con su hermana!

—La violación no es sexo.

—¡Pero yo no tengo un historial de violaciones! Por favor, escúcheme. Ben se encontró con Emily en la playa. Lo sabemos. Creo que ella fue a buscar a su hermana. Yo estaba preocupado por si llegaban mis padres y no me encontraban en casa, y quería volver, pero Jewel no quería irse. Ni siquiera se vestía. Así que, al final, la dejé allí. Es posible que Emily se la encontrara así, borracha, a medio vestir, y la amenazara con decírselo a sus padres. Y quizá Jewel se enfureció, o se asustó, y golpeó a la niña con la botella que nos habíamos bebido. Yo dejé allí la botella porque era ella quien la había llevado. Era suya. Eso significa que ella estaba en posesión del arma homicida, no yo.

—Espera que crea que Jewel mató a su propia hermana...

Afortunadamente, su tono de voz no era de incredulidad, aunque contradijera el sentido de sus palabras.

—Sé que suena horrible y es poco probable, sobre todo, por la forma en que Jewel se ha convertido en la gran defensora de Emily y ha exhibido el dolor de su familia. Pero eso le proporciona alguien a quien acusar para que todo el mundo deje de buscar y sus padres queden satisfechos. Si usted fuera ella, ¿le gustaría que sus padres supieran que mató a su hermana? Perseguirme a mí es la mejor manera de encubrir eso.

–Pero... ¿por qué usted? ¿Por qué no Ben, u otra persona?

–Porque yo también estaba en el faro esa noche. Podría haber sido yo, aunque no lo fuera. Y está claro que no me guarda mucho afecto; seguro que siente que la utilicé, aunque ella ofreciera libremente lo que yo tomé.

Livingstone no dijo nada, solo siguió frotándose la barbilla, así que Cam continuó intentando convencerlo.

–Emily y ella se habían peleado aquel día. La pelea fue tan fuerte que Emily se fue sola a casa al salir de la playa. No se llevaban bien porque a Jewel le molestaba mucho tener que cuidar de su hermana pequeña. Estaba de vacaciones, y quería divertirse. Mientras íbamos hacia la playa, se quejó de todo eso, y le seguro que no trató muy bien a la niña cuando yo la estaba ayudando a entrar en casa, porque estaban muy enfadadas. ¿Quién sabe hasta qué punto pudo empeorar la pelea, sobre todo si Jewel se sintió amenazada? Ella no podía querer que sus padres, tan estrictos y religiosos, supieran que había estado bebiendo alcohol y se había acostado con un chico al que apenas conocía.

Livingstone dio unos golpecitos en el papel.

–¿Y ha llegado a todas estas conclusiones después de enterarse de que sus amigas han encontrado esta gargantilla en el faro?

–¡Sí! ¿Sabe por qué? Porque Jewel todavía la tenía puesta cuando yo me fui del faro. Como la encontraron allí, y Ariana dice que estaba rota, creo que Emily debió de agarrarla cuando se estaban peleando y se la arrancó del cuello a su hermana. Cayó a la arena y quedó allí olvidada, con todo lo que ocurrió después.

Cam hizo una pausa, esperando que Livingstone reaccionara de manera positiva. El detective tenía que ver que las piezas encajaban.

–¿Me cree? –le preguntó.

–No se lo voy a decir –respondió Livingstone–. Pero, por lo menos, sigo escuchando.

–Piénselo bien –prosiguió Cam–. Si Jewel, en medio de la ira, golpeó a su hermana con una botella en la cabeza, y Emily se cayó y no volvió a levantarse, ella debió de sentir pánico. Seguramente recuperó la sobriedad al instante, al darse cuenta de lo que había hecho. Sabía cuáles iban a ser las consecuencias si confesaba, así que fue a la casa, tomó una pala u otra cosa con la que cavar y enterró a Emily en la arena, cerca de donde había sucedido todo, porque no era tan fuerte como para arrastrar el cadáver demasiado lejos. Además, ¿para qué iba a intentarlo? Aquel es el lugar perfecto para enterrar a alguien.

–Eso es cierto. Jewel no es una persona grande. ¿Cómo iba a tener fuerza para enterrar a Emily a tanta profundidad?

–¡El terreno es de arena! –exclamó Cam–. No hace falta mucha fuerza, sino tiempo. Y ella tenía toda la noche. Sus padres no llegarían a casa hasta la mañana siguiente, a las diez, y ella lo sabía. Cuando perdieron el ferri, debieron de llamarla. De hecho, por eso se escapó y fue a mi casa, para empezar.

Livingstone siguió observando el dibujo de la gargantilla.

–¿Me cree? –preguntó Cam–. Por favor, dígame que me cree...

–No importa lo que yo crea, Cam. Tengo que instruir un caso, y para eso hacen falta la oportunidad, el móvil, las pruebas...

–Ella tuvo la misma oportunidad que yo. Tuvo el mismo acceso al arma homicida. Y, si Emily la encontró de la forma que yo he descrito, tenía un móvil mucho más fuerte.

El detective esperó unos segundos para responder.

–Si tiene razón en cuanto a la gargantilla, esto la sitúa a ella también en lo que creemos que es la escena del crimen.

–¡Sí!

–Y, si Jewel aparece con la gargantilla en alguna de las fotografías de las horas que pasaron ese día en la playa y que están en nuestro poder...

–Pregúntele si estuvo en el faro esa noche –dijo Cam–. Si lo niega, usted sabrá que está mintiendo.

Livingstone lo miró de un modo extraño.

–Ya se lo he preguntado.

–¿Y?

–Se indignó y me dijo airadamente que ella nunca habría dejado sola a su hermana.

–Esta gargantilla dice lo contrario.

–Si podemos demostrar que era suya.

–Sus padres lo sabrán.

–También tenemos que demostrar que la llevaba aquel día. De lo contrario, ella podría decir que la había perdido antes de que desapareciera Emily.

Cam se hundió en la silla con un suspiro de derrota.

–Entonces, todo depende de las fotografías.

–Quizá. O quizá no –dijo Livingstone, sorprendiendo a Cam–. Tengo otra vía.

Cam tuvo miedo de aferrarse a la pequeña esperanza que le ofrecía aquella respuesta por si se llevaba otra gran decepción.

–¿Cuál?

–Una confesión.

–Lo último que va a hacer Jewel es confesar. Ha levantado una gran polvareda, ha llamado demasiado la atención. No lo hará.

–Nunca se sabe –dijo Livingstone.

Después, abrió la puerta y le pidió a la oficial que acompañara a Cam de nuevo a su celda.

Capítulo 28

Livingstone había vuelto a su escritorio y estaba revisando las fotografías que había en el expediente de Emily. El oficial que le había llevado la gargantilla se asomó a su despacho. Pete Gibbs era un buen policía que se había trasladado a la isla desde Nashville y que quería llegar a ser detective algún día. Había mostrado mucho interés en el caso Hutchins. Sin embargo, la mayoría de los policías habían hecho lo mismo. Era el misterio más grande al que se habían enfrentado en Mariners y había una niña de por medio, así que todo el mundo participaba en las reuniones diarias que se celebraban desde que habían aparecido los restos de Emily.

—Otra vez se queda a trabajar hasta tarde —dijo Pete.

—Es el caso de Emily Hutchins, por supuesto.

—¿Cómo va?

—Hoy ha habido novedades interesantes.

Pete, con intriga, entró en el despacho y se sentó.

—¿Por esa gargantilla que le dejé en el escritorio antes de irme a casa esta mañana?

—Sí. Gracias por traérmela.

Pete le había dejado una nota explicándole dónde la había encontrado y diciéndole que tal vez tuviera relación con el caso.

—Me fijé en que estaba en las fotografías que nos enseñó, las que entregaron sus padres cuando desapareció Emily, así que supe que era de la niña en cuanto lo vi.

—En realidad, no era de Emily —dijo Livingstone—. Emily tenía el mismo collar, pero con otra piedra de nacimiento.

Él lo sabía mientras estaba hablando con Cam, aunque hubiera fingido lo contrario. Había ocultado mucha información durante su entrevista; sabía que, normalmente, decir menos cosas era lo más prudente.

—Vaya —dijo Pete—. Pensaba que había descubierto algo que podía ayudar. Qué coincidencia que Ariana Prince y Ivy Hawthorne descubrieran un collar igual.

—No es en absoluto una coincidencia. En realidad, es toda una suerte.

—¿Qué quiere decir?

—Le envié a la madre de Emily una fotografía de la gargantilla cuando salí de la cárcel, hace un par de horas, y me llamó inmediatamente. Me dijo que su marido y ella les habían comprado a Emily y a Jewel unas gargantillas iguales con piedras natales, y que esta tenía que ser la de Jewel. La piedra de nacimiento de Emily era una esmeralda. La de Jewel es un rubí.

—Entonces, ¿es de la hermana mayor? ¿Qué estaba haciendo en el faro?

—Creo que estaba allí la noche que desapareció Emily.

—No... ¿Por qué?

—Cam les dijo a Ariana y a Ivy que había mantenido relaciones sexuales con Jewel en el faro

esa noche.

—¿Y lo cree?

—Al principio, no. Pero, cuando le pregunté a Jewel acerca de ello, no dije nada de sexo. Le dije que me habían contado que Cam había llevado una botella de Jack Daniel's al faro. Eso es todo.

—¿Y qué dijo ella?

—Dijo, textualmente, «Nunca me habría escapado a beber ni a mantener relaciones sexuales con un chico, y menos con uno al que casi no conocía, mientras estaba cuidando de mi hermana».

Pete dio un silbido.

—Vaya metedura de pata.

—Estaba alterada y, en esa situación, la gente suele hablar más de lo que quiere.

—¿Se lo hizo notar?

—No. Ella ha pasado por algo muy difícil, y no quería avergonzarla. Aunque estuviera en el faro, bebiendo y manteniendo relaciones sexuales, no creí que eso tuviera trascendencia en la investigación. Pero, ahora...

—Ha cambiado de opinión.

Por fin, encontró la foto que estaba buscando. No tenía ninguna de Jewel con la gargantilla. Solo le habían dado fotos de Emily a solas. Y, en una de ellas, aparecía la niña con su collar.

—Más que eso. Puede que sea la solución.

—¿Y cómo la va a situar allí?

Livingstone sacó una botella de Jack Daniel's que había comprado en la licorería, y que había vaciado antes de entrar. La puso en el escritorio.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Pete—. ¿Ha encontrado el arma homicida?

Livingstone empezó a rasgar la etiqueta.

—No. Pero cuando prepare la botella para que parezca que lleva veinte años enterrada en la arena, Jewel no lo sabrá.

Cam no había podido dormir. El delgado colchón del catre de la celda era muy incómodo, para empezar. Pero la noche anterior su insomnio se había debido más a los pensamientos que le inundaban la mente. Cuantas más vueltas le daba a su propia teoría sobre la muerte de Emily, más convencido estaba de que era la verdad. Había sido Jewel. Ella era la culpable, pero nadie lo veía. ¿Quién iba a esperar que una niña de dieciséis años, sobre todo una que había llorado a su hermana pequeña de manera pública, fuera la responsable?

Quería llamar a Ariana y a Ivy, y a sus posibles abogados, para hablar con alguien que le creyera y ayudara, pero tenía que ser cuidadoso. Si aquello llegaba a oídos de Jewel, tal vez ella destruyera todas las fotografías antiguas en las que aparecía con el collar. O podía ir a la televisión y hacer un gran espectáculo sobre lo injusta y absurda que era aquella acusación. Sería catastrófico para él que la presión política o la opinión pública frustraran las investigaciones de Livingstone.

Se abrió la puerta del pasillo y entró un guardia con la bandeja del desayuno, pero Cam le indicó que se la llevara. Estaba demasiado nervioso como para comer.

—¿Seguro que no lo quiere? —preguntó el guardia.

—Seguro —respondió él.

El guardia se encogió de hombros y se marchó. Sin embargo, a los pocos minutos, la puerta volvió a abrirse, y apareció un sargento acompañado de sus padres.

—Cam, hemos venido en cuanto nos hemos enterado —dijo su padre.

Cam nunca hubiera pensado que iba a emocionarse al ver a sus padres, pero se le formó un nudo en la garganta. Sabía que iban a venir, porque el abogado se lo había dicho, pero su presencia fue un impacto para él.

—Estamos muy preocupados —dijo su madre—. Pero no tienes nada que temer. He hablado con el abogado al que enviamos, y me ha dicho que os habéis entendido bien, y que cree que, por ahora, la policía no tiene nada sólido contra ti.

—No fui yo —dijo él, por fin.

Su madre metió las manos entre los barrotes y lo agarró de los antebrazos.

—Eso ya lo sabemos, hijo. No vamos a permitir que te metan en la cárcel por un crimen que no has cometido. Vamos a hacer todo lo posible por ayudar. ¿Verdad? —preguntó, mirando a Jack.

—Por supuesto —dijo su padre—. Tengo seleccionados a otros tres abogados. Vendrán mañana. Yo también quiero conocerlos. Tenemos que asegurarnos de que dispongas de la mejor defensa que se pueda pagar.

—Yo puedo ayudar a pagar —dijo él, pero su madre hizo un gesto negativo.

—Somos tu familia —dijo—. Y vamos a apoyarte durante el tiempo que dure esto. Ya he alquilado una casa para esta verano por internet, y podemos ampliar el contrato lo que necesitamos.

Después de haberse sentido solo toda la vida, Cam no sabía qué decir. Le habían fallado tantas veces... Pero ahora eran mayores y, quizá, más sabios. Su madre llevaba años intentando reparar los errores, y le daba la impresión de que consideraba que aquello era una oportunidad para que pudieran unirse y ser la madre que siempre debería haber sido.

A pesar de sus esfuerzos, no pudo contener las lágrimas.

—Gracias —dijo.

Jewel había hecho las maletas y estaba a punto de irse. Tenía que dejar la habitación antes de las doce, pero su vuelo no era hasta las tres. Le pediría al botones que le guardara las maletas unas horas e iría a pasear por las galerías de arte de Mariners hasta que pudiera irse al aeropuerto.

Tuvo una llamada de Williams, pero decidió no responder. Seguramente, iba a pedirle que le pusiera al día de las novedades, pero a ella no le apetecía hablar del caso. No quería cometer un error parecido al que había cometido hablando con el detective Livingstone.

El día anterior no había sido un buen día.

¿Cómo había podido estropearlo todo así, después de haber avanzado en medio de aquella pesadilla tan perfectamente en otros aspectos?

No iba a pasar nada. Eran pequeños deslices que pasarían desapercibidos y no llegarían a nada, ahora que Cam estaba en la cárcel. Livingstone tenía a su asesino y estaba ocupado recabando más pruebas en su contra.

Después de que la llamada de Williams desapareciera de la pantalla, su teléfono la avisó de que le había dejado un mensaje en el buzón de voz. Tenía miedo de escucharlo, pero pensaba que debía hacerlo por si se trataba de algo importante.

—Buenos días, soy Warner Williams. Solo quería saber qué tal está. Estaba pensando que sería inteligente seguir trabajando con los medios de comunicación. La publicidad puede tener mucha

influencia en las decisiones de los fiscales de distrito. Incluso puede conseguir que inicie un procedimiento sin tener pruebas sólidas. De todos modos, es mi opinión. Espero que esté ya sana y salva en su casa, o que llegue pronto.

Ella exhaló un suspiro de alivio al acabar de escucharlo, puesto que no era ninguna noticia que pudiera angustiarse. Ahora que habían detenido a Cam, estaba deseando dejar el circo de las televisiones, pero Williams tenía razón. Seguramente, sería de ayuda mantener vivo el caso de Emily.

Estaba recogiendo su bolso y las maletas para bajarlas al vestíbulo cuando alguien llamó a la puerta. Abrió y se encontró con la recepcionista del hotel.

—¿Señorita Hutchins?

—¿Sí?

—Abajo hay un oficial de policía que desea hablar con usted.

Jewel tuvo que agarrarse al marco de la puerta.

—¿Sobre qué?

La recepcionista se quedó sorprendida. Lógicamente, ella no le había hecho esa pregunta al policía. Jewel esbozó una sonrisa forzada.

—Claro. Ahora mismo bajo.

No fue fácil llevar las maletas al ascensor. Tenían ruedas, pero ella había perdido la fuerza en las piernas y los brazos. Cuando llegó al vestíbulo, le pidió a un botones que custodiara el equipaje y se giró hacia un agente que llevaba una placa identificativa: P. Gibbs.

—Hola —le dijo—. ¿Quería hablar conmigo?

—En realidad, es el detective Livingstone quien quiere hablar con usted, si no le importa. Yo solo he venido para llevarla a comisaría.

—De acuerdo. ¿Ocurre algo?

—No, que yo sepa. Tiene un par de preguntas sobre el caso de su hermana.

—De acuerdo.

Después del trayecto de diez minutos en coche patrulla hasta la comisaría, no tuvo que esperar. Livingstone ya estaba allí, en la sala de interrogatorios. Y tenía una botella vieja de Jack Daniel's sobre la mesa. Ella la miró fijamente. ¿Significaba eso que...?

—Hola —dijo el detective, con algo de rigidez. No era tan amistoso como antes. ¿O eran imaginaciones suyas?

—Hola. ¿Qué sucede? —preguntó ella, mirando su reloj—. No tengo mucho tiempo. Mi avión sale esta tarde.

—No vamos a tardar.

—De acuerdo.

Él puso una bolsa de plástico sobre la mesa.

—¿Reconoce esto?

Ella vaciló, aunque reconoció al instante lo que había en el interior de la bolsa. Se dio cuenta de que era una trampa, pero no podía negar que aquel collar fuera suyo. Aunque a Emily le habían regalado uno igual, sus padres podrían confirmar que aquel era el suyo, por la piedra natal.

—Sí, es mío. ¿Dónde lo han encontrado?

—En el faro.

Ella enarcó las cejas.

—¿Y qué hacía allí?

–Eso me pregunto yo.

Ella se apretó el pecho con una mano temblorosa.

–No... no lo sé. A menudo, Emily se ponía mis cosas. Tal vez se lo pusiera la noche que la mataron.

–Emily llevaba su propia gargantilla ese día. Tengo fotografías que lo prueban. Su madre me dijo que se ponían ustedes estos collares muy a menudo. Fueron un regalo de Navidad y eran las mejores joyas que poseían.

¿Había hablado con su madre?

–Entonces... no sé qué decir. Lo perdí en alguna parte, y debió de ir de un lado para otro por la isla.

–¿Y llegó al faro?

Ella empezó a sudar.

–No sé cómo llegó hasta allí –dijo, con más firmeza.

Él la miró fijamente.

–¿Mató usted a su hermana, Jewel?

Jewel miró de nuevo la maldita botella de Jack Daniel's. Ella había tomado café en aquella sala, y Livingstone se había quedado con su taza. ¿Tenía al policía su ADN? ¿Y si también habían encontrado su ADN en la botella, después de veinte años? No tenía más remedio que reconocer que había estado en el faro con Cam, pero podía negar que le hubiera hecho daño a Emily.

Estaba a punto de abrir la boca cuando el detective la señaló con el dedo índice.

–Si está pensando en mentir otra vez, no lo haga.

Se le había quedado la garganta seca, así que casi no pudo tragar.

–Fui al faro con Cam –dijo–. Pero eso no es un asesinato.

–No solo hizo eso. Emily la vio con él, o la vio a usted sin ropa después de que Cam se marchara. Sabía lo que había hecho e iba a decírselo a sus padres. Llevaban todo el día peleándose, y ella quería vengarse.

Jewel tuvo que contener el impulso de taparse los oídos.

–¡No es cierto!

–Lo que ocurrió fue culpa suya, no de Cam. ¿De verdad quiere que una persona inocente pague el precio que debería pagar usted?

–Cam no es inocente.

–Es inocente de asesinato.

Ella cabeceó.

–No.

–Uno de los dos utilizó esta botella para matar a Emily. Y usted es la que llevaba una gargantilla que le fue arrancada mientras se peleaba con ella.

Mientras él alisaba la bolsa para que ella pudiera ver la gargantilla rota, ella tenía la respiración acelerada. Al mirar bien la joya, recordó el peor momento de su vida. Recordó el tirón que había sentido en el cuello cuando Emily le arrancó la gargantilla, y su respuesta inmediata. Después de abatir la botella y de que Emily cayera al suelo, no se había preocupado. Iba a repetir el golpe cuando vio la sangre y se dio cuenta de lo que había hecho.

Cerró los ojos para bloquear todas aquellas imágenes en su mente, pero la perseguían. Siempre la habían perseguido, incluso en sueños, si se negaba a ver aquella imagen a la luz del día.

–Yo no lo hice –insistió.

Pero sus palabras no brotaron con tanta fuerza como quería. Había cometido un error catastrófico. Si hubiera tirado la botella al mar, o a una papelería, la policía no la habría encontrado. Pero solo tenía dieciséis años y estaba aterrorizada por si sus padres llegaban a casa antes que ella. Quería enterrarlo todo y esconderlo lo mejor que pudiera, y correr a casa para acostarse.

Así pues, había enterrado la botella al otro lado del faro. A esas alturas estaba amaneciendo y temía que alguien la viera.

—Creo que fue usted —dijo Livingstone.

—No, yo era una buena chica. La hija de un predicador.

—Si estaba dispuesta a abordar a un chico a quien casi no conocía con una botella de alcohol y ofrecerle sexo a los dieciséis años, seguro que no era el primer ejemplo de ese comportamiento. ¿Me está diciendo que, si miro atrás y comienzo a investigar su pasado, a hablar con sus amigos del colegio, vecinos y profesores, no me encontraría con ninguna historia parecida a esa?

¿Podría encontrar a gente a la que ella había conocido? Sabía que unas cuantas personas iban a corroborar esa acusación. Mientras fingía delante de la congregación de su padre, había cometido en secreto todos los pecados que aquella gente piadosa hubiera podido imaginar.

—Espero que no me obligue a hacer eso —dijo él—. No quiero construir una historia de su comportamiento que, sin duda, espantaría a sus padres. Pero estoy seguro de que Emily sabía muchas de las cosas que hacía usted.

Ella no dijo nada. La habitación estaba dando vueltas a su alrededor.

—¿Y si les preguntara a sus padres si piensan que usted es capaz de hacer algo como lo que le hizo a Emily? ¿Qué dirían ellos?

—Dirían que yo nunca haría algo semejante.

—No, en su sano juicio. Pero usted estaba borracha y, quizá, decepcionada por el chico tan guapo al que había querido complacer, y furiosa por el hecho de que su hermana amenazara con contárselo a sus padres.

—Mis padres no van a creerle a usted. Nadie lo creerá.

—Jewel, solo necesito que doce jurados confíen en lo que he averiguado. Cuando la fiscalía presente su caso, comenzarán con la historia de su comportamiento, con lo mal que trataba a Emily, sobre todo el día que la mató, y harán hincapié en lo avergonzada y disgustada que estaba usted por la posibilidad de que sus padres se enteraran de todo eso. Ya lo verá. Será como una bola de nieve cada vez más grande...

—No hay pruebas.

—¿Y qué encontraré cuando registre su apartamento?

—¿Va a registrar mi apartamento?

—Por supuesto. Voy a examinar todas las facetas de su vida.

Ella no había conservado nada de su hermana, porque no soportaba ver cosas que pudieran recordarle a ella, pero Livingstone encontraría drogas y juguetes sexuales que sus padres no podían ver.

—¡No encontrará nada!

—¿No tiene fotografías que les sacaran a Emily y a usted ese día?

—No.

—Seguro que sus padres, sí. Eran unas vacaciones. Seguro que les sacaron muchas y sus padres no se han deshecho de ellas. Así que también registraré su casa.

Toda su vida iba a quedar expuesta... Y los medios de comunicación, que tanto interés se

habían tomado en el caso de su hermana, empezarían a volar sobre ella como si fueran buitres... pero ya sin ninguna simpatía hacia ella. Se lanzarían sobre su cadáver para roer la carne de sus huesos.

–Voy a pedir una orden judicial para su encarcelamiento aunque no confiese. Lo sabe, ¿no?

Ella asintió. Él estaba tan seguro... y ella lo creía.

–Entonces, ¿por qué no me cuenta lo que pasó? Si lo hace, le prometo que las cosas serán mucho más fáciles para usted.

–Yo no quería matarla.

Habló tan bajo, que él tuvo que inclinarse hacia delante.

–¿Qué ha dicho?

La verdad surgió por su garganta, casi involuntariamente, como la bilis.

–¡Que yo no quería matarla! –gritó.

Los dos se echaron hacia atrás en sus sillas, y su voz resonó por la habitación. Lo que llevaba escondiendo tantos años había salido por fin a la luz. Lo había dicho. Y Jewel sintió tanto alivio, que ni siquiera lo lamentó.

–Cuénteme cómo ocurrió –le dijo él, con calma.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Tal y como usted ha dicho. Me encontré en el faro después de que Cam se fuera. Empezamos a pelearnos. Ella me arrancó la gargantilla y yo le di un golpe con la botella. Estaba tan furiosa...

–dijo, y movió la cabeza–. Pero no quería matarla. Por lo menos, tiene que creer eso.

–Sí lo creo –dijo Livingstone, y le tocó el brazo con compasión, algo sorprendente, teniendo en cuenta todo lo que les había hecho a Emily y a Cam–. Su futuro inmediato no va a ser fácil, pero le prometo que haré lo que pueda para ayudarla. Su confesión es lo que hará eso posible.

Capítulo 29

Ariana y Ivy fueron a recogerlo a las tres. En cuanto Cam salió del edificio y vio el sol, se detuvo y alzó la cabeza hacia el cielo. Las hojas de los olmos se veían de un color verde más claro, casi lima, allí por donde se filtraba la luz. Las observó un momento, pensando que nunca le había prestado suficiente atención a la belleza de la vida. Y que nunca había valorado tanto su libertad.

–Se acabó. ¿Puedes creerlo? –preguntó Ariana, que también estaba observando los árboles a su lado. Ivy los miraba con una sonrisa de alivio.

No –dijo Cam–. Estaba seguro de que esto iba a convertirse en una pesadilla de años. A lo mejor, para toda la vida.

–¡Yo no puedo creer que Ivy encontrara esa gargantilla! ¿Qué posibilidades había?

–A mí me parece un milagro –dijo Cam, y respiró profundamente. El aire olía a galletas porque había una pastelería cerca–. Tengo hambre. Vamos a comer.

Ariana miró a Ivy.

–Es que...

–¿Qué ocurre? –preguntó Cam.

–Tu madre ha preparado una fiesta en la casa de alquiler. Todos te están esperando allí. Espero que te apetezca. Estaba tan emocionada porque, por fin, te hayas librado del caso de Emily Hutchins que... yo no quería decepcionarla.

–Después de lo que me ha pasado, no me voy a enfadar por una fiesta –dijo él–. Seguro que habrá mucha comida. Vamos.

Ivy condujo. Ariana dijo que Alice ya se había llevado su coche.

–¿Y cuánta gente va a haber allí? –preguntó Cam, cuando se enteró de que también iba la abuela de Ariana.

–Tus padres han invitado a todos los que se les han pasado por la cabeza. Están eufóricos.

Él también lo estaba, hasta que llegó a la casa y se encontró con Melanie en el salón.

–No es posible –les dijo a sus amigas–. ¿Qué hace aquí?

–No te quejes mucho –le dijo Ivy–. Ha traído a Camilla.

A él se le aceleró el corazón.

–¿Y dónde está mi niña?

–Debe de estar en la cocina, con tu madre.

Melanie intentó acercarse a él, pero todos estaban emocionados por verlo y darle la bienvenida, así que pudo evitarla. Lo único que quería era encontrar a Camilla.

–¿Mamá? –dijo, al adentrarse en la casa en busca de la cocina.

Camilla estaba subida en una silla, junto a la encimera, con un delantal. Estaba ayudando a su madre a ponerle azúcar a una tarta.

–Mira a quién tenemos aquí –dijo Giselle, al verlo.

–¡Papá! –gritó Camilla, y su abuela la ayudó a bajar de la silla para que pudiera ir hacia él.

Cam la tomó en brazos y la estrechó, e inhaló el olor a champú infantil de su pelo largo y sedoso.

–Mi niña –dijo–. Te he echado mucho de menos.

–Yo, también, papá –dijo ella, abrazándole el cuello con fuerza.

–¿Cómo has conseguido esto? –le preguntó él a su madre, en voz baja.

–He llamado a Melanie y le he dicho que ibas a salir de la cárcel porque Jewel ha confesado que había matado a su hermana, y que esta parte de tu vida ha quedado atrás para siempre. Creo que estar separada de ti y tener que enfrentarse a la vida con sus padres, al menos hasta que sus finanzas le permitan tener una casa propia, ya no le parecía tan bien. Me dijo que estaba deseando recuperar su antigua vida.

–¿Y si yo no quiero volver con ella?

–No tienes por qué. Pero yo pensé que merecía la pena invitarla para que pudieras ver a Camilla.

–Por eso, sí. ¿Verdad, bichito? –le preguntó a la niña, y le dio un beso en la coronilla.

–¡Estoy haciendo una tarta con la abuela! –exclamó Camilla, y empezó a retorcerse para que él la dejara en el suelo.

Cam la devolvió a la silla en la que estaba y miró la tarta.

–¿Es para mí?

–Claro –dijo su madre.

–Es tu favorita –dijo Camilla.

–Cualquier tarta es mi favorita –dijo él.

Giselle le sonrió.

–Estoy tan contenta de que estés fuera de aquel lugar... Estaba aterrorizada por ti.

–Gracias por venir al momento –respondió Cam–. Cuando os vi, fue como si hubiera llegado la caballería.

Ella se echó a reír y bajó la voz.

–Sé que no he sido una buena madre, Cam, y lo siento muchísimo. Lo estoy intentando con todas mis fuerzas. Espero que te des cuenta.

Él le pasó un brazo por los hombros y la estrechó.

–Sí, me doy cuenta. Y te lo agradezco.

–¿¿Dónde está el hombre del momento?! –gritó alguien, y él tuvo que volver al salón a saludar a más invitados.

Mientras su padre servía las bebidas, Cam saludó a Alice, a Courtney y a sus padres y a varios clientes. Incluso su antiguo compañero de piso, Eddie Schultz, había dejado a su familia en casa y había ido a Mariners para la fiesta.

–Este tío me cuidó cuando yo estaba tan enfermo –le decía a todo el mundo–. Dejó por un tiempo la escuela, y todo.

–A mí no me hizo gracia que dejara las clases –dijo su padre–. Podía haberos ayudado si me hubiera dicho por qué lo hizo.

Todo el mundo se echó a reír, pero no era una broma. Cam estaba demasiado ocupado tratando de incordiar a sus padres como para decirles cuál era el motivo. En aquel momento se sintió mal, y se dio cuenta de que él también había podido hacer más cosas por mejorar la relación.

Charló con todos, se rio y jugó con Camilla durante las siguientes horas. Si Melanie no

hubiera estado allí, intentando acercarse a él todo el tiempo, la tarde habría sido perfecta. Pero, comparado con lo que habría estado haciendo aquel día si Ivy no hubiera encontrado el collar, la situación no le hacía infeliz.

Acababa de despedirse de Eddie, que tenía que tomar el ferri para volver a la costa, cuando Melanie consiguió, por fin, tomarlo del brazo para pedirle que fueran a hablar a otra habitación. Él miró por encima de su cabeza, buscando a su madre, y le pidió a Giselle que vigilara a Camilla unos minutos.

—No esperaba verte aquí —le dijo, cuando estaban en la habitación de invitados—. ¿Qué pasó en Europa?

—¡Mis padres me estaban volviendo loca! —dijo ella—. No quería pasarme el mes entero con ellos. Se comportan como si no supiera cuidar de mi propia hija. Siempre estaban molestándome con comentarios sobre cómo ponerle el abrigo, sonarle la nariz, apartarla de las chucherías...

—¿Y por eso has vuelto con antelación? ¿Porque es mejor que estar con tus padres?

—Claro que no —dijo ella—. He vuelto por ti, Cam. Te quiero. Siempre te he querido. Ahora que hemos recuperado nuestras vidas, creo que deberíamos intentarlo otra vez.

—Pero yo no estoy interesado en seguir con nuestro matrimonio, Melanie. Nunca he sido feliz, y creo que tú, tampoco.

—¿Es que no te importa Camilla?

—Por supuesto que sí. Pero no intentes mantenerla alejada de mí. Acudiré a la justicia una y otra vez, si es necesario. No lo permitiré.

—Creo que vas a averiguar que la vida de soltero no es tan atractiva.

—No voy a estar soltero —dijo.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Qué quieres decir?

—Todo esto es nuevo, así que no empieces otra vez a acusarme de haberte engañado. No me he acostado nunca con Ariana, pero estoy enamorado de ella, así que espero cambiar eso muy pronto.

Parecía que ella iba a abofetearlo, pero no lo hizo. Salió de la habitación, agarró a Camilla y se marchó. Cam supuso que irían a su casa, a la casa que habían compartido, así que decidió que él se quedaría con sus padres.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Ariana, después de que Melanie hubiera salido de la casa hecha una furia, arrastrando a Camilla y cerrando de un portazo.

Él la tomó de la mano.

—Le dije que no estoy interesado en reconciliarme con ella. Que mi corazón es de otra persona. Ariana se quedó ligeramente asombrada.

—¿Y estabas hablando de mí?

Él se echó a reír y le dio un ligero beso en los labios.

—Bueno, es que no estoy enamorado de ninguna otra persona.

Después de tantas emociones, Ivy estaba deseando pasar un día de trabajo normal en la biblioteca. Por supuesto, las televisiones estaban cubriendo el final del caso Hutchins y la gente seguía hablando de ello. Ivy había visto a varios periodistas explicando el resultado de la investigación, pero ella no soportaba verlo más. Las imágenes eran casi siempre de los padres de Emily, y ella no quería ser testigo, una y otra vez, de su dolor.

Aunque se sentía reconfortada por las últimas declaraciones que había visto, en las que su padre decía que él siempre querría a Jewel, a pesar de su trágico error. Al menos, la familia no perdería a las dos hijas. Ivy había oído decir que el fiscal del distrito la acusaría de homicidio involuntario, así que la condena sería mucho menor que la de un asesinato en primer grado. Si la condenaban, Jewel podía enfrentarse a una pena de veinte años de cárcel, pero, seguramente, cumpliría diez, como máximo. Ya no tenía que esconderse de la verdad y todavía tendría mucha vida por delante cuando saliera de la cárcel. Tal vez pudiera sanarse de verdad.

Una chica de unos dieciséis años se acercó al mostrador.

—¿Tiene alguna novela romántica histórica?

Ivy sonrió y la condujo hasta la sección de literatura romántica. Después, volvió a su ordenador, donde había estado buscando casas de alquiler en California.

Sonó su teléfono y miró el número entrante. Era su hermano. Tim llevaba dos semanas intentando hablar con ella, pero ella no respondía. Por suerte, todo había acabado bien para Cam, pero las cosas podrían haber sido muy distintas. Lo que había hecho Tim había puesto a Cam en peligro. Si Ariana y ella no hubieran encontrado la gargantilla y Cam no se hubiera dado cuenta de lo que significaba, él todavía estaría en la cárcel, enfrentándose a una acusación de asesinato.

Hizo clic en el anuncio de una casa en una playa de San Diego. Si se mudaba a aquella parte de la costa oeste, tendría buen tiempo todo el año y estaría cerca del mar, aunque del Pacífico, no del Atlántico. ¿Sería California el mejor lugar para conocer a alguien?

Allí debía de haber muchos hombres solteros...

Tim le envió otro mensaje.

Por favor, habla conmigo. Me equivoqué. Lo siento muchísimo.

Ivy suspiró. Nunca había sido una persona que rechazara una disculpa sincera. Y menos, ahora que Cam estaba bien. Ignoró el resentimiento y llamó a su hermano.

—No te preocupes —dijo, cuando él respondió—. Al final hemos tenido suerte.

—Si sirve de algo, solo quería cuidar de ti —le dijo él—. Tú eres la que me importa, no Cam.

—Pero me hiciste daño también a mí. ¡Estuvo a punto de costarme a mi mejor amigo!

—Lo sé. Sé que fui demasiado lejos y me arrepiento. Deberíamos haber hablado más sobre ello, y yo debería haberte dejado decidir por ti misma.

—¡Exacto! Es mi vida. No tenías que haber traicionado mi confianza. Soy tu hermana, y acudí a ti para pedirte ayuda, no porque quisiera que te hicieras cargo de la situación.

—Lo siento —dijo él, de nuevo.

Ella frunció los labios e hizo clic en otra casa.

—Bueno, supongo que se me pasará.

—Eso espero. Pero parece que va a tardar un buen rato.

—Puede ser.

—¿Estás trabajando? —le preguntó él.

—Sí. Estoy en la biblioteca. Pero en este momento estoy mirando casas. Estoy pensando en irme a vivir a California.

—¿Qué? Yo nunca he pensado que te ibas a plantear salir de Mariners.

—Yo, tampoco. Me encanta vivir aquí. Pero... es demasiado difícil conocer a alguien. Me estoy haciendo mayor, y no quiero pasarme el resto de la vida sola.

Sobre todo, ahora que Ariana y Cam eran pareja. Cuando los veía tomarse de la mano o

mirarse a los ojos, tan felices, le resultaba duro. En parte estaba muy contenta por ellos, porque los quería. Pero otra parte de sí misma sentía envidia. El trío de amigos se había convertido en una pareja más una, y ella ya no encajaba.

—No te lo reprocho —dijo Tim—. De hecho, podría ser un buen cambio.

¿Y no le preocupaba todo lo que ella iba a dejar atrás? ¿No le importaba que ya no estuviera allí para proteger el patrimonio que sus ancestros habían dejado en herencia?

—¿No hay ninguna posibilidad de que tú vengas a vivir aquí mientras yo estoy fuera? —le preguntó—. Podrías vivir en mi casa. En casa de la abuela.

—Sabes que no puedo hacer eso, Ive. A mis hijos les daría un ataque si les pido que se cambien de colegio. Y tengo una clínica.

Ella esperaba esa respuesta, pero no había podido evitar preguntárselo porque quería que, durante su ausencia, alguien cuidara de las cosas que amaba.

—¿Crees que papá y mamá volverían? No puedo dejar la casa vacía, y no quiero venderla.

—Lo dudo. Ya los conoces. Solo quieren ir uno o dos meses en verano. Así que a lo mejor ha llegado la hora de que la vendas. No puedes seguir siempre aferrada al pasado. Si quieres hacer un cambio, no permitas que eso te lo impida.

¿Y si, después, se arrepentía?

Habló con él durante unos minutos más sobre su viaje a la isla de aquel verano, sobre las cosas que querían hacer su familia y él cuando estuvieran allí, y si realmente iba a ser un problema que sus padres aparecieran durante una parte de las vacaciones.

—Supongo que no —dijo él—. Todo irá bien.

—Puede ser agradable —le dijo ella, para darle ánimos.

Después, se despidió. La chica a la que había ayudado un poco antes estaba lista para marcharse.

—¿Has encontrado lo que necesitabas? —le preguntó Ivy.

La chica dejó varios libros en el mostrador.

—Creo que sí.

Después de que se fuera su única usuaria, Ivy se quedó sola en la biblioteca e intentó imaginarse cómo sería su vida en California. Trabajaría en algún lugar para tener algo que hacer durante el día, iría al gimnasio y a la playa. Debería sonar muy bien; iba a cambiar un lugar maravilloso por otro que también lo era. Y habría un grupo de candidatos mucho más grande donde elegir.

Sin embargo, le producía una sensación de soledad. Estaría a miles de kilómetros de casa, sin toda la gente a la que quería. Así pues, volvió al ordenador para buscar una casa en Boston o en Nueva York, desde donde podría volver a menudo a la isla. Eso sería mucho más inteligente. Pero... no. En realidad, empezar en otro lugar no le resultaba deseable. Adoraba Mariners y la casa de su abuela, y quería seguir cuidándola.

¿Qué iba a hacer?

Siguió mirando casas en Boston, desanimada. Al rato, se abrió la puerta de la biblioteca y entró un hombre moreno, de pelo rizado, con una sonrisa de estrella de cine. En vez de ir a curiosear por los pasillos, se dirigió hacia el mostrador.

—Hola, buenas —dijo—. Me llamo Steve Branson. Soy nuevo en Mariners, y quería saber si puede recomendarme buenos libros de la historia de la isla y de la zona. Me gustaría familiarizarme con mi nuevo hogar.

Branson debía de tener cuarenta o cuarenta y dos años, y Ivy no vio que llevara alianza.

–Encantada de ayudarlo –dijo–. ¿Y qué le trae por Mariners?

–Soy escultor, y van a hacer una exposición de mis obras en una de las galerías de la isla. Acabo de pasar por un divorcio muy amargo y... He decidido regalarme a mí mismo dos años viviendo aquí. Es el modo perfecto de recuperarse, ¿no?

Ivy no respondió. Se había quedado anonadada al oír la palabra divorcio.

–Eh..., con respecto a esos libros de historia... –dijo él.

–Ah, sí, claro. Tenemos muchos, porque es uno de mis temas favoritos. Creo que le va a gustar vivir aquí. Es un sitio estupendo para los niños, si es que tiene alguno...

–No, me temo que no.

No parecía que él notara su interés. Era un hombre agradable. Tal vez no estuviera listo aún para tener otra relación. Sin embargo, que viviera en Mariners y hubiera aparecido en un momento tan oportuno le dio esperanzas e hizo que pensara que, al final, podía conocer a alguien. A alguien como él.

De todos modos, no iba a marcharse a ningún sitio. Nunca sería capaz de dejar su biblioteca.

Cerró la página web de la inmobiliaria y se puso en pie.

–Encontrará lo que busca por allí –dijo, y sonrió.

Tenía la impresión de que los dos iban a encontrar lo que querían en Mariners.

Ariana miró el reloj al meter la lasaña al horno. Estaba haciendo la cena en casa de Cam y quería tenerla preparada para que estuviera caliente cuando él llegara de trabajar. Melanie se había llevado a Camilla y se había marchado de la isla un día después de la fiesta para volver con sus padres a Europa, y ya no estaba utilizando la casa, afortunadamente. Aunque los padres de Cam se habían quedado tres días más, ellos también se habían ido hacía una semana.

Y, desde entonces, Cam y ella habían estado juntos todo el tiempo. Él solo trabajaba hasta que ella salía de The Human Bean. Aunque tenía trabajo atrasado, le dijo que no podía pasar tantas horas en el estudio como antes, porque estaba demasiado emocionado por estar con ella. Aquel día, sin embargo, había sido una excepción. Tenía que acabar un proyecto importante.

Sonrió al recordar la primera vez que habían hecho el amor. Nunca había experimentado nada igual: la cercanía, la sensación de plenitud, el compromiso más fuerte que se estaba formando entre ellos. Sabía que Cam también disfrutaba de su vida sexual, porque sus encuentros eran muy frecuentes.

Y no parecía que le importara que Melanie le dijera a todo el mundo de la isla que ellos llevaban varios meses teniendo una aventura. Era su forma de culpar a Cam de la ruptura de su matrimonio. Seguramente, alguna gente lo creería; los vecinos del final de la calle le negaban el saludo cuando se encontraba con ellos. Pero Cam no le daba importancia, decía que estaba dispuesto a sacrificar su reputación o cualquier cosa a cambio de lo que tenían ahora.

Oyó la voz de Cam cuando se abrió la puerta. Él entró.

–Llegas temprano –le comentó, sorprendida.

Él le indicó que estaba al teléfono, pero la agarró con el brazo libre y le dio un beso rápido.

–No pasa nada –dijo él, y se puso el teléfono al oído nuevamente–. Lo entiendo... Sí, por supuesto... Gracias por llamar. Ha sido muy amable –dijo. Colgó y dejó el teléfono en la encimera–. Hay algo que huele muy bien.

–He hecho la famosa lasaña de mi abuela –dijo Ariana.

–Si hubiera sabido que cocinabas así –bromeó él–, estaríamos juntos desde el instituto.

Ella lo miró con cara de pocos amigos.

–Estabas demasiado ocupado con todas las demás chicas.

–He aprendido la lección –dijo él–. Nadie puede hacerme más feliz que tú.

Ella señaló su teléfono con curiosidad.

–¿Con quién estabas hablando?

–Con Warner Williams. Me ha llamado para disculparse.

–¿Por investigarte?

–Por hacer todo lo posible para que me detuvieran. Dice que no dudó de Jewel ni una sola vez, y que debería haberlo hecho. Siente que su simpatía por ella lo cegara. Que solo vio a una mujer joven que había sufrido mucho y se lanzó a ayudarla sin analizar minuciosamente lo que ella le decía.

–Es muy amable por admitirlo. ¿Crees que tendrás noticias de sus padres alguna vez?

–No, no lo creo. Todavía están pasando por una situación horrible. Pero no tengo nada en su contra.

–Y eso es muy bondadoso por tu parte.

Él deslizó la mano por debajo de su camisa y la besó.

–No hay nadie que me haga sentir como tú. Cuando estoy contigo, sé que he encontrado lo que llevaba buscando toda la vida.

–Pues has tardado bastante en darte cuenta –bromeó ella, y se zafó de él para terminar de preparar la cena–. ¿Has podido hablar con el abogado?

–Sí, por fin me ha devuelto la llamada. Dice que, si la demanda de divorcio no es impugnada, el proceso completo podría durar unos noventa días.

Ella lo miró dubitativamente mientras cortaba los tomates para la ensalada.

–No te hagas ilusiones. Melanie va a luchar contigo por todo, aunque solo sea por ponértelo difícil. Tienes que prepararte para eso y tener fuerzas.

–Es verdad, pero el abogado me ha prometido que va a conseguirme reuniones con Camilla tan rápidamente como pueda. Eso es lo que más me alegra.

–A mí, también.

Él la abrazó, y ella sintió el mismo deseo de siempre por él.

–A lo mejor, un día, podemos darle un hermanito a Camilla –murmuró, mientras se besaban.

Él tiró de su camisa y la dejó caer al suelo mientras descendía hacia su pecho.

–Por supuesto que es algo que tengo planeado.

Epílogo

Un año después...

Ariana cambió el peso del cuerpo de un pie al otro. Estaba en el trimestre final del embarazo, y tenía las piernas hinchadas. Estaba deseando sentarse.

–¿Estás bien? –le preguntó Cam.

Ella asintió.

–Estoy... nerviosa. Me he preguntado tantas veces cómo es mi padre biológico...

–Por fin lo vas a saber –dijo él, y se agachó para atarle los cordones de un zapato a su hija. El divorcio de Melanie era firme y estaban en verano, así que Camilla no tenía colegio e iba a estar con ellos durante las próximas seis semanas.

–¿Cuánto tiempo más tenemos que estar aquí? –preguntó Camilla, impacientándose.

El avión llegaba con un retraso de tres horas. Una espera tan larga habría sido tediosa incluso para un adulto, así que Ariana la comprendía perfectamente. Pero, por muy duro que hubiese sido para ellos, había sido peor para su padre. Después de todo, él había atravesado el Atlántico y había aterrizado en el JFK hacía más de seis horas, había tenido que esperar para tomar el siguiente vuelo, que no dejaban de retrasar, y ahora estaba llegando a Mariners para conocerla.

–Ya falta muy poco, cariño –le dijo Ariana a la que, muy pronto, sería su hijastra–. Después vamos a ir a tomar un helado, ¿te acuerdas?

–¡Lo quiero de fresa! –exclamó Camilla, dando palmadas.

–La fresa siempre está muy rica –dijo Ariana.

Sin embargo, le resultaba difícil entusiasmarse. No podía concentrarse en nada, salvo en lo que iba a ocurrir durante los próximos minutos. El monitor indicaba que el vuelo de su padre había aterrizado por fin.

Recibió un mensaje de Ivy.

Bueno, ¿cómo es?

Ivy habría ido al aeropuerto con ellos; seguían viéndose mucho, pero, aquel día, ella estaba con Steve, con quien había empezado a salir casi al mismo tiempo que Ariana con Cam. Ariana iba a dar una cena mientras su padre estuviera en Mariners para que Ivy y Steve lo conocieran... dependiendo de lo bien que fuesen las cosas antes de eso.

Aún no habían empezado a salir los pasajeros del vuelo de su padre.

No lo sé. El avión llega con retraso.

Claro, tenía que pasar eso. Debes de estar muriéndote.

Sí.

¿Has sabido algo de tu madre?

No. Creo que prefiere ignorar que esto está sucediendo. Aunque acabó ayudándome a encontrarlo, creo que tardará en acostumbrarse a que yo tenga una relación con él, si es que eso sucede.

Por supuesto que va a suceder. No habría venido desde Escocia si no estuviera interesado en ello.

Cam había organizado aquel viaje para darle una sorpresa a Ariana por su cumpleaños, con algo de ayuda de su madre, así que ella no sabía mucho. Y nunca había tenido la oportunidad de conocer a su padre.

Ya veremos.

—¿Con quién estás hablando? —le preguntó Cam.

Ella guardó el teléfono en su bolso.

—Con Ivy. Tiene curiosidad por saber cómo van las cosas.

Él abrió la boca para decir algo, seguramente, para darle ánimos, pero los pasajeros del vuelo de su padre estaban empezando a salir para recoger sus maletas, así que se quedó en silencio.

Ariana se preguntó si reconocería a su padre, o si su padre la reconocería a ella. Seguramente, sí; Cam le había enviado fotografías.

—Tengo tanto miedo... ¿Y si ha decidido no venir? —susurró.

—Me lo habría dicho —respondió Cam—. Y no te asustes de nada. Fue muy receptivo cuando hablé con él.

Cam le había contado que Bill Gilchrist había recibido la carta que le había escrito su madre hacía tantos años. Sabía que ella existía, y siempre se había preguntado si sería bienvenido en su vida. Cam le dijo que estaba emocionado por tener aquella oportunidad y por saber que ella quería conocerlo.

—De lo contrario, no habría venido —insistió Cam—. Un billete desde Escocia no es nada barato.

—Pero... ¿y si al final no le caigo bien? —preguntó Ariana—. ¿Y si...?

Cam la tomó de la mano.

—Deja de preocuparte. Tendría que estar loco para no quererte. ¿Verdad, Camilla? —le preguntó a su hija.

Camilla ladeó la cabeza y sonrió dulcemente a Ariana. Por suerte, la niña no se parecía en nada a su madre.

—Te quiero —le dijo.

Ariana acababa de agacharse para abrazarla cuando Cam carraspeó.

—Aquí está.

Ella se irguió y vio a un hombre alto, curtido, con el pelo cano, los ojos castaños y una sonrisa amistosa.

El desconocido no dijo nada al acercarse. Simplemente, la abrazó durante un largo instante. Cuando se separaron, por fin, él también tenía las mejillas llenas de lágrimas.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com